

Capítulo 1

14 de abril

Centro comercial de Leaf Brook Condado de Westchester, Nueva, York

En el lugar equivocado. En el peor momento. Tenía que salir de allí.

Julia rechinó los dientes mientras se abría paso entre la multitud que iba arriba y abajo en el centro comercial. Intentaba llegar a empujones hasta la puerta que conducía al aparcamiento de doce plantas. El lugar estaba lleno de gente hasta los topes. A cualquier cosa la llamaban «gran inauguración». Esto se parecía más al Mardi Gras en Nueva Orleáns. Meterse en aquel sitio hoy había sido una estupidez. Los Stratford estaban rodeados de espectadores, envueltos por miembros de la prensa. Y al alcalde lo flanqueaban su padre y su hermano... claro mensaje de que los Stratford representaban un frente unificado. Ni siquiera la desesperación de Julia había sido suficiente para sacarla de allí. Tendría que encontrar otra salida.

Coger el ascensor estaba fuera de toda opción. Ya había una larguísima fila esperando y, cada vez que se abrían las puertas, Julia veía perfectamente que la cabina se llenaba por completo. Las escaleras no ofrecían una perspectiva mucho mejor, pero era lo único que le quedaba. Subió piso a piso lo más rápido que pudo, estremeciéndose ante la música que hacía temblar las paredes y retumbaba en su cabeza.

Finalmente, la muchedumbre empezó a desaparecer y la música se fue desvaneciendo a medida que Julia se alejaba de la celebración. Estaba muy, preocupada y se sentía totalmente frustrada. Si lo que sospechaba era cierto, empezaba una carrera contra un reloj de arena. Dependía de ella que ésta dejara de caer.

Siguió subiendo por las escaleras hasta llegar al piso once, donde había dejado literalmente encajado el coche en la única plaza de parking disponible... lejos del pandemónium del acto inaugural. Mientras caminaba absorta en sus pensamientos se palpó el bolsillo, buscando las llaves del auto.

El chirriar de unas ruedas la puso en alerta.

Levantó la cabeza justo cuando el Mercedes plateado aparecía por una cuna y se le aproximaba a la velocidad de un rayo.

Julia supo enseguida que ella era el blanco. Y también por qué. Sus sospechas eran ciertas. Y estaba a punto de ser silenciada. Un instante de helado pánico la paralizó. Pero desapareció al segundo siguiente. Una oleada de adrenalina sacudió a Julia, que intentó apartarse de un salto.

No lo logró.

Sintió el tremendo impacto, y después tuvo la desconcertante conciencia de ser lanzada por los aires. El suelo de cemento corrió luego a recibirla.

«Brian», pensó Julia, mientras su cráneo era acribillado por innumerables punzadas de dolor. «¿Quién va a salvar Brian?»

Capítulo 2

30 de marzo
Poughkeepsie, Nueva York

-Cariño, ¿estás segura de que no quieres quedarte a dormir en casa? -le preguntó Meredith Talbot a su hija mientras ambas apuraban su café de última hora de la tarde en el pequeño y acogedor restaurante de comida casera de la ciudad-. Hay más de una hora en coche hasta tu apartamento. Mañana es sábado. Eso quiere decir que tu padre no tiene que impartir sus clases en Vassar y que tu escuela de educación primaria está cerrada. Puedes pasar el fin de semana con nosotros.

-Gracias, mamá, pero tengo que volver. Julia Talbot le dedicó a su madre una mirada agradecida, a sabiendas de que aquella invitación surgía de algo más que la perspectiva de un tranquilo fin de semana en familia. A Julia no le hacía falta que le insistieran para eso. Disfrutaba yendo a la casa donde había nacido y pasar largas veladas intercambiando anécdotas de alumnos con su padre y debatiendo acerca de todo, desde libros hasta política, pasando por las trampas de la sociedad moderna, con ambos. Pero esta noche el ofrecimiento de su madre no tenía que ver con aquellas tranquilas tertulias. Tenía que ver con levantar el ánimo de Julia.

Desgraciadamente, sus esfuerzos no iban a servir de nada.

-Esa conferencia ha sido agotadora -dijo Meredith con dulzura

-Eso es un adjetivo moderado. -Julia lanzó un suspiro-. Cada semana, cuando entro en ese hospital contigo, me digo a mí misma que nuestras charlas sirven de algo. Luego, oigo informes como los del doctor Garber y me pregunto si todo el asunto no es más que una vana esperanza, si lo que intentamos es como pretender hervir el océano.

-Sé que no piensas eso. Además, con suficientes fogones encendidos, incluso el océano acabaría por hervir. Estamos logrando que haya más concienciación. Es un principio.

-Eres mucho más paciente que yo. Y escuchar todas esas estadísticas... duele demasiado.

Julia dejó a un lado su taza de café vacía, recordando la desazón que se adivinaba en la voz del doctor Garber mientras exponía sus hallazgos a los pocos asistentes a la conferencia. Era un psicólogo de renombre, en activo, y acababa de dirigir un estudio sobre abandono y abusos emocionales en niños. Los resultados eran escalofriantes, y no estaban limitados a un grupo cultural, demográfico o socioeconómico en especial. Del mismo modo que existía todo tipo de abusos, había todo tipo de gente que incurría en ellos. Dos educadores habían hablado respaldando el estudio de los casos presentados por el doctor: uno cíclico era un profesor de preescolar, y el otro, un tutor de una escuela de enseñanza media. Sus respectivas historias acerca del deterioro en los rasgos de personalidad de los niños que habían sufrido abusos psicológicos le habían revuelto las tripas a Julia.

El hecho de que algunos padres violaran físicamente a sus hijos era inconcebible. Casi tanto como el hecho de que gran número de ellos infligían maltratos emocionales a los niños impunemente, ya que no había señales tangibles que poder presentar como evidencias. Por no mencionar que muchos de ellos ni siquiera consideraban que su comportamiento fuera abusivo.

Cómo podía alguien no darse cuenta de que el abandono y el maltrato psicológico eran tan destructivos como la agresión física? Y sobre todo cuando las víctimas eran niños pequeños, muy impresionables y sin otro deseo que agradar a sus padres.

La sola idea le partía el corazón a Julia. Y, algunas veces, de tal modo que llegaba a preguntarse si poseía la fortaleza suficiente para seguir impartiendo aquellas charlas con su madre. Ésta soportaba mejor los efectos emocionales... quizá porque era enfermera, y quizá porque era mayor y más madura y curtida que Julia. No es que Julia se hubiera mantenido al margen de aquellos problemas. Había visto los efectos del abuso con sus propios ojos, y a una edad muy temprana. El impacto había dejado una indeleble huella en su mente y su corazón, y había ayudado a definir la dirección de su vida. Pero eso no quería decir que se hubiera inmunizado contra aquellas historias de horror.

Fuera como fuera, las conferencias eran necesarias. Alguien tenía que avivar la conciencia de los educadores y los encargados del cuidado de la salud, en cuanto a las formas del abuso emocional a menores, y en especial las más sutiles, que fácilmente podían pasar inadvertidas. Meredith Talbot se había dedicado a esa tarea durante los últimos cinco años, ofreciendo unos encuentros semanales gratuitos en colaboración con la Sociedad Americana Profesional contra los Abusos a Menores. Julia se había unido a ella justo después de obtener su graduado superior. Licenciada en psicología infantil y también en educación preescolar, aquella era la manera perfecta de ampliar su carrera como maestra y aportar su granito de arena en un área tan cercana a su corazón.

Pero el camino parecía interminable...

-Yo no soy paciente, soy práctica -decía Meredith-. Y, a tu manera, tú también lo eres. Sólo que eres más emocional que yo... al menos, exteriormente. -Estrechó la mano de su hija-. ¿Por qué no vienes a casa conmigo? Sólo para pasar la noche, si no quieres quedarte todo el fin de semana.

-No puedo, de veras, mamá. Juliana se apresuró a añadir otras frases para eliminar los miedos de su madre: No me estoy haciendo la mártir... de verdad. Es sólo que espero una llamada de Greg esta noche. Sobre unas entradas para el teatro. Y Brian juega en el partido de la Liga Infantil a primera hora de la mañana. Es el que abre la temporada. Y Brian estará de lanzador. No puedo perdérmelo.

-No, claro que no. -La sonrisa de su madre estaba llena de afecto-, Odio pensar qué sucederá cuando Brian Stratford pase a la escuela de grado medio. Luego, cuando lo pienso otra vez, ya sé lo que pasará. Se dejará caer por tus clases una vez a la semana para presentarte a sus amigos, y tú irás hasta su escuela cada sábado de la temporada de deportes de la primavera para vitorearlo durante todo el partido.

Por primera vez en toda la velada, Julia esbozó una sonrisa, de medio lado.

-Probablemente. Hay una parte de mí que odia que el padre de Brian se presente a Senador del Estado. Sobre todo porque estoy segura de que ganará. Es un excelente alcalde, Y será igualmente bueno como senador. Tan sólo espero que no tenga la intención de mudarse a una zona más cercana a Albany. Yo echaría terriblemente de menos a Brian... a pesar incluso de que él ya no estará en mi clase por entonces. Ya habrá pasado a tercer grado.

-¿Desde cuándo lo ha detenido el hecho de no estar en tu clase? -le preguntó Meredith, con otra sonrisa-. Brian ha sido un fijo en tu aula desde que iba a la guardería, empezando por aquella semana de septiembre cuando tú le enseñaste a lanzar una pelota en línea curva durante el recreo. Desde entonces, siempre ha sido un verdadero y leal amigo para ti.

-Brian es un chico muy especial. Es cariñoso, abierto y sensible, por no mencionar su inteligencia y madurez. Algún día hará algo importante. Bien sabe Dios que necesitamos más gente como él. Julia se esforzó por hablar en un tono más animado-. En cuanto a su fidelidad, es más de lo que puedo decir de la mayoría de hombres. Aparte de papá, claro.

-¿Qué hay de Greg? -inquirió Meredith con cautela. Aunque ella y Julia estaban muy unidas, intentaba respetar la privacidad de su hija de veintisiete años. Aun así, ese aspecto en particular de la vida de Julia, con o sin motivos, la preocupaba-. ¿Encaja Greg en esa categoría, o le has dado una oportunidad?

Julia se encogió de hombros, lo que provocó que su sedosa melena caoba resbalara por sus hombros.

-No es cuestión de darle una oportunidad -repuso con una evasiva-. Lo cierto es que no conozco realmente a Greg tan a fondo aún. Tan sólo llevamos saliendo un mes. Lo que, en nuestro caso, significa seis citas. Está más ocupado que yo, incluso. Yo estoy al frente de una clase. Él está al frente de una ciudad... no políticamente, pero sí en las facetas organizativa y financiera. Está completamente atrapado por el trabajo.

-En ese caso, entre vosotros no hay química. Julia miró con sorpresa a su madre.

-Yo no he dicho eso.

-No te ha hecho falta. -Meredith ladeó la cabeza. Tenía los cabellos del mismo tono brillante y oscuro que los de su hija, sólo que llevaba un peinado distinto, corto y, liso-. No soy un vejestorio. Recuerdo lo que es la atracción. Aparece en mucho menos de un mes, y no espera que la provoques o la apruebes. Simplemente, sucede, y a veces de una manera que no parece tener ningún sentido. De todos modos, me parece que ya sabes de qué hablo, ¿verdad?

Una pausa incómoda.

-Julia, la vida está llena de sorpresas. En algunas ocasiones, te apartan del camino que has escogido. Eso puede significar correr algún riesgo. Los riesgos no son siempre malos, son tan sólo inquietantes... en especial cuando asumirlos contradice un plan previo que crees correcto con toda seguridad. Sigue tu instinto. No dejes que el miedo se interponga en tu camino.

Una pausa incómoda.

-No hay nada que se interponga en mi camino, mamá. Nada excepto el trabajo.

-Si tú lo dices... Otra pausa.

-Tengo que irme ya. Julia se levantó, apresurada, evitando la sagaz mirada de su madre. Lo último que deseaba era mantener aquella discusión en particular. Estos últimos días, Julia no sabía con certeza dónde acababa la ideología y dónde empezaba una inquietante conciencia. Y no tenía ganas de averiguarlo.

Recogió su bolso y sus notas.

-Gracias por el café. Y por animarme con la charla sobre Brian. Tu medicina maternal funciona. Me siento mucho mejor. -De pie, se inclinó para besar a su madre en la mejilla-. Dale un abrazo de mi parte a papá. Os llamaré durante la semana.

-Procura cumplir con esa promesa. -El tono de Meredith era desenfadado, aunque ella continuaba escrutando la expresión de su hija, como si tuviera mucho más que decirle pero se abstuviera sabiamente de hacerlo-. Quiero saber quién gana ese primer partido de la temporada.

-Lo sabrás.

Julia salió del local y cruzó la calle hasta el lugar donde había aparcado su Volkswagen Escarabajo. Se detuvo un instante y echó una mirada alrededor, a las calles donde había crecido, tan familiares.

Sintió una repentina punzada de pérdida, de vacío, al recordar la absoluta confianza que había conocido allí cuando era pequeña... una confianza que no todos los niños tenían la suerte de conocer. Estaba decidida a cambiar aquello, a garantizar que más y más menores recibieran la sólida base que merecían. Quizás era una meta idealista, pero era lo que impulsaba a Julia.

Aún, se dijo, meditabunda, pensando en los resultados de la conferencia de aquella tarde. A veces, se hacía más y más difícil seguir aferrada al idealismo.

Pero ella no lo soltaría.

-Vaya. ¿Estás seguro de que la jugada es clara? -Greg Matthews estiró sus largas piernas ante él. Recostado en el sillón abatible de cuero de su salón, sujetaba con fuerza el teléfono, escuchando atentamente la información que le llegaba desde el otro lado del hilo-. Eso es justo lo que esperaba oír. Envíalos hacia aquí ahora mismo. Sí... esta noche. Necesitaré todo lo que pueda irme a favor para la cita de mañana.

Colgó mientras rumiaba la mejor estrategia para su inminente entrevista a la hora del desayuno. Normalmente, en su agenda no programaba reuniones de negocios los domingos. Pero en aquella ocasión no tenía más remedio. Si las cosas iban según lo previsto, valdría totalmente la pena. Y él ya pondría el asunto en marcha el lunes. Una póliza de seguros... que se convertiría en una sólida inversión para la ciudad, y también para él mismo.

Mirándolo bien, se sentía satisfecho. Por fin su vida profesional iba directa hacia el éxito. Y ya era hora de que su vida personal siguiera los mismos pasos.

Pensativo, se puso en pie y se volvió para echar un vistazo al reloj de pared. Eran las nueve y media. Y Julia todavía no estaba en casa. Él le había dejado dos mensajes en el contestador, después de la cena. Sin respuesta. Eso significaba que ella aún no había vuelto de Poughkeepsie. Greg esperaba que Julia no hubiera decidido pasar la noche en casa de sus padres. Tenía entradas para ir al teatro, a Broadway, la noche siguiente. Se las había dado en el último minuto un hombre de negocios de la ciudad. Greg se lo había comentado a Julia cuando habían hablado, unas horas antes. Y ella le había prometido reservar la noche del sábado para él. El problema era que Julia había respondido en un tono que parecía precipitado y preocupado. Sin duda, estaba pensando ya en la conferencia que iba a dar aquella tarde. Así que Greg no confiaba demasiado en que ella recordara la cita.

Esperaría hasta las diez. Entonces, la llamaría de nuevo. Julia Talbot era una magnífica bocanada de aire fresco. Él no tenía la intención de dejarla escapar.

Y mucho menos ahora.

Capítulo 3

31 de marzo

Leaf Brook, Nueva York

Stephen Stratford miró de reojo el teléfono de su coche, medio tentado de realizar la llamada que tanto ansiaba hacer, mientras recorría las últimas manzanas de casas que los separaban del campo de béisbol. Ni su esposa ni su hijo se darían cuenta. Ambos viajaban en el asiento de atrás del Ford Explorer, y estaban concentrados resolviendo la crisis que acababa de estallar justo antes del partido.

Del uniforme de Brian había saltado un botón.

Por desgracia, el botón de marras se había desprendido del mismísimo centro de la camisa, en lugar de descoserse de un ojal situado en un lugar menos visible, donde su ausencia podría haber pasado desapercibida durante aquel primer partido. Pero, afortunadamente, Nancy jamás iba a ninguna parte sin un pequeño botiquín y un costurerito de viaje... no desde que Brian aprendió a caminar y se convirtió en el torbellino de actividad que aún era.

Después de ayudar a su hijo a despojarse de la camisa y ponerse la chaqueta de chándal para los ejercicios de calentamiento, Nancy estaba totalmente enfrascada en su tarea, cosiendo a contrarreloj para tenerla terminada a tiempo. Y Brian se lo estaba poniendo más difícil, pegando, botes en el asiento, como una judía saltarina, con la chaqueta abierta y la cremallera dándole minúsculos azotes en el torso desnudo a un ritmo rápido e impaciente.

-Mamá, ya casi hemos llegado -protestó Brian, mirando por la ventanilla-. El partido va a empezar dentro de pocos minutos. Tengo que llevar la camisa puesta.

-Aquí la tienes. -Nancy blandió en el aire la ya reparada prenda y se la arrojó luego a su hijo, bromeando-. Vamos, rápido, quítate la chaqueta Y te volveremos a poner el uniforme completo. Para cuando papá haya aparcado, ya tendrás de nuevo el aspecto del estupendo lanzador que eres. No tendrás nada que envidiarles a los Yanks. Excepto que ellos han dejado de crecer, y, sus uniformes les van a la medida. Si tú les dijeras a tus músculos que no se desarrollaran tan rápido, quizá no tendríamos este tipo de percances tan a menudo.

-Gracias, mamá. -Brian se despojó de la chaqueta mirando a Nancy con el genuino alivio de un chaval de siete años al que han salvado de la humillación pública.

Nancy lo despeinó cariñosamente mientras él se embutía en la camisa.

-Abrochemos todos los botones para que te luzcas en el montículo del lanzador.

Ahora no había tiempo para llamadas telefónicas, se dijo Stephen, cogiendo el móvil de su plataforma y metiéndoselo en el bolsillo de su camisa. El campo de la Liga Infantil va a ser visible. Su prometedora inversión iba a tener que esperar.

Contrariado, condujo el coche hacia la zona de aparcamiento, donde el auto se tambaleó sobre el suelo arenoso, sin asfaltar, mientras se dirigía a las plazas sombreadas, junto a las gradas.

Brian tenía la nariz pegada al cristal de la ventanilla. -¿Está la señorita Talbot por ahí?

-No lo sé, cariño. -Nancy miró en la misma dirección que su hijo, intentando localizar a la profesora de Brian entre las docenas de personas que se encaminaban presurosamente a ocupar sus asientos. El día del inicio de la Liga las tarimas siempre estaban a rebosar. Los padres de los alumnos de la escuela elemental de Leaf Brooke se implicaban mucho en la vida de sus hijos. La temporada de béisbol era algo muy importante. Lo que comportaba que todo el mundo asistía al acto de apertura, padres e incluso abuelos.

-No veo a la señorita Talbot -continuó Nancy, desabrochando su cinturón de seguridad una vez que el coche se hubo detenido-. pero eso no quiere decir nada. Hay demasiada gente yendo hacia las gradas para distinguir una persona de otra.

-Si conozco bien a la señorita Talbot, estará ahí -intervino Stephen, tranquilizando a su hijo mientras apagaba el motor y se forzaba mentalmente a dejar sus problemas a un lado. Ya habría tiempo durante el partido para realizar su llamada. Cuando le tocara al equipo de Brian (pero no a

Brian) batear, él aprovecharía para disculparse y desaparecer durante uno o dos minutos-. Sobre todo si lo prometió, como tú has dicho. Ella jamás ha roto ninguna de las promesas que te ha hecho.

-Ya lo sé. -Brian aún parecía preocupado-. Pero es el primer partido de la temporada. ¿Qué pasa si se le ha olvidado? El invierno es largo. No ha habido ningún partido al que asistir desde septiembre. Y ella habrá perdido ya la práctica.

Stephen frunció los labios, aguantándose las ganas de reír, mientras salía del coche, abría la puerta trasera a Nancy y cogía la botella de agua que su hijo, infaliblemente, siempre olvidaba. Tan sólo podía ocurrírsele a Brian pensar que un espectador pudiese perder la práctica.

Nancy salió del asiento de atrás y miró el rostro de su marido por un instante, antes de ayudar a Brian a recoger su equipo.

-Es la ceremonia de apertura de la Liga Infantil -le recordó a Stephen-. Y no es ningún secreto quién es el lanzador. Con la campaña para el Senado en marcha, estoy convencida de que la prensa te estará buscando.

-Probablemente. -Stephen se encogió de hombros-. Hablaré con los periodistas, pero después del partido. Ahora mismo, soy el padre de Brian. No el alcalde. Y tampoco un candidato para el Senado.

Nancy le dedicó una rápida sonrisa que le recordó a Stephen la feliz joven con la que se había casado diez años antes. Se descubrió a sí mismo deseando poder hacerla sonreír de ese modo más a menudo. últimamente, Nancy parecía estar cansada y apática.

Stephen odiaba ser el motivo de tal estado. Pero, maldita sea, él se estaba ahogando.

Se dirigían ya los tres hacia el campo cuando un Mercedes SL500 plateado entró en la zona de parking. El conductor hizo sonar el claxon y luego sacó el brazo por la ventanilla y lo agitó, saludando. -¡Tío Connor! -El rostro de Brian se iluminó por completo, y devolvió el saludo frenéticamente. Mientras su tío aparcaba, él saltaba sobre uno u otro pie intentando tener suficiente paciencia para esperar. Al final, perdió la batalla contra sí mismo y corrió al encuentro del hombre alto y moreno que había salido de detrás del volante y se encaminaba hacia ellos.

-No sabía que ibas a venir -exclamó Brian, pegando con la palma de la mano en la de su tío y sonriendo de oreja a oreja mientras ambos volvían hacia donde Stephen y Nancy se habían quedado esperando.

-Es casi del todo imposible que me pierda vuestro primer partido. -Connor Stratford esbozó una de sus contadas sonrisas, que reservaba para su sobrino-. Estupendo guante -añadió, inspeccionando el guante de béisbol que su sobrino había recibido como regalo de Navidad-. Pero el uniforme te queda un poco ceñido. Creo que has crecido, desde el mes pasado.

-Sí. Sobre todo mis músculos. He hecho saltar un botón de la camisa. Mamá ha tenido que coserlo en el coche.

-Eso ha tenido que ser divertido. -Connor se inclinó para besar la mejilla de su cuñada-. Eres una mujer con suerte: manipular un objeto punzante bajo la estrecha vigilancia de este torbellino mientras mi hermano conduce a ochenta kilómetros por hora para llegar a tiempo. No te envidio.

-Sólo a sesenta -lo corrigió Stephen, dándole un apretón de manos-. Y mira quién habla. ¿Cuántos semáforos te has saltado entre Manhattan y aquí? ¿Y cuántos coches has dejado atrás, en medio de una nube de polvo?

-No muchos. -Connor rodeó con un brazo los hombros de Brian y empezó a caminar hacia el campo-. Los sábados por la mañana, la autopista del Este está muy tranquila. No creo que yo haya causado demasiados estragos.

Stephen entrelazó sus dedos con los de Nancy y también se puso en camino, sin poder evitar recorrer la zona con la mirada, en busca de periodistas. Ahí estaban, justo ahí, con cámaras y todo. La buena noticia era que todavía no lo habían siquiera visto. Quizá sí podría disfrutar un buen rato del partido antes de ser abordado. Mejor aún, quizá Connor se las ingeniaría para evitarlo. Nadie ganaba a su hermano menor en inventar inspiradas estrategias. Lo llevaba en la sangre, como su padre. Aquello había convertido a Harrison Stratford en el multimillonario magnate de los negocios que era hoy. Y había hecho de Connor un inversor bursátil de extraordinario éxito.

Un inversor ocupadísimo. Demasiado para emplear buena parte del sábado en estar con su familia.

Normalmente, pensar aquello habría izado la bandera roja en el instinto de Stephen. Si Connor aparecía en Leaf Brook y les brindaba una inesperada visita, generalmente era que quería algo de Stephen. Pero hoy, no. Hoy, la visita tenía que ver con Brian. Y, cuando se trataba de Brian, los sentimientos de Connor eran verdaderos e intensos. Tío y sobrino estaban locos el uno por el otro.

Así que la bandera roja permaneció arriada. Y las tensiones entre los dos hermanos, mantenidas al margen.

-Me alegra que estés aquí -le murmuró Stephen a Connor-. Pensaba que quizás el trabajo te lo impediría.

-El trabajo puede esperar. Mi insuperable lanzador, no. -Connor tiró de la visera de la gorra de béisbol de Brian, que éste se había calado a conciencia.

-Mi brazo está en plena forma -anunció Brian-. Me lo dijo el entrenador. Y también la señorita Talbot. ¿Sabíais que poseía el mejor lanzamiento de pelota en curva de todo su barrio, cuando era pequeña? Le enseñó su padre. Ella también fue lanzadora de la Liga Infantil, hace billones de años. ¿Lo sabíais?

-Creo que debes de haberlo mencionado unas treinta o cuarenta veces -le aseguró Connor.

-Sea como sea, la señorita Talbot lo sabe todo sobre lanzamientos. Y me ha dicho que el mío es incluso mejor este año que el pasado.

-No lo dudo. -Connor se colocó la mano a modo de visera y observó disimuladamente alrededor mientras llegaban a las gradas, y estudió las posiciones que habían ocupado los miembros de la prensa.

De repente, Brian señaló con el dedo, nuevamente desbordado por la excitación.

-¡Ahí está la señorita Talbot! ¡Justo ahí delante! En la primera fila. Vayamos a saludarla.

Desgraciadamente, la señorita Talbot no era la única en la primera fila, se percató Connor. Muy cerca de ella había tres periodistas y dos fotógrafos... cantidad un tanto exagerada si se trataba de cubrir un partido de la Liga Infantil. Era evidente, pues, que estaban allí para hablar con el alcalde o, mejor dicho, con el candidato al Senado. No habían localizado aún a los Stratford, pero eso cambiaría en el mismo instante en que ellos se dirigieran hacia aquel lugar. Normalmente, eso sería perfecto. Stephen se sentía en la gloria cuando se encontraba ante las cámaras. Su carisma innato capturaba al público como un imán. Sin esfuerzo alguno, hechizaba a periodistas, fotógrafos y votantes por igual, transformando los sueños de todos en los suyos propios, y sus esperanzas en la realidad planeada por él. Sin siquiera mover un dedo, Stephen se convertía siempre en el centro de atención.

Hoy, aquello no iba a suceder. Era el día de Brian, su momento bajo el sol. Su padre no aceptaría que fuera de ningún otro modo. Como si reafirmara aquella decisión, Stephen se puso tenso y clavó la mirada en los periodistas, que aguardaban. Su gesto, su actitud, confirmaba la previsión de Connor: quería permanecer de incógnito hasta después del partido. Entonces, ya hablaría con la prensa. -Brian, tu entrenador te hace señas -anunció Connor, entrometiéndose y bloqueando el problema-. El equipo te espera. Saluda a la señorita Talbot con la mano cuando entres en el campo. Ella lo entenderá. Podemos ir a hablar con ella más tarde. Ahora mismo, es mejor que tú hagas un poco de calentamiento y que nosotros ocupemos ya un asiento, o nos perderemos tu lanzamiento inicial. Nos sentaremos allí. -Señaló un sector de las gradas justo detrás de la base-. Desde ahí veremos el montículo del lanzador mejor que desde ningún otro sitio.

-De acuerdo... supongo. -Brian parecía reacio, con el corazón dividido entre sus enormes ganas de ver a la señorita Talbot y su reticencia a decepcionar al héroe que veía en su tío.

La balanza se decantó en favor de Connor cuando Brian vio a sus compañeros de equipo pidiéndole, mediante grandes gesticulaciones, que se reuniera con ellos.

-Sí, de acuerdo -aceptó Brian, esta vez con convicción. Hizo un rápido gesto a su familia con los pulgares hacia arriba y se fue. Se detuvo a mitad de camino, en el área del banquillo de los jugadores, giró sobre sus talones y agitó los brazos, saludando ostensiblemente hacia el lugar donde se sentaba la señorita Talbot. Ésta irguió la espalda y, con el rostro iluminado por una amplia sonrisa, le devolvió el saludo.

-Gracias -le murmuró Stephen a Connor mientras todos se acomodaban en el extremo de la segunda fila de las gradas que había escogido... que resultaron estar a dos pasillos de distancia de la prensa-. Si eso se lo hubiéramos dicho Nancy o yo, jamás habría dado resultado.

-Vosotros sois sus padres. Yo soy su tío. Mi trabajo es el más fácil. Vosotros os encargáis de las tareas duras. Y yo gano las encuestas de popularidad. -Connor contempló los saludos entre Brian y su profesora-. Hablando de encuestas de popularidad, veo que nuestro chaval todavía está loco por la señorita Talbot.

-Sí -asintió Stephen-. No existe nada mejor en todo el mundo. Y no sin razón: es una excelente maestra, y no he visto en la vida alguien que motive más a los chavales.

-Ah, así que no es solamente lo de su prodigioso lanzamiento -repuso Connor, un tanto seco.

-Por supuesto que no -intervino Nancy; cuya admiración por la profesora de Brian era clara e inequívoca-. Aunque su habilidad en el béisbol no está de más. Al igual que todo el tiempo que invierte de manera no oficial entrenando a los chicos. Pero Stephen tiene razón: es una estupenda educadora. Inteligente y entusiasta. Y capaz, también, de ver el mundo a través de los ojos de un niño. Estoy segura de que tú no puedes apreciar eso, dado el mundo en el que trabajas pero,

créeme, es un rasgo admirable, que requiere perspicacia y sensibilidad. Pon todas esas cualidades juntas y obtienes una combinación muy poco frecuente.

-¿Poco frecuente? Yo diría más bien ya desaparecida. -Connor miró, de soslayo y con expresión desconcertada, en la dirección de Julia. No era, ni por asomo, el tipo de mirada que le había dirigido la primera vez. Puede que Julia Talbot fuera una rara avis, pero era casi imposible que pasara desapercibida, incluso a distancia. Y, de cerca, era impresionante. Eso ya lo sabía Connor de primera mano, porque había coincidido con ella cinco o seis veces, y Brian se la había presentado fervientemente en cada ocasión.

Nunca habían intercambiado más que unas cuantas palabras. Eso no era en absoluto sorprendente. Como formulaba la descripción de Nancy; sus dos mundos eran polos opuestos. Ella vivía en un entorno idealista y protegido, en el que imperaban las risas de los niños. Él vivía en una fría realidad donde el dinero era el rey y el poder era Dios; un mundo que, mucho tiempo atrás, habría despojado a Connor de su mirada optimista sobre el universo... si la hubiera tenido, claro. Pero, siendo un Stratford, había aprendido desde el principio que la vida era un reto cada vez más colosal, en el que sólo se podía vencer o ser vencido.

«Opuestos» era una manera suave de definirlo. A Connor no le cabía en la cabeza que existiera alguien tan ingenuo como Julia Talbot. Y, a juzgar por el muro que ella levantaba cada vez que ambos se dirigían la palabra, Connor provocaba en Julia lo mismo que ella en él, y cualquier mínimo aspecto de Connor, fuera cual fuera, que Julia llegaba a comprender, no le gustaba en absoluto.

Eso no privó a Connor de seguir mirando.

Ella era muy guapa, cierto, y de una manera real y natural, innata, que contrastaba completamente con las mujeres que se movían en el círculo de Connor. Los rasgos de Julia eran delicados, sin casi maquillaje, realzados por unas gafas de sol que llevaba puestas en su levemente respingona nariz. Llevaba el cabello (sedoso, oscuro, con reflejos caoba intenso) peinado en una trenza, aunque algunos mechones se escapaban para acariciarle las mejillas. Vestía una chaqueta de verano color tostado y unos tejanos que cumplían perfectamente la tarea de disimular las esbeltas curvas de Julia. Pero Connor la había visto en los juegos de verano de Brian, durante julio y agosto, los meses más calurosos, cuando ella tan sólo llevaba una camiseta y unos pantalones cortos. Y su cuerpo era de aquellos que hacían fantasear a los hombres.

Ahora mismo, ella les daba la espalda, totalmente concentrada en Brian. Gritó y vitoreó cuando Brian y su equipo saltaron al campo. -Sale con Greg Matthews.

-¿Mm? -Connor miró a su hermano perplejo-. ¿Quién? -Julia Talbot. Greg me lo comentó en la reunión del Ayuntamiento de esta semana. Y parecía estar muy entusiasmado. -Bromeas. Es una pareja imposible. Él, un exitoso hombre de negocios con la suficiente sabiduría política para ser capaz de presentar su propia candidatura algún día. Y ella... -Connor meneó la cabeza-. Digamos que es como un cordero en el foso de los leones. -Sí, yo también pensé eso mismo.

-¿Cuánto tiempo llevan saliendo?

-Cerca de un mes. Se conocieron en un homenaje al director de su escuela.

Connor se encogió de hombros.

-Es un misterio lo que hace que una persona se sienta atraída por otra. De todos modos, yo no soy, ni mucho menos, un experto. Mi historial con las mujeres da asco.

-Eso es porque estás casado con tu trabajo, al igual que las mujeres con las que has tenido una relación. No es la fórmula ideal para un final feliz, si es que existe tal cosa.

Había un claro regusto amargo en el tono de Stephen, que Connor percibió, alto y claro. Le habría pedido a su hermano que hablara de ello, sin tapujos, si Brian no hubiera estado en pleno calentamiento para lanzar la primera pelota.

Las preguntas tendrían que esperar.

Pero la inquietud que había empezado a corroer las entrañas de Connor durante su última visita a Leaf Brook se hizo aún más intensa.

Era el último tercio de la quinta entrada, y el equipo de Brian iba ganando por tres carreras a uno cuando Stephen empezó a mostrarse nervioso. Connor frunció el ceño al reconocer los síntomas, con la esperanza de equivocarse al interpretarlos.

Pero lo que hizo Stephen entonces le indicó claramente que no iba descaminado.

Abandonando el asiento, pero agachado, Stephen pasó junto a Nancy, que se había sentado en el pasillo. Al mismo tiempo, rebuscó en su bolsillo y sacó el móvil.

-Tengo que hacer una llamada rápida -anunció concisamente-. Vuelvo dentro de un minuto.

-¿Ahora? -le preguntó Connor-. El equipo de Brian va ganando.

Stephen le dedicó a su hermano una gélida mirada que le aconsejaba meterse en sus asuntos.

-Hay cinco bateadores por delante de Brian, y dos outs más antes de que él vuelva al montículo. No me perderé nada.

Salió de la fila de asientos y se alejó del gentío.

Connor vio que Nancy apretaba los labios y, tragaba saliva, como conteniendo las lágrimas. Pero no apartó la mirada del campo de juego.

Otra señal de alerta.

-¿Nancy? -Connor le habló en voz baja-. ¿Qué pasa? -Sabía que lo oía. Pero ella no contestó-. Nancy. -Connor no iba a dejar el asunto-. ¿Tiene mi hermano algún problema?

Ella volvió ligeramente el rostro hacia él, en un ángulo suficiente para que Connor pudiera ver el dolor que reflejaba.

-No te preocupes, Connor. Se trata tan sólo de la presión de las elecciones. Le está afectando. Pero todo irá bien.

¿Cuántas veces había oído Connor esas mismas palabras en el pasado?

-Maldita sea -silbó entre dientes.

-No pasa nada -le aseguró Nancy rápidamente-. De veras. Nada que yo no sepa cómo manejar. Y, políticamente, Cliff tiene las cosas bajo control. Es él quien prepara la mayor parte de la campaña, quien hace que todo vaya sobre ruedas. De este modo, Stephen no lleva tanta carga sobre sus espaldas. Una vez que las encuestas preliminares reflejen los resultados que esperamos, todo volverá a la normalidad.

Todo. A lo que Nancy se refería en realidad era a Stephen. Connor echó un rápido vistazo alrededor, pero no detectó a ningún fisgón, sólo veía a orgullosos padres que vitoreaban y espectadores que seguían atentamente el partido. Aun así, se forzó a no hablar más del asunto. Él era un Stratford, condicionado desde su nacimiento a proteger a su familia costara lo que costara. Parte de aquello consistía en no airear sus trapos sucios en público. Los detalles sobre el tema tendrían que esperar... eso, si llegaba a conocerlos. Ni su hermano ni su cuñada eran propensos a explicarse claramente. Nancy, estaba muy ocupada protegiendo a Stephen, y Stephen estaba muy ocupado protegiéndose a sí mismo. Ambos se defendían inconscientemente por el proceso de negación.

La única buena noticia era que Cliff Henderson estaba al mando de la campaña. Eso minimizaría la presión sobre Stephen, lo que, a su vez, frenaría la espiral descendente de su comportamiento.

Esa perspectiva tranquilizó un poco a Connor. Cliff era el amigo más antiguo y más íntimo de Stephen. Era también su abogado y, ahora, el director de su campaña. Su amistad se remontaba a la época universitaria, cuando estudiaban en Yale. Ambos siguieron en la Facultad de Derecho de Yale, y fue durante ese período, mientras cursaban su segundo año en derecho, cuando conocieron a Nancy, una estudiante de último año no-graduada. En realidad, ella había tratado primero con Cliff, he incluso salieron en varias ocasiones, pero la relación no había cuajado. Pero cuando Nancy y Stephen se conocieron, fue amor a primera vista. Se casaron después de que ella se graduara y. Stephen fuera admitido tanto en el Colegio de Abogados de Connecticut como en el de Nueva York. Primero, se instalaron en Connecticut, y aprovecharon los contactos de Harrison Stratford para que la carrera de Stephen despegara. Luego, cuando Harrison consideró que había llegado el momento oportuno de forjar la carrera política de su hijo, se trasladaron a Leaf Brook, la prometedora y emergente ciudad que Harrison escogió como primer escenario para que las raíces políticas de Stephen se afianzaran.

A lo largo de todos aquellos cambios (y del establecimiento y ejercicio de su propia carrera), Cliff había seguido siendo un leal amigo de Stephen y, con el tiempo, se trasladó a la parte alta de Westchester, donde viviría a una distancia prudente de su bufete y a media hora escasa en coche de Stephen y su familia.

A Connor le gustaba aquel hombre. Era un tipo inteligente y honrado, con una mente clara y rápida, que poseía el don de la visión amplia del entorno. Creía en Stephen y en su futuro y, cuando llegó la hora de que éste siguiera las directrices de su padre y se presentara como candidato, Cliff estuvo a su lado, apoyándolo y ayudando a que su campaña despegara.

Cliff era muy perspicaz. Demasiado, sabiendo que él y Stephen llevaban veinte años juntos, para no estar al corriente de las angustias de éste... o, al menos, sospechar algo. Pero, supiera lo

que supiera, o creyera saber, acerca de los secretos inconfesables de Stephen, se lo guardaba para sí. Y, en lugar de hablar de ello, se mantenía en estrecho y, discreto contacto, aparecía cuando lo necesitaban y hacía lo que tenía que hacerse.

Hacía lo que había que hacer. Bueno, ésa era la trampa.

Connor juntó las palmas de las manos con fuerza, sintiendo de repente una abrumadora sensación de malestar. El fondo de la cuestión era que la angustia de Stephen no desaparecía. Tenía altibajos, según las presiones a las que se veía sometido. Y las personas más próximas a él tenían que subir y bajar al ritmo, asumiendo el papel de muletas, ayudándolo a sobrevivir y, ocultando al mismo tiempo cualquier anomalía para que no fuera captada por el ojo de la opinión pública... ni por Harrison Stratford.

Eso era cada vez más difícil de conseguir.

-Todo en orden -anunció Stephen, volviendo a ocupar su asiento-. No me he perdido nada, ¿verdad?

-Al parecer, no -casi masculló Connor. Stephen miró a su hermano de reojo. -Era una llamada de negocios.

-Vaya -repuso Connor, escéptico.

-Pues sí, lo era. -Stephen fijó de nuevo su completa atención en el partido-. Así que tranquilízate.

Una vez más, Connor se guardó para sí sus preocupaciones... por ahora. Pero aquel tema distaba mucho de estar zanjado. Connor había llegado al campo con la intención de volver a la ciudad una vez terminado el partido de Brian y después de compartir la celebración de la victoria. Pero el comportamiento del que acababa de ser testigo había cambiado sus planes. Ahora, su propósito era pasar allí la tarde, visitar también la casa de Stephen y encontrar unos minutos para hablar con su hermano... estuviera éste o no de humor para sincerarse.

El partido acabó con siete carreras a dos en el marcador, con el equipo de Brian (y su prodigiosa curva) proclamándose vencedor.

Julia vitoreó y silbó mientras Brian aceptaba las palmaditas en la espalda y las felicitaciones de sus compañeros de equipo. Se merecía aquellos elogios. Había lanzado admirablemente, e incluso había hecho posibles dos de las siete carreras. Julia sintió un arrebató de orgullo cuando Brian se abrió paso entre el grupo de compañeros en plena celebración y, los condujo a estrechar la mano de sus contrincantes, como acostumbrada muestra de deportividad. Incluso a su temprana edad, Brian jamás olvidaba los sentimientos del prójimo. Eso era un rasgo que lo mantendría vivo en la memoria de los demás, incluso cuando su envidiable lanzamiento ya se hubiera transformado en un cariñoso pero lejano recuerdo.

Julia contempló cómo el grupo se dispersaba poco a poco, y su corazón se llenó de ternura al ver a Brian dirigirse como una flecha junto a su familia, que había bajado de las gradas para esperarlo. Su madre, una esbelta y elegante señora de rubia melena lisa y sonrisa radiante, lo abrazó estrechamente, y se agachó para susurrarle algo que le iluminó el rostro. Y su padre, el alcalde Stratford, estaba justo detrás de ella, tirando cariñosamente de la visera de la gorra de béisbol de Brian y dedicándole una orgullosa y paternal sonrisa.

Apenas había intercambiado tres palabras con su hijo, cuando la prensa bajó a abordarlo.

-Señor alcalde, ¿cómo se siente al tener un lanzador campeón en la familia? -le oyó preguntar Julia a una agresiva periodista, dirigiéndose al alcalde de un modo que indicaba claramente que aquella era tan sólo una pregunta para abrir fuego, y que a ésta seguirían de inmediato las que realmente quería formularle.

Stephen Stratford le dedicó aquella encantadora sonrisa capaz de fundir un iceberg. Era un hombre asombrosamente atractivo: alto, espaldas anchas, de cabello azabache y unos ojos azul zafiro que pasaban de ser cálidos y acogedores a astutos y perspicaces. Con aquel increíble aspecto, su carisma natural y los poderosos contactos de su familia, probablemente iba a conseguir ser elegido para el Senado sin necesidad de nada más. Pero, de todos modos, sí tenía algo más: un historial impecable de cinco años como alcalde. Después de una legislatura y pico, había demostrado ser un destacado gobernante, que había hecho prosperar significativamente la economía de Leaf Brook, sus escuelas, parques y entorno. Según lo veía Julia, iba a ganar sin duda su puesto en el Senado. Y no se detendría allí. Julia tenía la fuerte sensación de que, en la década siguiente, Stephen Stratford progresaría desde Albany al Senado de los Estados Unidos, en Washington.

-Hola, Cheryl. -El alcalde saludaba a la agresiva periodista, conservando su buen humor a pesar de la intromisión de ésta en su tiempo dedicado a la familia-. Si eres tan amable de concederme un minuto para felicitar a mi hijo, creo que verás cómo me siento. -Sin esperar respuesta, se giró y le dio a Brian un gran abrazo de oso. -Un partido estupendo, campeón -le oyó decir Julia-. Y un lanzamiento fantástico.

-Gracias. -Brian sonreía de oreja a oreja. Era interesante lo poco que el chaval parecía acusar la presencia de la prensa. Julia supuso que, simplemente, estaba acostumbrado a tener a los periodistas pululando alrededor. Con un padre y un abuelo tan importantes, y con una familia que constantemente aparecía en los periódicos y era el punto de mira del ojo público, ser perseguido por la prensa estaba, probablemente, a la orden del día, incluso para un niño de siete años. Aun así, Julia no podía imaginarse a sí misma viviendo de esa forma en el centro de atención.

Por otro lado, sin embargo, se identificaba completamente con lo que Brian sentía en aquel momento. Estaba disfrutando, encantado, de su victoria. Julia se rió para sus adentros mientras él brincaba de aquí para allá, incapaz de estarse quieto, demasiado rebosante de energía y excitación. Se alejó de sus padres a toda velocidad para correr a dar- una fuerte palmada de su mano en la del otro hombre alto que estaba con ellos.

Connor Stratford.

La sonrisa de Julia se desvaneció un poco mientras la invadía un ya familiar pero alarmante estremecimiento de inquietud, y una consecuente confusión, sin que ella pudiera desprenderse de ninguna de estas dos cosas, que la atenazaban únicamente cuando se trataba del tío de Brian.

Esto era lo que su madre había percibido en ella la noche anterior, el «algo» que advertía como un obstáculo a lo que podía o no llegar a ser su relación con Greg. Química, le había dicho. Bueno, quizá sí. Según la opinión de Julia, era más bien una inoportuna y molesta fascinación. Una fascinación inoportuna, molesta y sin ninguna otra base, además, que la atracción física.

Sí, Connor Stratford era atractivo (muy atractivo), de un modo salvaje, arrogante. Y tenía una personalidad a juego. Pues bien, Julia detestaba la arrogancia. Era suficiente para que sintiera rechazo hacia cualquier hombre, guapo o no. Al menos, así había sido siempre. Pero no parecía funcionar en este caso. Sin embargo, no era de extrañar: Julia no tenía las suficientes premisas. Todo lo que sabía era que había visto a Connor Stratford unas cuantas veces y que, en todas y cada una de éstas, él había logrado desequilibrarla.

Bajó la mirada, intentando comprender el por qué de su respuesta sin precedentes ante un hombre que, en conjunto, ni siquiera le gustaba.

Era difícil creer que él y Stephen Stratford eran hermanos. Oh, físicamente sí era obvio. Se parecían muchísimo, rasgo a rasgo. El mismo pelo oscuro, la misma altura y constitución, los mismos ojos azules. No, de hecho, sus ojos azules eran distintos. Los del alcalde eran de un azul intenso y brillante, de mirada cálida y abierta. Los de su hermano eran más claros, más grisáceos, de mirada turbia e inescrutable. Coincidían en su personalidad: reservada, fríamente enigmática, con una especie de intensidad meditativa que Juliana no sabía cómo encajar y que parecía mantener al margen todo contacto humano.

Por si eso no era suficiente, era un inversor bursátil... un bonito pseudónimo para alguien que utilizaba el dinero con el fin de amasar más dinero. Su nombre, al igual que el de su padre, aparecía regularmente en las columnas financieras, artículos que relataban los éxitos que había obtenido, cuyos detalles Julia no sabía descifrar, y mucho menos comprender. Todo lo que ella sabía era que, a los treinta y cinco años de edad, ya había amasado millones, y que su decisión era reinvertirlos en empresas más grandes y más lucrativas.

Qué desperdicio. Al menos, el alcalde Stratford había optado por utilizar las ventajas que la vida le ofrecía para hacer algo de provecho, para retornarlas haciendo del mundo un lugar mejor. Él se relacionaba con la gente. Su hermano se relacionaba con el dinero. Esa idea dejaba a Julia entre helada e indiferente. Connor Stratford le provocaba lo mismo.

La mayoría de las veces.

Otras, al observarlo con Brian, veía a un hombre completamente distinto, un hombre que alimentaba su fascinación irracional. Su muro de recelo se abría, su arrogancia se desvanecía, y todo él se iluminaba como un árbol de Navidad, rebosante de vitalidad y calidez. Era obvio que estaba loco por su sobrino, y la pasión de Brian por su tío no distaba mucho de la adoración por un héroe.

Ahora mismo se producía un claro ejemplo de ello.

-¿A que ha sido un partido genial, tío Connor? -le preguntaba Brian.

-Más que genial -le aseguró su tío, devolviéndole la palmada y esbozando aquella infrecuente sonrisa que transformaba su duro rostro en magnífico-. Estás a un paso de los profesionales. Espera un año. Dos, a lo sumo. -Le guiñó un ojo-. Por otro lado, es mejor que sigas en la escuela. De ese modo, tu mente será tan poderosa como tu brazo.

La referencia a la escuela pareció recordarle algo a Brian. Y Julia supo perfectamente qué (o quién) era ese algo.

Cómo no, Brian giró rápidamente sobre sus talones y fijó la mirada en las gradas donde ella permanecía de pie. El chaval la localizó, y sus ojos se iluminaron.

-¡Señorita Talbot! -gritó, agitando los brazos-. ¡Señorita Talbot! ¡Estoy aquí!

Julia sintió que la mirada de Connor vagaba hasta clavarse sobre ella. Tragó saliva y deseó que se la tragara la tierra. Automáticamente le devolvió el saludo a Brian mientras su mente buscaba a toda velocidad una manera de escapar de allí sin tener que reunirse con el grupo. No había ninguna.

Sí, la había. La prensa. Estaban agolpados alrededor del alcalde como un enjambre de abejas. Y ella no quería entrometerse.

Nancy Stratford cortó esa vía de fuga.

-Señorita Talbot, por favor, tiene usted que venir con nosotros -le gritó, indicándole con la mano que se acercara-. No podemos celebrar la victoria sin usted.

En contra de su voluntad, Julia obedeció.

-Señor alcalde. -Un decidido periodista lo reclamaba-. Sé que usted apoya los fondos destinados a programas de actividades extraescolares para niños. ¿Abogaría por esos mismos programas en el ámbito estatal?

-Definitivamente, sí -contestó Stephen en aquel tono suave y seguro que revelaba que sabía perfectamente de qué hablaba y lo que decía-. No todas las familias disponen de medios económicos para matricular a sus hijos en actividades extraescolares privadas, tanto si son de carácter deportivo, artístico, de estudios académicos, de servicios comunitarios o sociales. Del Estado depende que esas actividades estén al alcance de todas las familias. -Dirigió una rápida mirada en dirección a Julia-. Gracias por las lecciones de lanzamiento. Han dado un resultado excelente.

-De nada. A disponer. -Le devolvió la sonrisa y se agachó para darle a Brian un cariñoso abrazo-. Has estado sensacional. -Gracias. Dile hola al tío Connor.

¿Por qué los niños siempre se las arreglan para dar justo en el punto que tú menos deseas?

Resignada, Julia se irguió, con la barbilla un tanto levantada, y se encontró con la mirada de Connor, que la observaba descaradamente.

-Es un placer verle.

-Lo mismo digo -repuso él, con una leve inclinación de cabeza-. He oído decir que ha llevado usted a cabo un fantástico entreno de última hora.

-No fue necesario. Todo lo que a Brian le hacía falta era otro par de pulmones en plena forma para vitorearlo. Yo se los proporcioné. Era el mismo tipo de frases cortas e ingeniosas y tensa incomodidad que marcaban todos sus intercambios.

Julia se moría por salir de allí. Brian tenía otros planes.

-Cuando papá termine de hablar, iremos a tomar un helado -anunció-. Oh, y también comeremos. ¿Vendrás con nosotros? Julia meneó la cabeza.

-Lo siento, pero no puedo. Tengo un montón de exámenes de ortografía por corregir y, luego, tengo una cita con una persona amiga mía.

La última parte fue un error, Julia se dio cuenta al ver que los ojos de Brian se iluminaban, interesados.

-¿Con quién? -le preguntó- ¿Con la señorita Haley?

-No, cariño, con la señorita Haley, no -repuso Julia, debatiéndose entre lo entrañable y divertido (por parte de Brian) de la situación, y sus enormes ganas de huir. Debería haber previsto aquello. Robin

Haley era la profesora de informática de enseñanza elemental y, sí, ella y Julia eran amigas. Lo que implicaba inmediatamente, a los ojos de un alumno de segundo grado que no podía imaginar que su maestra tuviera una vida fuera de la escuela, que absolutamente todas sus amistades habían sido forjadas en el centro. Por lo tanto, Robin era la opción lógica de «una persona amiga» con la que Julia tenía una cita.

Pero no lo era. Y Julia no tenía ninguna intención de dejar a Brian perplejo especificando qué tipo de cita tenía... y, desde luego, mucho menos con quién. Greg trabajaba con el alcalde. Ella era profesora del hijo de éste. Era una curiosa coincidencia, que ella prefería que no se convirtiera en el comadreo de los minutos de descanso en el trabajo.

-¿No es la señorita Haley? -insistió Brian al instante-. ¿Entonces, quién es?

-Brian, creo que ya le has preguntado a la señorita Talbot demasiadas cosas en una sola mañana. -Era Connor el que la salvaba, aunque su tono era más divertido que de reprimenda, y Julia tuvo la clara impresión de que a él le divertía verla en aquella situación embarazosa. Se inclinó y le

susurró a su sobrino: Empiezas a hablar como uno de ellos. -Y señaló con un movimiento de cabeza hacia los periodistas.

Brian entornó los ojos y compartió una mueca con su tío. -Sí, supongo que tienes razón. Lo siento, señorita Talbot. Julia abrió la boca para responder, pero en aquel instante Cheryl, la periodista, se volvió hacia ellos.

-Señor Stratford -dijo, dirigiéndose a Connor-. Me llamo Cheryl Lager, y trabajo en el Leaf Brook News. No es un secreto que su padre y usted son los millonarios Stratford. Así que, dígame: ¿contribuirá usted de modo contundente en la campaña de su hermano para el Senado? ¿O procederá de su padre la mayor parte del apoyo financiero?

Hubo un momento (le silencio, durante el cual Julia percibió perfectamente cómo una nube de tensión caía sobre el grupo como una lápida. Miró hacia el alcalde y vio un destello de desconcertada irritación en sus ojos, que desapareció al instante. Su esposa parecía un tanto sobresaltada, y se acercó aún más a su marido, en un acto reflejo, como muestra de apoyo. Los demás periodistas se quedaron muy quietos, totalmente atentos, celebrando no haber formulado la pregunta, pero igualmente contentos de que alguien la hubiera hecho.

La expresión de Connor no se inmutó, aunque Julia estaba lo suficientemente cerca de él para ver cómo se tensaba su mandíbula. -Señorita Lager, creo firmemente que mi hermano será un senador excepcional -replicó-. Goza de mi total apoyo en todo lo que yo pueda ofrecer, incluido el apoyo financiero, si lo necesitara. Mi padre comparte estos mismos sentimientos, como estoy seguro de que él le respondería encantado. -Enarcó una oscura ceja-. Imagínese. Una inversión familiar en la campaña de un candidato. Un concepto refrescante, ¿no le parece? Seguro que es preferible a la financiación de una campaña por parte de colectivos especiales. Hubo unas cuantas risitas ahogadas y, por un instante, Julia pensó que el momento tenso se había acabado ya.

Pero Cheryl Lager no estaba dispuesta a tirar la toalla.

-En teoría, sí, suena loable. Pero se me ocurre que, dados sus innumerables intereses empresariales, usted podría tener unas cuantas ideas acerca de cómo distribuir los fondos del Estado.

Esta vez, la periodista sí obtuvo una reacción. El semblante de Connor se endureció, y la mirada que le dedicó a Cheryl fue indudablemente letal.

-Mis ideas, y mi ética, son mías, y no tienen nada que ver con estas elecciones. Además, tampoco están en venta, ni como tema de debate o acuerdo. ¿Contesta eso a su pregunta, señorita Lager?

-Al parecer, sí. -Cheryl se alejó, consciente de haber pasado el límite.

-Tío Connor. -Brian le tiró del brazo-. ¿Por qué estás enfadado? Creía que estábamos celebrando la victoria.

Algo se quebró en el interior de Julia. Quizás a causa de aquellas bruscas e injustificadas preguntas, quizá porque la victoria de Brian era dejada de lado por una periodista insolente que buscaba unas cuantas crónicas políticas baratas y de pacotilla.

-La estamos celebrando -se oyó decir a sí misma. Colocó una mano sobre el hombro de Brian y añadió: ¿Sabes?, ahora que lo pienso, tengo tiempo suficiente para comerme un helado pequeño. Además, tengo que pedirle un favor a tu padre. Julia inclinó la cabeza y miró al alcalde Stratford con ojos interrogantes-. Me preguntaba si sería tan amable de dar una conferencia a los alumnos sobre presentarse como candidato. Las elecciones para delegado de curso están al caer, y necesitamos un montón de ayuda.

-Delo por hecho. -El alcalde le devolvió la sonrisa, pero ésta parecía forzada, y él daba la impresión de estar claramente inquieto. Al igual, por cierto, que su esposa. Y Connor Stratford estaba tan tenso que Julia casi podía sentirlo temblar.

-Estupendo. Gracias -repuso ella, dirigiéndose al alcalde-. Entonces, quizá podamos escoger una fecha mientras Brian escoge un sabor.

-Buena idea. -Fue Connor quien respondió, interviniendo como si ya hubiera tenido bastante-. No más preguntas por hoy, amigos -informó secamente a los periodistas-. Estamos en nuestro tiempo dedicado a la familia. Así que, si nos disculpan...

No había manera de protestar ante ese tono. La prensa obedeció: todos recogieron sus cosas y se dispersaron.

-Gracias -le dijo en voz baja Stephen a su hermano. En su frente se apreciaban gotas de sudor.

-Vale. -Con la mandíbula aún tensa, Connor observó fijamente a Cheryl Lager, que se alejaba-. Ha estado odiosa. Pero, ¿quién soy yo para discutir con la libertad de prensa? -Volvió rápidamente la cabeza y le dirigió a su hermano una breve pero dura mirada-. De todos modos, deberíamos esperar más situaciones como ésta, ¿no? -Sin esperar respuesta, desvió la mirada,

mostrando de nuevo su comportamiento al tirar de la visera de Brean-. Vamos, campeón. Tenemos que celebrarlo.

-La señorita Talbot también -le recordó Brian.

Julia notó el destello de aquellos gélidos ojos azules sobre su rostro.

-Sí, la señorita Talbot también. Pero sólo un helado pequeño. Tiene exámenes que corregir, y tú y yo tenemos mucho que contarnos para ponernos al día.

-Vale -asintió Brian. Era obvio que la idea de pasar un rato con su tío era suficiente para compensar su desilusión por la brevedad de la visita de Julia-. Vamos a La Cuchara Gigante -la informó-. Es mi local favorito.

-También el mío -repuso Julia.

-Me muero de hambre. -Brean miró con expectación a sus padres-. ¿Nos vamos ya?

Stephen Stratford tenía la mirada perdida en el horizonte, y fruncía el ceño, absorto en sus pensamientos.

-¿Stephen? -Su esposa le dio un apretón en el brazo. Él parpadeó, restableciéndose al instante.

-Claro que sí, podemos irnos. ¿Estamos todos listos? Entonces, vámonos. -Hablando a todo el grupo como si se tratara de una sola persona, pasó un brazo por los hombros de su esposa y empezó a caminar hacia el coche.

Connor no se movió, y observó con los ojos entornados al grupo que se alejaba.

-¿Tienes tu coche aquí? -preguntó bruscamente.

Dado que Julia era la única persona adulta que quedaba allí, tuvo que dar por sentado que le hablaba a ella.

-Sí -respondió.

-Perfecto. Así, puedes irte a donde tengas que ir.

Puso una mano en el hombro de Brian y se lo llevó hacia el aparcamiento-Julia se quedó allí un momento, aturdida por la tensión que aún se respiraba en el ambiente.

Connor Stratford ni siquiera había intentado disimular que estaba ansioso por librarse de ella. Pero esta vez, el hecho no tenía nada que ver con las extrañas vibraciones que había entre ambos. Esta vez, tenía que ver con su familia, con su hermano.

Esta vez, algo malo pasaba.

Capítulo 4

2 de abril

Con los codos apoyados en el escritorio de su despacho, Stephen se daba un masaje en las sienes, ansiando que sonara el teléfono, ansiando que su instinto hubiera acertado. Necesitaba aquella victoria. Necesitaba algo bueno después del desastroso fin de semana que había dejado atrás. Primero, aquella insoportable periodista del sábado, seguida de un interrogatorio por parte de Connor. Luego, el domingo, encontrarse con que su jugada salía mal... Estupendo... Y todo había culminado la noche anterior con una agotadora pelea sin cuartel con Nancy.

Ella estaba preocupada por él. Connor estaba preocupado por él. El maldito mundo entero estaba preocupado por él.

Si se limitaran a desaparecer y dejarlo solo, todo iría bien. Sabía lo que estaba haciendo. Siempre lo tenía todo bajo control. Al fin y al cabo, era un Stratford, ¿no?

Con amargura, separó la silla del escritorio y la hizo girar para poder mirar por la ventana. Cinco pisos más abajo, la ciudad de Leaf Brook pasaba su mañana yendo a toda prisa arriba y abajo. Había mucha actividad alrededor del Ayuntamiento. Los hombres de negocios salían zumbando hacia su trabajo, los padres llevaban a los niños a la escuela o la guardería, y los clientes de los supermercados arrastraban sus carritos repletos y se los llevaban a casa.

Todo parecía tan fácil.

Quizá para algunas personas lo fuera.

Sonó su móvil. Stephen prácticamente lo aferró.

-¿Sí?

-Malas noticias. No hay negocio.

Los dedos de Stephen se tensaron sobre el teléfono.

-¿Qué quieres decir con que no hay negocio? Estaban a punto de firmar.

-Bueno, pues no lo han hecho. Él ha renegociado su contrato. Se queda.

-Mierda. -Stephen pulsó el botón que cortaba la comunicación y se metió de un manotazo el móvil en el bolsillo de la americana. Diez mil dólares que se iban por el desagüe. ¿Cuánto podían empeorar las cosas?

Alguien llamó a la puerta del despacho.

Stephen tragó saliva y apoyó las manos, con los dedos entrecruzados, sobre el escritorio. Control. Tenía que mantener el control sobre sí mismo.

-¿Alcalde Stratford? -Celeste, su secretaria, asomó la cabeza por la puerta-. Lamento molestarle, señor, pero su cita de las nueve y media ya ha llegado. Y también el señor Henderson. ¿Le hago pasar antes?

Automáticamente, Stephen dirigió la mirada hacia su agenda. Las nueve y media. Philip Walker, uno de los constructores inmobiliarios más ricos de Leaf Brook. Había dirigido la construcción de dos tercios de los comercios textiles de la ciudad, varios de sus complejos de oficinas, su principal centro recreativo y dos de sus cines. También había invertido una importante suma en el enorme centro comercial que acababa de construirse en el centro y cuya fecha de apertura estaba prevista para al cabo de menos de dos semanas. Greg le había mencionado algo sobre que Walker quería hablar con ellos de una sustanciosa propuesta de negocios que beneficiaría enormemente a la ciudad.

-¿Señor? -insistió Celeste.

Stephen levantó la cabeza y le dedicó a su secretaria una mirada de sincero aprecio.

-Sí, haz pasar primero a Cliff. Y telefona a Greg. Dile que el señor Walker está aquí. Querrá reunirse con nosotros.

-Muy bien, señor.

-Ah, y, Celeste, dile al señor Walker que estaré con él dentro de cinco minutos. Mientras, ofrécele si quiere tomar un café.

-Cómo no.

-Muchas gracias. -Stephen le sonrió cariñosamente-. Eres indispensable.
Ella le devolvió la sonrisa.

-Lo intento.

Un instante después, Cliff Henderson entró, con paso decidido, maletín en mano. Era alto y delgado, de cabellos rojizos y afables ojos castaños. La agradable apariencia y los modales y desenvoltura de Cliff se sumaban a su jovial encanto. Él aprovechaba esa simpatía genuinamente americana a su favor, inspirando en sus adversarios legales una falsa sensación de seguridad al hacerles creer que él era tan sólo un simple y modesto abogado consultor que vestía trajes de corte clásico. Lo cierto era que él no era en absoluto un profesional simple y modesto, sino un abogado extraordinario, de excepcional perspicacia, agudo instinto, y dotado de una mente que semejaba una mortal trampa de acero.

Dejó el maletín sobre el escritorio y le dirigió una rápida pero penetrante mirada a Stephen mientras lo abría.

-¿Estás bien?

-Sí, muy bien. ¿Por qué?

-Pareces un poco cansado. -Cliff esbozó una sonrisa de medio lado-. Probablemente sea el estrés de ser el padre de un lanzador, as del béisbol, un auténtico campeón. Fue un partido bastante bueno, seguido de una fiesta de celebración bastante impresionante, por lo que dijo Nancy.

Stephen se relajó, y, la expresión de su rostro se tornó un poco más dulce.

-Sí, el partido fue fantástico. En cuanto a la celebración, probablemente sea el motivo por el que hoy parezco estar un poco apagado. Me comí el helado gigante de tres bolas con plátano yo solito. Mi estómago de treinta y seis años ya no es tan resistente como antes.

-Dímelo a mí. Los días de zamparse una pizza familiar con doble de todo se acabaron hace tiempo. -Cliff sacó un informe y lo abrió mientras se dejaba caer sobre uno de los sillones frente al escritorio de Stephen-. Traigo algunos números preliminares. Tienen buena pinta, aunque la campaña acaba de empezar. Les caes bien a los votantes. Les gusta lo que propones Y defiendes. Braxton también lo sabe. Ha estado haciendo campaña con bastante empeño, cosa bastante inusual cuando faltan tantos meses para las elecciones. Eso significa que está preocupado. Hace bien. Toma, echa un vistazo. -Le alargó una hoja.

Stephen examinó la información.

-No es exactamente un fuera de combate. Sí, voy a la cabeza, pero sólo por quince puntos. No es suficiente para empezar a organizar la fiesta de la victoria. Y, no lo olvidemos, Braxton es el actual titular. Tenemos mucho trabajo por hacer. -«Y necesitamos un montón de dólares que nos respalden», añadió mentalmente. «Dólares que no tengo porque se me han escurrido entre los dedos, al igual que mi suerte.»

-He hablado con tu padre esta mañana -continuó Cliff-. Le gusta la forma que van tomando las cosas. Es optimista en cuanto al resultado.

-Me alegra oír eso. -Stephen hacía esfuerzos por evitar que su voz denotara sarcasmo. Optimista. Ésa era la manera que tenía su padre para decir que algo no estaba mal, pero que tampoco era un éxito. Lo habitual, cuando se trataba de su opinión sobre Stephen. Pero degeneraría en enojo o fastidio si el omnipotente Harrison Stratford se enteraba de lo que su hijo había hecho con el dinero que él le había facilitado para apoyar su campaña.

La sola idea le revolvió el estómago a Stephen.

Tenía que recuperar aquel dinero... y rápido.

-¿Quieres preparar la reunión con Walker? -le estaba preguntando Cliff.

-¿Sabes de qué va el asunto?

-No sé los detalles. Tan sólo que tiene que ver con una nueva propuesta, algo que todavía no está sobre la mesa.

-Sí, Greg ya me lo comentó. Pero es todo lo que me dijo. Así que no podemos preparar gran cosa. -Stephen se recostó en su sillón-. No estoy demasiado preocupado. Todas y cada una de las iniciativas de Walker han sido beneficiosas para la ciudad. Supongo pues, que ésta también lo será.

Cliff asintió con la cabeza.

-Estoy ansioso por oír lo que tiene que decirnos. Y no sólo porque él ha sido útil a la ciudad, sino porque también te ha sido útil a ti. -Guardó de nuevo el informe de la campaña para el Senado en el maletín y sacó un cuaderno de notas -y un bolígrafo-. Ese tipo es un aliado sólido, Stephen: influyente, con contactos, una buena fuente de nuevos ingresos para Leaf Brook, y una igualmente buena fuente de potenciales contribuciones para la campaña.

-Entendido. ¿Algo más, antes de iniciar la reunión? Cliff volvió a dirigirle una penetrante mirada.

-No. Excepto que te recomiendo que te vayas pronto a casa y que duermas un poco. Y que dejes los helados gigantes de tres bolas con plátano.

-Lo intentaré. -Stephen pulsó el botón del intercomunicador-. Celeste, ya puedes hacer pasar al señor Walker y al señor Matthews.

-Ahora mismo -repuso la secretaria.

Al cabo de un minuto, Celeste dio unos leves golpecitos en la puerta, la abrió e hizo entrar a los dos hombres.

Stephen se puso en pie para saludar a Philip Walker, un hombre bastante mayor que él, encajando su firme mano y estrechándosela con igual firmeza.

-Me alegro de verte, Philip. Greg, gracias por acompañarnos en la reunión. -Estrechó ahora la mano al regidor, en un gesto que se debía más al protocolo que a cualquier otra cuestión. Hacía mucho tiempo que Stephen y Greg Matthews habían dejado atrás las formalidades. Llevaban cinco años trabajando juntos en el Ayuntamiento. Además de colaborar en el presupuesto y programa político de la ciudad, comían juntos de vez en cuando, compartían una amistosa rivalidad entre los Mets y los Yankees, y mantenían pequeñas charlas de carácter personal en el aparcamiento. Greg era brillante y ambicioso, y Stephen se sentía seguro sabiendo que el bienestar fiscal de Leaf Brook estaba en sus manos.

Completó las cortesías sociales.

-Ambos conocéis a Cliff Henderson, ¿verdad? -Y señaló a éste.

-Desde luego. -Otra ronda de apretones.

-Sentaos, por favor. -Stephen indicó los sillones ubicados enfrente de él. Esperó a que todos se hubieran acomodado, antes de empezar con un recordatorio que sin duda proporcionaría un tono animado a... la reunión-. El centro comercial está listo para abrir sus puertas el catorce de abril. La inauguración que estamos organizando hará que se hable de la ciudad entera.

Philip Walker asintió, encantado; o al menos más encantado de lo que jamás se mostraba. Con sus hundidos ojos oscuros y su semblante reservado, daba la impresión de estar constantemente concentrado, casi sombrío, como si observara lo que se debatía y evaluara las posibles vías de salida.

-Bien -replicó-. Eso es lo que pretendemos. -Se pasó una impaciente mano por el denso y canoso pelo-. De hecho, estoy aquí para presentar otra idea, que creo será igualmente rentable y provechosa. Así que, si os parece bien, voy a entrar en materia.

En absoluto sorprendente. Walker era famoso por su costumbre de evitar preámbulos. Y, en este caso, a Stephen le parecía excelente. Dado todo lo que se le acumulaba en la cabeza, lo último que tenía ganas de hacer era marear la perdiz. Lo que realmente necesitaba era un poco de café muy cargado y un plan:

-Adelante.

-He estado pensando que Leaf Brook ha crecido mucho desde que tú ocupaste tu puesto. Actualmente, tiene edificios de oficinas, tiendas, tráfico congestionado... sobre todo en las zonas con alta densidad de población. Se han habilitado zonas de parking municipales por todas partes para cubrir las necesidades de aparcamiento de los ciudadanos.

-Cierto. -Stephen frunció el ceño, preguntándose dónde quería Walker ir a parar con todo aquello.

Philip se inclinó hacia delante, con el ceño fruncido, concentrado. -Construcciones Walker tiene una compañía de servicios inmobiliarios afiliada. Ofrecemos cosas como diseño de jardines, eliminación de nieve y servicios de seguridad para los propietarios o realquilados de las instalaciones que construimos. Nos gustaría expandirnos hasta un terreno más público... a saber: las zonas de aparcamiento municipales de la ciudad. Las renovaríamos, eliminando los parquímetros y construyendo garitas con encargados en todas las salidas. Reorganizaríamos la distribución de las plazas para que el sistema fuera más accesible y ventajoso. Y estableceríamos servicios de vigilancia las veinticuatro horas para garantizar la seguridad. -Entrelazó los dedos-. Así es como yo lo veo. Según mis cálculos, Leaf Brook ingresa, actualmente, un poco menos de un millón bruto al año procedente de los aparcamientos, y luego paga decenas de miles para mantenerlos. Si en lugar de eso, se arrendaran esas instalaciones a mi compañía, pagaríamos a Leaf Brook el mismo millón, más un cinco por ciento de los ingresos brutos que generaríamos con ellas. La ciudad dispondría de mejores y más seguros aparcamientos, se libraría del dolor de cabeza de mantenerlos, y sacaría buenos beneficios, además.

-Y tú también -comentó Stephen, mientras su mente procesaba a la velocidad del rayo todo lo que Walker había dicho. -Cierto. -La mirada de Philip no se desvió ni un ápice-. De todos modos, por eso estoy en el mundo de los negocios.

Stephen cogió su bolígrafo y lo hizo rodar entre sus dedos, pensativo.

-Es una idea interesante. Desde luego, merece la pena tenerla en cuenta.

-Tenerla en cuenta. ¿Significa eso que la apoyas?

-De modo extraoficial, mi primera reacción sería decir que sí. Por supuesto, tendría que revisar los números con Greg, y luego pasar la propuesta al pleno del Ayuntamiento. Como sabes, se necesita su autorización.

-Y estoy seguro que, como presidente del consejo, conseguirás esa autorización sin problema alguno. Después de todo, lo que propongo es una apuesta con premio seguro... como confirmarán sin duda los cálculos del señor Matthews. -Philip se levantó y alisó la americana de su caro traje-. Bueno. La próxima reunión del Ayuntamiento es el jueves. Expón la idea entonces. Cuando tengas la respuesta, llámame.

-Lo haré.

-Ah. -Philip se detuvo, como si de repente se le hubiera ocurrido algo-- Hablando de apuestas seguras, felicidades por tu candidatura para el Senado. Nueva York tendrá suerte al tenerte.

-Gracias. -Stephen también se puso en pie, aunque su intuición le decía que iba a pasar algo más.

Y su intuición no falló.

Philip metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un talonario y una pluma.

-Si me permites, me gustaría hacer una contribución a tu campaña. Estoy convencido de que le encontrarás un buen fin, aunque no dudo que probablemente debes de estar nadando en dinero procedente de contribuciones. Pero me gustaría ser parte de tu victoriosa campaña. -Sin esperar una réplica, garabateó un cheque, lo arrancó y se lo entregó a Stephen-. Aquí tienes. Con mis mejores deseos.

La cantidad de ceros golpeó a Stephen justo entre los ojos, Cinco. Philip Walker le acababa de donar un cheque de cien mil dólares.

Levantó la mirada, procurando no inmutarse en absoluto, mientras aceptaba el cheque y lo doblaba por la mitad.

-Es muy generoso por tu parte, Philip. Te agradezco tu apoyo. -Es un placer. -La sombra de una sonrisa curvó su severa boca-. Ahora, te dejo que vuelvas a tu trabajo. -Encajó la mano de Stephen en otro firme apretón-. Gracias por buscar un momento para recibirme. Caballeros -añadió, despidiéndose de Cliff y Greg-, me alegro de haberos visto.

Cruzó la habitación y salió por la puerta.

Greg despegó su larguirucha figura del sillón, y se puso en pie para contemplar cómo aquel hombre se marchaba. Cuando la puerta estuvo firmemente cerrada, se volvió y le dirigió a Stephen una discreta y cauta mirada.

-Pensaba que iba a tratarse de llevar adelante otro complejo de oficinas. No me esperaba esto. Lo siento, si te ha pillado por sorpresa.

-No te preocupes. -Stephen luchaba por mantener su atención centrada en aquella conversación. Por no empezar a dar brincos de alegría. Diez mil dólares. Era justo la chispa que necesitaba-. Yo tampoco me esperaba esto. Pero la idea tiene mérito. Nuestros aparcamientos municipales están en decadencia. Y mantenerlos se ha convertido en un gran quebradero de cabeza para la ciudad. Por no mencionar la cantidad de dólares tributarios que estamos gastando. Esto podría ser un buen negocio para Leaf Brook también.

-No puedo discutir eso. -Los sagaces ojos de Greg valoraron la reacción del alcalde, y la interpretaron como positiva-. Calcularé y revisaré algunas cifras. Si obtengo el resultado que espero, expondremos el asunto en la reunión del Ayuntamiento. No creo en absoluto que se opongan.

-Yo tampoco.

Cliff no dijo nada. Se limitó a garabatear algunas notas antes de dejar a un lado la libreta, entrelazar los dedos y apoyar la barbilla en ellos.

Greg se aclaró la garganta.

-Vuelvo a mi despacho para ponerme al trabajo. Consultaré tu agenda con Celeste y veré cuándo estás libre para estudiar los resultados.

-Suena perfecto -asintió Stephen-. Nos vemos a primera hora de la tarde.

-De acuerdo.

La habitación quedó en silencio hasta que Greg se hubo marchado. -Excelente, el don de la oportunidad de Walker -comentó Cliff una vez que él y Stephen quedaron a solas-. ¿Cuánto te ha dado?

Sin mediar palabra, Stephen le alargó el cheque. Cliff soltó un grave silbido de admiración. -Una contribución bastante importante.

-No te lo voy a discutir. -La conciencia de Stephen le hizo preguntar lo que era obvio-: Bueno, dime, ¿acabo de ser sobornado?

Cliff hizo una mueca de ironía.

-Creo que Philip Walker lo llamaría un incentivo. Si eso significa o no lo mismo es una cuestión de interpretación. No te ha amenazado con retirar los fondos si tú, en el último momento, rechazas su propuesta de negocio. Y, dado que, técnicamente, puedes hacer el cheque efectivo ahora mismo, mucho antes de que el pleno tome una decisión, no creo que se considere un soborno. Eso no quiere decir que ese hombre te aprecie muchísimo más si consigues sacar el asunto adelante por él.

Ésa era la respuesta exacta que Stephen deseaba oír. Su conciencia estaba limpia.

-Desde luego -admitió, entreviendo un rayo de esperanza que hacía tan sólo media hora había brillado por su ausencia-. Pero lo cierto es que su idea es buena. Buena para Walker, sí, pero también para Leaf Brook. Con o sin incentivos.

-En ese caso, ya tienes tu respuesta.

-Supongo que sí. Ahora sólo queda recibir la corroboración de Greg y la autorización del pleno.

-Y otra cosa. Decidir cómo emplear tu última contribución recibida.

Oh, Stephen sabía perfectamente cómo emplearla, por supuesto. Haría unas cuantas apuestas estratégicas que incrementarían la cifra y lo ayudarían a recuperar sus pérdidas.

Corrección: las pérdidas de su padre.

Él quedaría libre de culpa. Todo volvería a su cauce e iría bien. -De acuerdo -murmuró mientras su mente pasaba rápidamente de una posibilidad a otra-. Espero que la contribución de Walker dará para mucho.

Capítulo 5

Había algo mágico en el recreo. Todos los problemas y las inhibiciones desaparecían con la primera bajada por el tobogán o la primera trepada por las estructuras de madera.

Ah, volver a tener siete años...

Julia sonrió al contemplar a tres de sus alumnos negociando para ocupar dos columpios vacíos. Krissy, como de costumbre, se imponía a las otras dos niñas. Pero, esta vez, sus tácticas encontraban resistencia. Jenny, que normalmente era muy tímida, tenía las suficientes ganas de columpiarse para plantar cara. Y el acusado sentido de la competición de Lori tampoco se quedaba corto.

Aquello iba a ser un empate.

Al ver que habían llegado a un callejón sin salida, las tres niñas recurrieron a la única solución posible que no les haría perder el precioso tiempo del recreo en discusiones: jugaron a «piedra, papel, tijera» para decidir quién tendría la suerte de columpiarse. Nada más equitativo que eso.

Un minuto más tarde, Krissy se alejó con paso decidido para intentar ejercer de mandona sobre algunos de los niños.

La mirada de Julia se paseó por todo el patio, como cada día, para comprobar que todos los alumnos, dieciocho, estaban bien. Todos Perfectamente.

Frunció levemente el ceño al divisar a Brian, alejado de los demás Y lanzando al aire una pelota de béisbol para recogerla luego con su guante y volverla a lanzar. No era propio de Brian quedarse al margen. Ni estar tan callado. Sin embargo, había estado así durante todo el día. Incluso después de la aplastante victoria del sábado.

Por enésima vez, Julia se preguntó qué había pasado el resto del fin de semana para alterar su comportamiento de forma tan drástica. Fuera lo que fuera, había empezado con aquella grosera periodista y sus indiscretas preguntas. El alcalde Stratford se había mos_ trado irritable a partir de aquel momento. La celebración en La Cuchara Gigante, aunque aparentemente alegre, estuvo marcada por la misma tensión que Julia había percibido en el campo de juego. Los padres de Brian habían hecho lo posible por ocultarlo, pero Julia notaba su tensión emocional. Y Connor Stratford se mostró inequívocamente glacial durante los pocos momentos que no estuvo hablando con Brian.

Julia se marchó de allí tan pronto como le fue posible. Pero se sintió intranquila todo el fin de semana, preocupada por Brian. Con motivo, al parecer.

-Hola. -Robín Halley se acercó a Julia protegiéndose los ojos del sol con la mano a modo de visera-. Hemos hecho una pausa. No reanudo la clase en el laboratorio hasta dentro de veinte minutos. Así que he pensado venir a verte y averiguar cómo te fue la cita.

Por un instante, Julia estuvo a punto de preguntarle a qué cita se refería. Pero enseguida se dio cuenta de que Robin hablaba de su velada con Greg.

-La obra de teatro, muy buena -repuso-. Después, fuimos a comer algo al centro. Teniendo en cuenta lo exhausta que estaba yo, me lo pasé muy bien.

Robin se colocó un mechón de sus rubios cabellos detrás de la oreja.

-¿Y...?

-¿Y ... qué?

Su amiga lanzó un suspiro.

-Julia, conozco a Greg Matthews. Es un hombre increíblemente guapo. Y te persigue como un loco. Te llama, te manda flores, te lleva al teatro... ¿Cuál es el problema, entonces?

Julia evitó cruzar la mirada con la de su compañera, y siguió vigilando atentamente a sus niños. Odiaba esta conversación. Robín era una buena amiga, pero se metía demasiado en la vida social -o en la falta de ésta- de Julia. De no ser porque sabía que no llevaba mala intención, Julia la habría enviado a freír espárragos. Pero su intención era buena. Y para Robin, que era la típica chica de mundo, sociable y simpática, una vida social saludable comportaba citarse con un montón de hombres y explorar cada relación al máximo posible. Cosa que estaba muy bien... para Robin. Pero no funcionaba con Julia.

-No hay ningún problema -le respondió llanamente-. Sí. Greg es un hombre muy atento. Disfruto con su compañía. No sé qué es lo que quieres que te diga. Sólo hemos salido unas cuantas veces.

-Sí, ya lo sé. Y Greg no me parece de los que están acostumbrados a esperar.

Eso era verdad. Greg era un hombre acostumbrado a conseguir rápidamente lo que quería. Pero también era muy astuto. Y había captado enseguida que Julia no era de las que separaban los vínculos físicos de los emocionales. Al principio, se había mostrado muy paciente, y se había abstenido tangiblemente de presionarla. Sin embargo, en aquella última ocasión, la cosa había sido un poco más difícil. Al acompañarla hasta su casa, el sábado por la noche, quiso entrar... y no para tomar un café. Ella sorteó la situación aduciendo que estaba muy cansada. Era la verdad.

De acuerdo, sólo parte de la verdad.

El resto le habría sonado a melodrama barato o culebrón ridículo a un hombre tan curtido y primario como Greg a la hora de «dar el siguiente paso».

Julia se dio cuenta de que no era justo. Pero no podía evitar quién era ella. Así que le sugirió a Greg que se vieran un poquito menos. No funcionó. Él aminoró la presión de inmediato, disculpándose por haberse precipitado y asegurándole que estaba dispuesto a esperar, a retirarse y a darle todo el tiempo que necesitara.

El problema era que Julia no estaba segura de que el tiempo cambiara nada. Sobre todo si lo que su madre le había dicho la noche anterior era cierto. Fuera cual fuera la chispa que se suponía que debía existir entre ella y Greg (al menos, desde su punto de vista), todavía no había saltado. Y tampoco se había desarrollado ningún sentimiento serio. Aquel hombre le gustaba. Punto.

-¿Julia? -la apremió Robin.

-No hay nada más que contar, Rob. Julia zanjó el tema firmemente, mientras su preocupada mirada se dirigía de nuevo hacia Brian-. Siento desilusionarte, pero...

-No es eso. -Su amiga tampoco la miraba, sino que observaba la zona del otro extremo del patio-. Hay un tipo mirando a los niños. Allí, junto a la valla. Detrás de los árboles.

-¿Un tipo? Julia se volvió y se ladeó un poco para poder ver lo que había tras el grupo de robles. Divisó al hombre alto que, apoyado en la valla, con los brazos cruzados, tenía la mirada fija en la zona donde jugaban los niños.

Lo reconoció de inmediato.

-Es Connor Stratford -murmuró-. El tío de Brian. -Miró de nuevo a Robin-. ¿Puedes vigilar a los niños por mí un minuto?

-Claro.

-Gracias. Julia se dirigió hacia la valla y rodeó los árboles que ocultaban a Connor de la vista. Él debió de verla llegar, pero no dio signos de ello.

-Hola -lo saludó Julia concisamente mientras se le acercaba-. ¿Puedo ayudarle en algo?

Aquellos fríos ojos azules destellaron sobre ella.

-No recuerdo haber pedido ayuda.

-Cierto. ¿Significa eso que ha venido a contemplar el recreo? ¿O sólo está esperando a que quede libre un columpio?

Connor frunció tan levemente la boca, que pareció que tal reacción fuera contra su voluntad.

-Los columpios nunca fueron lo mío. Yo era más bien un entusiasta del juego de pelota llamado «a matar».

-«A matar». Vaya, ¿por qué será que no me extraña en absoluto? Podía perseguir agresivamente a los demás, arrojarles la pelota, tocarlos con ella, huir del contraataque calculando la dirección de los rebotes del balón para evitarlos... y ganar. Suena bien.

Esta vez, él la sorprendió con una risita.

-No tienes muy buena opinión sobre mí, veo.

-No le conozco lo suficiente para tener ninguna opinión sobre usted. Excepto cuando se trata de Brian. Obviamente, usted lo adora. -Hizo una pausa y miró rápidamente por encima de su hombro al chico, que seguía jugando solo-. Y también está preocupado por él -se atrevió a aventurar, en voz baja-. Igual que yo. Brian ha estado hoy inusitadamente abstraído. He intentado hablar con él, sin mucho éxito. -Volvió a mirar a Connor-. Supongo que no querrá darme alguna pista sobre lo que le pasa.

Julia no tenía demasiada esperanza de obtener una respuesta. Efectivamente, el tío de Brian repuso a su pregunta con un cerrado silencio.

-¿Tiene algo que ver con la campaña de su padre? -insistió ella, planteando lo obvio-. ¿Está tenso el ambiente en casa? Desde luego, eso parecía el otro día. Y los signos son inequívocos.

-¿De veras? -Connor se irguió, con el semblante severo.

-Sí. Julia se asió a la valla, desanimada ante el muro que Connor levantaba para mantenerla al margen-. Señor Stratford, tengo experiencia en este campo. Sé cuándo un niño se siente herido y lo está pasando mal.

-Vaya. ¿Eres psicóloga? Creía que eras maestra.

-Soy ambas cosas. Me he graduado en psicología y educación infantil. También doy conferencias en hospitales sobre temas relacionados con el bienestar emocional de los niños. Estoy más que cualificada. Así que, créame, no me estoy tirando ningún farol.

Un destello de interés brilló en los ojos de Connor.

-Psicología infantil y educación elemental. Estoy impresionado.

-Permítame que lo dude. Ninguna de las dos profesiones proporciona los ingresos que lo impresionarían. Y las charlas son sin remuneración.

-Acabas de decir que no me conoces. ¿Cómo quieres saber lo que me impresionaría?

-Intuición. Los inversores de Bolsa valoran el dinero y las oportunidades para seguir enriqueciéndose. Está muy lejos de lo que valoran los psicólogos y maestros.

Más que enojado, Connor parecía intrigado, y ladeó la cabeza para observar mejor a Julia.

-¿Debo entender que conoces a varios inversores de Bolsa? Ella se sonrojó al darse cuenta de que él la había atrapado y lo sabía. Julia hablaba basándose en la ira y la desazón, no en hechos. Y Más aún: no era propio de ella juzgar de ese modo.

-No te sientas tan culpable -le espetó él al leer la expresión de su rostro-. Tu apreciación es correcta. Sólo me preguntaba si se basaba en tu observación de alguien más que yo. Pero deja que te dé una pista: ahí fuera hay un mundo enorme y perverso. No es sólo la gente que vive de las finanzas la que se deja llevar por la codicia y el poder. Casi todo el mundo lo hace. Echa un vistazo fuera de tu aula de vez en cuando. Te sorprenderás. -Dicho esto, se dispuso a alejarse-. Me voy antes de que Brian me vea. Preferiría que no se enterara de que he estado aquí.

«¿Por qué?», quiso preguntar Julia. «¿Porque se pondría triste cuando usted tuviera que despedirse? ¿O porque le contaría a su padre la visita?»

-Señor Stratford. -Sin pensar, lo asió del brazo. Necesitaba decir algo más antes de que él se fuera.

Connor se detuvo, clavó sus ojos azul grisáceo en los dedos de Julia y luego desplazó la mirada hasta su rostro.

-¿Qué?

Ella lo soltó rápidamente.

-Sé que no le gusto. Es libre de sentirlo así. Pero no tiene nada que ver con Brian. Su sobrino es muy especial para mí. Así que, si le está pasando algo malo, quiero ayudar.

La expresión de Connor se endureció.

-Ya lo veo. Pero no puedes. Así que mantente al margen. -Se alejó unos pasos, y luego se volvió y buscó los ojos de Julia-. Para que quede claro, no es cierto que no me gustes. Y me llamo Connor.

Capítulo 6

Connor no volvió a la ciudad hasta el lunes por la tarde.

Después de irse de la escuela de Brian, estuvo dando vueltas con el coche durante cuatro horas, totalmente preocupado por el aspecto desanimado y alicaído de su normalmente enérgico sobrino. Se sentía morir al ver a Brian tan deprimido. Y le provocaba ganas de exigirle a su hermano un poco de sentido común y, más importante aún, unas cuantas prioridades.

¿Acaso Stephen no veía lo que le estaba haciendo a su hijo? Connor entró a zancadas en su apartamento de la zona alta, se quitó la chaqueta y la dejó caer sobre el sofá. Se sentía abatido. Había salido del apartamento al amanecer, había llegado al despacho antes de las siete, y se había marchado de allí a las diez para volver a un barrio del que había huido dos días atrás. ¿Y por qué? Porque albergaba la esperanza de encontrar allí algo que lo tranquilizara. En lugar de eso, había visto a Brian peor aún que el sábado. Obviamente, la tensión entre Stephen y Nancy había estallado en algún momento entre el sábado por la tarde (después de las duras palabras que Connor y Stephen intercambiaron a puerta cerrada) y el lunes por la mañana, cuando Brian se iba a la escuela. Siendo tan sensible como era, Brian recogía y guardaba en su interior cada una de las gotas del estrés de sus padres. Un estrés que podía evitarse totalmente, si Stephen así lo quisiera.

Maldita sea. Su hermano volvía a apostar.

Mascullando para sí, Connor se acercó al mueble-bar y se sirvió una copa. Con ella en la mano, fue hacia el ventanal del salón, y con, templó la silueta de los edificios de Manhattan contra el cielo.

Stephen había empezado a apostar cuando cursaba los estudios en el instituto. Incluso antes, si valían asuntos de menor importancia como apostar con sus compañeros si el equipo de la escuela iba o no a llevarse el trofeo de aquel año. De ahí, la cosa pasó a apuestas más fuertes y a frecuentar locales pro-béisbol (cifras bajas para los partidos de la temporada, y miles de dólares para los partidos de Súper Copa y Mundial). La adicción empeoró con el paso del tiempo. Y, al mismo ritmo, la personalidad de Stephen se hizo más y más errática, inestable, a veces eufórica, a veces hundida. Sus altibajos podían llenar una enciclopedia.

Connor conocía y entendía la raíz del problema de su hermano mejor que ninguna otra persona. Stephen necesitaba reafirmarse, demostrar que era un vencedor.

Para cumplir con las expectativas de su padre.

Connor no disfrazaba la realidad. Harrison Stratford era un despótico hijo de puta cuya obsesión por ganar dinero tan sólo se veía superada por su obsesión por el poder. Creía en vencer, siempre, y fueran cuales fueran las circunstancias, y no estaba dispuesto a aceptar que sus hijos fueran menos.

Stephen tuvo la mala suerte de ser el primogénito. Un hijo mayor que Connor, se erigió inmediatamente como el preferido de papá. Las mejores escuelas, las mejores notas, el capitán de la mayoría de los equipos de competición universitaria. De ahí, a Yale y a la Facultad de Derecho de Yale. El plan constaba de una serie de pasos que afianzaban el camino: primero, reconocido abogado; luego, destacada figura política en el ámbito local; después, un salto al Senado; de ahí, al Congreso y (con el currículum, la imagen, el programa y el aval adecuados) directo a la Casa Blanca.

Jamás se habló de lo que realmente quería hacer Stephen porque para su padre, no tenía la menor importancia. Y tampoco se tuvo en cuenta sus aptitudes, los temas que le interesaban o su carácter. Harrison Stratford siempre lo decidió todo. Y Stephen obedecía.

El camino de Connor fue más fácil. Para empezar, era el segundo hijo. Las expectativas eran distintas. Además, encajaba en el Perfil profesional de su padre de una forma admirable. Tenía una inclinación natural para hacer dinero. A los ojos de Harrison, eso le convertía en su fiel reflejo. Y, sin un rol que desempeñar ni un récord nacional que alcanzar, Connor era libre de perseguir su meta: labrarse un camino en Harvard, obteniendo directamente la graduación en estudios comerciales. Desde el principio, estuvo claro que Connor tenía talento para llevar a cabo las inversiones adecuadas. Eso le proporcionó importantes puestos de trabajo y enormes ganancias. Al cumplir los treinta, fundó su propia compañía y llevó las riendas de su vida él solito. A los treinta y tres, ya era millonario. Como resultado, se ganó el respeto de su padre y cumplió también sus expectativas.

Las que se referían a Stephen eran mucho más elevadas y a más largo plazo. Connor era un hecho consumado; Stephen, una tarea a medio hacer.

Harrison no tenía ni idea de la adicción a las apuestas de su hijo. Connor siempre se encargó de ello personalmente, apartando a Stephen del juego cuando estaba metido hasta el cuello o dando la cara por él cuando era necesario. Y, más importante aún, hablaba con él, o quizá fuera más ajustado decir que lo sermoneaba. Buscar ayuda profesional no era una opción factible... si llegaba a oídos de la prensa el motivo de su terapia, Stephen estaría acabado. Así que dependía de la gente que apreciaba a Stephen (Connor, desde el principio, y después también Nancy) proporcionarle la fuerza que necesitaba para mantenerse alejado del juego.

Después de casarse, ser padre, ejercer como alcalde con éxito, y con Connor siempre vigilante, Stephen mejoró, finalmente. Consiguió llevar el control de su vida y desterrar su adicción en un oscuro rincón de su pasado, donde siempre se quedó.

Hasta que se puso en marcha aquella maldita carrera hacia el Senado.

De repente, la presión de tener que triunfar, de tener que ser el mejor, de tener que ganar volvía a aparecer ante sus ojos, y le acechaba como un animal depredador.

Connor percibió la transición de la personalidad de su hermano alrededor de la noche de Fin de Año, cuando empezaron los planes de la campaña. Connor observó a Stephen calladamente, sin decir nada a nadie... ni siquiera a Nancy, cuyo exagerado brillo en los ojos sonrisa demasiado radiante delataban que ya lo sabía. Connor rogó por estar equivocado. Pero todos sus instintos le gritaban que los fantasmas del pasado de Stephen estaban asomando de nuevo. Incapaz de dejar a un lado su preocupación, empezó a visitar Leaf Brook más a menudo, a estudiar el comportamiento de Stephen y, más delicado aún, a observar los posibles efectos sobre Brian.

Hasta ahora, Brian parecía estar perfectamente.

Pero el sábado pasado todo se desencadenó. El comportamiento de Stephen (la llamada urgente que hizo, sin poder esperar a que el partido terminara, y su hipersensibilidad en lo referente al aval financiero de su campaña) confirmó las peores sospechas de Connor. Y la reacción adversa de Brian confirmó sus peores miedos.

Aquel excepcional crío se estaba convirtiendo en víctima de la guerra de Stephen.

La charla entre Connor y Stephen no había sido en absoluto agradable. Connor no se había preocupado en medir sus palabras, y le recordó sin contemplaciones a su hermano los tinglados del pasado que habían costado una fortuna y, que habían llenado de tensiones el matrimonio de Stephen. También le refrescó la memoria en cuanto a que ahora tenía un hijo que era lo suficientemente mayor y despierto para notar el comportamiento de su padre y, por lo tanto, para sufrir las consecuentes heridas emocionales.

Stephen se había rebotado, y ambos acabaron discutiendo a gritos. La cosa terminó cuando Stephen llamó a Connor bastardo mojigato, con todas las letras, y le aconsejó meterse en sus propios asuntos, coger su maldito dinero y sus sermones paternalistas, e irse directamente al infierno.

Connor se sentía furioso. Estaba fuertemente tentado de largarse y no volver más. Y podría haberlo hecho, de no ser por Brian.

Pero no podía soportar la idea de que su sobrino sufriera a causa de la debilidad de Stephen y la incapacidad de Nancy para enfrentarse a la verdad. Brian necesitaba estabilidad en su vida, necesitaba a alguien con quien contar. Y, por ahora, ese alguien era su tío Connor. Su tío Connor y Julia Talbot.

No cabía la menor duda de que Brian tenía un aliado en la señorita Talbot. La dedicación de ésta hacia Brian los últimos años hablaba por sí misma. Y hoy... bueno, desde luego, ella había dejado muy claro lo mucho que le importaba aquel chaval. Por no mencionar su actitud protectora hacia él. Tanta y tan profunda implicación era de admirar.

Juguetando con la copa entre ambas palmas, Connor pensó en la profesora de Brian y reflexionó sobre la breve conversación que habían mantenido unas horas antes.

Julia Talbot no era exactamente como él había supuesto en un principio. Oh, algunas de sus observaciones sobre ella sí eran acertadas. La naturalidad, por ejemplo. Julia Talbot veía el mundo a través de unos ojos que, sorprendentemente, no estaban velados por el cinismo o por el deseo de cumplir con unas metas egoístas. Sus atributos físicos eran también naturales e igualmente notables... hecho del que Connor no podía evitar darse cuenta, incluso con la mente preocupada por Brian. Y, por supuesto, había que tener en cuenta también los sentimientos de Julia Talbot hacia Brian, que eran totalmente sinceros.

Por otro lado, aquella maestra tenía más agallas de lo que Connor había imaginado, a lo que había que sumar un humor punzante y una impresionante manera de acercarse sin rodeos, directa. Según la experiencia de Connor, la gente poseía desparpajo, o era cáustica, pero raras veces directa. Y, viniendo de una idealista maestra de escuela primaria, aquello le sorprendía.

En cuanto a lo que ella había notado en Brian, su percepción era exacta. En cierto modo, eso era bueno, porque no lo perdería de vista y lo seguiría observando con el celo de un halcón, por si aparecían signos de nerviosismo o abatimiento. Por otra parte, si a ella no le gustaba lo que veía, podía llevar el asunto un poco más allá. Podía ponerse en contacto con Nancy y Stephen, o comentar su preocupación con alguno de sus superiores. Y eso podía acarrear problemas con el efecto de una bola de nieve.

No había que dejar que Julia Talbot se involucrara más y más en aquel problema. Tenía que mantenerse al margen de todo aquello. Dependía de Connor procurar que así fuera.

Por los medios que hiciera falta.

Capítulo 7

5 de abril

Empezaba a cundir el pánico.

Stephen se paseaba arriba y abajo en su despacho, con la camisa empapada en sudor. Se despojó de la chaqueta de estilo informal y la corbata, las dejó caer sobre el sillón y se arremangó.

Pensar. Tenía que pensar.

Todo iba mal. Estaba metido en un agujero demasiado profundo, y no tenía dónde acudir. Ni siquiera Connor era ya una posibilidad. No después de haberlo insultado y echado de su casa el otro día. Y no con esta monumental deuda. Era tres veces mayor que lo que él jamás había debido. Connor querría matarlo.

Medio millón de dólares. ¿Cómo era posible que sus pérdidas sumaran una cantidad tan excesiva? Él tan sólo había hecho unas cuantas apuestas, maldita sea. Todas eran asuntos seguros, estratégicamente dispuestas, investigadas y escogidas con toda cautela. El problema era que había apostado en partidos de jockey. Y Stephen no tenía para el jockey el instinto innato que tenía para el fútbol o el béisbol. Pero las cosas iban totalmente a destiempo, y no le había quedado otra opción. Con la Copa Stanley, de jockey, en pleno estado de efervescencia, éste era el único deporte que proporcionaba apuestas lo suficientemente altas para lo que Stephen intentaba. Hacía ya mucho que se había terminado la temporada de fútbol, y la inauguración de la de béisbol acababa de tener lugar aquella misma semana. En cuanto a los partidos de pretemporada, no eran en absoluto rentables.

Así que había tenido que ser el jockey.

Y ahora, Stephen debía quinientos mil dólares.

Se pasó la palma de la mano por la frente. Ya era nefasto que un poco más de ciento cincuenta mil de ellos hubieran salido de sus cuentas personales. Pero el resto (trescientos cuarenta y siete mil seiscientos cincuenta dólares, para ser exactos) provenían de los fondos de la campaña. Y buena parte de esos fondos eran la inversión de su padre.

Stephen no estaba seguro de qué sería peor, si ir a la cárcel o enfrentarse a su padre.

¿Qué demonios iba a hacer ahora?

Tenía que recuperar aquel dinero... y rápido. Antes de que Cliff descubriera las irregularidades, antes de que la prensa cavara lo suficientemente hondo para descubrir sus dudosas actividades. Stephen no disponía de demasiado tiempo, sólo un poco... unos cuantos días, quizás una semana. Tenía que retornar el dinero a su lugar.

Pero, ¿cómo? ¿Adónde podía acudir en busca de ayuda? Volvió a pensar en Connor. ¿Tenía Stephen las agallas de llamar a su hermano?

¿Tenía la opción de no hacerlo?

Estaba dándole vueltas a aquello cuando sonó su línea privada. Aturdido, miró fijamente el teléfono, sin hacer ningún movimiento para descolgar. Hacía mucho rato que se había acabado el horario laboral, lo que significaba que aquella era una llamada de índole personal. Pues bien, él no tenía ganas de hablar con nadie. Si tuviera que jugarse algo (y eso que sus elecciones, últimamente, valían muy poco la pena), apostaría a que se trataba de Nancy, preguntándose dónde estaba a aquellas horas y cuándo volvería a casa para cenar. Stephen no podía hablar con ella. Ahora, no. Y, desde luego no podía enfrentarse a ella. En cuanto a Brian... ¿cómo podría mirara su hijo a los ojos, sabiendo cómo estaba echando a perder la vida de tres?

Brian creía que su padre era un héroe.

Bueno, pues no lo era. Era tan sólo una tramposa y deleznable estafa. Un día u otro, Brian lo descubriría.

Pero, ¿acaso tenía que saber la verdad antes de cumplir los ocho? El teléfono dejó de sonar, y luego empezó de nuevo, esta vez con mayor insistencia.

De acuerdo. Stephen iba a acabar con todo aquello.

Se aclaró la garganta para procurar que el tono de su voz sonara normal, se inclinó y asió el teléfono de su plataforma.

-¿Nancy?

-No, señor alcalde, soy Philip Walker. Siento llamarte por tu línea privada, pero es que acabo de hablar con Greg Matthews. Me ha informado sobre los resultados del pleno del Ayuntamiento. Y tengo que decir que no estoy demasiado complacido.

Estupendo. Esto era lo último que Stephen esperaba. Con el frenesí de las últimas horas, Stephen se había olvidado por completo del pleno que se había celebrado aquel mismo día. Le había pedido a Greg que informara a Walker del resultado. Debería de haberse imaginado aquella llamada en respuesta. Aunque no tenía ni idea de cómo había conseguido Walker su número privado.

¿Y qué más daba? Aquel hombre estaba al otro lado de la línea y esperaba una respuesta.

Y Stephen no estaba en condiciones de dialogar con él.

-Hola, Philip -lo saludó, poniendo el piloto automático e intentando desesperadamente mantener sereno el tono de voz-. Ahora mismo me iba a casa. Me alegro de que Greg te haya localizado. Sí, yo también me he sorprendido. No tenía ni idea de que uno de los miembros del consejo estuviera estudiando alternativas para los aparcamientos municipales. Sin embargo, lo que propone merece la pena. No sé si Greg te habrá contado detalles, pero la propuesta es que desaparezcan los pagos por hora y por día. La ciudad expediría licencias de parking para largo plazo. Los importes de dichos permisos serían cobrados por el secretario del Ayuntamiento anual o semestralmente. Es una alternativa sencilla y de bajo coste a lo que tenemos ahora.

-Quizá. -Pausa meditabunda-. Pero, por otro lado, este sistema no ofrece ningún tipo de seguridad para los coches o los propietarios que van a recogerlos.

-He hecho esa advertencia en la reunión -repuso Stephen, casi incapaz de pensar a causa de cómo le retumbaba la cabeza-. Y tu propuesta todavía sigue sobre la mesa. Pero tengo que serte sincero.

La mayoría de los miembros del consejo se inclinan por la opción de las licencias. Es barata y menos drástica que convertir todo el sistema de aparcamientos entero en una empresa privada.

-Ya veo. -Silencio absoluto, denso-. Bueno, espero que les harás cambiar de opinión. De hecho, estoy seguro de ello. -Quizás era el estado de ánimo de Stephen, pero aquellas palabras le sonaron más como una orden que como una petición-. De todos modos, no quiero robarte más tiempo. Vete a casa, con tu familia. -Philip tosió-. Pero, antes de colgar, también te he llamado por otra cuestión. Es un poco embarazoso hablar de ello, pero me he dado cuenta de que cometí un grave error en el cheque de contribución a la campaña que te entregué. Debía de estar con la mente en otro lugar cuando lo rellené. Sin darme cuenta, añadí un cero de más. Te agradecería que lo rompieras. Por supuesto, te firmaré un nuevo cheque por la suma que tenía la intención de donarte... cien mil dólares.

Stephen sintió que la bilis le quemaba la garganta. Se dejó caer lentamente en el sillón, temblando de pies a cabeza. Aquello tenía que ser algún tipo de broma de mal gusto. ¿Romper el cheque? No podía hacerlo. Ya había apostado treinta mil dólares de la cifra.

-¿Señor alcalde?

-Estoy aquí -se oyó decir Stephen a sí mismo.

-No te ofendas. Ojalá pudiera contribuir más. Pero no siempre tenemos lo que deseamos. Seamos sinceros: la vida es una mierda. Si tenemos suerte, salimos adelante. Si no, acabamos como perdedores. Normalmente, eso está en manos de la loca suerte... que, como tú ya sabes por recientes experiencias personales, puede significar una larga mala racha. De vez en cuando, podemos controlar cómo van las cosas. Como, por ejemplo, cuando se trabaja codo a codo, teniendo presente que «hoy por ti, mañana por mí», y todo el mundo consigue lo que quiere. De todos modos, ¿cuántas veces se presenta una ocasión así?

Esta vez, no había duda alguna sobre el mensaje de Walker. Era inequívoco.

En su totalidad.

Gélidos escalofríos recorrieron el espinazo de Stephen. -¿Estás insinuando que los cien mil dependen de...?

-Esta conexión telefónica es horrible -lo interrumpió Philip cambiando de tema-. Maldita sea, odio los teléfonos. De todos modos, tú ya te ibas a casa. Te dejo que vayas con tu esposa e hijo. Un leve clic, seguido del tono de marcación.

Stephen seguía sentado, solo en su despacho a oscuras, con la cabeza escondida entre las manos, mucho después de que Philip Walker hubiera colgado.

Lo estaba chantajeando. Aquello ya era un mal asunto. Pero, ¿cuánto sabía Walker? Muchísimo, obviamente.

Para empezar, de no ser así, toda aquella situación no tendría sentido alguno. Si Walker sólo se basara en los tratos que había mantenido antes con Stephen, su percepción de éste lo habría llevado a pensar que el alcalde era un gobernante completamente limpio y ético. En este caso, por lo tanto, esperaría que Stephen se sintiera ultrajado por sus insinuaciones. Esperaría que rompiera el cheque, rechazara cualquier otro ofrecimiento e informara a la policía del intento de extorsión de Walker.

Pero las cosas no habían ido así.

Lo que desembocaba en la peor parte. Aquella inequívoca referencia a que la vida era una mierda, y el igualmente claro comentario sobre las recientes experiencias personales y la larga racha de mala suerte. La analogía con el hecho de apostar era demasiado precisa para que pudiera tratarse de una coincidencia.

No, la cosa estaba más que clara. Philip Walker sabía que Stephen estaba en apuros. Pero, ¿cómo? Y, más importante aún, ¿hasta qué punto llegaba la información que poseía? ¿Sabía que Stephen estaba hasta el cuello de deudas de juego? ¿Sabía que el dinero había salido de los fondos de la campaña, y que aún tenía que ser restituido? Peor aún: ¿sabía que su propia contribución figuraba entre las pérdidas? ¿Era ese el motivo por el que estaba tan seguro de que el chantaje daría frutos... porque Stephen no podía devolverle un dinero que ya no tenía?

Stephen respiraba tan agitadamente que podía notar cómo su Pecho subía y bajaba. Tenía que averiguar cuánto sabía Walker. Si el asunto era tan malo como sospechaba, tenía que convencer a Walker de ser paciente y no pedirle que le devolviera su dinero. Le prometería defender con toda su firmeza y tesón su propuesta para el aparcamiento municipal. Qué demonios... a Stephen no le importaba en absoluto cuál de las dos ideas aprobara el pleno. Así que apoyaría activamente la de Walker... por razones de seguridad, afirmaría. Era un argumento válido. De algún modo se impondría sobre los otros miembros del consejo. Tenía que hacerlo.

Descolgó su teléfono privado y marcó un número.

-¿Sí? -Walker contestó al primer timbrado. Era obvio que esperaba la llamada.

-Necesito verte -dijo Stephen, sin preliminares-. Esta noche. -¿Señor alcalde? -Sorpresa fingida-. Creía que ya estarías en tu casa, sentado a la mesa para cenar.

-Pues no. Y, al parecer, tú tampoco. ¿Cuándo podemos encontrarnos?

Pausa meditabunda:

-¿Qué te parece dentro de media hora, en el bar de la esquina de la Norte con la Tercera?

-Allí estaré.

Stephen ya se había bebido la mitad de su combinado de ginebra cuando Philip entró en el local y se acomodó en el reservado del rincón más oscuro. Se desabrochó la cazadora, pidió un whisky, esperó a que se lo sirvieran, y tornó un largo trago antes de mirar a Stephen a los ojos.

-¿Querías verme?

-Me gustaría que me dieras una explicación.

-¿Sobre qué?

Con dedos temblorosos, Stephen dejó su vaso sobre la mesa:

-No tengo ganas de jueguecitos. Quiero saber lo que has querido decir con trabajar codo a codo.

La vidriosa mirada de Philip se clavó en la de Stephen.

-Creo que la frase se explica por sí misma. Tú tienes algo que yo quiero. Yo tengo algo que tú quieres. Podemos ayudarnos el uno al otro. -Otro trago-. Así de sencillo.

-¿Qué es lo que te hace pensar que yo me rebajaría a hacer tratos sucios tan sólo por obtener una donación para la campaña. Philip torció sus delgados labios en una especie de leve sonrisa de medio lado.

-No es una donación cualquiera. Es una donación de cien mil dólares. Que no puedes devolver porque ya has invertido un parte en apuestas deportivas.

A Stephen se le revolvió el estómago. -No sabes de qué estás hablando.

-¿Ah, no? En ese caso, te diré algo. Denuncia el farol que me estoy tirando. Dile a la policía que eres víctima de un chantaje. -Le ofreció a Stephen su móvil-. Adelante. Los esperaré aquí hasta que lleguen y me detengan.

Lanzando un gran suspiro, Stephen bajó la mirada y la fijó en su bebida.

-Quieres el contrato del aparcamiento municipal con Leaf Brook.

-Ésa es la idea.

-No puedo obligar al consejo que vote lo que yo quiero. Pero sí puedo hacer presión, intentarlo por todos los medios.

-Hazlo. -Philip apuró su vaso, lo dejó a un lado y se levantó-. Llámalos a todos, uno por uno. Será más fácil así. Después de ganártelos a todos, somételo a votación. Tienes una semana para darme buenas noticias.

-O para devolverte tu dinero -le recordó Stephen. Otra feroz sonrisa.

-Ya hemos dejado ese punto atrás, alcalde. Lo que sé de ti arruinaría tu carrera y, te mandaría a la cárcel, tanto si te las apañaras para reunir el dinero que me debes como si no. Así que quédate con el dinero. Úsalo en tu campaña o en tu adicción... no me importa. No quiero que me lo devuelvas. Quiero firmar el contrato. Así que busca la manera de que eso suceda. -Se abrochó la cazadora-. Espero tener noticias tuyas el jueves que viene. Que pases una agradable velada.

Connor estaba durmiendo cuando sonó el teléfono.

Buscó a tientas en su mesilla de noche hasta que encontró el auricular y se lo llevó al oído.

¿Diga?

-Connor, soy yo. -Nancy hablaba con voz temblorosa, llorando.

Él se despertó del todo al instante.

-¿Qué pasa? -preguntó, buscando con los ojos la pantallita iluminada del reloj-despertador. Eran las cuatro y cuarto. -Siento despertarte. Pero no sabía qué hacer. No podía llamara Cliff. Para esto, no.

-Nancy, cálmate. -Connor ya estaba saliendo de entre las sábanas y poniéndose en pie-. Dime qué pasa.

-Se trata de Stephen -susurró ella-. No sabe que te estoy lla. mando. Pero estoy muy asustada. No ha llegado a casa hasta después de las tres. Y estaba tan borracho que casi no podía ni andar. He intentado hablar con él, pero me ha dicho que lo deje en paz. Ha dicho cosas horribles. Luego, se ha quedado dormido en el sofá. No quiero que Brian lo encuentre ahí tirado mañana por la mañana, pero Stephen pesa demasiado para mí y no puedo subirlo por las escaleras. Y, en el estado en que se encuentra, tengo miedo de despertarlo. -Pausa temblorosa-. Está en apuros, Connor. Jamás lo había visto de esta manera. Y no sé qué hacer.

-¿Brian está bien?

-Sí. No sabe nada de todo esto. Se fue a la cama a las nueve. Le dije que Stephen tenía una reunión nocturna. Ha dormido toda la noche.

-Bien. Voy para allá. Llegaré antes de que Brian se despierte. Después de colgar con gesto rápido y firme el teléfono, Connor encendió una lámpara y se dirigió al vestíbulo para sacar una maleta del armario. La puso sobre la cama y metió en ella algunas prendas azar mientras su cabeza iba a mil por hora. Era viernes. Eso le dejaba el fin de semana como margen. Pero, por el aspecto que tomaba aquel asunto, iba a necesitar más que eso.

Tomó una rápida y repentina decisión.

Sus negocios iban sobre ruedas, todos. Gracias, Señor, por la tecnología moderna. Con aquel nuevo sistema unificado de tecnología avanzada que acababa de adquirir, podía marcharse a Europa durante un mes entero sin que nadie le echara de menos. Aquel chisme tecnológico integraba su buzón de voz, e-mail y fax, y los reflejaba en la pantalla de su ordenador. Sólo le quedaba desviar su línea telefónica privada hacia su móvil. Entonces, podría trabajar desde cualquier lugar.

Había llegado la hora de pasar una larga temporada en Leaf Brook.

Veinte minutos más tarde, Connor metía su ordenador portátil y su maleta en el maletero del Mercedes y, bajo el asomo del primer destello del alba en, el horizonte, salió a toda velocidad a la autopista del liste, hacia la crisis que le estaba esperando.

Capítulo 8

Cuando, al cabo de cuarenta y cinco minutos, Connor cruzó la puerta de entrada, Nancy parecía estar al borde del colapso. Él frunció el ceño, en absoluto acostumbrado a ver a su siempre tan arreglada y compuesta cuñada embutida en una vieja sudadera, con la cara embotada y los ojos hinchados de tanto llorar.

-Eh. -Connor dejó caer la maleta al suelo y asió a Nancy por los hombros-. ¿Estás bien?

Ella asintió, esforzándose de forma evidente por mantener el control.

-Gracias por venir. Puede que Stephen me mate por haberte llamado, pero yo tenía que hacer algo. No podía dejar que Brian viera a su padre en este estado. -Con un suspiro agitado, bajó la mirada y se contempló a sí misma-. Hablando de que Brian no nos vea así, creo que voy a subir a ducharme, ahora que ya has llegado. De ese modo, mi aspecto será casi normal cuando mi hijo baje de su habitación. -Indicó con un gesto hacia el salón-: Stephen sigue aún en el sofá. Y también he hecho una cafetera. Vas a necesitar café.

-Seguro que sí.

-Connor... -Nancy le posó una mano en el hombro mientras él se disponía a ir hacia el salón-. No sabes cuánto te agradezco que...

-Ya lo sé. -Connor le acarició la mano en un breve gesto de consuelo-. Ve arriba. Ya me encargo yo de todo.

Stephen todavía estaba totalmente dormido, recostado sobre el brazo del sofá. Iba completamente vestido, desde abrigo a zapatos, Mascullando para sí, Connor lo asió por los brazos y lo sacudió. -Stephen. -Otra enérgica sacudida, seguida de unos ligeros pero insistentes cachetes en la mejilla-. Stephen.

Los ojos de su hermano se abrieron un poco, sólo el tiempo suficiente para que éste murmurara algo ininteligible. Luego, volvieron a cerrarse.

-Maldita sea, Stephen, despierta. -Connor rugió esa orden entre dientes. Lo que realmente quería era gritar hasta que temblaran las paredes. Pero eso despertaría a Brian.

Tardó cinco largos minutos en obtener una respuesta coherente de su hermano.

Gruñendo, Stephen se forzó a abrir los ojos, inyectados en sangre, e intentó enfocar la mirada.

-¿Connor?

-Sí, soy yo. -Lo asió esta vez por la barbilla y le sacudió la cabeza un par de veces-. Mantente despierto -le ordenó. -¿Qué estás haciendo aquí? -farfulló Stephen.

-Salvarte el pellejo. -Connor obligó a su hermano a ponerse en pie, haciéndole pasar un brazo por sus hombros para ayudarlo-. Camina conmigo.

-¿Qué? -Stephen obedeció, tambaleante-. ¿Adónde?

-A la cocina. Vas a tomarte tres tazones de café bien cargado. Y luego voy a meterte en la ducha. Apestas a alcohol.

Un destello de irritado resentimiento cruzó el rostro de Stephen. -Antes de empezar a pelearte conmigo, piensa una cosa -le advirtió Connor, en un tono firme y enojado-. Dentro de una hora, más o menos, tu hijo va a bajar a desayunar. ¿Quieres que te vea así? El resentimiento se desvaneció, y fue sustituido por una mirada extraviada que hizo que la ira de Connor también se esfumara. Fuera lo que fuera lo que estuviera pasando, su hermano se sentía atornientado.

Stephen se bebió el café en silencio, estremeciéndose de vez en cuando por aquel amargo sabor. Poco a poco, la sobriedad volvió a él, y aquella mirada vidriosa desapareció de sus ojos.

-¿Qué hora es? -preguntó finalmente. Connor consultó su reloj.

Casi las seis.

-Apenas amanece. -Stephen comprendió de repente, y sus labios se convirtieron en una fina y tensa línea-. Es obvio que Nancy te ha llamado.

-Por supuesto que sí, maldita sea. Y ni se te ocurra sulfurarte. Tu esposa te quiere. Estaba absolutamente preocupada. Ha acudido a mí porque soy el único que conoce la situación. Te estaba protegiendo, como hace siempre.

Stephen fijó la mirada en su tazón de café. -Ya lo sé -repuso, con voz ahogada.

Era el mejor comienzo para que Connor pudiera empezar a disparar preguntas. Lástima que el momento fuera totalmente inoportuno.

La inquisición tendría que esperar. Se levantó.

-Vamos, dúchate y, aféitate. Desayunaremos todos juntos cuando Brian baje. Y después de que Nancy se lo lleve a la escuela, tú y yo hablaremos.

En aquel momento entró Nancy, con un aspecto muchísimo más sereno que el que tenía hacía media hora.

La tensión cargó el ambiente cuando su cauta mirada se cruzó con la de Stephen. Ninguno de los dos dijo nada.

-¿Está libre la ducha? -La trivial pregunta de Connor cortó el silencio.

Nancy asintió.

-Está lista y esperando.

Con un tembloroso suspiro, Stephen se puso en pie, más derrotado que inseguro.

-No recuerdo mucho de lo que pasó cuando llegué por la noche, pero dudo que fuera agradable -le dijo en voz queda a su esposa. Lo siento. Lo lamento más de lo que puedas imaginar.

Se refería a mucho más que llegar a casa borracho, y todos lo sabían.

Nancy tragó saliva.

-Lo sé.

-Será mejor que vaya a arreglarme. -Stephen fue hacia la puerta, recuperando el equilibrio paso a paso. Le dirigió a su hermano una rápida mirada-. Puedo apañármelas solo.

«Sí, vale», quiso decirle Connor. «Quizá te las arregles con la ducha, pero no con tu vida.»

-De acuerdo -le dijo, en su lugar-. Me quedaré por aquí y tomaré un café con Nancy.

Brian no oyó la alarma del despertador aquel día, cosa que nunca antes había pasado.

Dieron las siete y cuarto y, al no haber señales de bullicio en el piso de arriba, Nancy subió a despertarlo. Cuando volvió a bajar, la angustia se reflejaba en su rostro. Su mirada se cruzó con la de Stephen, y entonces explicó que había encontrado a su hijo profundamente dormido, que parecía exhausto, que las sábanas estaban completamente revueltas (como si hubieran sobrevivido a una guerra), y que lo primero que había preguntado Brian era si su padre estaba o no en casa. Estremecido ante lo que aquello implicaba, Stephen reaccionó inmediatamente y subió acto seguido a tranquilizar a su hijo. Por los sonidos que luego siguieron (puertas de armario que se abrían y grifos soltando agua), Connor concluyó que su hermano había asumido los rituales matutinos de Nancy: escoger prendas que fueran a juego y supervisar que Brian se lavara los dientes y se anudara los cordones de los zapatos.

Sin embargo, Connor oía la voz de Brian que era un mero eco de su exuberancia usual. Hasta que, cuando bajaba las escaleras con Stephen, su padre le anunció que lo aguardaba una sorpresa.

Eso captó la atención de Brian.

-¿Qué es? -preguntó.

-Baja y descúbrelo tú mismo. -Stephen sonaba aliviado. Brian echó a correr y entró a la carrera en la cocina, mirando con expectación.

No se llevó ninguna decepción.

-¡Tío Connor! -Una enorme sonrisa le iluminó el rostro al ver a su tío, inclinado sobre la mesa y untando una tostada.

-Hola, campeón -lo saludó Connor-. Has bajado justo a tiempo. Estaba a punto de engullir estas estupendas tortitas que madre acaba de prepararte.

Brian dejó caer su mochila al suelo. -No sabía que ibas a venir hoy.

-Por eso se le llama sorpresa. -Connor despeinó cariñosamente a su sobrino y luego dio unos golpecitos sobre el cojín de la silla junto a la suya-. Siéntate y habla conmigo mientras desayunas.

-Sólo tengo cinco minutos. Me ponen un punto negativo si llego tarde. -Su sonrisa se desvaneció-. Ojalá hoy fuera festivo. Entonces, no tendría que ir a la escuela.

-Ah, eso es parte de la sorpresa. No me quedo sólo hoy. He venido para haceros una visita larga.

-¿De verdad? ¿Cómo de larga?

-Lo suficiente para haber tenido que preparar una inaleta llena de ropa y haberme traído el ordenador portátil. Ve a echar un vistazo a la habitación de invitados. Verás mis cosas sobre la cama.

-¡Qué bien! -Brian celebró la noticia echando sirope en las tortitas hasta que éstas flotaron-.

¿O sea que estarás aquí cuando vuelva de la escuela?

-Mejor aún: iré a recogerte a la salida... si a tu madre le parece bien, claro. -Connor le pidió permiso a Nancy dirigiéndole una divertida mirada interrogativa.

-Por mí, encantada -repuso ella, inclinándose sobre Brian para cortar las tortitas-. Eso me proporcionará unas horas extra en la tienda. Necesito cerrar los gastos del trimestre. -Nancy era propietaria de una pequeña boutique de mayoristas en uno de los distritos comerciales más importantes de Leaf Brook-. Así que ahora dejaré a Brian en la escuela y luego os espero a los dos en casa hacia las cinco. ¿Qué tal?

-Suena perfecto. -Connor se sentía más que complacido con aquella perspectiva. Quería el máximo de tiempo posible a solas con su sobrino, para poder averiguar exactamente cómo se sentía Brian.

-¿Y qué hay de papá? -preguntó éste. La inquietud de antes volvió a aparecer, y Brian dirigió una fugaz mirada a su padre, buscando alguna señal tranquilizadora-. ¿Volverás a llegar tarde, esta noche? ¿O puedes venir a cenar a casa?

Un chispazo de angustia cruzó el semblante de Stephen, que reflejaba el sentimiento de un padre que sabía que era la causa del dolor de su hijo.

-Estaré en casa antes de las siete -confirmó-. ¿De acuerdo? El alivio de Brian fue evidente.

-Muy bien.

-Mejor aún que muy bien -informó Connor a su sobrino-, Eso te dejará cuatro horas para que te entre el apetito. Y no malgastaremos ni un solo minuto. Nos iremos directos al parque después de la escuela, y practicaremos tus carreras en zigzag para que puedas alcanzar la base sin romper ningún hueso ni tragarte un cuadro interior entero de tierra. Después, volveremos a casa y te echaré una mano con los deberes. Quizás incluso podamos ayudar a mamá a hacer la cena. Antes de que te des cuenta, tu padre ya habrá llegado. ¿Qué dices a eso?

-¡Genial! -Brian se zampaba el desayuno a buen ritmo, y parecía él mismo de mayor-. Nos vemos en la puerta del patio ---dijo, entre bocado y bocado-. A las tres.

-No faltaré.

Todo tono frívolo se desvaneció en cuanto Connor y Stephen quedaron a solas, con el ronroneo del coche de Nancy de fondo confirmandoles que ella y Brian habían salido hacia la escuela.

-No perdamos tiempo -dijo Connor, serio, apoyándose en el respaldo de la silla-. ¿De cuánta gravedad es?

Stephen se pasó una mano por el pelo y volvió el rostro para mirar por la ventana.

-Muy grave.

-Stephen, cuéntamelo. Yo no voy, a irme. Y el problema tampoco. Pensaremos algo. Pero dime cómo están las cosas.

Una risita sin ni pizca de humor, casi triste.

-Qué magnánimo. Y heroico. Yo te echo de casa el lunes, y el viernes vuelves a aparecer por aquí, como un Lancelot del siglo veintiuno, galopando en mi rescate.

-Basta ya. -Connor se acercó a su hermano ,y apoyó ambas manos en el borde del mármol de la cocina-. Deja de compadecerte tanto. Es por Brian por quien deberías estar preocupado. Él es el motivo por el que yo estoy- aquí. -Pausa dolorosa, después de la cual Connor añadió:- Eso, y el hecho de que eres mi hermano y te estás destrozando la vida.

-La destrocé -corrigió Stephen-. En pasado. Y esta vez me he enterrado del todo. -Agachó la cabeza y entrelazó los dedos por detrás de la nuca-. Este asunto será muy difícil de tragar, incluso para ti.

Connor observó la curva de abatimiento de los hombros de su hermano.

-No te estoy juzgando. Quiero ayudarte. Por el amor de Dios, deja que lo haga.

-Claro, ¿por qué no? -replicó Stephen con un sonsonete, burlándose de sí mismo-. Veamos, ¿llevas por casualidad medio millón de dólares encima? Ya sabes, una cantidad que puedas tocar sin tener que vender acciones o bonos ni pedir un préstamo. Si es así, sería con~ denadamente útil, ahora mismo.

Conteniendo el aliento, Connor intentó que en su tono no se reflejara la conmoción que sentía.

-¿Tienes una deuda de quinientos mil dólares? -Sí, esa es la cantidad, más o menos.

Connor se obligó a sí mismo a formular la pregunta siguiente: -No puedes haberla perdido en apuestas deportivas. ¿Estás metido en algún otro asunto?

-¿Como qué, tráfico de drogas? No, Connor, no he caído tan bajo. Se trata, simplemente, de mayores apuestas, malas elecciones y, por lo tanto, mayores pérdidas. -Risita amarga-. Siempre he metido la pata hasta el fondo, cuando se trata de jockey.

-¿Tu corredor de apuestas está esperando el dinero?

-No, ya lo tiene. Desgraciadamente, yo no. Así que necesito reponerlo en la fuente de donde lo saqué.

A Connor se le hizo un nudo en el estómago.

-¿Y qué fuente es?

-¿Qué fuente quieres que sea? Mi campaña. -Stephen volvió el rostro para mirar a su hermano-. Por cierto, ¿te he comentado que la mayor parte de ese dinero es de papá?

-Mierda.

-Lo mismo digo. -Stephen levantó las palmas de la mano hacia arriba-. Así que, ¿quién pide antes mi cabeza, las autoridades o nuestro querido papáito?

La mente de Connor repasó rápidamente la situación global, y luego las opciones inmediatas. No había nada sobre lo que deliberar. El largo plazo tendría que esperar. Por ahora, lo único que importaba era tapar aquel agujero. Vendería algunas acciones y sacaría algún dinero de cuentas a plazo fijo. Lo había ingresado en un par de bancos e invertido en Bolsa a través de otros tantos agentes. No agotaría drásticamente ni un solo fondo. No habría preguntas por parte de ningún banquero o agente de Bolsa inquieto. Era factible. -Tendrás el dinero antes de que acabe el horario laboral de los bancos -le informó a su hermano.

Stephen se quedó boquiabierto.

-¿Así, sin más?

-No, no sin más. -Un destello gélido relampagueó en los ojos de Connor-. Conseguirte el dinero es problema mío. Conservarlo es problema tuyo.

-Ya lo sé. -Stephen tragó saliva, y su rostro volvió a reflejar angustia. Era obvio que estaba al borde de perder el control sobre sí mismo. Estaba a punto de estallar-. Encontraré un modo de devolvértelo -dijo-. Tardaré un tiempo, pero...

-Devuélveme el favor dejando las apuestas. -Connor tenía que hacerse entender por su hermano. Sólo que no sabía cómo-. Stephen, esto no es tan sólo una mala costumbre. Ya no. No podemos fingir otra cosa. Es una adicción. Tenemos que buscar algo que te ayude.

Eso obtuvo una respuesta... aunque no fue la que Connor había albergado la esperanza de oír.

-Fantástico. Un psiquiatra. Especializado en perdedores en las apuestas. O, mejor aún, un montón de estimulantes reuniones de aliento en Ludópatas Anónimos. -Stephen volvió a servirse caté-.

¿Cuánto tiempo crees que pasaría antes de que trascendiera que un Stratford asiste a ese tipo de lugares? Este Stratford, en particular. Los periódicos sensacionalistas lo celebrarían a lo grande. Y Braxton también. Y yo ya podría despedirme de mi asiento en el Senado. -Stephen...

-Connor, por favor... -Stephen dejó la taza sobre la mesa, con tanta fuerza que derramó casi todo el café-. No estoy de humor para discursitos. Ya ha sido difícil para mí pedirte el dinero. No me lo pongas aún más complicado. -Cerró los puños, temblando-. Necesito que se celebren estas elecciones. Una vez que ya haya logrado mi meta, una vez que ya no esté bajo el microscopio de Braxton, hablaremos de soluciones a largo plazo. Por ahora, dejémoslo como está. Tú me prestas una fortuna. A cambio, te prometo que no la emplearé en apuestas.

-No es suficiente. Prométeme que no apostarás nada de nada previendo el superficial compromiso que estaba a punto de recibir (puramente verbal, sin base alguna), Connor añadió-. Permíteme que te advierta que no voy a tomarte la palabra a la ligera. Y que tú tampoco deberías prometer nada tan alegremente. Porque tengo la intención de pegarme a ti y cerciorarme de que cumples con tu promesa. Conozco todos los síntomas, hermanito. Si vuelves a jugar, lo sabré. Y te detendré. Puedes apostar lo que quieras, y esta vez ganarás.

Stephen inspiró profundamente y luego sacó el aire con un resoplido.

-Estuve alejado del juego durante mucho tiempo, tú lo sabes. -Sí, lo sé. Y volverás a estarlo. Por el bien de Nancy y el de Brian. Él sabe que pasa algo. Lo último que nos hace falta es que piense que lo que sucede es por su culpa.

Otra de aquellas expresiones de dolor tensó el semblante de Stephen, como si su preocupación fuera mucho más intensa de lo que el ojo pudiera captar.

-No podemos dejar que Brian descubra nada de todo esto. Tenemos que cortarlo de raíz mientras aún podamos hacerlo.

Sus palabras iban teñidas de desesperación, una desesperación que le provocó a Connor escalofríos de inquietud en el espinazo. ¿Por qué parecía Stephen tan agitado aún, cuando acababan de lanzarle el salvavidas que necesitaba?

Algo no encajaba.

Connor frunció el ceño, tratando de localizar los verdaderos parámetros de la crisis de su hermano.

-Ya lo estamos cortando de raíz. Al menos, eso creo yo. Te he dicho que hoy tendrás el dinero. Cérciorate de que se quede donde debe estar. Y ya está... ¿o no?

-Sí. Así es. -Stephen tensó la mandíbula, con expresión decidida-. Arreglaré las cosas. No dejaré que le hagan daño a Brian. juro que jamás lo pondré en la posición de cuestionarse su valía. No después de haber vivido toda mi propia vida de ese modo. Quiero a ese crío más que a nada. Depende de mí detener las cosas antes de que se me escapen de las manos. Tengo que hacerlo, y lo haré.

Capítulo 9

Julia estaba muy nerviosa.

Se masajeó las sienes mientras daba una vuelta por el aula de informática, echando rápidos pero atentos vistazos de vez en cuando para cercionarse de que los alumnos realizaban las tareas encomendadas. Con las cabezas gachas, aporreaban los respectivos teclados y componían la redacción de dos párrafos «Lo que deseo» bajo la estrecha supervisión de Robin.

Ahora mismo, lo que Julia deseaba era dormir bien aquella noche.

La anterior la había pasado en vela, al igual que la otra, por cierto.

Quizás era debido a los nervios por la conferencia de la velada de hoy... un seguimiento de los hallazgos del doctor Garber sobre abandono y abusos emocionales a niños. Y quizás era porque estaba preocupada por Brian Stratford.

Fuera como fuera, sus sueños habían sido un montón de escenas retrospectivas, llenos de retazos de recuerdos que no habían salido a la superficie durante años, no de ese modo tan real. De pequeña, había

tenido aquellos sueños a menudo. Fue una época traumática de su vida, que influenció su futuro.

No era de extrañar que los recuerdos hubieran escogido aquellos días para reaparecer.

Julia y Franny no habían estado en contacto durante años.

Franny se fue de casa a los dieciséis... aunque sería más preciso decir que huyó. Siguió escribiendo a Julia durante un tiempo. Enviaba sus cartas desde San Francisco, Los Ángeles, y después desde San Diego... lugares ambos que estaban lo más lejos posible de Poughkeepsie. Luego, las cartas dejaron de llegar y, de algún modo Julia supo que, a pesar de lo unidas que Franny y ella habían estado en su momento, a pesar de lo mucho que a Franny le importara su amistad, los lazos con el pasado eran demasiado dolorosos para poderlos mantener.

No es que Julia pudiera echarle la culpa. Después de todos los trances que había sufrido, ¿cómo no iba a querer borrar su infancia? Todo había empezado cuando Franny no era mucho mayor que Brian. Al principio, los signos eran sutiles, demasiado para que su mejor amiga, de ocho años, los notara. Pero Meredith Talbot sí se percató. Y, más adelante, cuando se acentuaron, pasó a la acción.

La realidad jamás había sido tan desagradable.

Con un suspiro, Julia miró el reloj de pared del aula de informática.

Las dos y cuarenta minutos. Casi empezaba el fin de semana. Unos cuantos niños empezaban a alborotarse. Julia no los culpaba. Era el mediodía de un viernes de primavera, los pájaros cantaban y el fin de semana estaba ahí mismo.

-¿Ya estáis terminando? -preguntó.

Rápidos repiqueteos de teclas, unas cuantas cabezas asintiendo y un par de manos alzadas.

-Os diré qué haremos. Disponéis de cinco minutos más. Si, cuando pasen, la señorita Haley ya puede revisar el trabajo de todos, saldremos al patio y celebraremos el comienzo del fin de semana durante un cuarto de hora.

Una ronda de bravos acogió su anuncio, y Robin le dedicó una sonrisa.

-Una opción bien recibida -observó-. Muy bien, chicos, ¿quién necesita ayuda?

Ocho minutos después, los alumnos prorrumpieron en el patio, lanzando las mochilas contra el muro del edificio, y corriendo, bulliciosos, a jugar.

-No es extraño que seas tan popular -dijo con una risita Robin mientras se acercaba a Julia-. Yo también te adoraría, si me dejaras de empezar mi fin de semana antes. -Lanzó un suspiro triste-. Aunque quizá no si se tratara de este fin de semana. Tengo que trabajar los dos días. Debo acabar un proyecto. Necesito pagar la cuenta mi Visa.

Julia asintió, comprensiva. Robin era un genio de la informática, no sólo en el aspecto técnico, sino también en el creativo. Se había graduado en ingeniería electrónica y, después de finalizar sus estudios, había pasado unos años diseñando circuitos y aparatos inalámbricos para importantes clientes del ámbito de las comunicaciones. Era un trabajo lucrativo, pero a ella no le gustaba demasiado. Ni la presión. Ni el ambiente de incomunicación en el trabajo. Ni la aburrida vida social de los extravagantes personajes con los que trabajaba. Así que se decantó por su otro amor: los niños. Volvió a estudiar y consiguió su título de magisterio. Ahora, era feliz, con un empleo que la complacía y una boyante vida social. Lo único que echaba de menos era el alto sueldo que cobraba

en el ramo de la industria. Intentaba compensarlo ganando dinero extra creando sofisticados programas informáticos para compañías pequeñas... programas que le sonaban a griego a un genio de la no-tecnología como Julia.

El talento de Robin era muy impresionante. Más aún lo era el hecho de que ella lo consideraba una nimiedad comparado con lo que podía ofrecer a los niños que enseñaba. Eso decía mucho de su carácter, al menos desde el punto de vista de Julia.

-¿Es un proyecto grande? -le preguntó ésta, evitando intencionadamente referirse a los detalles. Era muy consciente de que la confidencialidad era parte de los contratos que Robin firmaba.

Su amiga se encogió de hombros.

-La empresa para la que trabajo así lo cree. Todo lo que sé es que me pagarán tres mil dólares cuando termine. Eso cubrirá los gastos que he acumulado durante las rebajas de primavera. Incluyendo ese vestido de seda azul claro del que te hablé, el que me costó un ojo de la cara. Lo voy a llevar el sábado por la noche, por cierto.

Julia sonrió.

-Ah, así que te reservas un poco de tiempo para la diversión, ¿no? ¿Quién es el afortunado?

-Alguien nuevo y muy prometedor. Es todo lo que voy a decir Por ahora. No quiero atraer la mala suerte. Sea como sea, va a llevarme a un elegante restaurante francés de Manhattan.

-Al parecer, el vestido de seda irá de perlas.

-Eso espero. -Le dirigió una mirada interrogante-. ¿Y tú qué tal... vas a ver a Greg,

-Hemos quedado para almorzar el domingo. -Julia no añadió que había procurado a propósito que la cita fuera al mediodía y en un restaurante céntrico. De ese modo, podían encontrarse directamente en el local, y ella no tendría que lidiar con las expectativas de Greg. -Julia, en algún momento tendrás que acostarte con ese hombre..

Vava. No había manera de evitar el tema. La buena y directa de Robin había eliminado la posibilidad agarrando al toro por los cuernos.

Con un suspiro de resignación, Julia respondió a una frase brusca con otra brusquedad.

-¿Por qué? ¿Porque él es un macho, yo una hembra, y hemos salido a comer unas cuantas veces?

-No, porque él es atractivo, tiene éxito y, loco como está por ti, no va a seguir con esta rutina de monje por siempre jamás.

-En ese caso, creo que va a tener que buscar en otro sitio. Julia se sorprendió al oírse a sí misma soltando semejante réplica. Y a su sorpresa se añadió una punzada de culpabilidad ante la expresión asombrada y ligeramente desconcertada de Robin. Pero sólo una punzada. Lo cierto era que Julia estaba harta de que le dijeran que tenía que acostarse con alguien porque era un buen partido Y ya habían pasado juntos el tiempo suficiente para que él así lo esperara. A ella le importaba un bledo lo que la otra gente pensara o hiciera. No iba a meterse en la cama con nadie, a menos que estuviera totalmente preparada.

-Vaya, eso ha sido realmente potente -repuso Robin, dócil¿He puesto el dedo en la llaga? ¿Te ha estado presionando Greg? -No. Nada de eso. Julia se pasó ambas manos por el peloRob, lo siento. No quería contestarte así. Pero esta discusión ya se alarga demasiado. Sé que tu intención es buena. Pero el sexo es lo más alejado de mis pensamientos, al menos estos días. Estos días, cuando me meto en la cama, todo lo que deseo es dormir bien, toda la noche Cosa que no consigo. Ayer sólo dormí tres horas. Quizás eso explique mi humor de perros..

-No te preocupes. -Robin aceptó la disculpa con su acostumbrada actitud de vive y deja vivir. Y tienes razón. Que te acuestes o no con Greg no es asunto mío. Es sólo que no quiero que te vaya pasando la vida mientras esperas al príncipe azul. Sin embargo, eso tienes que decidirlo tú, no yo. - Miró, pensativa, a su amiga-. Pero, ahora que lo dices, sí que estás un poco pálida. ¿Hay algo en particular que te preocupe?

-De hecho, sí. Julialadeó la cabeza, contemplando a Brian Stratford, que cruzaba el patio a la carrera y arremetía contra las barras de la estructura y la subía con movimientos enérgicos. Parecía él mismo.. de momento. Pero a veces (demasiadas veces, hoy) parecía intranquilo y ausente. Julia lo había percibido durante toda la semana. Pero hoy había sido más frecuente, y más acusado. Además, parecía cansado, y no sólo falta de sueño, sino exhausto, como si hubiera algo muy importante dando vueltas por su cabeza, algo que lo consumía y, lo mantenía en vela. Julia intuía que, fuera lo que fuera, tenía alguna conexión con su padre.

-Todavía estás preocupada por Brian -dedujo Robin, siguiendo la mirada de su amiga.

-Sí, lo estoy. No es él mismo. Ojalá pudiera encontrar un minuto para hablar con él a solas, aunque Connor Stratford prácticamente me prohibió interferir.

-Como si eso pudiera detenerte, si creyeras que uno de tus niños se siente herido.

-Tienes razón, no me detendría. Lo que me ha retenido es el hecho de que hoy no ha habido ni una sola oportunidad que pudiera llevarnos a una conversación privada. No quiero correr el riesgo de alterar a Brian. Lo que significa que no voy a arrinconarlo o a convertir su cambio de comportamiento en un tema a abordar. El momento debe ser el adecuado. Y hoy no lo ha habido. No ha habido ni un solo segundo de tranquilidad desde que ha sonado el primer timbre.

-¿Y qué te parece ahora? -sugirió Robin-. Bueno, eso, sí lo puedes arrancar de la estructura.

Julia volvió la cabeza para escudriñar la zona pavimentada, y frunció el ceño y meneó la cabeza al ver que los autobuses empezaban a llegar y a colocarse en fila para recibir a sus viajeros. Tras ellos, los padres que llegaban en coche se acercaban lentamente y aparcaban en los espacios destinados para esperar también a sus pasajeros.

-Ahora no dará resultado. No hay tiempo suficiente, y hay demasiada gente. Además, la madre de Brian llegará en cualquier momento para recogerlo. Tendré que esperar hasta el lunes.

-¿Y por qué no hablas con la señora Stratford? No delante de Brian, por supuesto, pero... llámala por teléfono. Siempre se ha mos, trado receptiva.

-En el pasado, sí. Julia frunció aún más el ceño-. Pero esta vez es distinto. Según todo lo que he visto, desde la tensión del alcalde a la actitud protectora de su hermano, intuyo que el problema tiene que ver directamente con la vida en el hogar. Y, si estoy en lo cierto, puede que la señora Stratford no sea la persona indicada para...

Julia dejó de hablar en seco al ver el coche, un Berlina azul, que se acercaba hasta la puerta del patio. Su conductora, una mujer con aspecto de funcionaria, vestida con un traje de chaqueta gris, salió y se dirigió directamente hacia ellas. A Julia le resultaba conocida, pero no supo dónde ubicarla exactamente. No era una de las madres de los niños... al menos, ninguna de las que Julia conocía. Además, parecía demasiado aislada del grupo, y caminaba muy tiesa con una libreta de apuntes y una pequeña cajita negra que, después de una observación más detenida, Julia identificó como una grabadora.

Eso fue lo que le descubrió la identidad de aquella mujer. -¡Señorita Talbot!

Julia la reconoció en el preciso instante que la mujer la localizaba y decía su nombre.

-Señorita Talbot, ¿puedo hablar con usted?

Era Cheryl Lager, aquella impertinente periodista del Leaf Brook News que había asistido al partido de béisbol de Brian el sábado pasado. ¿Qué demonios quería de Julia?

Ésta dirigió una mirada intrigada a Robin.

-Es la periodista de la que te hablé -murmuró. Volviéndose hacia ella, se preparó para lo que fuera que aquella desagradable mujer tuviera en mente-. ¿Qué puedo hacer por usted? -le preguntó fríamente.

-No estoy segura de si se acuerda de mí -empezó la señorita Lager-. Soy...

-La recuerdo, señorita Lager. Sólo que no estoy segura de por qué está usted aquí.

La periodista pareció sorprenderse un poco.

-Eso tiene una clara explicación. -Recorrió la zona con la mirada, hasta que la fijó en la estructura de barras, que Brian había escalado por tercera vez-. Ah, ahí está. Ése es Brian Stratford, ¿verdad?

Julia se cruzó de brazos.

-Creo que sabe usted perfectamente que sí, lo es.

-Y también sé que le tiene a usted un inmenso afecto. Eso quedó muy claro en el partido del sábado. -Cheryl Lager consultó sus notas, como si meditara su siguiente pregunta. Con un ágil movimiento, puso la grabadora en marcha-. Dígame, señorita Talbot, ¿ha notado usted algo extraño en el comportamiento del chico, últimamente? ¿Alguna tensión inusual? Intuyo que él confía en usted, cosa que no me sorprende. Yo adoraba a mi profesora de segundo grado. Le habría contado cualquier cosa, sobre todo si hubiera habido problemas en casa. Como, por ejemplo, si yo hubiera percibido una tensión inusual que no pudiera entender. Quizás incluso le habría comentado qué creía yo que provocaba dicha tensión. -Sin esperar siquiera una respuesta, siguió hablando-. Estoy segura de que conoce usted al alcalde y a la señora Stratford bastante bien, a través de la escuela. Desde luego, se siente lo suficientemente cómoda con el alcalde Stratford para invitarlo a su clase para que les hable a sus alumnos. Así que, dígame, según sus impresiones personales sobre él, tanto en el pasado como en el presente, ¿le pareció que se ponía demasiado a la defensiva el otro día? ¿Sobre todo cuando se tocó el tema de la financiación de la campaña? ¿Es acaso un tema particularmente espinoso para el alcalde... según su opinión, desde luego?

-No tengo ni idea de lo que me está diciendo -replicó Julia, con la voz temblando de rabia-. Ni tampoco tengo idea de dónde saca usted tanta desfachatez. Esto es una escuela. Yo soy maestra. Está usted invadiendo mi espacio de trabajo durante las horas lectivas. Haga el favor de disculparse e irse.

Más que desanimada, Cheryl Lager dio la impresión de sentirse esperanzada.

-¿Significa eso que puedo telefonarla a su casa? -preguntó-. Si es así, por mí, perfecto. Podemos quedar de acuerdo en una hora conveniente, y entonces...

-Señorita Lager, permita que yo le haga una pregunta. ¿Qué tal le sentaría a su periódico una demanda legal? Porque está usted a punto de ganarse una, ahora mismo.

La voz había salido de la nada, pero Julia supo, sin mirar, a quién pertenecía.

Connor Stratford.

Por lo pálida que se quedó, Cheryl Lager también la había reconocido.

-Señor Stratford -acertó a decir, volviéndose para mirarlo de cara-. Tan sólo le estaba preguntando a la señorita Talbot... -Interrogándola, quiere usted decir. -Indicó con un movimiento de cabeza la grabadora-. Le sugiero que desconecte eso. Ahora. -La periodista obedeció, y él dirigió su mirada azul claro hacia Julia-. No tienes por qué contestar nada. Ni tampoco aguantar el acoso de periodistas avasalladores.

-No tengo la intención de hacerlo -le aseguró Julia-, De hecho, le estaba diciendo a la señorita Lager que se fuera. Cosa que estaba a punto de hacer. ¿No es así, señorita Lager? -Julia echaba fuego por los ojos.

De mala gana, la periodista asintió.

-De acuerdo. -Empezó a alejarse, y se detuvo un momento para dirigir una rápida y pensativa mirada en dirección a Brian. -Ni se le ocurra -le advirtió Connor, aniquilando cualquier idea que ella tuviera de acercarse a Brian directamente-. Si no se mantiene usted a una distancia prudencial de al menos tres metros de mi sobrino, haré que la arresten. Piense lo atractivo que sería ese titular.

Su amenaza dio el resultado esperado. Cheryl Lager se metió en su coche y se marchó.

-Qué caradura -masculló Julia, aún furiosa-. No me extraña que los medios de comunicación tengan mala fama. Los vampiros como esa mujer se ocupan de ello.

-Es escoria, de acuerdo -concedió Connor, sin dejar de mirar en dirección a la periodista-. Pero, aun así, no es, ni mucho menos la única. Y eso va por muchos más de los que se mueven en el mundo de la prensa. La mayoría de gente tiene una orden del día. Y te asombraría hasta dónde están dispuestos a llegar para cumplirla.

-Ese comentario es bastante cínico, ¿no le parece? -preguntó Julia.

-No. -La miró a los ojos y se encogió de hombros-. Bastante realista... cuando tratas con gente que tiene más de doce años, y fuera de las aulas, claro.

Julia se estaba cansando de la actitud condescendiente de Connor.

-En ese caso, me siento contenta de estar en las aulas, tratando con personas de siete y ocho años. De hecho, creo que mucha más gente debería trabajar en las escuelas de primaria. Les haría mucho bien... a ellos y a sus órdenes del día.

-Es posible.

Ahí estaba de nuevo ese ambiente cargado, pendiendo sobre ellos, entre ambos, como dos imanes que se repelen.

¿O eran imanes que se atraían, con cargas totalmente opuestas?

-Hola, hola. -Robín se abrió paso a través del denso muro de tensión, extendiendo la mano, sonriendo a Connor y desplegando toda su simpatía típicamente americana ante la visión de un hombre atractivo-. Soy Robín Haley. Trabajo en el laboratorio informático de la escuela. Y pienso que su sobrino es estupendo.

Connor reaccionó con una leve expresión de disculpa y un firme apretón de manos.

-Connor Stratford. Y perdone mis modales. Estaba pendiente de esa periodista y de mis ganas de estrangularla.

-Si usted lo dice. -La sonrisa de Robín se tornó traviesa-. A mí me ha parecido que era a Julia a quien quería estrangular. Supongo que ha sido, simplemente, el reflejo de su enojo hacia la señorita Lager. ¿Verdad?

La insinuación tuvo su efecto, y Connor enarcó sus oscuras cejas. -Creo que acabo de ser acusado de ensañarme con la persona equivocada. En ese caso, pido disculpas.

Julia las acepta -lo tranquilizó Robín-. ¿No es así, Julia? Julia deseaba con todas sus fuerzas que se la tragara la tierra. -No es necesario que se disculpe. El tío de Brian y yo, simplemente, no nos ponemos de acuerdo.

-Ah, ¿ése es el problema? -Por el tono, Robín intuía otra cosa-. A mí me da una impresión distinta. No importa. En cuanto a la señorita Lager -continuó, dirigiéndose a Connor-, no le culpo a usted, Sus preguntas rozaban la calumnia.

-Y quizá daban demasiado cerca de la diana -masculló Julia casi para sí.

No era su intención que Connor la oyera. Pero, por desgracia, la oyó.

Luego, se irguió y se volvió para clavar su penetrante mirada en los ojos de Julia.

-Señorita Talbot, ¿podemos hablar un momento a solas?

A Julia se le hizo un nudo en la boca del estómago. Se había pasado de la raya. Pero, de algún modo, no le importaba. Quizá porque estaba preocupada por Brian. Quizá porque le daba rabia su tío. Probablemente, por ambas cosas.

-Como quiera. -Levantó la barbilla, y su mirada recorrió el patio antes de fijarse también en la de él-. Pero sólo un minuto. Tengo que vigilar a los niños. Por no hablar ya de que en cualquier momento Brian se dará cuenta de que está usted aquí y vendrá a la carga.

-Un minuto, entonces. -Miró educadamente a Robin-. ¿Nos disculpa?

-Por supuesto. -Robin parecía estar aguantándose una carcajada-. Y también vigilaré a los niños. Así que pueden disponer ustedes de un minuto entero y concentrarse en matarse el uno al otro. O lo que sea.

Julia recorrió la corta distancia hasta el edificio, y se detuvo en una pequeña entrada que proporcionaba tanta privacidad como era posible un viernes a las tres de la tarde.

-Déjeme adivinar -empezó, girando sobre sus talones para mirar de frente a Connor. Cruzó los brazos, preparada y con ganas de entrar en combate-. No le ha gustado mi comentario. Corrijo: no le ha gustado el hecho de que es cierto.

Connor concentró su penetrante mirada sobre Julia y la observó atentamente durante un instante.

-No se trata de mí y de lo que me gusta o no. Se trata de proteger a mi familia.

-¿Y acaso no es Brian parte de esa familia? -Ya sabes la respuesta a eso.

-En ese caso, él también merece protección.

-Y la tiene

-¿Ah, sí? Julia volvió a levantar la barbilla, un poco más. No iba a claudicar, esta vez, no-. Se siente mal. Está exhausto; tiene el aspecto de no haber pegado ojo en toda la noche. Está callado y retraído. Ambos sabemos que Brian no es así. Algo está pasando. El hecho de que esté usted hoy aquí lo evidencia claramente. Es la segunda vez en una semana que abandona usted su imperio de las finanzas para venir a ver a Brian. Usted también está preocupado por él. Sólo que usted conoce el problema. Yo, no.

Un músculo de la mejilla de Connor tembló ligeramente.

-No le has comentado nada de esto a esa periodista, ¿verdad?

-Por supuesto que no. No le he dicho nada, excepto que se

largara. Pero Cheryl Lager no es el problema. A ella se la puede mantener alejada, por la vía legal, si es necesario. El problema es Brian, el estado en que se encuentra. ¿Qué es lo que está pasando en su casa? ¿Es por la campaña? ¿Le ocupa demasiado tiempo al alcalde? ¿Es acaso que la presión emocional es demasiado fuerte para que su familia pueda soportarla? Puedo entender eso. Una dura campaña, muchas y largas horas. Pero Brian no desfallece tan fácilmente. Está acostumbrado a ver a su padre en el punto de mira de la opinión pública. Así que mi instinto me dice que hay algo más. ¿Me equivoco?

-Brian se acostó tarde -replicó Connor, sin inmutarse-. Está cansado. Estará bien después del descanso del fin de semana.

A Julia se le acabó el último vestigio de paciencia.

-Deje de intentar aplacarme. No es una cuestión de fatiga. Es algo más. Y el hecho de que usted evada mis preguntas hace que me pregunte si Cheryl Lager está en lo cierto acerca de un problema financiero. Vi la reacción del alcalde a sus preguntas sobre el apoyo monetario. Estaba alterado. Y usted también.

La furia destelló en los ojos de Connor.

-Esa periodista puso en duda mi integridad. La desarmé. Y yo no estaba alterado. Estaba furioso. Es distinto.

-No ha contestado a mi pregunta. -No me gusta lo que insinúa.

-No insinúa nada -exclamó Julia, completamente frustrada-. Me gusta su hermano. Voté por él. Y volveré a votar por él. Es un hombre bueno, y honrado. Ha hecho muchas cosas por Leaf Brook, y no dudo que hará cosas aún mejores por Nueva York. No me importa si usted y su padre lo subvencionan hasta que consiga llegar a Albany. Límitese a decirme por qué a Brian le afecta todo este asunto, y me iré.

-Por última vez: Brian está bien. Es sólo que necesita dormir un poco. En cuanto a la agenda de Stephen, sí, está demasiado llena. y sí, Brian le echa de menos. Pero hemos tomado medidas para solucionar eso. Yo ocuparé el puesto de mi hermano para lo que Brian necesite, y cuando me necesite.

-¿Y cómo va a poder hacerlo desde Manhattan?

-No estaré en Manhattan. Me he instalado en casa de Stephen y Nancy. Eso desconcertó a Julia.

-¿Se queda aquí? ¿Por cuánto tiempo?

-Como ya he dicho, por el tiempo que se me necesite.

-¿Y qué pasa con su empresa, con sus clientes?

Connor esbozó media sonrisa.

-¿Por qué? ¿Te preocupa que pierda dinero? No tienes que preocuparte. La tecnología es increíble. Puedo ocuparme de todo a través de mi ordenador portátil. Mi sistema unificado de mensajes integra mi buzón de voz, e-mail y fax, todo en uno. Incluso puede desviar automáticamente las llamadas a mi móvil. Es uno de los privilegios de formar parte del vicioso entorno no escolar. ¿Impresionada?

-Eso es lo que intenta.

Sí, de hecho, sí.

Julia se dio cuenta, de repente, de que estaba sonriendo, muy a pesar suyo.

-Qué sincero. De acuerdo, entonces, sí, estoy un poco impresionada.

-¿Por qué, por mi sofisticación técnica o por mi franqueza?

-Por ambas. Aunque esperaba ese nivel de tecnología avanzada. La franqueza es otra historia.

Su expresión sufrió un sutil cambio, que no tenía nada que ver con el tema.

-Tengo muchas caras -dijo Connor, dirigiendo brevemente la mirada hacia los labios de Julia antes de volver a fijarla en sus ojos. Al igual, según empiezo a sospechar, que tú.

Julia deseó poder negar la atracción que existía entre ambos. Pero era inútil. Ahí estaba, con o sin base. La percibía. Y Connor también.

Él se aclaró la garganta y rebuscó en el bolsillo de su chaqueta. Sacó un papel y un bolígrafo.

-Voy a pedirte un favor.

-De acuerdo.

-Mi hermano está ocupadísimo con su campaña y con sus deberes de alcalde. Casi no tiene tiempo ni para respirar. Nancy es una esposa y madre increíble, pero ya no da para más. -Connor garabateó algo en el papel-. Éste es mi número particular, mi móvil. Si tienes cualquier preocupación acerca de Brian, si ves que se repite cualquiera de los síntomas que has descrito antes, llámame. Me ocuparé de ello.

Julia cogió el trozo de papel y lo repasó.

-Ojalá pudiera librarme de la desagradable sensación de que está pasando algo más de lo que...

-No lo pienses. Por el bien de Brian y por el tuyo.

Julia levantó la cabeza como movida por un resorte.

-¿Es eso una amenaza?

-Intento evitar que destroces sin necesidad alguna un montón de vidas. Incluida la tuya. Aprecio tu preocupación por Brian. Pero soy yo quien se ocupa de este asunto, y lo seguiré siendo.

No era un ruego. Era una orden.

Julia dobló el papel en dos y se lo metió en el bolsillo.

-Creo que sus intenciones son buenas, al menos, en cuanto a Brian. Así que intentaré hacerlo como dice. Pero si usted y yo chocamos, si no estoy de acuerdo en cómo lleva usted las cosas, o si Brian empeora, me reservo el derecho a cambiar de opinión. Tanto si eso significa que informe a la escuela o que hable con los padres de Brian, haré lo que haga falta.

Antes de que Connor pudiera responder, un alegre grito llamó la atención de ambos.

-¡Tío Connor!

Parece que ha sido descubierto -observó Julia, atisbando una forma confusa que se acercaba como un cohete hacia ellos y reconociendo a Brian. Consultó rápidamente su reloj, justo cuando sonaba el primer timbre-. Tengo que hacer que mis niños formen en fila para que los recojan los autobuses y los coches.

-¿Estás libre para tomar algo más tarde?

Bueno, aquello era lo último que Julia esperaba.

-¿Qué?

-Te he preguntado si estás libre para ir a tomar algo. A menos claro está, que yo todavía te guste menos de lo que me gustas a mí. más importante aún, a menos que tú y Greg Matthews tengáis un acuerdo exclusivo de cualquier tipo.

Julia se ruborizó.

-¿Cómo sabe que...?

-Hola, tío Connor. -Brian chocó contra la pierna de su tío.
 ¿Por qué estás esperándome aquí en lugar de delante de la puerta del patio?
 -Porque necesitaba hablar con la señorita Talbot -Connor le dio un apretón en los hombros a su sobrino-. ¿Has tenido un buen día?
 -Sí.
 -Genial. ¿Por qué no vas a buscar tu mochila y tu guante de béisbol? Ahora mismo acabaré mi charla con la señorita Talbot y podremos irnos directamente al parque.
 -¿Puede venir la señorita Talbot con nosotros? -pidió Brian-. Quizá su carrera en zigzag sea tan buena como sus lanzamientos en curva.
 Julia inspiró lentamente.
 -No, cariño, no puedo venir. Tengo que reunirme con mi madre para dar una conferencia. No llegaré a casa hasta por la noche, muy tarde -añadió, hablando con Brian pero dirigiendo sus palabras a Connor-. Además, mi carrera en zigzag es horrible. La primera vez que lo intenté, me rompí el dedo gordo del pie.
 -¿El dedo gordo? -preguntó Brian, incrédulo.
 -Ya sé lo que quieres decir. Julia sonrió-. Fue bastante humillante. Iba a toda velocidad y metí el pie entre la base y la zapatilla deportiva del jugador en la segunda base. Me dolió muchísimo, Y no podía lucir nada más que un dedo gordo roto. Ni siquiera tuve que llevar un yeso, en cuyo caso todo el mundo me habría compadecido. Me pasé dos semanas deseando haberme roto algo más importante. Al menos, eso habría sido más impresionante. Pero, ¿romperme el dedo gordo del pie? Todo lo que conseguí con ello fue no poder acercarme al montículo del lanzador y convertirme en objeto de algunas bromas bastante crueles.
 -Vaya. -Brian le dio unos golpecitos en el brazo con actitud tan tierna y comprensiva como si a Julia la hubiera atropellado un camión de dieciséis ruedas-. No te sientas mal. Si te hubieras roto la pierna, habrías estado sin jugar mucho más que dos semanas. Y no te preocupes por la carrera en zigzag. Tío Connor puede enseñarme.
 -Buena idea -asintió Julia con una sonrisa triste.
 Vuelvo enseguida. -Brian salió zumbando a por sus cosas.
 -¿Qué me dices del sábado por la noche? -preguntó Connor-. ¿Estás libre?
 Julia se sorprendió a sí misma respondiendo antes de calibrar su decisión... probablemente porque si la calibraba podía cambiar de opinión.
 -Sí, estoy libre.
 -¿Sólo para tomar una copa, o puedo pedirte que cenes conmigo?
 -Puede intentarlo.
 Los ojos de Connor destellaron al aceptar tal reto.
 -Conozco un pequeño local italiano a apenas media hora de aquí. Es informal. La comida es fantástica. Y el vino, soberbio. Ah, y hacen un tiramisú tan bueno que es capaz de enderezar tu lanzamiento en curva hasta dejarlo tieso.
 -¿Tan bueno es? -Julia se preguntó dónde se estaba metiendo. Probablemente, en un lío más grande de lo que imaginaba. -En ese caso -se oyó decir a sí misma-, ¿cómo voy a rechazar la invitación? Acepto la cena.
 Un destello de triunfo relampagueó en los ojos de Connor.
 -Excelente. ¿Qué te parece a las siete y media?
 -Perfecto.
 Connor le alargó el bolígrafo.
 -Rompe un trocito de ese papel que acabo de darte con el número de mi móvil y escribe en él tu dirección. Pasaré a recogerte. Anota también tu teléfono, ya puestos.
 Julia acababa de garabatear ambas cosas cuando Brian reapareció. -Estoy listo -anunció.
 -Estupendo. -Connor se metió en el bolsillo el pedazo de Papel y el bolígrafo-. La señorita Talbot y yo ya hemos acabado de hablar. Así que vámonos. -Le dedicó a Julia una de sus penetrantes miradas-, Nos vemos.
 Ella asintió.
 -Nos vemos. Y pasadlo bien en el parque, los dos.
 Ambos se habían alejado ya unos pasos cuando Julia recordó algo.
 -¿Connor?
 -¿Sí? -Connor se volvió hacia ella.
 Julia sonrió ligeramente mientras repetía las palabras que él le había espetado al final de su último encuentro:
 -Para que quede claro, no es cierto que no me gustes. Y me llamo Julia.

Capítulo 10

18.55

Greg Matthews estaba de pésimo humor.

Había planeado salir pronto de la oficina, irse a casa y dormir un poco. En lugar de eso, allí estaba, a las siete de la tarde de un viernes, todavía sentado ante su mesa, trabajando sobre un presupuesto revisado para los comedores de las escuelas del distrito. Por Dios, qué apasionante...

Dejó caer el lápiz y balanceó la cabeza hacia un lado y la giró lentamente, dibujando un círculo, para relajar los tensos músculos del cuello. Estaba agotado. Había sido una semana muy agitada, y mañana prometía ser un día igualmente malo. No había manera de tener el sábado libre. La semana anterior, aquel desayuno de negocios; mañana, las horas de charla fútil que le esperaban, algunas en el campo de golf y, el resto, al teléfono.

No estaba de humor para una partida política de 6 bandas.

Pero era lo que tenía que hacer. No había otra opción. No, si estaba decidido a lograr lo que quería de todo aquello.

Ya fuera o no una gaita, sería interesante ver cómo acababa aquella pequeña odisea.

Al instante, oyó cómo la puerta de un despacho se cerraba a lo lejos, Y unos pasos conocidos resonaron pasillo abajo y se dirigieron hacia el ascensor.

El alcalde se iba.

Greg frunció los labios, con la mirada perdida fija en su propia puerta cerrada, mientras el timbre del ascensor indicaba que ya había llegado. Luego se oyó el sonido lento, y suave de sus puertas al abrirse, una pausa larga, y otra vez el sonido del cierre. Después, silencio.

Si para él la semana había sido dura, para Stephen Stratford había sido un auténtico infierno. Y la diversión tan sólo acababa de empezar.

Greg no cambiaría su sitio por el del alcalde ni por todos los asientos del Senado juntos. La notoriedad política estaba muy bien; él la buscaba. Y, sin duda, uno de los precios que había que pagar era exponer tu parte más débil ante el mundo y estar dispuesto a recibir ataques. Pero si esos ataques descubrían secretos tan inconfesables como para meterte en un buen lío de los grandes, y si ese lío significaba enfurecer a hombres como Philip Walker... qué demonios, no valía la pena tanto esfuerzo.

Con un suspiro de cansancio, Greg volvió a su trabajo, señalando las últimas de sus cifras preliminares para el presupuesto. Con eso, dio por finalizada la jornada. Ya confeccionaría una hoja de cálculo detallada cuando llegara a casa. Metería en el microondas la comida china de la velada pasada y terminaría el presupuesto mientras cenaba. Eso le dejaría tiempo más que suficiente para planear la agenda de mañana tomando una taza de café descafeinado y meterse temprano en la cama. Tenía que estar bien despabilado para el partido de golf, a las siete de la mañana.

Iba a ser un largo y productivo fin de semana... en más de un sentido.

Mañana, llevaría a cabo los avances necesarios con el consejo del Ayuntamiento.

Y el domingo haría lo propio con Julia.

22.15

Cuando Julia viró por la salida de Leaf Brook hacia la autovía Taconic y giró a la derecha hacia Main Street, estaba lloviznando. Se alegró de que su casa estuviera a tan sólo unos minutos en coche, y no sólo porque la lluvia estaba arreciando. Su mente estaba saturada. Ya había empezado así el día, y la conferencia de aquella velada no había ayudado nada.

El doctor Garber había presentado los detalles finales de su investigación, y luego había abierto una rueda de preguntas. Como si fuera una broma del destino, la mayoría de dichas preguntas fueron acerca de cómo reconocer los primeros síntomas de la angustia emocional en niños, para que el problema (y su causa) pudiera ser cortado de raíz. Las respuestas tan sólo sirvieron para echar más leña al fuego de la preocupación de Julia por Brian. Oh, ya se daba perfecta cuenta de que los síntomas no presentaban la gravedad y tampoco se habían manifestado durante tanto tiempo para equipararlos a los casos estudiados por el doctor Garber. Pero aun así aquella conferencia habría servido para alertar a los padres de Brian, si éstos hubieran asistido.

Pero no estaban allí. Por lo que Julia sabía, ni tan sólo se daban cuenta de los evidentes síntomas. Eran unos padres cariñosos, pero si estaban absorbidos por sus propios problemas, era posible que no reconocieran los síntomas de Brian, y mucho menos que los trataran. Todo aquel asunto era mera especulación por parte de Julia. Y, si cumplía el acuerdo al que había llegado con Connor, seguiría siendo así.

Maldita sea, se sentía tan confusa...

Sabía que Connor no se lo estaba contando todo. Aunque eso no le preocupaba tanto como las razones que había tras sus evasivas. De acuerdo, Connor estaba protegiendo a su familia. Eso sí lo había dicho.

Pero, ¿de qué?

Julia no podía obligarlo a confiar en ella. Por otro lado, él no podía obligarla a dejar de preguntar. Y aunque Julia hubiera accedido a hacer las cosas de ese modo (por ahora), también había dejado claro que no le estaba prometiendo nada.

El no había tenido tiempo de responder a su planteamiento antes de que Brian volviera, mochila en mano. Sin embargo, su reacción no podría haber sido demasiado adversa. Había insistido en llevarla a cenar. Pero, ¿hasta qué punto aquella invitación se debía a las ganas de Connor por salirse con la suya, y hasta qué punto era debida a su deseo de explorar la atracción que existía entre ambos?

Sería interesante descubrirlo.

Una reacción en cadena de chirridos de ruedas y repentinas luces de freno devolvieron a Julia a la realidad. En un acto reflejo, pisó a fondo el pedal y detuvo su Escarabajo. ¿Qué pasaba? Eran más de las diez... ¿por qué se encontraba metida en un atasco?

Bajó el cristal de la ventanilla y miró hacia fuera para averiguar cuál era el problema.

Unos ochocientos metros más allá, divisó las luces rojas de la policía. Coches policiales. «Dios mío», pensó Julia, «espero que no se trate de un accidente». Pero era una posibilidad. Llovía. El asfalto resbalaba. Y era viernes por la noche. Aunque los choques debidos a conducir bajo los efectos del alcohol no eran frecuentes en Leaf Brook, alguno se daba de vez en cuando.

El tramo de Main Street al que se acercaba llevaba hasta uno de los mini-centros de la corporación. Había dos o tres bares al otro lado de la vía, donde los empleados iban los viernes a tomar una copa. Algunos, estúpidos, a veces bebían más de la cuenta y luego conducían sus coches. En alguna ocasión, había habido heridos.

Julia asió el volante con fuerza, deseando que se tratara simplemente de un incidente sin importancia.

El tráfico avanzó lentamente, y Julia también.

Pasaron quince minutos antes de que llegara al lugar donde estaban situados los dos coches de policía, justo delante de la entrada de un aparcamiento municipal. Uno de los coches patrulla bloqueaba el acceso al parking, el otro estaba aparcado al otro lado de la vía. Había dos agentes dirigiendo el tráfico. Julia observó atentamente la zona, pero no vio ni vidrios rotos ni vehículos accidentados ni ambulancia alguna. Eso parecía indicar que fuera lo que fuera lo que había sucedido, había sucedido en el aparcamiento.

Casi estuvo tentada de preguntarle al agente que gesticulaba enérgicamente a los conductores, simplemente para cerciorarse del todo de que no había víctimas. Pero el hombre parecía tenso Y preocupado, y su impermeable se mojaba cada vez más. Decididamente ahora no era el momento oportuno. Fuera lo que fuera lo que había pasado, sin duda aparecería en los periódicos de mañana. De hecho, Julia pensó, con una mueca de desagrado, que periodistas como Cheryl Lager habrían estado ya en la escena del desastre Y se abrían ido directamente a sus despachos, a escribir lo más rápido posible la historia. Cuanto más desagradable, mejor.

Dentro del aparcamiento municipal, el oficial Benjamin Parks acababa con los últimos testigos potenciales, y anotaba unos cuantos datos más. El detective Frank Taylor recorrió la zona, haciendo una última comprobación por si quedaban indicios que hubieran sido pasados por alto.

Dudaba encontrar ninguno más. Quien fuera que había hecho aquello era un profesional.

En Leaf Brook, los robos de coches eran muy poco frecuentes, aunque el número había aumentado en los pasados meses. Pero éste no seguía el patrón usual. Normalmente, los coches robados eran modelos populares, corrientes, que valían una cantidad nada despreciable, y fáciles de desmontar. Como el Toyota Camry, que fue robado del aparcamiento de la avenida Maple el pasado mes, o el Honda Accord que se llevaron del centro comercial de Water Street unos cuantos meses atrás. Pero esta vez, no. Según el informe de la policía que le habían hecho llegar, esta vez el coche en cuestión era un clásico... un sedán Chevrolet Bel Air de 1955, de color blanco y plateado. Su propietario (o, mejor dicho, su conductor, ya que el coche pertenecía al hijo de aquel hombre) dirigía una pequeña agencia de trabajo temporal en el centro. Se llamaba Albert Kirson. Pobre hombre... estaba realmente aturdido al llegar a la comisaría para hacer su declaración. Al parecer, había tomado prestado el coche para ir al trabajo, porque su Ford Taurus estaba en el taller. Y ahora se sentía fatal por el hecho de tener que darle la noticia a su hijo de veintitrés años. Éste había ahorrado durante seis años para poder dar la entrada del coche. Sí, su padre se ganaba bien la vida, pero aquel clásico costaba cincuenta de los grandes. No era precisamente la cantidad que el propietario de un pequeño negocio, con dos hijos en el colegio y otro en el instituto, tuviera para gastos imprevistos.

El detective Taylor meneó la cabeza, un tanto apenado. Siempre les pasaba este género de cosas a los tipos decentes. Albert Kirson era el ejemplo perfecto. Ni tan sólo había tenido a su favor un momento oportuno. Si hubiera sido un año de elecciones, podría haber gozado de la clase de prensa que habría provocado un voto de apoyo compasivo. Pero no lo era, y sólo obtendría un cheque de la compañía de seguros y un disgusto enorme para su hijo.

Bueno, por su parte, el detective se alegraba de haber votado a Kirson en las últimas elecciones. Aquel hombre era un estupendo miembro del consejo del Ayuntamiento. Taylor tenía la esperanza de que continuara ocupando su puesto incluso después de que el alcalde hubiera pasado al Senado estatal.

23.00

Stephen estaba sentado en el borde de su cama, listo para ver las noticias de última hora, cuando sonó el teléfono.

Automáticamente, volvió la cabeza y fijó la mirada en la puerta del baño. Seguía cerrada. Y el sonido del agua indicaba que Nancy no había terminado de ducharse.

Asió el teléfono, y al instante sintió una opresión en el pecho. Aquellos días, las llamadas telefónicas a horas intempestivas no podían significar nada más que problemas.

Levantó el auricular.

-¿Sí?

-Ah, estupendo. Oigo las noticias locales de fondo -dijo Milip Walker, en tono desenfadado-. Fíjate en el incidente de última hora, muy cerca de aquí, del que van a informar antes del espacio del tiempo. Lo encontrarás fascinante.

«Clic».

La frente de Stephen se cubrió de sudor. ¿Qué demonios había hecho Walker ahora?

Stephen vio las noticias internacionales y nacionales con los puños cerrados sobre el regazo. Cuando aparecieron las palabras «última hora», seguidas por un plano del rostro de Albert Kirson, subió el volumen y escuchó atentamente a la presentadora de expresión impasible y voz monótona que daba los detalles sobre el robo del coche de aquel miembro del Ayuntamiento.

Robado de uno de los aparcamientos municipales de Leaf Brook «Mierda».

Nancy salió del baño con el pelo envuelto en una toalla. miró a su esposo:

-¿Stephen? ¿He oído el teléfono?

Él asintió, completamente consciente de lo que Nancy preguntaba en realidad.

-Sí. -Era hora de decir una verdad a medias-. Era una persona de mi equipo que me informaba de esto. -Señaló la pantalla.

Han robado el coche de Albert. De hecho, el coche era de su hijo, Jeff. Al lo había cogido prestado por hoy. Se lo han robado del aparcamiento de su trabajo.

Su esposa centró la atención en el televisor y, frunció el ceño. -Es terrible. Eso ha estado pasando mucho durante los últimos meses. A una de mis empleadas le robaron el coche mientras estaba haciendo la compra. ¿Son rateros profesionales, o crees que sólo son gamberros adolescentes?

Stephen se encogió de hombros.

-Excepto por lo de hoy, eran a todas luces profesionales. Pero, ¿un Chevrolet clásico? Ése no es precisamente un coche fácil de desmontar. No sé quién lo ha hecho, pero esto no puede seguir así. Necesitamos conseguir un nivel de seguridad decente en los aparcamientos de Leaf Brook. Es uno de los asuntos prioritarios en mi agenda ahora mismo.

Nancy asintió, y, en su rostro se reflejó una ola de alivio... alivio que no tenía nada que ver con los robos de coches. Stephen leyó en su mente con tanta claridad como si hubiera hablado. «Éste es el Stephen que conozco», pensaba Nancy. «Quizá vuelve a ser él mismo otra vez, después de todo».

Bueno, Stephen todavía no había logrado llegar a ese punto. Pero llegaría.

Capítulo 11

7 de abril

El sábado llovió todo el día.

Eso quería decir que Brian se quedaba sin el entreno de béisbol. Normalmente, eso habría sido motivo de gran disgusto. Hoy, tan sólo significó una contrariedad sin importancia, porque tío Connor estaba allí para compartir sus actividades.

La familia entera desayunó junta, y después Stephen se encerró en el despacho de casa, Connor se fue a su habitación a hacer unas cuantas llamadas inaplazables de negocios, y Nancy y Brian se acomodaron en el suelo del salón y jugaron tres partidas de «Hundir la Flota».

Connor salió de su cuarto antes de las doce del mediodía. Con paciencia infinita, contestó al alud de preguntas de su sobrino acerca de por qué tenía que trabajar los fines de semana si ni siquiera era alcalde, y luego compensó su ausencia previa llevando a Brian a comer una hamburguesa y a una sesión de cine de tarde.

Stephen siguió encerrado tras las puertas del despacho, y el piloto de la línea telefónica de trabajo permaneció encendida sin cesar.

Alrededor de las tres de la tarde, sonó el timbre de la puerta. Sentada en la salita del piso de abajo, Nancy levantó la cabeza y se preguntó quién podía ser. Sin duda, uno de los colegas de Stephen o alguien del personal de su campaña. Esa gente veía más a Stephen que la propia Nancy, últimamente. Desde luego, lo veían más en un estado normal, cuando no estaba bebiendo o apostando.

«Deja de compadecerte», se dijo Nancy a sí misma, seria. «Nadie te obliga a seguir adelante con este matrimonio. Estás aquí porque así lo quieres. Porque amas a Stephen, porque él es el padre de Brian y porque recuerdas cómo era todo, como puede volver a ser, entre los dos. Todo el mundo tiene problemas. Nosotros no somos una excepción. Saldremos de ésta. Tenemos que salir».

Lanzó un suspiro y se masajeó las palpitantes sienes. Si no se sintiera tan completamente agotada, física y emocionalmente... y si pudiera lograr que Brian volviera a ser el alegre niño de unos meses atrás... Tener a Connor en casa ayudaba, pero todavía había momentos cuando Brian parecía ausente, abatido...

El timbre sonó de nuevo, y apartó a Nancy de sus pensamientos. Ésta, sobresaltada, se puso en pie. Había olvidado por completo que había alguien en la puerta. Parpadeó para borrar la humedad que se había concentrado en sus pestañas, dejó a un lado las facturas que estaba clasificando y se dirigió con pasos ligeros y silenciosos hacia el recibidor.

-¿Quién es?

-Soy yo, Nancy. -Era la voz de Cliff Henderson.

Ella respiró hondo y abrió la puerta.

-Hola -saludó a su amigo, con una sonrisa forzada.

-Hola. -Cliff entró e indicó el informe que llevaba bajo el brazo-. Stephen y yo tenemos una reunión. Hay un montón de papeles por revisar. -De repente, se calló, observó el rostro de Nancy y frunció el ceño-. ¿Qué pasa?

Vaya, aquello sí que era una novedad. Como esposa de un político, Nancy había aprendido a no mostrar jamás sus sentimientos. Con el tiempo, le estaba mal decirlo había logrado un rostro verdaderamente inexpresivo para las ocasiones públicas. Ni siquiera Cliff, que era más cercano a ellos que nadie, jamás había adivinado lo que había bajo su cuidada máscara. Si ahora su angustia era lo suficientemente transparente para cambiar aquello, Nancy debía de estar perdiendo pie. Tenía que esforzarse.

-¿Nancy? -insistió Cliff, cerrando la puerta y acercándose a ella-. ¿Qué te pasa?

-¿Por qué? ¿Tan mal aspecto tengo? -A pesar de su intento por sonar normal, Nancy se oyó a sí misma en un tono extraño, tenso.

-No. Pareces estresada. Como si llevaras el peso del mundo sobre tus hombros. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

Qué curioso. Nancy recordó los días cuando era Stephen el que le ofrecía aquel tipo de apoyo emocional.

Sin embargo, había habido otros momentos en que era él la causa de que lo necesitara.

-Gracias, Cliff -repuso, dándole un apretón en el brazo-. Eres un verdadero amigo. No sé lo que haría sin ti. No entiendo cómo aún no te ha pescado ninguna fantástica mujer.

Él esbozó media sonrisa.

-Porque Stephen se llevó la última. Me estoy echando a perder. Estoy esperando a otra Nancy.

«Quizás a la Nancy de hace diez años», pensó ella con tristeza. «Pero no la de hoy. Me siento como una vieja cansada.»

-Gracias por el piropo -dijo, en cambio-. En cuanto a tu ofrecimiento de ayuda, te lo agradezco de veras. Pero, te lo aseguro, no me pasa nada. Nada excepto cansancio. He tenido un verdadero lío en la boutique, la campaña está cogiendo un ritmo vertiginoso, y los entrenos de Brian parecen auténticas maniobras militares. Ah, y Connor ha venido de visita por unos días. Así que yo voy arriba y abajo como una gallina sin cabeza. Ayer por la noche me estaba relajando un poco, y entonces Stephen recibió la llamada que le contó lo del robo del coche de Albert Kirson. Supongo que fue demasiado para un solo día. No he pegado ojo en toda la noche.

Con un gesto automático, le indicó a Cliff que se quitara el impermeable.

-¿Por qué no me das eso y vas a reunirse con Stephen? Está en su despacho. No ha parado de hablar por teléfono en toda la mañana.

-No me extraña -murmuró Cliff, despojándose de su mojado impermeable y sacudiéndolo un poco antes de alargárselo a Nancy con un agradecido movimiento de cabeza-. Probablemente, el robo del coche de Albert Kirson ha provocado más debates sobre la seguridad en los aparcamientos municipales de Leaf Brook.

-Exactamente.

Nancy sabía arreglárselas con aquella clase de conversación.

Los sucesos. Los problemas de la ciudad. Incluso la campaña, Estaba programada para dirigir todo aquello hacia el mismo piloto automático.

-Sé que Stephen está muy preocupado por el número de coches robados en esta ciudad últimamente -siguió-. Espero que el consejo del Ayuntamiento y la policía puedan encontrar una solución que funcione.

-Sí, yo también. -Cliff se quedó callado, observando de nuevo el rostro de Nancy, esta vez tomando algún tipo de decisión-. ¿Dónde está Brian?

-Connor se lo ha llevado al cine. Volverán hacia las cinco. -Entonces, ¿por qué no aprovechas este tiempo para dormir un poco? Estás agotada. Y con el Tornado Brian a punto de volver a casa, no habrá un minuto de descanso hasta las ocho y media o las nueve.

Muy cierto. Y, por Dios, la idea de echar una cabezadita sonaba divina.

-Tienes razón -aceptó, mientras relegaba su tarea de clasificar papeles a una categoría inferior-. A caballo regalado, no le mires el dentado. Voy a subir ahora mismo y me echaré un rato. - Ya se dirigía a las escaleras-. Tú ve a ver a Stephen. Espero que sea una reunión productiva.

Sus últimas palabras fueron literalmente ahogadas por un bostezo.

Mientras ella subía, cansada, Cliff la contempló con el ceño fruncido en un gesto de preocupación. Se sentía entre la espada y la pared. Y no estaba seguro de que hubiera un modo de zafarse.

Profundamente preocupado, se dirigió al despacho de Stephen.

16.35

Aquella mañana, Greg había abierto los ojos con la estridente alarma del despertador. Pulsó el botón de detención, y el ensordecedor ruido fue reemplazado por el repiqueteo de las gotas de lluvia contra los cristales de la ventana.

Un día perfecto para ir a jugar al golf...

Llamó al club y le confirmaron que la partida había sido cancelada.

Estupendo, simplemente estupendo.

Ahora, no sólo tendría que sacarle información a todos los miembros del consejo, sino que tendría que hacerlo todo por teléfono. Y obtener información de ese modo era realmente una lata, porque no podría calibrar la verdadera reacción de aquellos tipos sin ver (y leer) cada una de las expresiones de sus rostros.

Por si esto fuera poco, se añadía otra cosa, que no ayudaba mucho a mejorar el humor de Greg. En lugar de pasar a la acción a las seis de la mañana, tendría que empezar sus indagaciones muchísimo más tarde, lo que significaba que Stephen habría dispuesto de todo ese tiempo para realizar sus propias llamadas. Cualquier apoyo que éste consiguiera para sí llegaría a oídos de Greg en las conversaciones que mantendría por la tarde. Como resultado de todo aquello, podría informar de la situación con un mucho mayor conocimiento de la misma.

Con ese pensamiento en mente, esperó hasta las tres de la tarde para comenzar su partida política a seis bandas. Lo que había descubierto era muy ilustrativo, aunque no sorprendente, en relación con el robo del lujoso coche el viernes por la noche.

Había habido dos conversos a la causa del alcalde. Ahora mismo, dos miembros del consejo, incluido Kirson, estaban ansiosos por ofrecerle a Philip Walker el contrato que tanto buscaba. Los otros cuatro miembros, sin embargo, no lo estaban. Su preferencia era instituir el programa más barato, ejecutado por la ciudad, y poner en marcha un servicio de vigilancia de la policía local en los aparcamientos municipales.

Eso quería decir que, incluso contando con el del alcalde, aún le faltaba un voto.

Bueno... eso era casi bingo.

Greg se sirvió una copa de vino y se sentó en el sofá, con las piernas estiradas y un tobillo cruzando el otro. Curioso, lo del robo del coche, pensó, tomando un sorbito de vino. El coche de Albert Kirson, para más señas. Toda una coincidencia.

18.30

Connor se puso un jersey de cuello alto azul oscuro, se pasó el peine por el cabello y echó un vistazo al reloj. Tenía que salir al cabo de diez minutos, o llegaría tarde a recoger a Julia. Cosa que no tenía ninguna intención de hacer, dados sus planes para la velada. Fuera como fuera estaba decidido a hablar con Stephen antes de irse.

No había visto a su hermano desde el desayuno. Y Brian tampoco, por cierto. Stephen todavía estaba encerrado en aquel maldito despacho cuando ambos volvieron del cine.

¿Qué demonios estaba pasando?

Por lo que Connor sabía, Stephen había devuelto los quinientos mil dólares que él le había dado a los fondos de su campaña. Entonces, ¿por qué estaba aún tan nervioso? ¿Acaso era todavía más profundo el agujero que él mismo había cavado? ¿Era posible que debiera más de lo que admitía?

Había llegado la hora de averiguarlo.

Se echó la chaqueta de estilo informal sobre los hombros, salió de su habitación y se dirigió directamente al despacho de Stephen. Al llegar ante la puerta, oyó el sonido apagado de voces que discutían airadas. Stephen y Cliff. Obviamente, estaban en desacuerdo... totalmente. Eso era extraño. Y también condenadamente inoportuno. Pero Connor no iba a detenerse por ello.

Llamó a la puerta.

-¿No puede esperar, sea lo que sea? -ladró Stephen.

-No, no puede esperar. -Connor entró en la estancia y saludó a Cliff con un leve movimiento de cabeza-. Hola, Cliff. Me alegro de verte.

-Hola, Connor. -Cliff estaba sonrojado, cosa harto inusual en él. -Lamento interrumpir, pero necesito un minuto con mi hermano, y estoy a punto de irme a cenar fuera.

-Ningún problema. -Cliff recogió rápidamente sus papeles. Es tarde. Y yo también tengo planes para la cena. -Miró a Stephen un instante-. Piensa en lo que te he dicho.

-De acuerdo. -A Stephen le temblaba un músculo de la mejilla-. Nos vemos.
Connor esperó hasta que Cliff se hubo marchado, Y luego cerró la puerta cuidadosamente tras él.

-¿De qué va todo esto?

-No es nada.

-A mí no me lo ha parecido. Y tampoco parecía que se tratara de una charla de negocios. Parecía personal. Cliff no se imaginaba lo que estaba pasando con el dinero que faltaba, ¿verdad?

-No. -Stephen puso ambas manos sobre la mesa, se levantó y empezó a pasearse arriba y abajo-. Por si quieres saberlo, Cliff está preocupado por Nancy. Cree que está deprimida. Pero no sabe por qué.

-Sin embargo, nosotros sí lo sabemos. -Connor se asió con ambas manos al respaldo de una maciza silla de cuero y se inclinó hacia delante para atacar la situación-. Stephen, tu vida familiar se está desmoronando. ¿Por qué? Te he dado el medio millón de dólares. Entonces, ¿por qué sigues aún tan alterado?

Stephen se detuvo, se metió las manos en los bolsillos y miró fijamente a Connor. Su aspecto era deplorable... hundido y ajado, como si hubiera envejecido diez años. Y tenía unas negras ojeras bajo los ojos, de las que no estaban provocadas tan sólo por la falta de sueño. -Estoy alterado por una situación sin salida, un punto muerto en el consejo del Ayuntamiento que no puedo desbloquear. Estoy alterado por el aumento de robos de coches, que no hará nada a favor de mi credibilidad como alcalde o por mis posibilidades de llegar al Senado. Y estoy alterado porque sé que papá aparecerá por aquí antes de que acabe la semana para realizar una de sus inspecciones en el desarrollo de mi campaña. ¿Te parece suficiente?

¿Conociendo a Harrison Stratford? Más que suficiente.

Connor observó a su hermano, percibió el estado extremo de su nerviosismo y se preguntó por enésima vez si todo aquello valía la pena. Dudaba que ni siquiera el propio Stephen supiera lo que quería en aquel punto, o que una carrera política fuera realmente el camino correcto para él. Si sufría todo aquel estrés por una campaña menor, ¿qué pasaría con su estado emocional cuando su padre lo dirigiera hacia Washington y prendiera la mecha?

Ahora no era el momento para hablar con toda franqueza. No, porque Stephen estaba casi al límite. Connor no sabía con certeza cuándo llegaría el momento oportuno. Quizá después de pasadas aquellas elecciones, cuando Stephen se hubiera librado del peso de la campaña. Quizás entonces podría valorar si el camino que estaba siguiendo (el camino marcado por su padre) lo haría feliz a largo plazo.

Mientras, como mínimo su alteración no era debida a más deudas de juego. Connor se sentía profundamente agradecido por aquel hecho

-Sí -le contestó a su hermano-. Me parece suficiente. Sobre todo lo que se refiere a papá. -Ladeó la cabeza y le dirigió a Stephen una mirada interrogante-. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

-Puedes empezar por no sermonearme, que es lo que estoy. seguro que pretendías hacer cuando has entrado. Lo haré yo por ti. Sí, me doy cuenta de que hoy he tenido abandonada a mi familia, ¿Y qué voy a hacer al respecto? Voy a tomarme una copa, ducharme, e ir a la cocina, donde intentaré pasar el resto de la velada con todos vosotros. ¿De acuerdo?

Connor asintió.

-Sólo que yo no voy a estar-. Temo una cita. -Consultó su reloj-. A la que llegaré tarde si no me espabilo. Se supone que tengo que recogerla a las siete.

Eso distrajo la atención de Stephen, que enarcó las cejas en un gesto de sorpresa.

-¿Es alguien de por aquí? No sabía que salías con una chica de Leaf Brook.

-No salía. Todavía no salgo con ella. Es nuestra primera cita. -¿La conozco?

-Desde luego que sí. -Connor no cambió su expresión ni un ápice-. Julia Talbot.

Stephen se quedó con la boca abierta. Julia... ¿cuándo demonios ha pasado eso

-Ayer, cuando fui a recoger a Brian. Se lo pedí. Ella aceptó. Vamos a cenar.

-¿Lo sabe Greg?

Connor se encogió de hombros.

-No me pareció que lo suyo fuera muy serio... al menos. desde el punto de vista de Julia.

-Ya se ve que opinabas realmente que ella era para tu gusto... -Un asomo de sonrisa-. De todos modos, yo jamás te creí. No podías quitarle la vista de encima en ninguno de los dos de Brian.

-Brian es el motivo por el que voy a salir con ella.

-Sí, seguro que es por Brian-repuso Stephen en el mismo tono que habría utilizado si le hubieran dicho que la Tierra era plana-. Segurísimo.

-No bromeo.

-¿Ah, no? ¿Y qué ha hecho mi hijo, de casamentero? -Stephen parecía estar realmente divertido-. De hecho, ahora que lo pienso, no es tan extraño. Vosotros dos sois sus grandes héroes. Entonces, ¿es cierto? ¿Os empujó Brian el uno hada el otro en el patio?

-Muy gracioso. -Connor no sonrió-. No, fue idea mía. Julia está obsesionada con el estado emocional de Brian. Le preocupa porque intuye que se siente herido... y tiene razón. Y también está condenadamente cerca de averiguar por qué. -Hizo una pausa y luego continuó con las noticias más enojosas-. Cuando fui a la escuela a buscar a Brian, adivina qué impertinente periodista estaba acosando a Julia, preguntándole cuál podía ser, según ella, la causa de tu irritación cuando te interrogó en el partido de la semana pasada.

Stephen palideció por completo.

-Mierda.

-Sí, podrías definirla así.

-¿Habló Julia con ella?

-No. Julia mandó graciosamente a la señorita Lager a freír espárragos. Yo hice el resto. No volverá a la carga durante un tiempo, sólo cuando haya podido replantearse su estrategia. La amenacé con una demanda.

-Hija de puta. -Stephen se frotó la frente vigorosamente, como si lo que le dolía estuviera profundamente enterrado en el interior de su cabeza-. Es obvio que hablaste a solas con Julia. ¿Qué te dijo?

-Me disparó un montón de preguntas. No es estúpida, Stephen. Sabe que algo va mal. Supone que es la presión de la campaña o, como mucho, que tú te sientes culpable porque papá y yo te financiamos. Pero me ha dicho muy claramente que no va a olvidarse de este asunto. No, a menos que vea alguna mejora en Brian.

Stephen dejó caer el brazo a lo largo de su cuerpo, y pareció que le hubieran pegado un puñetazo.

-¿Y cuál es tu plan?

-Dos cosas. Quedarme por aquí hasta que las cosas hayan vuelto a su cauce y Brian esté realmente mejor. Y mantener el tiempo libre de Julia ocupado con asuntos que no sean preocuparse por sus alumnos, y por Brian en particular.

-Ya veo. -Un lento y apesadumbrado suspiro-. Connor, no se qué decir. Últimamente, me he comportado como un cerdo contigo. Pero es que me siento como una rata acorralada y... -Se derrumbó-. No importa. Eso no es excusa. Tú me has salvado, realmente, y no me refiero sólo al aspecto financiero. Me doy cuenta de que haces casi todo esto por Brian, pero quiero que sepas lo mucho que te...

-Eh -le interrumpió Connor, indicando con un vago gesto que no hacía falta que le diera las gracias. Lo último que quería era hundir aún más a su hermano. Aquella débil autoestima era lo que había comenzado su espiral hacia abajo-. No me des las gracias. Ante todo, tú eres mi hermano, y Brian es mi sobrino. En segundo lugar, conozco a papá tan bien como tú. Sé el papel que ha desempeñado en destrozarte la vida. Y en tercer lugar... -Hizo lo posible por hablar en tono desenfadado-. Tienes razón. No puedo apartar los ojos de Julia Talbot. Así que no hagamos como si todo esto fuera un enorme sacrificio, ¿de acuerdo?

-Sí, de acuerdo. -Stephen le lanzó a su hermano una mirada interrogante-. No estoy seguro sobre cuánto de lo que has dicho es para que me sienta mejor, y cuánto es verdad.

-Yo tampoco. Supongo que es hora de averiguarlo. -Connor se dirigió hacia la puerta-. Que tengáis una buena velada. Y no me esperéis despiertos.

Capítulo 12

19.50

Julia echó un vistazo alrededor, en el restaurante, y deseó poder perderse en su camuflada elegancia. El local, cuyas paredes estaban revestidas de madera, era cálido y acogedor, y su ambiente era el de un bistró italiano. Había música suave de fondo, y los camareros iban arriba y abajo con calma, sin prisas, como invitando a los clientes a saborear la comida y la compañía.

Ella y Connor habían sido escoltados hasta una mesa apartada, en un reservado flanqueado por ventanas que dominaban el río Hudson. A lo lejos, un brumoso resplandor iluminaba el puente

Tappan Zee, realizando, pero no empalagando, el pausado ritmo de la experiencia de la cena.

Volviendo a centrar la atención en su copa, Julia tomó un sorbo del exquisito vino, deseando que le calmara los nervios. Había estado inquieta todo el día... y se había cambiado tres veces de ropa antes de decidirse por unos pantalones marrones y un jersey de color crema. Nunca se había sentido tan nerviosa ante una cita, ni siquiera si era la Primera. De todos modos, tampoco antes se había sentido tan atraída por un hombre... un hombre con el que no estaba segura de tener ni una sola cosa en común, aparte del afecto mutuo por su sobrino.

Pareces distante -observó Connor, jugueteando con su propia copa-. ¿No es este lugar como esperabas?

-Es un restaurante encantador. Julia dejó la copa sobre la mesa-. Si parezco distante, probablemente es debido a que me pregunto si tú y yo tendremos algo de qué hablar cuando agotemos el tema de Brian.

-Creo que nos las arreglaremos. -Su penetrante mirada calé, bien hondo en ella-. Pero míralo desde el lado positivo y optimista; no tendrás que preguntártelo durante mucho tiempo.

-Supongo que no. Julia intentó ignorar el hormigueo que sentía en su estómago.

-Acaba tu aperitivo -le sugirió Connor, señalando los champiñones rellenos que quedaban en el plato-. Son el orgullo del cocinero. Se hundirá en la miseria si te dejas alguno.

Julia le dirigió una sonrisa triste.

-En ese caso, quizá deberías comerte tú la mitad de los que quedan. -Lo invitó con un gesto a hacerlo-. Aunque me encanten los champiñones rellenos, soy incapaz de acabarme esta cantidad y tener aún espacio suficiente para otro plato y, además, el fantástico postre que tanto alabas.

-Suena bien. -Connor se comió el último de sus mejillones y luego ayudó a Julia a pasar parte de los champiñones a su plato. Por un breve instante, sus dedos se rozaron, y Julia sintió que la recorría una oleada de calor. Hizo lo que pudo por esconder su reacción, sin apartar la vista del plato que tenía delante. No tenía ni idea de si lo conseguía, y tampoco intención alguna de mirar a Connor para averiguarlo. En lugar de eso, se concentró en acabarse el aperitivo y volver a controlar sus avivadas emociones.

Una vez que ambos platos estuvieron vacíos, y las nuevas llenas, Julia ya lo había conseguido.

-¿Cómo está Brian hoy? -preguntó, apoyando las manos sobre la mesa, con los dedos entrelazados.

Connor cortó una rebanada de pan caliente.

-Bien, aparte de maldecir el hecho de que el entrenamiento de béisbol se ha suspendido por la lluvia. En su lugar, hemos ido al cine. -¿Vosotros dos solos?

Connor enarcó una de sus oscuras cejas. -Pues, sí. Vaya, ¿es eso un problema?

-Claro que no. Estoy segura de que el alcalde estaba muy ocupado.

-Interrogatorio camuflado, ¿verdad? -Connor roció el plato con un poco de aceite de oliva para mojar pan-. De hecho, Stephen se estaba ocupando de los resultados del robo de ese coche de ayer por la noche. Estoy seguro de que has leído la noticia en el periódico y, has visto que la víctima es un miembro del consejo del Ayuntamiento. -No he tenido que leerlo en el periódico. Lo vi en las noticias de las once. Julia ignoró su pan-. Sabía que algo grave había pasado en ese aparcamiento

municipal ayer por la noche, porque me quedé atrapada en un atasco allí cuando volvía a casa desde Poughkeepsie. Puse las noticias tan pronto como llegué a casa. Cuando vi que un coche había sido robado, y que pertenecía al consejero Kirson, me imaginé que el alcalde Stratford estaría muy ocupado este fin de semana. O sea que no, no estaba interrogando disimuladamente; estaba planteando un hecho. Me alegro de que tú estés allí para pasar tiempo con Brian. -Levantó la barbilla-. No todo lo que digo es un ataque. Y tampoco me mueven motivos ocultos. Si tuviera algo que decir, lo diría. Enseño en una escuela de primaria, ¿recuerdas? No poseo una de esas ordenes del día personales de las que tú tanto hablas.

-Cierto. -Connor arrancó un trocito de su rebanada de pan y la mojó en el aceite de oliva con gesto fingidamente sereno-. No tienes una orden del día, al menos, no una que sea secreta. Pero sí amenazaste con ignorarme, en todo este asunto de Brian.

-Si no recuerdo mal, fuiste tú quien me amenazó a mí. Me dijiste que me mantuviera al margen. Y yo te contesté que no puedo. También te dije que intentaría hacer las cosas a tu manera, primero. Si Brian responde a tu estancia aquí, si puedes darle la estabilidad que necesita para volver a ser el de antes, estaré encantada de dejarlo todo como está. Julia se inclinó hacia delante-. Yo no soy Cheryl Lager. Ella es un buitre que se alimenta de gente. Yo no. Soy una maestra, buena persona. Tan sólo quiero el bienestar de Brian.

-Ya lo sé. -Connor siguió masticando. Su tono y su expresión eran reservados como siempre que salía aquel tema-. En cuanto a Cheryl Lager, no se me ocurriría ponerlos a las dos en la misma categoría. Ella es una arpía egoísta e interesada. Tú eres cualquier cosa menos eso.

- No puedo creer que esa mujer tuviera realmente la intención de acercarse a Brian directamente -murmuró Julia, recordando el especulativo destello en los ojos de la señorita Lager al mirar hacia Brian.

-Eso no va a suceder.

-No, no sucederá. Antes tendría que pasar por encima de mi cadáver.

Un asomo de diversión curvó hacia arriba los labios de Connor.

-Eso suena amenazador, aunque un poco forzado. No me pareces del tipo peleón.

-Normalmente, no lo soy. Con Cheryl Lager, haría una excepción.

-Lo dices en serio, ¿verdad?

-Por Brian, sí.

Connor apoyó el codo en el brazo de la silla y miró atentamente a Julia, como si no estuviera seguro de si ella hablaba en aquel tono para desfogarse o si su amenaza era pronunciada en serio.

-Admiro tu lealtad. Pero no te aconsejaría un enfrentamiento con Cheryl Lager. Primero, porque acabarías recibiendo tú. Eres menudita. Ella, robusta. Pesa por lo menos diez Kilos más que tú. En segundo lugar, te pondría un montón de demandas. Y tu escuela también. Y por último, ¿qué clase de ejemplo les estarías dando a tus alumnos si agredieras a Cheryl Lager?

-Me convences con tus argumentos segundo y tercero. Pero te equivocas con el primero. Robusta o no, dudo que Cheryl Lager me ganara en una pelea. Yo tuve grandes entrenadores.

-Entrenadores... ¿te refieres a instructores de artes marciales?

-Mejor aún. La Liga Infantil de la ciudad de Poughkeepsie. Me enseñaron a pelear cuando tenía ocho años. Me dieron un montón de lecciones y practiqué muchísimo. Pasé todo el tiempo libre de mi niñez con ellos.

Esta vez, la diversión de Connor era auténtica.

-Así que es ahí donde perfeccionaste tu lanzamiento en curva, Y yo que pensaba que lo habías conseguido durante los entrenos de softball.

Julia hizo una mueca.

-Mi padre me enseñó a lanzar cuando yo era más pequeña que Brian. Yo tenía muchísimas ganas de empezar a ir a la escuela y formar parte de la Liga Infantil. Me llevé un gran disgusto al descubrir que no había equipo femenino de béisbol. El softball siempre me pareció un triste sustituto. Hoh, jugué mucho hasta el instituto. Pero cada dos por tres iba al parque y me unía al equipo de chicos.

-Me sorprende que te dejaran participar.

-Más que eso. Estaban fascinados. Yo mantenía su destreza a un nivel alto. Arrojaba la pelota mejor que su lanzador número uno. -Sonrió, traviesamente-. Por supuesto, tenía que prometerles que me escondería hasta el último mechón de cabellos bajo la gorra, para que cualquiera que nos viera jugando creyera que yo era un chico.

-¿Un chico? -La mirada de Connor repasó lentamente a Julia, y después se clavó en sus ojos, escéptica-. No te imagino consiguiéndolo.

Ella se ruborizó.

-Pues, bueno, lo conseguía. Entonces, yo era una chiquilla delgaducha y más bien poco femenina. Así que la farsa no era tan difícil de representar. Desde luego, de vez en cuando alguien me descubría y les hacía pasar a los chicos un mal rato. Y ahí es donde mi habilidad para pelear entraba en juego. Soy menudita, pero tengo un gancho poderoso.

-Intentaré recordar esos, si me paso de la raya. -Una pausa deliberada-. Sea cual sea la raya que creas que no tengo que cruzar. Había algo de incómodamente privado en ese comentario, o quizá fue sólo el modo en que Julia se lo tomó. Aunque, bien pensado, no. No, teniendo en cuenta el tono de voz y la mirada de Connor. No, él sabía perfectamente lo que estaba diciendo y cómo lo recibía ella.

Julia tragó saliva, deseando que se le ocurriera una réplica inteligente para disipar la tensión.

Su dilema se resolvió con la llegada de los platos, y la joven centró su atención en las gambas a la marinera.

-Son exquisitas -declaró-. Tenías razón acerca de la comida.

-Tengo razón acerca de muchas cosas.

El no tenía la intención de dejarla cambiar de tema.

Bueno, pues, ella lo haría igualmente, llevando la conversación hacia un terreno más seguro.

-Brian y tú tenéis una relación muy especial. ¿Siempre ha sido así?

El sutil movimiento hacia arriba de las cejas de Connor indicó que sabía perfectamente por qué Julia cambiaba de tercio. Con todo respondió a la pregunta.

-Sí, desde el principio. Cuando Brian nació, yo estaba de viaje de negocios en el Lejano Oriente. En cuanto pude escaparme de mis obligaciones, cogí el primer vuelo de vuelta y me fui directamente a casa de Stephen. Brian tenía dos semanas. Yo tenía un miedo mortal a cogerlo y que se me rompiera. Pero Nancy me lo puso entre los brazos, me enseñó a sujetarle la cabeza y me dejó con él. Solos, nos miramos el uno al otro durante un rato. Creo que él estaba intentando hacerse una idea de mí. Y, fuera lo que fuera lo que decidió, debió de gustarle, porque empezó a agitar sus bracitos y piernas y me dedicó una inmensa sonrisa desdentada. Y yo caí rendido.

Julia sonrió, preguntándose si Connor sabía lo mucho que revelaba de sí mismo cuando hablaba de Brian.

-¿Y tus padres?

-¿Qué quieres decir?

-Brian es su primer, y único, nieto. Debían de estar absolutamente embelesados cuando nació.

Un involuntario encogimiento de hombros.

-Mi madre estaba encantada. Es lo más cercano a embelesada que puede estar. Y mi padre estaba complacido. Eso supera el máximo, tratándose de él.

Julia jugueteó con su comida, intentando decidir cómo responder. No es que estuviera aturdida por lo que Connor había replicado. Sabía perfectamente que Harrison Stratford no había amasado su fortuna asistiendo a reuniones de la Asociación de Padres y Profesores. Pero su propia escala de valores era tan distinta, y su vida familiar, tan opuesta a la de Connor... De todos modos, no tenía derecho a juzgar a su padre, y tampoco, desde luego, a condenarlo.

-El alcalde y su esposa son unos estupendos padres -dijo Julia desviando la cuestión.

-Y, viniendo de una familia como la mía, eso es todo un éxito -interpretó, correctamente, Connor.

-No quería decir que...

-Sí, sí querías. Y, según tu punto de vista sobre cómo deberían ser los padres, tienes razón. - Connor dejó el tenedor junto al plato-. Mira, Julia, no hace falta ser un genio para adivinar tu opinión sobre mi infancia. El apellido Stratford es un asiduo del mundo de los negocios y del de la política. Probablemente, te parecemos extraterrestres. Pero, para Stephen y para mí, crecer en ese entorno era de lo más corriente. Nuestro estilo de vida nos parecía tan normal como a ti la Liga Infantil.

-Eso es obvio. Y también lo es que tú tienes un fuerte sentido de la familia. Eres muy protector... de tu familia y de tu apellido. -Ambos están en el mismo territorio. Y, sólo para dejarlo claro, a mí no me faltó de nada cuando era un niño. Y tampoco a Stephen. Teníamos lo mejor, en todos los aspectos, incluyendo oportunidades por las que otra gente mataría. En cuanto a atención personal, también gozábamos de ella. De acuerdo, nuestra casa no era el hogar de la Familia Feliz. Pero tampoco era el típico caso de padre ausente y madre de buena sociedad a la que le importa un rábano todo. Mis padres se interesaban por nuestras vidas y participaban en ellas. Es sólo que ponían el énfasis en puntos distintos de los que tú estás acostumbrada. Su esfuerzo iba encaminado a asegurar nuestros futuros. No dedicaban mucho tiempo en cuidado psicológico. La filosofía de Stephen como padre es diferente. Es un padre mucho más cariñoso y participativo.

-No puedo decir que no aplaudo eso. Lo aplaudo, sí. Es bueno para tu hermano... y para Brian.

-Estoy de acuerdo. -Connor enarcó una oscura ceja-. Bueno, ¿hemos acabado ya de psicoanalizar a mi familia?

Pensativa, Julia asintió con la cabeza. Tenía la clara sensación de que acababa de escuchar un discurso político que Connor había ido perfeccionando a lo largo de los años. Lo que le llamaba la atención a Julia no era tanto lo que Connor había dicho como lo que no había mencionado. Como si la superficial descripción de su infancia pudiera ilustrarse con detalles mucho más impactantes que él había decidido no comentar.

-Sí -repuso Julia a la pregunta-. Hemos acabado.

Perfecto. Porque no hay mucho más que contar, nada que no te aburriera. Podría seguir con interminables parrafadas sobre inversiones, adquisiciones, movimiento de capital... ya sabes, los ingredientes de los imperios financieros. De ahí, podría pasar a cómo formamos un grupo compacto detrás de un candidato político, destinado a ser toda una eminencia. Así somos los Stratford, como una tribu. -ApoYó la barbilla en la mano-. Para variar, podríamos hablar de

ti. Podrías decirme exactamente cuál es tu relación con Greg Matthews.

El tenedor de Julia repiqueteó contra la mesa. -¿A qué viene esa pregunta?

-¿Vas a responderla? Ella jugó con la servilleta. -Podría contestarte que no es asunto tuyo.

-Sí, podrías. Pero ambos sabemos que eso no sería cierto. Por Dios, aquella conversación se le estaba escapando demasiado de las manos. Y esta vez, Connor la había desviado hacia allí bruscamente, sin darle tiempo a preparar nada.

Bueno, preparada o no, Julia no iba a mentir.

-Greg y yo hemos salido unas cuantas veces. No hay mucho más que contar.

-Creo que con eso ya lo has dicho.

Julia tragó saliva.

-Connor...

-No te acuestas con él.

Ella levantó la barbilla y se ruborizó al mirarlo a los ojos.

-Eso no es en absoluto de tu incumbencia.

-Si tú lo dices.

-Lo digo.

Julia atacó sus gambas con total ahínco, dedicando toda su atención a comer. Necesitaba un respiro, y con urgencia.

Connor no tenía la intención de dárselo.

-¿A él le importaría que salieras conmigo?

Lentamente, Julia levantó la cabeza.

-Probablemente. Pero no le he pedido permiso.

-¿Se lo dirás?

-Si sale el tema, sí.

-¿Cuándo?

-¿Cuándo... qué?

-¿Cuándo puede ser que salga el tema? ¿Tienes otra cita con el en perspectiva?

-De hecho, vamos a almorzar mañana.

-¿Lo disfrutarás tanto como estás disfrutando de la cena?

-No lo sé -repuso ella, en tono serio y franco-. Te lo haré saber cuando pueda pensarlo con claridad.

Puede que eso no suceda en poco tiempo. No, si yo puedo evitarlo

A Julia se le secó la boca. Aún se tambaleaba interiormente cuando el camarero se acercó a tomar nota de los postres.

Aturdida, meneó la cabeza, como disculpándose por no poder comer ni un solo bocado más.

El camarero insistió.

-Por favor, *signora*, todos nuestros postres son caseros -dijo, con tono meloso y engatusador.

Ella le dirigió a Connor una mirada de socorro. Connor no salió en su ayuda.

-Te prometí un tiramisú capaz de enderezar tu lanzamiento en curva -le recordó.

Al camarero se le iluminó el rostro.

-Una elección perfecta. Tengo una sugerencia, si me permiten: nuestras porciones de tiramisú son muy generosas. ¿Por qué no comparten una ración?

-Buena idea -asintió Connor-. De momento, no pediremos café. Si casi no nos queda espacio, mejor llenarlo con el postre. -Ignoró la débil protesta de Julia-. Dentro de un rato, me lo agradecerás... ya verás.

-Si tú lo dices.

-Lo digo.

La cremosa porción de cielo que llegó unos minutos después no era generosa. Era enorme.

El camarero colocó el plato en el centro de la mesa, les dio una cuchara a cada uno y se marchó.

-Prueba -instó Connor a Julia.

En el hecho de hundir la cuchara en aquel cremoso plato y llevársela luego a los labios había algo que rezumaba intimidad. Sobre todo, inmediatamente después de aquella conversación tan enervante.

Connor también lo percibía. Miró intensamente a Julia, con los ojos fijos en sus labios.

-¿Y bien? -le preguntó, después del cuarto bocado.

-¿Y bien, qué?

-¿Acaso no es como te había prometido?

El postre. Connor hablaba del postre.

-Oh, sí. Es fabuloso.

-Estupendo. -Saboreó otro bocado, y Julia se descubrió a sí misma mirándolo tan descaradamente como él a ella, incapaz de quitarle los ojos de la boca mientras Connor masticaba y tragaba, y, su lengua capturaba las últimas miguitas de queso mascarpone de los labios.

-Saltémonos el café -dijo él, de repente, echando su silla hacia atrás.

Julia casi se cae de la suya

-¿Qué?

-No me apetece. ¿A ti sí?

-No. -¿Qué estaba haciendo Julia, por el amor de Dios Estaba dejando que aquel hombre pensara que se sentía dispuesta a meterse en la cama con él.

No estaba completamente segura de que no fuera así.

-Pediré la cuenta. -Connor le hizo una seña al camarero.

Diez minutos después, la cuenta estaba pagada, le habían entregado el abrigo a Julia, y Connor salía con ella del restaurante.

El chubasco había cesado, y había dejado tras de sí una noche más fresca, con gotitas de humedad en los árboles y la hierba. El aire olía a limpio, cargado con la típica fragancia de después de la lluvia.

Los zapatos de Julia y Connor crujían sobre el pavimento mientras ambos cruzaban el aparcamiento. Aparte de la ligera presión de su palma contra la espalda de Julia, Connor no la tocaba. Y, sin embargo, ella acusaba su presencia como jamás antes había acusado la de cualquier otro hombre.

Connor pulsó el botón de su mando a distancia y desbloqueó las puertas del Mercedes plateado. Abrió la del acompañante, esperó a que Julia hubiera entrado, la cerró y rodeó el coche para ocupar el asiento del conductor.

Se acomodó, puso el motor en marcha y salió del aparcamiento mientras Julia buscaba desesperadamente un tema de conversación. Cualquier cosa para romper aquel silencio cargado de tensión. Especialmente, con media hora de viaje por delante y una decisión sobre la que prefería no pensar esperándola al final del mismo.

-Dime qué hace exactamente un inversor bursátil -le espetó de repente-. Y no sólo lo que hace, sino por qué lo hace.

Connor le dirigió una deliberada miradita de reojo.

-¿Por qué?

-Porque, como tú muy bien has puntualizado, no conozco a ninguno. No me puedo formar una opinión sin datos.

-Ah. Quieres saber si encajamos en la misma categoría de buitres que Cheryl Lager.

-¡Muy gracioso. No, no te describiría en absoluto como un buitre. Lo que quiero decir es: ¿qué es lo que te motiva? ¿Se trata realmente del dinero? ¿O es el poder?

-Si me preguntas si es emocionante escoger un movimiento con riesgo, ir detrás de él y ver cómo da resultado... sí, desde luego. ¿Por qué lo hago?., Porque me fascina. Porque me gusta ver cómo crecen empresas recién creadas en las que confío. Porque es un reto continuo para mi mente. Porque quiero ganarme un lugar en el futuro de la industria y la tecnología. Porque soy muy bueno en el terreno. -Se encogió de hombros sin pensarlo mientras se detenía ante un semáforo en rojo-. El dinero es, más que nada, un indicador del éxito. Significa que estoy haciendo bien mi trabajo. En cuanto a ser rico, bueno, eso solo no me interesa. He tenido dinero toda mi vida. Es útil, pero no es el centro de la existencia. Sin embargo, para mí es muy fácil decir eso. Nunca he sido pobre.

Julia parpadeó. No había esperado una sinceridad tan humilde.

Connor sonrió levemente.

-No pongas esa cara de sorpresa. No siempre soy evasivo. De vez en cuando, he sido famoso por decir la verdad.

-No es sólo tu sinceridad lo que me sorprende. Es tu lucidez.

-También he sido famoso por ella. Leo bien a la gente; es un don que desarrollé a una edad temprana. Era una de las ventajas de ser un solitario, Cultivé una gran capacidad de observación. Y me ha sido muy útil en mi profesión.

-¿Siempre fuiste un solitario?

-Era bastante independiente, si es eso lo que quieres decir. Es otro rasgo de los Stratford.

-¿Y qué hay de tu hermano? Tenéis una edad muy similar... ¿no salíais juntos por ahí?

Nos llevamos un año y, no, Stephen era mucho más abierto y social que yo. Tenía montones de amigos. Yo prefería mi propia compañía. Y todavía es así. ¿Qué dices de ti? ¿Tienes hermanos?

Julia meneó la cabeza.

-No, soy hija única, aunque a menudo deseé tener un hermano o una hermana. Supongo que pensaba en ello desde el punto de vista romántico, como todos los niños. Sea como sea, ahora que lo miro desde lejos, yo era, y soy, muy afortunada. Tengo unos padres increíbles y muy cariñosos. Me enseñaron con su ejemplo la importancia de cuidar, de poner parte de mí misma en todo lo que hago, y de seguir mi instinto, incluso si eso comporta ir por un camino más difícil y arduo. Aún hoy aprendo de ellos, por muy sentimental que pueda sonar.

Connor no hizo ningún comentario al respecto. Por otro lado, tampoco parecía mofarse. Si daba la sensación de algo, era de estar pensativo.

Se desvió de la autopista en la salida de Leaf Brook, y- giró a la izquierda al final de la rampa.

-Las conferencias que has dicho que das... Has comentado algo sobre que las impartes con tu madre.

-Sí, mi madre es enfermera diplomada. Y también es uno de los seres humanos más generosos y compasivos que jamás he conocido. Empezó a dar estas charlas gratuitas hace cinco años, en colaboración con la Sociedad Americana Profesional contra los Abusos a Menores. Yo me uní a ella al graduarme.

-¿Dónde las impartís?

-En los hospitales de Poughkeepsie y de un par de ciudades más del condado. Tratamos temas referentes al bienestar emocional de los niños. Nuestros oyentes son gente que trabaja en salud prenatal, pediatría y obstetricia. Nuestra meta es ayudar a identificar familias potencialmente negligentes y emprender acciones preventivas antes de que la potencialidad se convierta en realidad.

-Entiendo. -Connor procesó aquella información con el mismo semblante meditabundo-. Ahora comprendo por qué estás en tanta armonía con tus alumnos. Y por qué estás cualificada para detectar cualquier signo de que estén sufriendo.

-Los niños interiorizan mucho -explicó Julia-. Eso engaña a muchos adultos, incluso a los bienintencionados. No ven ningún cambio aparente en su hijo, así que se convencen a sí mismos de que todo va bien. Pero interiorizar tiene su precio. Depende de observadores entrenados, como los profesores o maestros, descubrirlo. Hacer que los padres tomen conciencia es la parte difícil. Son reacios a aceptar ayuda del exterior. Ven la situación como un error suyo.

Pero no lo es. Es un paso importante, que requiere valentía. Puede ser decisivo para el bienestar emocional de un niño.

-Tus conocimientos son impresionantes. Y también que estés deseando compartirlos ofreciendo esas conferencias. -Connor la miró un instante-. Y, antes de que pongas en duda mi sinceridad, lo digo en serio. Tu madre parece ser una mujer notable. Ambas estáis aportando una valiosa contribución.

-Eso esperamos.

-¿Qué me dices de tu padre? Supongo que no se gana la vida enseñando a lanzar la pelota en curva.

Julia sonrió.

-Es catedrático en Vassar. Enseña filosofía y literatura. Yo crecí en un campus universitario, rodeada del mundo académico. En ese sentido, estaba muy protegida. En otros, no lo estuve. -Una sombra cruzó el rostro de Julia-. Sea como sea, mi padre y yo no hemos dejado de discutir sobre interpretación literaria.

-Estoy seguro de que defiendes tu postura la mar de bien. -Connor le echó otra miradita de reojo-. ¿En qué sentido no estuviste protegida?

Obviamente, el breve comentario de Julia no había pasado desapercibido.

La joven volvió la cabeza y miró por la ventana.

-Digamos solamente que ya he tenido mi ración de ignominia. Ha hecho que me dé cuenta que en la vida hay muy pocas cosas que estén bajo nuestro control. Y a esas pocas cosas, que son los principios e ideales, hay que aferrarse como a un salvavidas.

-Es un pensamiento bonito, pero un punto de vista bastante simple. Tener principios está muy bien. Pero, ¿qué pasa si aparece o sucede algo inesperado que desbarata tus ideales? ¿Acaso no debes revisar y reajustarlo todo?

Julia tenía la mirada fija en las hileras de árboles junto a los que iban pasando. ¿Se estaba refiriendo Connor a experiencias propias, o estaba leyendo en la mente de ella?

-Supongo. Depende de lo arraigado que esté el ideal en cuestión y de hasta qué punto se desbarate todo.

Connor aminoró la marcha del coche y tomó la calle de Julia. -De acuerdo. -Aparcó en la plaza de parking y apagó el motor-. Ya hemos tenido suficiente conversación formal por ahora.

Podemos reemprenderla más adelante. -Una pequeña pausa, Mucho más tarde.

La tensión sexual que los había acompañado desde el restaurante volvió a aparecer justo delante de sus narices, y con renovado vigor. Julia parpadeó, desconcertada de repente. Miró alrededor, preguntándose cuándo habían llegado hasta su apartamento. Había estado tan enfrascada en la conversación, que había dejado de concentrarse en la carretera.

Bueno, pues allí estaban. Y ella no se sentía más preparada que treinta minutos antes para lo que pasaría a continuación.

No había manera de, simplemente, decir buenas noches y huir, Connor ya había salido del coche y estaba rodeándolo para abrirle la puerta a Julia.

Ella también salió, abrió el bolso y lo revolió, buscando las llaves. Las cogió, con mano temblorosa, y evitó apostar a mirar a Connor a los ojos mientras se dirigía a la entrada del edificio.

Tres minutos después, ambos estaban frente a la puerta de su apartamento.

-Yo... -Julia se aclaró la garganta, con la mirada fija en una de las esquinas de la alfombra del vestíbulo-. Gracias por la cena. Ha sido...

Julia. -Connor hablaba con voz grave e intensa, y por primera vez rozó a Julia (la tocó de verdad), posándole las manos en los hombros y dejándolas resbalar por la suave lana de su jersey-. Invítame a entrar.

Las descargas eléctricas que la recorrieron ante aquel roce fueron tan agudas que Julia se estremeció. Levantó la barbilla de golpe. y sus ojos encontraron la ardiente mirada de Connor, en la cual se reflejaba la suya propia, alerta y asombrada.

-No -susurró.

Una de las manos se desplazó, y unos nudillos acariciaron su mejilla.

-¿Por qué no?

-Ya sabes por qué.

-También sé que no estás preparada.

-Entonces, ¿por qué me pides que te deje entrar?

-Porque quiero darte un beso de buenas noches. -Su pulgar resiguió la curva del labio inferior de Julia.

-¿Y no puedes hacerlo aquí fuera -consiguió decir ella, casi capaz de hablar.

-No, no puedo.

Julia no le preguntó nada más. Palpó a sus espaldas, logró meter la llave en la cerradura y abrió la puerta de par en par.

Entraron, y Connor cerró tras de sí. El apartamento estaba completamente a oscuras. Ninguno de los dos hizo un solo movimiento para encender una luz.

Connor la arrinconó suavemente contra la pared y colocó cada uno de sus brazos a ambos lados de Julia. Esperó a que ésta levantara la cabeza, y entonces acercó sus labios a los de ella.

Ningún beso que Julia hubiera experimentado antes la había preparado para aquello.

Simplemente, la boca de Connor se apoderó de la suya. Sin preliminares, sin un comienzo gradual. Aquellos labios abrieron los suyos, los amoldaron sin dificultad a los de Connor, cuya lengua se hundió a través de la abertura y rozó la de Julia en un movimiento descaradamente carnal que muy pronto se convirtió en un frenético ritmo de acometidas y retiradas.

Julia se sintió invadida de un calor líquido.

Sin pensar, reaccionó. Sus manos buscaron a Connor, sus dedos se metieron dentro de su jersey, anclándola, atrayendo a Connor más cerca aún para que el beso fuera más profundo.

Ese era justamente el estímulo que él necesitaba.

Sus manos resbalaron hasta la cintura de Julia, la asieron, la levantaron y la atrajeron también hacia él. Su cuerpo presionó el de ella contra la pared y lo mantuvo allí mientras su boca, ávida, seguía unida a la de Julia.

Los sentidos de Julia estaban sobrecargados. La fragancia de sándalo de la loción de Connor, el increíble sabor de sus labios... ella jamás había deseado nada hasta ese punto. Sus senos estaban apretujados contra el sólido muro de su torso, y sus pezones temblaban, duros, dentro del sujetador. Los músculos de Connor estaban tensos bajo la aparentemente suave textura de su jersey, y Julia notaba el rígido contorno de su erección mientras él se estrechaba aún más hacia ella. La respiración de Connor, como la de Julia, se aceleraba y se convertía en profundos jadeos. Las manos de Connor la acariciaban sin pausa bajaban por sus costados, por debajo de los senos, y, volvían a subir, deslizándose hacia delante, acercándose más y más a donde ella lo necesitaba.

Julia deseaba con todas sus fuerzas que él se entregara y la tomara en aquella caricia total y completa. Se retorció, esperando que Connor diera el pequeño paso que faltaba.

Sucedió, pero sólo por un instante.

Las palmas de las manos de Connor rozaron los rígidos pezones de Julia... una vez, dos. Ella se oyó gemir a sí misma y percibió el estremecimiento que recorría el cuerpo de Connor.

De repente, Connor se detuvo. Sus manos se deslizaron hasta la cintura de Julia y la asieron con fuerza, y sus labios se separaron de los de ella en lo que fue un obvio gesto de dolor.

-Julia -dijo con voz grave y ronca-. ¿Es esto lo que quieres, Ella se sentía como bajo los efectos de alguna droga. Sí, aquello era lo que quería. Todo su cuerpo lo pedía a gritos.

-Esto está a punto de convertirse en mucho más que un beso -consiguió decir Connor-. Así que si no quieres sentirme dentro de ti, será mejor que lo digas ahora. Porque ahí es donde voy a estar dentro de un par de minutos.

Pensar. Julia tenía que pensar.

Los ojos de ambos ya se habían acostumbrado a la oscuridad, y Connor leyó la indecisión en el rostro de Julia. Lentamente, la dejó de nuevo en el suelo.

-Creo que eso responde a mi pregunta.

-No, no la responde -susurró ella-. No puedes saber lo que quiero. Porque ni yo misma lo sé.

-Oh, sí, tú sí lo sabes. Pero estás muerta de miedo.

¿Muerta de miedo? Estaba aterrorizada. Ni siquiera conocía a aquel hombre. Y, en ese preciso momento, no se conocía ni a sí misma.

-Es demasiado pronto. Somos muy diferentes. No puedo, así sin más... Julia no terminó la frase.

-Cobarde -le susurró él, directamente a los labios-. ¿Que le ha sucedido a ese instinto que tus padres te enseñaron a seguir? ¿No deberías estar escuchándolo?

-Sólo cuando tengo la cabeza clara. Ahora mismo, no la tengo.

-Yo tampoco. -Él le acarició levemente el labio y, después de una pausa, se perdió en otro beso, profundo y aturdido-. La próxima a vez será nuestra segunda cita -murmuró en voz baja-. ¿Aún resultará demasiado pronto?

-Connor, no se trata de cuántas veces nos hayamos visto. Se trata de...

-Ideales. Principios -la interrumpió él, acabando la frase-. No estoy seguro de cómo influye eso en lo que pasa entre nosotros dos. Pero al parecer estás en uno de esos sucesos inesperados y desbaratadores de los que hablábamos.

-Exacto -mintió ella, todavía asida a sus brazos para tener apoyo.

-Trabaja en ello para el fin de semana que viene.

-¿El fin de semana que viene?

-Eso es. Resérvate el fin de semana... entero, para pasarlo conmigo. Aparte de tu velada de conferencia.

Ella tragó saliva.

-Lo intentaré.

-Haz algo más que intentarlo. Y, mientras, no te sorprenda algún que otro encuentro improvisado cualquier noche entre semana. Una copa, una cena, un café... no me importa lo que sea. Tú decides. Pero voy a verte.

-Yo también quiero.

-Estupendo. -Sus dedos jugaron con el pelo de Julia, y su mirada se deslizó hacia abajo, y se posó en sus ardientes labios-. Será mejor que me vaya, ahora -murmuró, aunque a regañadientes-. Mientras todavía soy capaz. Pero, Julia, te lo digo claramente: el fin de semana que viene, cuando me invites a entrar, no me iré hasta la mañana siguiente. -Sus pulgares recorrieron de nuevo los costados de sus senos, y luego trazaron un lento círculo alrededor de sus pezones-. Date prisa y líbrate de esas normas, sean las que sean, que te has inventado para mantenernos alejados el uno del otro -le ordenó, con voz turbia. Y, besándola de nuevo, apagó su suave gemido de placer, mientras Julia temblaba entre sus brazos-. Que duermas bien.

Stephen oyó entrar a Connor.

Completamente desvelado, apoyado en la almohada con las manos detrás de la nuca, miraba fijamente el techo mientras Nancy se agitaba y se revolvía, dormida, junto a él.

Deseó que la cita de Connor hubiera sido un éxito, y que Julia Talbot se distrajera a partir de ahora de su cruzada por ser el ángel de la guarda de Brian.

Pero ella era el último de sus problemas.

No había conseguido convencer a suficientes miembros del consejo. Se había pasado el día intentándolo. Todavía le faltaba un voto. A Philip Walker no le interesaban sus esfuerzos, le interesaba el resultado. Por desgracia, no iba a conseguir ninguno... no el que quería. Lo que significaba que iba a seguir adelante con su amenaza. Rompería la carrera de Stephen en mil pedazos, y quizás incluso procuraría que éste acabara en la cárcel.

Stephen podía imaginarse ya los titulares... y la consiguiente reacción de su padre.

Pues bien, aquello no iba a suceder. No en su vida.

Había intentado hacer aquello por el camino sencillo, pero no había podido ser. No podía conseguir el contrato como Walker quería. Así que no había alianza posible.

Tendría que ganar influencia por otro lado, de otro modo. Lanzaría un sutil contraataque. Era arriesgado, pero Stephen necesitaba seguridad. Y tenía una idea bastante buena acerca de cómo conseguirla.

Tendría que ponerse a ello rápidamente. Mañana haría unas cuantas llamadas y convocaría una reunión para el lunes, a primera hora.

Había llegado el momento de responder al fuego con fuego.

Capítulo 13

8 de abril 13.05

Dos hombres en dos días.

Robin estaría encantada con su animada vida social, pensó irónicamente Julia, mientras observaba a Greg, que se comía un pedacito de su tortilla. Bueno, pues ella no estaba tan encantada. Estaba agotada y confusa, y tenía el estómago completamente revuelto.

El restaurante era muy bonito; la comida, abundante y bien cocinada. Pero ella se sentía tan de humor para almorzar como para hacer paracaidismo.

Había dormido como máximo tres horas, y la cabeza le retumbaba como si la golpearan con un martillo. Peor aún, tenía tan poca idea sobre qué decir o hacer como la velada anterior. Se había pasado la noche con la mirada fija en el techo de su dormitorio, intentando no ponerle un nombre a lo que había sucedido entre Connor y ella. No, eso no era cierto. Sabía perfectamente lo que había pasado. Lo que no sabía era qué significaba ni cómo iba a llevar el asunto.

¿Y qué debía decirle a Greg? «¿Por cierto, ayer por la noche salí con otro hombre y me siento tan condenadamente atraída por él que si no se hubiera controlado y hubiera seguido, probablemente habríamos hecho el amor allí mismo, contra la pared de mi recibidor, aunque sólo era nuestra primera cita?» Eso funcionaría, sobre todo porque Greg ya llevaba cortejándola fervientemente más de un mes, y ella casi no le había concedido ni un beso de, buenas noches.

Pero incluso si Julia dejaba a un lado los detalles gráficos, cómo iba a explicar lo que pasaba entre Connor y ella, si ni siquiera lo sabía?

Tenía que decirle algo a Greg. No sólo porque sentía que era lo correcto, sino también porque Connor era el hermano del alcalde, y Greg se enteraría inevitablemente de que ella estaba saliendo con él.

Sólo en caso de que siguiera saliendo con él. Eso era otro asunto, Connor había sido muy claro acerca de sus expectativas. Y ese punto era indiscutible, porque Julia lo deseaba tanto como él a ella. Si aceptaba la cita para el fin de semana siguiente, acabarían en la cama. ¿Estaba preparada para ello? Se había prometido a sí misma que nunca transigiría a un término medio, que cuando se acostara con un hombre sería porque a ambos les importara y se comprometieran, no sólo por la atracción sexual. Sin embargo, aquella decisión había sido fácil de cumplir antes de desear a alguien tanto como deseaba a Connor. La cuestión era: ¿qué significaba una noche de cama para él? ¿Y estaba ella preparada para afrontar la respuesta, fuera la que fuera? Por Dios, estaba hecha un lío.

Sentado frente a ella, Greg estaba tan encantador como siempre, y la obsequiaba con las travesuras del gato de su vecino de rellano, animalito que insistía en maullar a todo volumen pidiendo el desayuno a las cinco de la mañana.

-Es como vivir con un gallo -exclamaba Greg, poniendo los ojos en blanco-. Podría arrojar mi despertador por la ventana. Ella esbozó una maquinal sonrisa, aunque su mente estaba concentrada tan sólo a medias en lo que él decía.

-¿Julia? -Greg dejó su monólogo, apoyó los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante para observar a la joven-. ¿Estás bien? No has dicho ni diez frases en la última hora.

Ella lanzó un suspiro y dejó el tenedor junto al plato.

-Lo siento, Greg. Me cuesta mucho concentrarme.

-¿Es culpa mía?

La pregunta resultaba casi irónica.

-No, no es por ti, es culpa mía. He dormido fatal esta noche.

Él frunció el ceño, preocupado.

-¿Algún motivo en particular?

Esa era la pregunta del millón.

-De hecho, sí. Me sentía confusa y quería hablar contigo sobre ello.

Greg Mal Interpretó aquellas palabras, y pareció completamente satisfecho mientras tomaba un buen sorbo de su zumo de naranja.

-Me siento halagado. Y complacido. Mucho. Me gusta que acudas a mí para contarme tus problemas.

-Espero que sigas pensando lo mismo después de oír lo que me preocupa. -Respiró hondo al darse cuenta, de repente, de que tenía que haber hecho aquello la semana pasada, en lugar de dejar las cosas a medias-. Greg, tú me gustas. Eres un tipo estupendo. Nos divertimos juntos. Pero tengo la sensación de que tú ves esta relación de un modo distinto a cómo la veo yo. No puedo dejar que pienses que...

Julia -la interrumpió Greg, que ahora parecía nervioso, en lugar de complacido-. Creía que ya dejamos esto claro la semana pasada. Siento haberte presionado. No volverá a pasar... no hasta que estés preparada.

-Eso es, precisamente. No creo que vaya a estar preparada. Julia asió con fuerza la servilleta que tenía sobre las rodillas. Odiaba hacer aquello. Pero tenía que hacerse, fuera lo que fuera que acabara pasando entre Connor y ella. El hecho era que Julia jamás había querido nada con Greg, más allá de una amistad. Lo había intuido desde el principio, pero ahora, después de experimentar la ola de pasión ciega de la noche anterior, estaba segura. Y no era justo tener a Greg sobre ascuas-. Greg, lo he dicho de veras. No es culpa tuya, soy yo. No puedo evitarlo... simplemente, lo nuestro no funcionaría.

-Entiendo. -Le dirigió una mirada triste-. ¿Y qué te ha llevado hasta esta conclusión?

Ella suspiró.

--Creo que ambos sabíamos que esto podía ocurrir. He intentado cambiar lo que siento, pero no puedo. Y tú te mereces algo mejor.

-¿Hay otra persona? -le preguntó él sin más.

Julia no desvió la mirada.

-No lo sé. Podría haberla. Pero, sea como sea, eso no es el problema.

Greg entrelazó los dedos y apoyó la barbilla en ellos. -No me di cuenta de que estabas saliendo con alguien.

-No salía con nadie. Y no estoy segura de estar saliendo con nadie. Julia dio aquella explicación con cierta desazón-. Hablo como una idiota. El hecho es que salí a cenar con alguien ayer por la noche. Todo fue muy espontáneo. Tan sólo fue una cita.

-Debió de ser una cita muy especial, si consiguió que te dieras cuenta de que tú y yo no estamos hechos el uno para el otro. Julia sintió que se sonrojaba hasta las orejas, y que aquel sonrojo confirmaba la manifestación de Greg. Deseó que la tierra se la tragara. ¿Por qué no colgaba un cartel anunciando lo que había pasado entre Connor y ella la noche anterior, simplemente?

-Vaya. -Obviamente, a Greg no se le escapó su reacción. Su rostro se tensó, pero él no perdió la compostura.

-Dime, ¿dónde conociste a ese tipo? ¿En tu conferencia del viernes por la noche?

Aquella iba a ser la parte más comprometida de todas.

-No. De hecho, fue a través de Brian Stratford. Greg parpadeó.

-¿El hijo del alcalde?

-Sí. El hombre con el que salí es su tío.

Lentamente, Greg apoyó la espalda contra el respaldo de la silla:

-¿Estás saliendo con Connor Stratford?

-Sólo salí con él anoche -corrigió ella-. Una vez. Quiero decir que nos hemos visto un montón de veces, pero nunca había pasado nada.

-Hasta ahora. -Greg frunció los labios, pensativo-. Y ahora te ha pedido que salgas con él. A cenar. Es bastante pesado viajar desde Manhattan sólo para pasar unas horas en un restaurante.

Julia captó lo que Greg quería decir, alto y claro. Normalmente se habría ofendido ante su insinuación y su descaro al meterse en lo que no le importaba. Pero, en aquellas circunstancias, Greg merecía una explicación.

-Fue sólo para cenar. En cuanto a conducir desde la ciudad, no lo hizo. Está pasando unos días en casa del alcalde y su familia.

-¿En serio? ¿Desde cuándo?

-Desde el viernes. El alcalde Stratford está muy atareado estos días. No hace falta que te lo diga. Y ahora tiene la preocupación adicional de lo que comporte el robo del coche del consejero, Kirson Brian se siente un poco desanimado; está acostumbrado a pasar mucho tiempo con su padre. Así que Connor lo sustituye, dedicando su tiempo y atención a Brian.

- Y a ti, según parece. Ella se sonrojó de nuevo.

-Ya te lo he dicho, no sé si esto va a llegar a alguna parte. De todos modos, te pido disculpas. Tendría que haber sido sincera contigo... con nosotros dos. Debería de haber dejado las cosas claras definitivamente hace una semana. Pero seguía pensando que podía pasar algo que...

-No hace falta que me des ninguna explicación. -Greg la sorprendió alargando un brazo y entrelazando sus dedos con los de ella-. Julia, no es ningún secreto que siento algo por ti. Mentiría si dijera lo contrario. Pero no puedo culparte por no compartir esos sentimientos. Lo que sí puedo hacer es tener la esperanza de que cambies de opinión. Ya sé que me estás diciendo lo contrario, pero el destino tiene extraños caminos. Has expuesto lo que te pasa. Yo lo he aceptado. Y todavía no estás comprometida con una nueva relación. Así que, ¿hay algún motivo que nos impida seguir viéndonos... no en un sentido romántico, sino como amigos? Sin expectativas por mi parte, te lo prometo.

Vaya. Aquella reacción no estaba prevista, pensó Julia, a punto de soltar un grito ahogado de sorpresa. Había esperado un buen número de reacciones (todas desagradables), pero jamás había imaginado que Greg sería tan magnánimo. Simplemente, no encajaba. Era un hombre ambicioso, que no estaba dispuesto a conformarse con menos que ganar. Lo que Julia había temido era su enfado ante un claro rechazo. Se había imaginado que le diría que no quería escucharla más, dejaría unos cuantos billetes sobre la mesa y daría el almuerzo por terminado. Sin embargo, ahí estaba, haciéndose cargo de las nuevas noticias y sugiriendo, además, que siguieran siendo amigos.

Julia no sabía lo que la había impulsado a aquella respuesta tan dócil, pero tampoco iba a mirarle el dentado a un caballo regalado. Habiéndose quitado un gran peso de encima, le dio a la mano de Greg un cariñoso apretón.

-Eso me gustaría mucho. Gracias por ser tan comprensivo. Es un placer. -Greg le acarició levemente los dedos antes de soltarlos-. Para eso están los amigos.

13.45

¿Comprensión? ¿Amistad? «Sí, claro.»

Greg observó a Julia mientras salía del parking con el coche, y le dedicó una sonrisa maquinal y agitó la mano en un gesto de despedida. La sonrisa se desvaneció tan pronto como Julia hubo entrado en la carretera principal y desaparecido de la vista.

Furioso, Greg subió a su coche y cerró la portezuela de golpe, se quedó sentado, inmóvil y en silencio, largo rato, recuperando la calma, y luego evaluó lo que acababa de ocurrir y sus consecuencias,

La decisión que él había tomado había sido espontánea. Pero también la correcta, la única.

Muy bien, pues, se había tragado su orgullo. No solía hacerlo, pero a veces era necesario. Tenía que mantener su relación con Julia... en el grado que le fuera posible. Oh, no tenía ninguna intención de dejarla escapar. Ni por asomo. Y, al final, no le sería necesario hacerlo. Connor Stratford volvería a Nueva York y a sus prósperos negocios, y Julia no tendría más remedio que buscar un amigo más constante, un confidente, alguien con quien poder contar. Bueno, él era ese confidente. Y si tenía que demostrarlo desempeñando el papel de amigo, lo haría.

Mientras, tenía que conservar el contacto. El rumbo que habían tomado las cosas hoy podía hacerlo todo más fácil incluso. Por mucho que odiara la idea de que Julia saliera con otro hombre... si se trataba de Connor Stratford, podía significar obtener más información que nunca.

Y hablando de eso...

Greg sacó su móvil y marcó un número.

-¿Sí? -contestó Philip Walker.

-Soy yo.

-Bien. ¿Cómo están las cosas? Y ten cuidado con lo que dices. No me gustan los teléfonos móviles. Me ponen paranoico. Hay demasiados cruces.

-De acuerdo. Ya sabes que ayer se suspendió el partido de golf por la lluvia. Pero yo me puse en contacto con los seis jugadores. eso mismo hizo el alcalde, por cierto. Estuvo hablando con ellos la mayor parte del día. No sirvió de nada. Todavía están divididos. -¿Divididos, cómo?

-Al alcalde le falta un voto. La mayoría de jugadores se aferra a su creencia de que la seguridad debería separarse de las tasas de aparcamiento, y que los contribuyentes no deberían tener que pagar porque haya habido unos cuantos robos. Estoy convencido de que el alcalde tiene la intención de seguir insistiéndoles, sobre todo después de lo del viernes por la noche. -Una pausa-. Que, supongo, fue idea tuya, ¿no? Tenía realmente tu sello.

La respuesta de Walker fue helada. -No estoy seguro de qué quieres decir.

-Sí, claro. De todos modos, fue una jugada inteligente. Estoy seguro de que les metió el miedo en el cuerpo a las personas indicadas. -Greg entendió que Walker no pensaba responder, y continuó-. Hablemos de Julia. Acabo de verla. Al parecer, el hermano del alcalde está en la ciudad por un tiempo indefinido. Se ha instalado en casa del alcalde y su familia.

-¿De veras? Vaya, eso sí es interesante. -Hubo otra pausa mientras Walker digería lo que Greg acababa de decirle-. Me imagino que habrá venido para poner a su hermano en cintura... si es que no lo ha hecho ya. Eso solucionará el problema inmediato del alcalde. Pero no el de largo plazo. -La mente de Walker comenzaba a maquinarse-. Esperemos a ver qué es lo que hace ahora. Seguiré en contacto.

Un tajante clic.

19.45

Julia estaba enroscada en el sillón de su sala, leyendo la redacción «lo que deseo» de Jimmy Thomas. Como de costumbre, su deseo era más tiempo de recreo y menos deberes. No era una sorpresa, observó Julia, con un destello de diversión asomando a sus ojos. Jimmy era muy brillante y despierto, pero tenía la capacidad de atención de un cachorro juguetero.

Corrigió uno o dos errores gramaticales, escribió «buen trabajo» en la parte superior de la página, y dejó la redacción a un lado.

El montón de hojas redactadas ya se había convertido en dos. Julia se masajeó las sienes. Estaba mentalmente agotada, demasiado para estar haciendo aquella tarea ahora. Debería haberse puesto a ello antes pero su fin de semana había sido un culebrón colosal.

Centró su atención en la redacción siguiente. La de Brian. Sus labios esbozaron media sonrisa. Sin duda, estaba a punto de leer dos párrafos sobre la aspiración de Brian a ser el lanzador de los Yanks en el próximo Mundial.

Un instante después, la sonrisa desapareció.

La redacción de Brian empezaba así:

«Ojalá pudiera vivir con tío Connor. Por un tiempo. Él también está ocupado. Pero eso no lo pone tan furioso. Podríamos jugar al béisbol en un parque grande. Y sólo estaríamos él y yo. Yo no sería un estorbo. Y él no gritaría ni lloraría. Después, yo volvería a casa, más tarde.»

El párrafo siguiente hablaba de que Connor había ido a verlo muchas veces últimamente para hacerle compañía, pero que sería más fácil que le hiciera compañía en «Manjatan», hasta que papá Y mamá le dijeran que volviera a casa.

A Julia se le cayó el alma a los pies.

Dejó la redacción sobre la mesa, cogió su bolso y lo revolvió buscando el número de teléfono que Connor le había dado. Era domingo por la noche. Probablemente, estaría en casa, descansando con su familia... incluido Brian. Eso dificultaría mantener aquella conversación. Pues mala suerte. Connor había insistido en que le avisara si había alerta roja. Y aquella alerta roja no podía esperar.

Encontró el número y cogió el teléfono. Connor descolgó al segundo timbrado.

-Connor Stratford.

-Soy Julia -dijo ella, concisa.

-Hola. -Su tono era neutro, como si no tuviera libertad para hablar.

El sonido de fondo de un televisor, junto con la familiar voz de Brian, explicaban por qué.

-No le digas a Brian que soy yo -dijo rápidamente Julia-. Necesito hablar a solas contigo. ¿Puedes salir de la sala con alguna excusa?

-Espera un momento. -Connor se aclaró la garganta- campeón -dijo, levantando el tono para hacerse oír por encima del programa que Brian estaba viendo-. Tengo que llevarme esta llamada a la habitación. Volveré dentro de unos minutos. -Vale -fue la magnánima respuesta de Brian. -Ahora mismo estoy contigo -indicó Connor en voz baja. Se oyó el amortiguado sonido de unos movimientos, seguido del leve clic de una puerta-. Muy bien, ya estamos solos. ¿Qué pasa?

Julia fue directa al grano, sin tapujos.

-Ya sé que no son horas de llamar, pero se trata de algo importante, Les encargué a mis alumnos una redacción bajo el título «Lo que deseo». Acabo de leer la de Brian. Normalmente, escribe sobre béisbol. Esta vez, ha escrito que le gustaría vivir contigo porque así no sería un estorbo. Ha escrito que tú no te enfureces, ni gritas, ni lloras. Connor, está triste y confundido. Sea lo que sea lo que está pasando, le afecta mucho.

Connor masculló algo.

-No puedo quedarme sentada sin hacer nada -le informó Julia-. Tengo que...

-No, no harás nada. -El Stratford que Connor llevaba dentro salió de inmediato-. Julia, recuerda que Brian escribió esa redacción antes de que yo me instalara en su casa. Ahora estoy aquí, y me quedará tanto tiempo como él necesite. Su situación y su estado, mejorarán.

-Quizá sí. Y quizá no. Sigue viviendo en un entorno tenso, un entorno con el que él cuenta para sentirse seguro.

-Me cercioraré de que tenga esa seguridad.

Muy atentamente, Julia sopesó la situación y las opciones que ella tenía al respecto:

-Tú tienes tu punto de vista. Pero yo también. Así que te diré cómo llevo yo las cosas. Mañana, cuando le devuelva a Brian su redacción, hablaré con él. Eso no es nada fuera de lo normal; siempre charlo con los niños sobre su trabajo. En este caso, aprovecharé la ocasión para averiguar cómo está. Espero ver una mejora. De lo contrario, volverás a saber de mí. Y, Connor, no me dejaré intimidar. Si creo que es necesario no tenerme de intermediario y telefonear a tu cuñada, lo haré.

Un largo silencio.

-¿Me has oído?

-Te he oído -replicó Connor-. Pero no creo que sea necesario,

-Espero que no. -Julia respiró hondo-. De todos modos, ya dejo que vuelvas con Brian ahora. Te dije que te llamaría si había cualquier cosa concerniente a él, y así lo he hecho.

-Te lo agradezco. -Una breve pausa-. ¿Cómo ha ido el almuerzo?

Julia parpadeó ante aquel brusco cambio de tercio.

-Era muy abundante.

-Ya sabes a qué me refiero.

-Ha sido muy agradable.

-Muy agradable -repitió Connor-. No del modo en que describirías la cena de ayer, ¿verdad?

-No voy a responder a eso.

-No hace falta. Yo estaba allí. ¿Se lo has dicho?

¿Cómo conseguía hacerla perder pie con tanta facilidad? -Connor, no te he llamado para hablar de Greg. Te he llamado para hablar de Brian.

-Y hemos hablado de Brian. Es tan prioritario para mí como lo es para ti. De hecho, creo que deberíamos hablar de él otra vez mañana, después de que lo hagáis vosotros dos. Veámonos en el Starbucks, hacia las ocho.

-¿Para beneficio de quién, de Brian o tuyo?

-De los dos -replicó Connor, un tanto seco-. Quiero cerciorarme de que mi sobrino está bien. Y quiero verte. No bromeo, si es eso lo que insinúas. Ni tampoco estoy utilizando el estado emocional de Brian como anzuelo. Te dije que tú y yo nos veríamos durante la semana. De hecho, iba a llamarte cuando Brian se hubiera ido a la cama. Pero te me has adelantado.

-El Starbucks -murmuró ella-. ¿Podré tomarme un bizcocho, o sólo una miserable taza de café?

-Lo que quieras. Ojalá pudiera invitarte a almorzar, pero tanto Stephen como Nancy van a trabajar hasta tarde, y le he prometido a Brian que compartiríamos una pizza. Así que yo sólo tomaré un café.

Nos vemos en la puerta del Starbucks, entonces. -La voz de Connor adoptó un tono un tanto ronco-. Me ofrecería a recogerte en tu apartamento, pero quizá te verías obligada a invitarme a pasar. Y te prometí darte hasta el sábado para eso.

-Buenas noches, Connor -replicó ella rápidamente. Él soltó una risita.

-¿A las ocho en el Starbucks?

-A las ocho en el Starbucks -asintió Julia.

-En ese caso, buenas noches, Julia.

Capítulo 14

9 de abril
10:15

Stephen pulsó el intercomunicador de su teléfono.

-Celeste, no me pases ninguna llamada durante esta reunión. -Entendido, señor.

Stephen, sentado en su sillón, se inclinó hacia delante, entrelazó las manos y miró a los tres hombres que se sentaban frente a él. Tenía que jugar sus cartas con mucho cuidado para evitar levantar sospechas.

Y tenía que ganar.

-Os agradezco a todos que hayáis acudido a una convocatoria con tan poco tiempo de antelación -empezó.

Marty Hart, el jefe de la policía de Leaf Brook, tomó un largo sorbo de café americano y dejó la taza casi al borde de la mesa. -No es nada. Sonaba a algo importante.

Stephen asintió.

-Podría serlo, depende de cómo reaccione la ciudad y qué vote el consejo. Quiero adelantarme a los hechos, por si el desasosiego público tiene influencia sobre lo que hacemos.

Greg Matthews frunció el ceño.

-De qué estamos hablando, exactamente?

-De la pregunta sobre quién obtiene el contrato del aparcamiento. -Stephen se mantuvo sereno e imparcial-. La semana pasa. da, el consejo se oponía a que una compañía privada se encargara del asunto. Pero, después de que robaran el coche de Albert el viernes por la noche, no estoy seguro de cómo se sienten. O de cómo la opinión pública les hará cambiar de parecer, para ser sincero. Ha habido un aumento real de robos de coches. Y que una de las víctimas sea un miembro del consejo del Ayuntamiento hace que la gente se ponga nerviosa y se sienta vulnerable.

Hart se agitó en su silla, incómodo.

-Hemos doblado el número de coches patrulla que vigilan los aparcamientos municipales. Pero no tenemos recursos suficientes para...

Stephen le indicó con un vago gesto que no hacía falta que diera ninguna explicación.

-Estás haciendo un gran trabajo, Marty. No se trata de ti.

-Se trata de Philip Walker -infirió Cliff, hablando por primera vez.

-Efectivamente. Nos ha ofrecido un servicio de seguridad como parte de su propuesta de contrato. Con lo que está pasando, es más que probable que el consejo vote aceptar su oferta. - Stephen también tomó un sorbo de café-. Creo que deberíamos empezar a realizar una investigación a fondo y hacer un estudio exhaustivo de Construcciones Walker. Cliff, encárgate de la información en el ámbito legal. Greg, ocúpate de un informe financiero detallado. Y, Marty, tú averigua antecedentes. Es mera rutina, pero nos ahorrará un montón de tiempo y nos evitará mayores entorpecimientos si el consejo se decide de repente por la oferta de Walker.

-Tiene sentido -convino el jefe de policía-. Más robos como ese, y cundirá el pánico en toda la ciudad. Será mucho más fácil para nosotros si ya tenemos una solución, una que no les cueste miles de dólares más a los contribuyentes.

-Exacto. -Stephen bebió un poco más de café, y agradeció habérselo pedido descafeinado a Celeste. Ya le costaba lo suficiente controlar que no le temblaran las manos-. Necesito que hagáis todo lo que os he pedido lo antes posible. A juzgar por las llamadas que he recibido durante el fin de semana, esto está a punto de convertirse en un asunto candente.

-Eso está hecho. -Hart ya se ponía en pie-. ¿Algo más?

-No, es todo. -Stephen también se levantó-. Mantenedme informado.

Hart se dirigió directamente a la comisaría.
Ciff, al departamento del registro legal.
Greg se encerró en su despacho.
Cinco minutos después, Philip Walker recibió una llamada. Colgó, lívido. Así que Stratford quería jugar sucio. Bueno, pues no tenía ni idea de lo que significaba «sucio».
Pero iba a averiguarlo muy pronto.

10.50

Julia no estaba en absoluto contenta.
El aula estaba en silencio. No había nadie, excepto Brian y ella. El resto de niños había ido a clase de plástica. Julia había escogido aquel momento, y le había pedido a Brian que se quedara unos minutos más para poder repasar su redacción. Así, no habría nada que los distrajera, y ella podría dirigir toda su energía a advertir y valorar las reacciones del chico para averiguar qué pasaba por su cabeza.

Bien, Julia había estado haciendo exactamente eso. Lo había observado durante toda la conversación, y había escuchado lo que Brian decía y lo que no decía. Estaba más callado de lo habitual, menos animado. Y, en contraste con su usual atención, se le veía nervioso, agitándose en su silla y balanceando las piernas como si fuera incapaz de sentarse quieto. Julia intentó lo acostumbrado para tranquilizarlo, desde alabar su redacción hasta preguntarle por las posibilidades de su equipo de la Liga Infantil en la temporada que acababa de empezar. Él le respondió escuetamente, con la mirada revoloteando por el aula sin parar y los párpados hinchados de cansancio.

-Brian -dijo Julia finalmente, posándole con suavidad una mano en el hombro-. Tu redacción está realmente muy bien. Y me llama la atención en especial que en ella hables de tu familia en lugar de hacerlo sobre los Yankees.

Brian asintió con la cabeza.

-En cierto modo, tu deseo se ha cumplido. Quiero decir que no vives en casa de tu tío Connor, pero él vive en tu casa.

-Ya lo sé.

-Tiene que ser fantástico que se haya instalado allí.

-Lo es. -Una pausa-. Pero sería aún mejor vivir en su apartamento.

-¿Por qué? ¿Porque está en un edificio muy alto?

-No. Es alto, pero no tanto como el Empire State. Tío Connor me llevó allí una vez. Fue genial. Su apartamento también es genial. Pero eso no es el motivo por el que quiero estar allí. Quiero estar allí porque tío Connor no está triste, o de mal humor, y a él no le importaría que... - Brian se calló de repente y desvió la mirada.

-¿No le importaría... qué, Brian?

Sin respuesta.

Julia escogió las palabras con mucho tacto.

-Cariño, todo el mundo está triste o de mal humor alguna vez. Normalmente, significa que está cansado o tiene mucho trabajo por hacer. No por culpa de otra persona.

-Supongo. Pero, ¿qué pasa si es por culpa de alguien más?

La preocupación que se adivinaba en la voz de Brian le partió el corazón a Julia.

-Tú no te sientes como si fueras un estorbo en tu casa, ¿verdad? Brian se encogió de hombros.

-Supongo que no. Sólo que deseo que las cosas pudieran ser como eran antes. Incluso con tío Connor en casa... todo es distinto.

-¿Distinto en qué sentido?

-No lo sé... raro, supongo. Tío Connor intenta hacerme pensar en otras cosas para que no vea a mamá llorando. Lloro mucho. Sobre todo la noche antes de que tío Connor viniera. Ella creía

que yo estaba dormido. Pero no lo estaba. Lloró hasta muy, muy tarde. Entonces, papá llegó a casa. Pero hablaba como si no fuera él. Su voz era extraña. Y estaba furioso. Le gritó a mamá.

Julia despeinó cariñosamente a Brian, mientras sentía que se le hacía un nudo en el estómago.

-¿Estabas asustado?

-Un poco, sí. No les dije que estaba despierto. -Volvió la cabeza y le dirigió a Julia una mirada angustiada-. No se lo dirás, ¿verdad? No quiero empeorar las cosas. Ellos lo pasarían mal.

-No, cariño, no les diré nada. No, si tú no quieres que lo haga. -Julia pensaba a toda velocidad, decidiendo cómo exponería el tema cuando llamara por teléfono a Nancy Stratford. No desvelaría la confidencia de Brian. Pero tampoco iba a ignorar aquella situación. Ya no, Dijera lo que dijera Connor, aquel problema no se estaba solucionando. Y ya era hora de que los padres de Brian lo supieran.

Era la hora de comer cuando Julia tuvo su primera oportunidad de desaparecer. La ayudante de comedor se hacía cargo de su curso y supervisaba el almuerzo y la hora de recreo.

Julia entró en un despacho privado de la escuela y telefoneó a Nancy Stratford a su casa. Salió el contestador. Colgó, e intentó localizarla en su boutique. De nuevo, el contestador. Esta vez, Julia dejó un mensaje. Era mejor dejarlo en la boutique que en casa: era menos probable que Brian pudiera oírlo.

De todos modos, fue un mensaje bastante vago. Sólo dijo que tenía un asunto breve pero importante del que hablar, y que éste necesitaba una respuesta inmediata.

Colgó de nuevo, sabiendo que tenía otra obligación que cumplir. Marcó el número del móvil de Connor.

Cuando él contestó, Julia se limitó a decir.

-Las cosas están peor de lo que pensabas. Le he dejado un mensaje a tu cuñada. Voy a hablar con ella lo antes posible. Y no me discutas, Connor -añadió rápidamente mientras él empezaba a hablar-. Bajo estas circunstancias, creo que deberíamos cancelar nuestro encuentro de hoy. Quiero estar localizable y libre en caso de que tu cuñada me llame. Además, no quiero discutir contigo. No conseguirás que cambie de opinión. Si todavía quieres verme después de que haya solucionado este problema, házmelo saber.

Sin darle ocasión a replicar, colgó.

Fuera en el patio, Brian fue directamente a la valla y dejó su chaqueta y su gorra de béisbol en el lugar de siempre, asignado a los de su curso. La norma era que cualquier artículo personal que no fuera a ser utilizado durante el recreo se dejara en aquellas áreas especificadas. Su chaqueta y su gorra de béisbol iban a parar allí cada día. Brian nunca las llevaba Puestas cuando jugaba. Porque le hacían sudar.

Se dirigió, arrastrando los pies, al otro lado del patio. Se sentó, solo, cogió una ramita y empezó a dibujar en la tierra con ella. Tenía el estómago un tanto revuelto, aunque no se había comido su bocadillo de pavo ni su yogur. Quizá no debería haberle contado todo, aquello a la señorita Talbot. Quizá se lo tendría que haber guardado para sí. Pero si alguien era capaz de saber cómo mejorar las cosas, era ella. Ella y el tío Connor.

Se quedó allí, sentado, durante el recreo. No tenía ganas de jugar. Finalmente, la señorita Parkins, la ayudante de comedor, anunció a los niños que el recreo había terminado.

Brian se levantó y fue a la valla a recoger sus cosas.

Al cabo de un minuto, se dio cuenta de que la gorra de béisbol no estaba. La buscó por todas partes. Incluso rebuscó entre las prendas de sus compañeros. Pero la gorra había desaparecido.

Tragó saliva, intentó contener las lágrimas y se sintió peor que nunca. Era su gorra de la Liga Infantil, la que siempre llevaba puesta cuando salía a ocupar el montículo. Le traía buena suerte. Podía comprarse otra, pero no sería lo mismo.

Un claxon sonó en el aparcamiento.

Brian levantó la cabeza a tiempo para ver un coche negro que circulaba lentamente. El conductor bajó la ventanilla. Su rostro se hallaba casi completamente oculto por una gorra, echada hacia delante y demasiado pequeño para cubrirle la cabeza.

Era la gorra de Brian.

Bajo la visera, los labios de aquel hombre se curvaron en una desagradable sonrisa. Luego, sus dedos índice y corazón rozaron el borde de la visera en un gesto de saludo en dirección a Brian.

Y, después, el coche se alejó.

19.35

Stephen Stratford salió del Ayuntamiento más tarde incluso de lo habitual aquella noche. Había albergado la esperanza de que Marty o Cliff le presentaran un informe que contuviera alguna pista acerca de cualquier asunto ilegal en el que Construcciones Walker estuviera involucrado. Cualquier cosa que le proporcionara munición para utilizar contra Philip Walker. Un hombre tan tramposo e indecente como aquel debía de tener algún secreto inconfesable que sería descubierto enseguida.

Connor le había dejado dos mensajes, a los cuales no había respondido. En parte, porque estaba muy ocupado, y en parte porque adivinaba perfectamente sobre qué eran esos mensajes... y no estaba preparado para enfrentarse a ello. Probablemente, Connor sabía cuándo tenía previsto su padre aparecer por Leaf Brook. Pues bien, Stephen no quería ni oír hablar de ello. Todo lo que podía hacer era rezar para que no sucediera en los días siguientes. Necesitaba ese tiempo. Tenía que conseguir el control sobre las cosas antes de que su padre se le echara encima como una tonelada de ladrillos.

Absolutamente agotado, Stephen cruzó lentamente el aparcamiento, con las suelas de los zapatos resonando contra el pavimento. El parking estaba desierto, porque todo el mundo se había ido a casa hacía horas.

Llegó junto a su coche, y, estaba ya metiendo la llave en la cerradura cuando oyó el chirrido de un coche que giraba por la esquina del aparcamiento. Sonaba como si se dirigiera directamente hacia él a toda velocidad.

Stephen se volvió de golpe justo cuando el automóvil, un Cupé negro frenó en seco junto a él.

Dos hombres saltaron literalmente de su interior.

Los vio por un instante mientras ambos hombres se abalanzaban hacia él. Uno era fornido; el otro, alto y musculoso. El puño del alto impactó contra la mandíbula de Stephen, que salió despedido, tambaleándose hacia atrás, y acabó chocando con su coche.

-Esto es un regalito, Stratford -ladró el tipo fornido, pegándole un puñetazo en el estómago-. De parte de Construcciones Walker.

Diez minutos más tarde, los dos hombres se marcharon dejando a Stephen, acurrucado y sangrando, sobre el pavimento.

-Las pesquisas se han terminado -murmuró el fornido-. Y tú también estarás acabado si intentas un movimiento tan estúpido como ése otra vez. -Entró en el coche negro.

Hasta pronto -añadió su compinche-. El señor Walker Seguirá en contacto. Ah, y señor Stratford... -Volvió a acercarse a Stephen lo suficiente para dejar caer un billete de diez dólares

Junto a su cabeza-. Con eso habrá suficiente para pagar lo que le debo a su hijo. La próxima vez, le quitaré algo muchísimo más valioso.

20.30

Nancy tenía un nudo en el estómago.

Se agitó, inquieta, en el sofá del salón, y por enésima vez apartó un poco la persiana, esperando divisar los faros del coche de Stephen en la sinuosa carretera que llegaba a la casa.

Nada.

¿Dónde demonios estaba su marido?

Se volvió de nuevo y observó a Connor y Brian, que estaban terminando los deberes de aritmética en el suelo. Connor levantó la mirada, y la cruzó con la de Nancy, intentando aparentar normalidad para tranquilizarla sin palabras.

Nancy no se creyó su sereno semblante ni por un momento. Connor estaba tan preocupado como ella. Lo leía en su rostro, al igual que lo había adivinado en su voz cuando, aquel mismo mediodía, la había llamado a la boutique para preguntarle:

-Nancy, ¿has escuchado tu contestador?

-No -le había contestado ella, quitándose el abrigo-. He vuelto ahora mismo de almorzar. ¿Por qué?

-Porque tienes un mensaje de Julia Talbot. No está en el contestador de casa, así que debe de habértelo dejado aquí, en la boutique.

A Nancy se le había caído el alma a los pies.

-¿Julia Talbot? Oh, Dios mío, ¿acaso a Brian le ha...?

-No, Brian está bien. No se trata de nada de eso. Nancy, escúchame. Julia está preocupada por el estado emocional de Brian. No le devuelvas la llamada. Aún no. No hasta que hayamos hablado con Stephen.

Entonces lo entendió. Lo entendió perfectamente.

-¿Has localizado a Stephen? -le había preguntado ella, entre seca y aturdida.

-Lo he intentado. Está reunido.

-Yo debería volver a casa.

-No. Brian espera que yo lo vaya a recoger y que tú trabajes hasta tarde. Hazlo. Haré que te telefonee cuando lleguemos a casa, y así podrás oír por ti misma que está bien. Nancy, no empeoremos las cosas preocupándole. Stephen estará en casa hacia las siete y media o las ocho. No podemos hacer nada hasta entonces. Brian y yo nos comeremos nuestra pizza, como estaba planeado. Tú ven a las siete, como dijiste. Te guardaremos un pedazo. Cuando llegue Stephen, Brian se irá a la cama. Actuaremos con la máxima normalidad. Luego, hablaremos Y, Nancy... -Connor hizo una pequeña pausa-. Todo se arreglará.

-Eso espero, Connor. Porque ya no estamos hablando de mi vida. Se trata de la de mi hijo.

Y, con un ligero clic, Nancy había colgado.

La boutique estaba llena pero, a pesar de todo, ella escuchó el mensaje de Julia Talbot tres veces. Por Dios, qué tentada había estado de devolverle la llamada a esa mujer. Pero le había prometido a Connor que esperaría. No sabía lo que Julia Talbot sospechaba, ni hasta qué punto. Y tenía que saber a qué se enfrentaba, antes de hablar.

Brian llamó a la boutique a las cuatro menos cuarto de la tarde, como Connor había prometido. Y, por el tono de voz, parecía estar bien, aparte de disgustado por haber perdido su gorra de béisbol.

«Bien». La elección de la palabra era, cuando menos, interesante. Desde el punto de vista de cualquier otra persona, Brian parecía estar, efectivamente, bien. Pero Nancy sabía que no era así. Y, al parecer, también Julia Talbot opinaba lo mismo. Comparado con su usual comportamiento exuberante, Brian no estaba normal últimamente. De todos modos, ¿cómo iba a estar bien?

Nancy cerró los ojos con fuerza y el sentimiento de culpabilidad que sintió le dolió tanto como cualquier herida física. Quizá tenía que haber hecho algo antes, hace tiempo. Pero ¿qué? ¿Dejar a Stephen? Eso le habría roto el corazón a Brian y habría destrozado a Stephen. No podía hacerlo. Así que acudió a Connor, que lo dejó todo por estar allí. Y Brian parecía estar visiblemente mejor con su tío en casa.

Pero era obvio que no lo suficientemente mejor.

Durante el mediodía, Nancy intentó localizar a Stephen en el despacho dos veces. Pero, como Connor le había dicho, estaba reunido. Ella no le dejó ningún mensaje. Aquel asunto no era algo que Nancy pudiera lanzar como si tal cosa. Tenían que hablar... aquella misma noche. En cuanto a lo de volver corriendo a casa, Connor tenía razón. Habría sido un error. Tan sólo habría conseguido avivar la inquietud de Brian y aguar la «velada de colegas» que había planeado con su

tío. Además, no se podía hacer nada hasta que Stephen llegara a casa y Nancy pudiera poner las cosas sobre la mesa, determinar qué estaba pasando y decidir cómo solucionarlo.

Había estado a punto de llamar a Cliff.

Pero ya se había apoyado en él demasiadas veces. Y Cliff tenía una vida propia, y eso no incluía arreglar la de Nancy.

Llegó a casa a las siete menos cinco de la tarde, y entró a toda prisa en la cocina para cerciorarse de que Brian estaba bien.

El niño estaba sentado a la mesa, atiborrándose de pizza, y le dedicó una sonrisa de mozzarella al acabarse el último bocado. -Hola, mamá.

-Hola, cariño. -Al mirar la pizza, se estremeció-. ¿Pero cómo puede gustaros tanto esa cosa?

-Porque es una bomba -la informó Connor alegremente-. Carne, salchicha, pimienta verde, champiñones, cebolla...

-Basta, por favor. -Nancy levantó la palma de la mano y se inclinó para besar a Brian en la cabeza. En momentos como aquel, deseaba que Brian fuera todavía un niño pequeño para poder abrazarlo tan fuerte como le apetecía, sin que él se sintiera un tanto avergonzado-. ¿Cómo ha ido el día?

-He perdido mi gorra de béisbol. -Toda su carita se había puesto triste de repente-. La he buscado por todas partes, pero ha desaparecido. Creo que se la ha llevado un hombre.

-¿Por qué piensas eso? -preguntó Nancy, sorprendida. Brian se encogió de hombros.

-He visto a un hombre que se iba en un coche, y llevaba una gorra roja puesta. Parecía mi gorra de béisbol. Pero supongo que es una estupidez. ¿Por qué iba un hombre a querer mi gorra? ¿Cómo voy a lanzar ahora sin ella?

-Cariño, dudo que llegue ese momento. Seguramente, aparecerá dentro de uno o dos días en el mostrador de objetos perdidos de la escuela. Pero, si no es así, te compraré otra.

-Claro, campeón -intervino Connor-. Aquella gorra ya estaba un poco gastada. Demasiado trote. Una gorra nueva es buena idea. Entonces, si encuentras la vieja, puedes ir las combinando. -Supongo. -Brian no sonaba convencido. Pero se animó cuando Nancy le recordó que su padre llegaría a casa pronto. Salió disparado a buscar su mochila para acabar los deberes.

Durante tres minutos, Connor y Nancy estuvieron a solas.

-¿Has encontrado el mensaje de Julia en la boutique? -le preguntó Connor.

-Sí. Y he hecho lo que me has dicho. ¿Has podido tú hablar con Stephen?

-No. No me ha devuelto la llamada.

-¿Cómo se ha estado comportando Brian?

-No muy alegre. -Connor no mintió-. Ha estado bastante desanimado. No estoy seguro sobre hasta qué punto es a causa de lo que nos preocupa, y hasta, qué punto es por haber perdido su gorra de béisbol.

-Maldita sea. -Nancy se pasó ambas manos por el pelo, sintiéndose como si el mundo se le cayera encima.

-Aguanta un poco, Nancy. Stephen estará aquí pronto.

Ella levantó la cabeza y su mirada, cada vez más asustada, se cruzó con la de Connor.

-Y entonces, ¿qué?

Todavía se lo estaba preguntando ahora, sólo que ya había pasado una hora y media y todavía no había ni rastro de Stephen. -¿Dónde está papá? -quiso saber Brian, levantando la vista de sus problemas de matemáticas-. Es tarde.

Nancy abrió la boca para asegurarle, por tercera vez, que su padre llegaría en cualquier momento.

El teléfono móvil de Connor sonó.

Él levantó la mirada, que se cruzó con la de Nancy, intranquila. -Negocios -predijo Connor, sacándose el móvil del bolsillo-. Recuerda que en sitios como Australia es de día.

Ella asintió con la cabeza.

-Connor Stratford. -Larga pausa-. Sí. Todos estamos bien.

Seguro. Aquí. ¿Dónde? -Otra pausa-. Voy para allá.

Pulsó el botón de desconexión, de la llamada y se puso en pie. -Era papá -anunció a Brian-. Ha tenido una avería, por eso no ha llegado aún. Voy a ir a echarle una mano.

Brian se levantó enseguida.

-¿Y por qué ha llamado a tu móvil? Connor se encogió de hombros.

-No ha podido comunicar con vuestra línea, así que ha decidido llamarme a mí.

-Son muchos problemas, Connor -comentó Nancy, seria. Una avería en el coche. Una línea telefónica que no funciona.

Connor la miró y le dirigió un casi imperceptible movimiento de cabeza.

-Así es la era digital -fue todo lo que dijo en voz alta-. Está llena de imperfecciones. -Se volvió hacia Brian-. Escucha, campeón, deja que mamá te ayude con tu último problema. luego, prepárate para meterte en la cama. De ese modo, podrás pasar más tiempo con papá cuando llegue a casa. ¿De acuerdo?

-Sí, de acuerdo -asintió Brian.

-En ese caso, me voy.

Nancy siguió a Connor hasta el recibidor.

-¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?

-No lo sé -repuso Connor en tono tenso y preocupado-. Sea lo que sea, es malo. -Cogió su chaqueta y continuó hablando en voz baja-. Nancy, mete a Brian en la cama. Stephen no quiere que su hijo lo vea... ahora mismo, no. Yo lo traeré hasta aquí. Dejaremos su coche en el aparcamiento.

Nancy observó a Connor mientras éste salía a toda prisa de la casa. Se abrazó a sí misma, como intentando protegerse de la demasiado obvia verdad. «Stephen no quiere que Brian lo vea en el estado en que se encuentra, pensó, aturdida. Como la otra noche. Está borracho. Esa es su "avería con el coche".»

Sintiéndose como medio muerta interiormente, giró sobre sus talones y volvió al salón.

Tenía que estar allí, por su hijo.

Capítulo 15

El Mercedes de Connor irrumpió en el aparcamiento y frenó en seco junto al Explorer de Stephen. El trayecto había sido un auténtico torbellino de emociones. La mente de Connor había ido a toda velocidad, intentando adivinar por qué Stephen le había pedido que fuera solo y que les dijera a Nancy y Brian que había tenido una avería. Les estaba escondiendo algo, pero ¿qué? No estaba borracho. Esa sería la conclusión lógica, la que Nancy habría sacado, sin duda. Pero Connor había oído la lastimera voz de su hermano. Stephen sentía dolor, dolor físico. Le había hablado con esfuerzo, como si le costara pronunciar cada palabra. Y tenía miedo. Había insistido en saber si Brian estaba bien (se lo preguntó a Connor dos veces), y luego le había pedido a su hermano que fuera hasta el aparcamiento municipal y lo sacara de allí antes de que un coche patrulla pasara por aquel lugar y lo encontrara.

Fuera lo que fuera que estaba pasando, había llegado a un punto importante.

Connor saltó de su coche, se acercó a toda prisa al de Stephen y atisbó a través de la ventanilla del acompañante. Stephen yacía en el asiento del conductor, que estaba reclinado al máximo. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo, y vuelta hacia el otro lado, así que Connor no le veía el rostro.

Connor dio unos golpecitos en el cristal. -Stephen, soy yo.

Su hermano volvió la cabeza lentamente, con dificultad, hacia Connor. Incluso a través del cristal ahumado, éste pudo ver que el rostro de Stephen estaba hinchado y lleno de sangre seca.

Connor sintió que lo invadía la ira. -Abre la puerta -ordenó.

Stephen asintió, y palpó torpemente hasta encontrar el botón que abría los seguros de las puertas.

Connor se arrodilló sobre el asiento del acompañante, comprobando el estado físico de su hermano al mismo tiempo.

-Mierda. -Su mirada pasó del rostro de Stephen al arrugado traje y a la postura tensa del cuerpo de éste-. Tengo que llevarte a que te vea un médico.

-No. -Stephen meneó la cabeza, e hizo una mueca de dolor-. Por mi aspecto, parece peor de lo que es. No tengo nada roto. Sólo unas costillas magulladas y la cara hecha un mapa. -Respiró profundamente, con dificultad-. Pero Brian se impresionaría si me viera así. No puedo ir a casa, no hasta que me haya lavado. -Una mirada asustada, inquieta-. ¿Estás seguro de que Brian está bien? ¿Estabas con él cuando he llamado?

-Estábamos sentados en el suelo del salón, haciendo los deberes de matemáticas. Brian está bien. -Connor reprimió las mil y una preguntas que quería formular. Primero es lo primero. Tenían que remediar el nefasto aspecto de Stephen y salir de allí.

Vio una botella de agua medio vacía en el soporte para latas entre ellos dos y el montón de ensangrentados pañuelos de papel que yacían en el suelo. Estaba claro que Stephen había empezado va con el proceso de lavarse.

-Tengo más agua en mi coche -informó Connor sucintamente-. Voy a buscarla.

-Bien. -Stephen señaló con su pulgar hacia el asiento de atrás del Explorer-. Hay un paquete de toallitas de papel en el maletero y también un botiquín. Nancy lo lleva por Brian. He intentado alcanzarlo, pero está enterrado bajo una tonelada de cosas variadas. Y me duele tanto cuando intento levantar peso...

-Pues no lo hagas. Ni siquiera te muevas. Quédate sentado y quieto. -Connor salió del coche, lo rodeó y cogió lo que necesitaban -Date prisa -lo apremió Stephen cuando su hermana volvió junto a él-. Muy pronto pasará un coche patrulla haciendo su ronda sobre todo ahora, con la escalada de robos. No puedo dejar que me vean.

-Sí, de acuerdo. -Connor se quedó en silencio, concentrado en borrar la sangre del rostro de Stephen. Desinfectó los cortes más profundos, y luego ayudó a su hermano a alisarse el traje, intentando no hacer presión sobre sus magulladas costillas.

Una vez que hubieron terminado, el aspecto de Stephen, aunque todavía un tanto hinchado y dolorido, era mucho más cercano a lo que se llamaría presentable.

-Ya está bastante bien por ahora -declaró Connor-. Nos ocuparemos del resto cuando lleguemos a casa. -Echó un vistazo alrededor, aliviado al comprobar que no había aún ningún coche patrulla en la zona-. Tú no puedes conducir, eso está claro. Dejaremos tu coche aquí. Se supone que has tenido una avería, así que la historia que contaremos, no sólo a Brian, sino al público en general,

es que te has herido al meterte debajo del coche para intentar arreglarlo. Yo te llevaré hasta casa y te traeré de nuevo aquí mañana.

Abrió la puerta, rodeó el coche y ayudó a Stephen a salir. Se pasó uno de los brazos de su hermano por encima de los hombros y acomodó a Stephen en el asiento del acompañante del Mercedes. Tiró las toallitas y los pañuelos de papel llenos de sangre en una papelería, y estaba a punto de escribir una nota para dejarla en el salpicadero del Explorer cuando un coche patrulla apareció por la curva y avanzó hacia ellos.

-¿Tienen algún problema? -preguntó el oficial al volante, mirando primero el coche del alcalde y luego el de Connor. En sus ojos no había ningún signo de sospecha, tan sólo curiosidad y una firme decisión de ofrecer una imagen de primera calidad. Reconoció el vehículo del alcalde y el parecido entre los dos hermanos Stratford era demasiado para que no se diera cuenta de quién era Connor.

-Pues, de hecho, sí -contestó Connor, tranquilo-. Estaba a punto de dejar una nota en el parabrisas explicándolo. El coche del alcalde a empezado a tener algún fallo, y él se ha hecho daño intentando repararlo. He venido a recogerlo y llevarlo a casa. -Una mirada interrogativa-. A mí no me hace ninguna gracia dejar el coche aquí toda la noche, sobre todo porque mi hermano se ha cargado el do del dispositivo de bloqueo, y cualquier ladrón podría llevárselo tranquilamente. Pero no quiero que él conduzca, se ha hecho daño de verdad. ¿Les importaría a ustedes vigilar el coche hasta mañana? Se lo agradecería mucho.

-Sí, claro, no hay problema. -El otro policía, un tipo de mediana edad con expresión preocupada, salió del auto y se acercó. Unos pasos en dirección al Mercedes-. ¿Está usted bien, señor? -le preguntó, alzando la voz para hacerse oír bien, al alcalde.

Demos gracias a Dios por los cristales ahumados, pensó Connor. Sin ellos, habría sido imposible disimular el ojo medio cerrado y el labio hinchado de Stephen; y de ningún modo, ni siquiera desde esa distancia, habrían podido convencer a los entrenados oficiales de policía que las heridas que veían eran resultado de las chapuzas de Stephen en los bajos del coche.

Nadie sabía eso mejor que el propio Stephen. Y, dolorido o no, consiguió actuar como el político consumado que era. Al tiempo que agitaba la mano con un forzado ademán, logró dedicarle al oficial una de aquellas encantadoras y carismáticas sonrisas que eran como su sello personal.

-Me siento como si acabara de salir de una pelea -repuso Stephen, en voz igualmente alta-. Cuando las compañías de coches dicen que los todoterrenos son potentes, no mienten. No volveré a meterme debajo de uno de esos en mucho tiempo.

El oficial se rió.

-Ya sé lo que quiere decir. De todos modos, usted y su hermano váyanse a casa. Haremos que nos envíen un coche patrulla extra. Entre todos, vigilarémos su vehículo toda la noche.

-Gracias. Muchas gracias. -Stephen mantuvo la sonrisa hasta que Connor se hubo despedido de ellos, subido al coche, puesto el motor en marcha y salido a toda prisa. Entonces, se hundió en el asiento-. Maldita sea, cómo duele.

-Ya me lo imagino. -Connor le alargó a Stephen lo que quedaba de la botella de agua-. Bébetela toda. Y luego cuéntame qué demonios está pasando. ¿Quién te ha hecho esto, y por qué?

-Supongo que has tenido noticias de papá. ¿Cuándo viene? -preguntó Stephen, en lugar de responder.

Connor lo miró de reojo.

-No llega hasta el jueves. Tiempo más que suficiente para que la hinchazón haya bajado. Podrás incluso montar bien toda la historia de la reparación del coche.

-Bien. -Con un suspiro de alivio casi agonizante, Stephen cerró los ojos. Se llevó la botella a los labios y tomó varios tragos. Olvídate de papá. No se trata de él, aparte de intentar que no se entere. No vas a evitar hablar de este asunto, Stephen -le advirtió Connor mientras tomaba Main Street en dirección a la casa de su hermano-. No nos lo ocultarás, ni a mí ni a tu esposa. Nancy sabe que está pasando algo muy gordo. Y no sólo por tu pésimo comportamiento. Hoy la ha llamado Julia. Está preocupada por Brian. Muy, preocupada. Han sucedido más cosas. Olvídate de que yo pueda mantenerla alejada. Ya no me será posible. Este problema no desaparece. No puedes esconder la cabeza bajo el ala.

Stephen se había puesto tenso.

-¿Qué cosas han sucedido? ¿Qué ha hecho que Julia se preocupe aún más por Brian? ¿Alguien le ha hecho algo a mi hijo?

-No. -Connor repuso con tono tranquilizador y sereno-. Julia tan sólo ha hablado con él sobre la redacción que Brian escribió. Y es obvio que tu hijo está inquieto con su vida familiar. -Su mandíbula se tensó, y volvió a sentir aquel nudo en la boca del estómago-. ¿Quién crees que podría haberle hecho algo a Brian? ¿El mismo hijo de puta que te ha hecho esto a ti?

-Sí. No hacerle algo en el sentido de hacerle daño, pero quizá sí hacerle una visita. Probablemente, me estoy comportando como un paranoico. Sólo que el modo en que esos tipos han hablado de él... era como si le hubieran visto, como si le hubieran quitado algo suyo. Me ha metido el miedo en el cuerpo.

-Su gorra de béisbol. -Sobre el volante, los nudillos de Connor se quedaron blancos-. Por eso dijo Brian lo que dijo.

-¿Su gorra de béisbol? ¿Qué pasa con ella?

-Ha desaparecido. Brian la ha dejado en la valla, con la chaqueta, durante el recreo y, cuando a vuelto a buscarla, ya no estaba. Ha dicho algo acerca de haber visto a un tipo que se iba en un coche con la gorra puesta. Todos lo hemos considerado una coincidencia, una gorra roja que se parecía a la suya. Pero es obvio que nos hemos equivocado. Quienquiera que sea ese tipo, te estaba dejando un mensaje. Stephen se quedó absolutamente pálido.--Dios mío.

-Voy a preguntártelo una vez más -le espetó Connor-. Y será mejor que me respondas, antes de que pierda la paciencia. ¿Qué está pasando? ¿Quién va tras de ti? ¿Algún gángster poderoso al que le debes dinero? ¿Se trata de eso? ¿Más apuestas? Incluso después de jurarme que no lo harías...

-No. -Stephen se llevó ambas manos a la cabeza, e hizo una mueca de dolor ante la consiguiente punzada-. No he apostado ni un centavo desde que tú me diste los quinientos mil. No es un asunto de dinero. Ya no. Ojalá lo fuera, por Dios.

-Sigue.

Una sopesada pausa.

-Connor, creo que no deberías inmiscuirte en todo esto. Te convertiría en una pieza más. Y eso es lo último que quiero. Además, no puedo acudir a la policía. Sería el fin de todo... y no me refiero tan sólo a mí. Me refiero a toda nuestra familia, a todo lo que hemos construido.

-Todo lo que papá ha construido, querrás decir.

-No sólo papá. Tú, Nancy y Brian... la vida de mi hijo no volvería a ser la misma nunca más. No puedo dejar que eso suceda. -Yo ya soy una pieza más, Stephen. Me convertí en ello en el preciso instante en que te rescaté dándote esos quinientos mil dólares a sabiendas de que tú habías usado fondos de la campaña para fines personales. Eso es un acto criminal. Así que, a menos que hayas malversado capitales o hayas asesinado a alguien y quieras que yo esconda el cadáver, no voy a meterme en el asunto más de lo que ya estos metido.

Stephen lanzó un suspiro de cansancio.

-De acuerdo. Lo que te conté sobre el dinero que debía es sólo parte de la historia. El resto trata del hombre al que debía la mayor cantidad de la suma.

-¿Quién es? -Philip Walker.

-Philip Walker. -Connor frunció el ceño, pensativo-. Ese nombre me resulta familiar.

-Es un constructor inmobiliario, un empresario muy importan. te. Y también juega más sucio y tiene más sangre fría de lo que Yo imaginaba. -Con voz queda, Stephen relató a Connor todos los detalles de lo que había sucedido desde que Walker le había hecho donación de los quinientos mil dólares para la campaña hasta su intento de chantajear a Stephen para que le consiguiera el contrato del aparcamiento municipal-. No tengo ni, idea de cómo se enteró de lo de mis apuestas - concluyó-. Pero tiene detalles suficientes para arruinar a nuestra familia y meterme en la cárcel.

-¿Y no te molestaste en comentarme todo esto? ¿Ni siquiera la noche en que él te presionó por primera vez, cuando vine a Leaf Brook para encontrarte completamente borracho, tirado en el sofá?

-Yo soy el responsable de esta pesadilla; quería ser yo el que acabara con ella. Creía de veras que podría hacerlo solo. Pero no me imaginaba hasta qué punto sería Walker capaz de llegar para lograr lo que quiere.

Connor frunció el ceño de nuevo, intentando asimilar todo lo que su hermano acababa de decirle. Algo no le cuadraba. Pero no sabía qué.

-¿Walker está detrás de todos los robos de coches, o sólo del de Kirson?

-Buena pregunta. No lo sé.

-Vale la pena averiguarlo. Sobre todo en los casos de coches robados en aparcamientos con propietarios independientes y asociados en gremio... propietarios que podrían asustarse hasta el punto de ofrecer sus contratos a Walker, ya que él ofrece servicio de seguridad, además de gestión. Si es así, ese tipo es aún más hijo de puta de lo que pensamos. Está brindando un importante incentivo para que las compañías le sean confiadas.

-Sí, lo sé. -Stephen hizo una pausa para reunir sus fuerzas-. Connor, hay algo más que me preocupa. Está claro que los tipos que me han dado la paliza son la respuesta de Walker a mi investigación acerca de su empresa. Supongo que puede haber averiguado por muchas vías lo que

yo estaba haciendo. Pero, ¿cómo ha podido saberlo tan rápido? Yo he puesto el proceso en marcha esta misma mañana, cuando me he reunido con Cliff, Greg y Marty.

¿Estás seguro de que ha sido por eso por lo que te han agredido? -Sí. Cuando mis atacantes se iban, han dicho muy claramente que las pesquisas se habían terminado. Lo que significa que saben cómo planeaba yo llevar el asunto. Y esto quiere decir que la red de Walker es muy extensa.

Desde luego, así lo parece. -El ceño fruncido de Connor se acentuó-. Bien, la lealtad de Cliff es indiscutible. ¿Qué hay de Greg y Marty... confías en ellos?

Stephen se encogió de hombros e hizo una mueca de dolor

No tengo motivos para desconfiar. Greg ha hecho un excelente trabajo como administrador desde que yo ocupé el cargo, y Marty. Lleva veinte años como jefe de la policía.

-¿Y qué me dices de sus contactos? ¿Con quién han hablado después de salir de tu despacho esta mañana?

-Supongo que Cliff ha ido al registro legal, Greg a su despacho para reunir todos los informes que tenemos sobre Construcciones Walker de nuestros previos tratos con ellos, y Marty ha vuelto a la comisaría y ha comenzado una investigación de antecedentes. Pero tengo la intención de preguntarle eso mismo a cada uno de ellos mañana a primera hora. Sobre todo a Marty. Tiene un campo muy amplio que explorar, incluso por ordenador. Así que es probable que buscare ayuda.

Connor frunció la boca.

-¿Crees que alguien de la comisaría podría estar en el asunto?

-Se me ha pasado por la cabeza, sí.

-En ese caso, las cosas se nos podrían poner muy feas.

-Eso es definirlo con benevolencia. Pero no me puedo echar atrás ahora. Walker quiere ese contrato en el bolsillo a finales de esta semana. No puedo concedérselo. No lo haría ni aunque pudiera...

-No, llegados a este punto. Ese tipo es más que un hombre de negocios infame y tramposo. Es un maldito gángster que contrata matones para pegar palizas y amenazar a la gente. Dios sabe de qué más es capaz. No voy a comprometer a todo Leaf Brook en negocios con él. De ninguna manera. Así que necesito descubrir algo acerca de él...y, rápido. Tengo que actuar con discreción, pero debo hacerlo. el problema es averiguar en quién puedo confiar.

-Estás jugando con fuego.

-¿Qué otra opción tengo? Debo conseguir información que incrimine a ese tipo si quiero proteger a Brian -Stephen se acabó el agua.

-¿Y cómo lo protegerás mientras

Stephen miró a Connor con el ceño fruncido. -Cerciorándome de que no esté solo ni un segundo. Va a ir de casa a la escuela y de la escuela a casa, y punto. Se lo dejaremos a Julia Talbot y lo recogeremos al final de la jornada escolar. Yo mismo lo llevaré al entrenamiento y esperaré allí mientras él juega. Estamos hablando solo de un par de días.

-¿Y Nancy? ¿Dónde encaja ella en toda esto?

-En el mismo lugar donde encaja siempre... siendo una madre fantástica. Si me estás preguntando por mi matrimonio, no sé cómo están las cosas. Supongo que mi esposa está a punto de estrangularme. Ahora mismo, seguro que piensa que estoy borracho.

-Sí, estoy convencido de eso. -Connor aminoró la marcha mientras tomaba la calle de Stephen-. Nancy está casi al borde de un ataque de nervios -admitió-. Trátala con cuidado.

-Mensaje recibido. Ahora mismo, no es Nancy la que me preocupa. Es una mujer muy fuerte. Sobrellevará esto con la misma estoicidad que lo sobrelleva todo. O eso, o llorará sobre el hombro de Cliff.

Connor percibió el matiz de amargura que había en las palabras de su hermano.

-Vamos, Stephen, déjalo va. Entre Nancy y Cliff no hay nada más que amistad. Lo sabes tan bien como yo.

-¿Ah, sí? Cliff es un tipo estupendo. También es mi mejor amigo. Y, sí, le conozco bien. Demasiado bien, quizá. Sé que jamás cruzará los límites. No en sus actos. En cuanto a sentimientos, eso es un asunto completamente distinto. ¿No te has preguntado nunca por qué sigue teniendo un montón de citas, sin la menor intención de iniciar nada serio? ¿Por qué ninguna mujer ha logrado mantener su atención durante más de seis meses? Y, sobre todo, ¿por qué es tan protector con Nancy? Si no te lo has preguntado, deja que yo te informe. Porque está enamorado de ella.

-¿Te ha dicho eso él mismo?

-Por supuesto que no. Él jamás ofendería nuestra amistad o minaría mi matrimonio diciendo esas palabras en voz alta. Pero ambos sabemos que son ciertas.

-Si lo son, es sólo por una de las partes.

-Quizá sí, quizá no. Hace tiempo, yo habría estado de acuerdo contigo. ¿Pero ahora? ¿Quién sabe? Nancy acude a Cliff cada vez más últimamente. Supongo que no puedo culparla. No soy candidato al Marido del Año. -Stephen se quedó callado mientras Connor tomaba la curva y la casa aparecía al fondo-. ¿Quieres saber la vermouth finalmente, valorando su hogar y su vida con la misma resignación total-. Incluso si los sentimientos de Nancy hacia Cliff están empezando a ser algo más que amistad, yo estoy, demasiado agotado para hacer nada al respecto.

Connor y Stephen apenas sí habían cruzado la puerta cuando oyeron unas pisadas atolondradas en el piso de arriba. Un instante después, Brian corría escaleras abajo.

-¡Papá! -Se detuvo en seco-. ¿Qué te ha pasado? Stephen consiguió esbozar una sonrisa.

-He intentado reparar el coche. No soy muy bueno arrastrándome bajo esas máquinas. Me he hecho varios cortes, me he dado dos porrazos en la cabeza y, al salir de debajo, el tubo de escape me ha atizado en un ojo. Supongo que debo de tener un aspecto bastante horrible, ¿no?

Nancy se había acercado sin hacer ruido tras su hijo. Miraba fijamente a Stephen con ojos incrédulos.

-Hola -la saludó su esposo cariñosamente-. No pongas esa cara de preocupación. Estoy bien.

-Vale. -Nancy se aclaró la garganta y se volvió hacia Brian-. Bueno, nuestro rato empieza ahora. Diez minutos con papá. Luego, es hora de irse a dormir. Le daremos un vistazo a ese oído mañana por la mañana.

-¿Le duele el oído? -Stephen no solía alarmarse tanto. De todos modos, tampoco solía estar tan pendiente de la salud de su hijo Pero, dado el estado en que se encontraba, incluso un insignificante dolor de oído lo puso en alerta.

Nancy lo observó atentamente y luego asintió.

-Ha empezado a quejarse justo después de que Connor se fuera.

-Sí -confirmó Brian-. Es como si tuviera un túnel en el oído. Oigo un eco cuando hablo. Y cuando habláis vosotros también una punzada. Seguramente voy a necesitar uno de esos chicles de medicina.

-Seguramente -concedió Nancy-. Pediré hora para el pediatra mañana a primera hora. Podemos alquilar una cinta de vídeo volver a casa. Nos tomaremos un día de descanso.

Connor y Stephen intercambiaron una rápida mirada de alivio.

No querían que Brian estuviera enfermo, pero tenerlo en casa sano Y salvo era una enorme ventaja.

A Brian no le gustó la idea. -Me perderé el entreno.

-Un lanzador necesita unos días libres entre partidos para descansar los brazos -le recordó Connor.

-Si, supongo que sí. Pero ¿qué hay de mi gorra de béisbol? preguntó el niño-. ¿Cómo voy a saber si la encuentran en la escuela?

Connor percibió perfectamente cómo Stephen se tensaba ante la mención de la gorra, Y en su cerebro sonó el timbre de alarma. Lo peor que podía pasar era que Brian notara la tensión de su padre y

preguntara. La velada amenaza de Walker hacia Brian era algo de lo que Stephen necesitaba hablar con Nancy a solas.

De repente se le ocurrió una idea, un modo de matar dos pájaros de un tiro: evitar que Brian y Nancy advirtieran la reacción de Stephen, y poder hablar con una persona con la que tenía muchas ganas de hablar, por varios motivos.

-Yo te lo diré, campeón -intervino-. Mañana por la mañana, a primera hora, iré a tu escuela. Le pediré a la señorita Talbot tus deberes y veré si tu gorra de béisbol ha aparecido en objetos perdidos.

Eso apaciguó a Brian.

-De acuerdo. Pero le dices lo importante que es, ¿vale?

Connor sonrió de medio lado.

-No será necesario. Estamos hablando de la señorita Talbot. Está tan implicada en tu labor como lanzador como tú mismo.

El alivio invadió el rostro de Brian.

-Tienes razón. Ella encontrará mi gorra. O la encontrarás tú. -Se estremeció un poco y se frotó el oído derecho con la palma de la mano.

Bueno, tiempo. Un Tylenol y a dormir -anunció Nancy. Su voz sonó falsamente animada, y Connor la observó mientras ella entraba en el lavabo de la planta baja para emerger un minuto después con el Tylenol y un vaso de agua. Su mano tembló al darle la medicina Brian, Y Connor se preguntó si Nancy estaba a punto de perder el control.

-Pero si papá acaba de llegar a casa -protestó Brian después de tragarse obedientemente la gragea.

-El aspecto de papá es peor que el tuyo. Voy a darle un poco de cena, y también lo enviaré a la cama.

Aunque de mala gana, Brian asintió.

-De acuerdo. Buenas noches. -Se dirigió a las escaleras y se detuvo un instante para volverse hacia su padre-. Papá, ¿estarás aquí a la hora del desayuno?

-Claro que sí. -Haciendo un esfuerzo por no mostrar su dolor, Stephen se acercó lentamente a su hijo, le puso ambas manos en los hombros y lo miró con una expresión de sufrimiento que CONNOR sabía que poco tenía que ver con sus heridas-. ¿Qué te parece unas tortitas? Hacen maravillas con los dolores de oído y las caras magulladas.

Un destello de esperanza brilló en los ojos de Brian, como si el gesto de su padre fuera un salvavidas, una indicación de que todo podía, simplemente, ir bien.

-Unas tortitas estarán la mar de bien. -Observó detenidamente a su padre-. Nuestro coche te ha dejado la cara hecha un cromo realmente. Donny Simms tenía el mismo aspecto después de poner hormigas rojas en los bocadillos de Mitch Pratt y Krissy Halpern, y de que éstos le dieran una zurra. Mitch sólo le hizo sangre en el labio. pero Krissy le pegó puñetazos hasta que se le hinchó toda la cara. Me imagino que los coches hacen incluso más daño. -Dio unos golpecitos de apoyo en la mano de Stephen-. El hielo ayuda.

-Gracias.

-Buenas noches, papá.

-Buenas noches, Brian. -Stephen se apoyó en la barandilla y siguió a Brian con la mirada hasta que éste desapareció de la vista.

Sonó el teléfono.

-Yo lo cogeré -dijo Nancy. Le dedicó una mirada de inquietud a Stephen y se dirigió a la cocina. Ambos parecían estar a punto de derrumbarse-. Cuando me haya librado de quien quiera que sea hablaremos.

Stephen se dejó caer sentado en el primer escalón, y apoyó la cabeza contra la pared.

-Me voy a mi habitación. Vosotros dos necesitáis estar un buen rato a solas -valoró Connor serenamente.

-De acuerdo. -Stephen lanzó un suspiro-. Es una ventaja que Brian se quede mañana en casa con Nancy. Eso me dará tiempo para indagar un poco sin tener que preocuparme de las repercusiones. -Sólo por un día -asintió Connor. Se frotó las palmas de las manos y miró solemnemente hacia la cocina-. Nancy está desesperada

-No hace falta que lo digas. -Con un gran esfuerzo, Stephen se sentó erguido-. No voy a contarle lo de la amenaza hacia Brian. El resto sí, pero esto no.

Connor lo miró sorprendido.

-¿Qué dices?

-Se hundiría, Connor. No tengo ánimos para soportar eso. Ahora mismo, no. Tengo que centrarme en proteger a Brian y en obtener información que inculpe a Walker. Cuando lo tenga todo bajo control, ya se lo diré.

-Ella es la madre de Brian.

-Y yo soy su padre. Yo llevaré este asunto.

-Siempre dices eso -gruñó Connor, intentando mantener- el volumen de voz bajo para que Brian no lo oyera-. Pero lo cierto es que nunca llevas ningún asunto, nada de nada, maldita sea.

-Sí lo hago. Lo haré. -En los ojos de Stephen volvía a asomar el desafío de siempre, la mirada a la defensiva que aparecía cuando alguien lo reprendía y él sabía perfectamente que lo habían pillado en falta, que sus apuestas, una vez más, lo habían echado todo a perder. Estaba perdiendo el control sobre su vida, y él actuaba a la desesperada, intentando estabilizarla-. Tan sólo necesito un par de días. Mientras, contárselo a Nancy no nos haría ningún bien ni a ella ni a mí. Ella no puede ayudarme. Nadie puede. Yo me metí en todo esto. Y yo saldré de ello. Mantendré a mi esposa e hijo a salvo. Protegeré el apellido de la familia. Lo haré todo yo. Así que déjame. Dame un condenado respiro.

Antes de que Connor pudiera responder, Nancy volvió al recibidor. Su semblante era decididamente sombrío.

-Era Julia Talbot. Está seriamente preocupada por Brian. Muestra signos de depresión. Se está aislando y se culpa de los problemas que hay, en casa. Julia dice que está empeorando.

Stephen se puso en pie, tambaleante, mientras su actitud defensiva se convertía en pánico.

-¿Qué le has dicho?

-¿Que qué le he dicho? -Nancy se pasó una temblorosa mano por los cabellos-. No le he dicho nada. No sé nada. Me las he arreglado para insinuarle que era un mal momento para hablar, he dicho que Brian está indispuesto y que me necesita. Prácticamente le he colgado el teléfono. -En su voz, empezaba a adivinarse la histeria-. Stephen, ¿qué demonios está pasando? ¿Quién te ha pegado? ¿En qué clase de lío estás metido?

Connor percibió la ira irracional que empezaba a manifestarse en el rostro de su hermano, e intervino inmediatamente, decidido a cortar de raíz la inminente pelea.

-Stephen, no -le ordenó en tono firme, asiéndolo con fuerza por el brazo-. Brian todavía está despierto. Según Julia, ya está emocionalmente desmoronado. No empeores las cosas. Nancy y tú podéis echaros en cara lo que queráis, pero guardando las formas. El pobre Brian ya está tragando demasiado de toda esta historia. Por favor, piensa en tu hijo.

Era la única petición que iba a funcionar. Connor lo sabía, así que no le sorprendió que buena parte de la furia ciega desapareciera del rostro de Stephen.

-Sí, tienes razón.

Entonces, Connor se volvió y miró brevemente a Nancy.

-Tómatelo con calma -murmuró-. Por el bien de todos.

Ella asintió, y Connor empezó a salir hacia su habitación. Había hecho todo lo que podía hacer.

Pero mientras escuchaba desde el pasillo el tono en que ambos hablaban, tenso y cortante aunque controlado (Stephen contándole a Nancy una historia acerca de un adversario político al que debía dinero y que lo estaba chantajeando, y Nancy espetándole en una réplica cortante y amarga que las malditas apuestas habían destrozado sus vidas), Connor se preguntó si nada de lo que él dijera o hiciera sería suficiente.

Y no sólo para salvar el matrimonio de su hermano. Sino para evitar que el mundo se derrumbara sobre los Stratford.

Capítulo 16

10 de abril
8.45

Julia estaba ya sentada tras su mesa, como Connor se había imaginado.

Él se quedó un momento de pie junto a la entrada del aula, contemplándola mientras ella clasificaba papeles. Su oscura cabeza estaba inclinada sobre el trabajo, y sus rasgos reflejaban máxima concentración al leer el material. Una sonrisa asomó a los labios de Julia, que se mordió el inferior al releer el párrafo que la había divertido. Sin darse cuenta de que alguien la estaba mirando, jugueteó con su collar, entrelazando los dedos en la fina cadenita y el minúsculo corazón que pendía de ella.

Connor se descubrió observándola fijamente, viendo cómo sus dedos se deslizaban arriba y abajo por su piel desnuda, justo encima de donde acababa el escote de su jersey, sobre su clavícula, hasta el relieve de la parte superior de sus senos.

Maldita sea, la deseaba. Y no sólo porque mantenerla al margen era crucial para proteger los secretos de su familia, sino porque la fascinación que Connor había sentido por Julia desde el primer momento se había convertido en una total obsesión.

Todavía sentía el ardor de aquel beso que habían compartido en el apartamento de Julia. Su recuerdo lo había mantenido en vela durante tres noches. ¿Y ahora? Demonios, tenía una erección. Sólo con verla jugar con un collar.

Julia debió de percibir aquel escrutinio porque, de repente, levantó la cabeza, y sus miradas se cruzaron.

-Connor. -Julia dejó los papeles sobre la mesa y se puso en pie lentamente-. ¿Qué puedo hacer por ti.

Él se le acercó.

-Necesito verte.

-Estoy, trabajando.

-Tu clase no empieza hasta dentro de al menos quince minutos, Además, esto tiene que ver con tu trabajo. Concierne a Brian.

Ella le dedicó una mirada cauta.

-¿Qué pasa con Brian?

-Está enfermo. He venido a recoger sus deberes, su trabajo de clase, cualquier tarea que tenga que hacer.

Julia apoyó ambas manos sobre la mesa.

-¿Está enfermo realmente?

-Claro que sí. Su madre te lo dijo ayer por la noche.

-Sé lo que me dijo. Y no estoy, segura de que yo la creyera.

Connor enarcó las cejas.

-¿Por qué te mentaría Nancy?

-Dímelo tú. Por la voz, parecía estar agotada y tensa. Mucho. Como si estuviera dispuesta a decir cualquier cosa para poder colgarme el teléfono.

-Estaba con Brian cuando tú llamaste -repuso Connor, suavemente-. Le dolía el oído. Tiene hora con el pediatra esta mañana. Estoy seguro de que se pondrá bien enseguida. Las infecciones de oído son dolorosas, pero se curan fácilmente con esa medicina en chicles.

-Claro. Julia no sonrió. En lugar de eso, observó a Connor con perspicacia y, luego le dedicó un aplauso de una sola palmada-. Eres muy bueno, ¿sabes? Quizá deberías ser- tú quien se dedicara a la política.

-¿Qué se supone que quieres decir con eso?

-Quiero decir que tienes mucha labia. Posees una increíble habilidad transmitiendo información... la información que tú quieres, claro está.

-Te esto, diciendo la verdad.

-Sólo en parte. -Julia se aclaró la garganta-. Sea como sea, has venido para recoger los deberes de Brian. Ahora te los daré.

Se acercó junto al pupitre de Brian, sacó de él un libro de ejercicios de lectura, uno de ejercicios de ortografía y una carpeta. Sacó de ésta una hoja en blanco Y anotó unas instrucciones.

-Aquí lo tienes -dijo, entregándoselo todo a Connor-. Es todo lo que Brian puede necesitar. Ya tiene el libro de matemáticas en casa. Dile que haga sólo lo que se vea con ánimo de hacer. Y también que se mejore muy pronto.

-Gracias. Así lo haré. -Connor cogió lo que Julia le daba, pero no hizo ninguna intención de irse.

-¿Hay algo más? -preguntó Julia, apremiante.

-Sí. Le he prometido a Brian que buscaría su gorra de béisbol. La perdió ayer por la tarde. Está más preocupado por eso que por su oído. Julia frunció el ceño.

-No mencionó haber perdido su gorra de béisbol.

-Sucedió durante el recreo de después de comer. -Connor enarcó las cejas en un gesto de desafío tácito-. Quizás ese es el motivo por el que parecía estar tan extraño ayer. Esa gorra es su amuleto de la suerte.

-Lo sé. Pero lo dudo. -Indicó con un gesto hacia la puerta-. Vayamos a mirar en objetos perdidos. Probablemente esté allí.

Connor la asió por el brazo cuando ella pasó junto a él.

-Hay una tercera razón por la que estoy aquí. Quería verte. Julia se puso tensa. Pero no retiró el brazo.

-¿Por qué?

-Cancelaste nuestra cita. Sin darme la oportunidad de reaccionar, por cierto. Quiero que concertemos otra.

-Connor...

-Lo que está pasando entre nosotros no tiene nada que ver con Brian -afirmó llanamente-. Tú lo sabes, y yo también. No levantes muros que no existen.

Esta vez, ella se zafó de Connor.

-Quizá tú eres capaz de separar las cosas en claros compartimentos. Yo no. Mis emociones se solapan unas con otras.

-¿Y eso quiere decir...?

Julia echó un rápido vistazo hacia la puerta para estar segura de que seguían solos.

-Lo que está pasando entre nosotros es atracción sexual. De acuerdo, quizá sea algo más -añadió de pasada, al ver la expresión de duda de Connor-. No lo sé. Lo que sí sé es que no confío en ti plenamente. Y ni siquiera estoy segura de que me gustes.

Aquella franqueza que Connor había encontrado tan difícil de creer empezaba ahora a enfurecerle.

-Muy bien. Encontrémonos y hablemos de eso. -No iba a rendirse-. Cenemos juntos esta noche.

Al principio, Connor pensó que ella rechazaría la oferta. Sobre todo después de lo que acababa de decir. Por no mencionar la indecisión que su rostro reflejaba.

-Tú y yo somos muy diferentes -repuso ella con evasivas, atrapada por su propio conflicto interior-. Empezando por nuestras prioridades.

-Quizá sí, y quizá no. No lo sabremos si no exploramos esas prioridades. Ah, y nuestros principios. Todavía tenemos esa charla pendiente, ¿te acuerdas?

Connor percibía perfectamente cómo se tambaleaba el aplomo de Julia.

-Me acuerdo.

-¿Y recuerdas también nuestro plan de vernos varias noches durante esta semana?

Ella le dedicó una resuelta mirada.

-Eso era tu plan, si no recuerdo mal.

-Vale. Mi plan, sí. -Avanzó un paso hacia ella, sin dejar de mirarla a los ojos-. Cena conmigo hoy.

La atracción entre ambos estaba ganando. Connor lo notaba.

-¿Y qué hay de Brian? -murmuró Julia-. ¿No va a echarse de menos?

-Estará con sus padres. Y yo estaré contigo. -Connor se inclinó hasta que sus rostros estuvieron a tan sólo unos centímetros, pero no hizo ningún ademán de rozarla siquiera-. Podemos hablar, conocernos más el uno al otro. Seguro que eso provoca interés a tus emociones sobrepuestas, ¿no?

Julia se humedeció los labios con la punta de la lengua.

-Puede ser.

-Perfecto. Mañana es laborable, así que no quedaremos tarde. ¿Qué te parece si te recojo a las seis? -Sonrió de medio lado-. Ya se que todavía no es sábado. Así que iré a tu apartamento pero no cruzaré el umbral. Esperaré en el rellano, ¿de acuerdo?

-De acuerdo.

Los interrumpieron las risas y voces de los alumnos que, cruzando bulliciosos las puertas de entrada, se precipitaban a la carrera hacia sus aulas para empezar el día.

Julia se apartó de Connor. Echó un vistazo al reloj y volvió a su mesa.

-Es tarde. No tengo tiempo de ir a objetos perdidos.

-No pasa nada. Puedo encontrarlo yo solo. Brian me ha dado unas indicaciones fantásticas. Está ansioso por recuperar esa gorra. -Connor se metió los libros bajo el brazo-. Nos vemos esta noche.

-Connor, espera. Julia cogió su bolso. Rebuscó en él, encontró lo que quería y lo sacó. Se acercó a Connor y se lo dio-. Toma. Connor sintió el roce de un suave pelaje sobre su piel. Atónito, miró hacia abajo y vio la pata de conejo de color rojo brillante que Julia le había puesto en la mano.

-Éste era mi amuleto de la suerte cuando yo salía al montículo del lanzador a jugar -explicó ella-. Me la dio mi padre cuando yo tenía nueve años. Aquella temporada me fue increíblemente bien. Dile a Brian que es suya tanto tiempo como la necesite. Es del color de su equipo, y trae la buena suerte de mi padre. Yo le paso esa suerte a él. -Una ligera sonrisa-. Lo cierto es que Brian no necesita un amuleto de la suerte. Tiene talento, valor y un montón de gente que cree que es el mejor. Aun así, con este amuleto, no puede fracasar. O sea que será mejor que se tome la medicina y se ponga bien enseguida. Díselo.

Connor hizo girar la pata de conejo en la palma de su mano, sabiendo muy bien cuánto le levantaría el ánimo a Brian. Si Julia Talbot era demasiado buena para ser real, tenía un montón de cosas que enseñarle al mundo.

-Gracias -repuso, más emocionado por el gesto de Julia de lo que recordaba haber estado en mucho tiempo-. Se lo diré.

11.50

Nancy abrió la puerta e hizo pasar a Brian mientras las sienes le palpitaban a toda velocidad.

La espera en el despacho del pediatra había sido eterna. Al igual que la espera en la farmacia, mientras el farmacéutico intentaba rellenar una botellita con el preparado que le habían recetado a Brian. Con las prisas, el hombre había derramado la última botella de Amoxyl. Disculpándose una y otra vez, le había entregado a Nancy lo que que, daba del líquido antibiótico (asegurando que le duraría dos días), y luego le había prometido que recibiría el resto en su casa al día siguiente, a primera hora. Nancy asintió sin perder tiempo, ansiosa por irse de allí. Tenía que pasar aún por otro lugar, y quería llegara casa antes de que el atasco de la hora de comer bloqueara las calles.

Un instante después, cargados con la parcialmente llena botella de medicina, una cinta de vídeo con nuevas aventuras de un superhéroe y un paquete grande de cereales para el desayuno, Nancy y Brian llegaron a casa.

Ella estaba alterada. No a causa del inconveniente de una infección de oído (Nancy había pasado por aquello media docena de veces durante la vida de Brian), sino por la noche anterior. Primero, la conmoción de ver a Stephen, no borracho sino apalizado y magullado. Después, la llamada de Julia Talbot, que tan sólo alimentó el miedo que crecía en sus entrañas. Y por último, la discusión con Stephen. Fue la peor pelea que jamás habían sostenido. Sí, no levantaron la voz ni perdieron el control, se comportaron de un modo notablemente civilizado. Pero la ira estaba ahí, emergiendo hacia la superficie mientras se lanzaban acusaciones el uno al otro.

Nancy estaba a punto de estallar. Y Stephen, en lugar de mostrarse conciliador con respecto al caos en que los había sumido a todos, estuvo a la defensiva, desagradable, le ordenó no meterse y dejarle margen para que arreglara las cosas, y la acusó de no confiar en él, gruñéndole que lo tenía todo bajo control.

Por primera vez, Nancy se preguntó si su matrimonio sobreviviría.

-Mamá, ¿puedo ver el vídeo en mi habitación? -le preguntó Brian, interrumpiendo sus pensamientos. Estaba pálido y parecía cansado, su aspecto era mucho peor que el que provocaría una infección de oído.

Nancy se agachó y lo abrazó estrechamente.

-Claro que sí, cariño. Te prepararé un tazón de sopa y un bocadillo y te lo subiré.

-No tengo hambre.

Ella frunció el ceño.

-Deberías tenerla. No te has comido toda la tortita esta mañana.

-Papá tampoco. Y él es más grande que yo y se encontraba peor.

A Nancy se le hizo un nudo en el pecho.

-Papá tenía mucho mejor aspecto esta mañana. Ya no tenía la cara hinchada.

-Sí, pero debía de dolerle aún, porque estaba de muy mal humor. Le ha gritado a tío Connor. Y le he oído pasear arriba y abajo durante toda la noche.

-¿Qué hacías despierto?

-Me dolía mucho el oído. -Brian se quedó con la mirada fija en el suelo durante un largo minuto, y Nancy tuvo la clara impresión de que había sido algo más que el oído lo que había mantenido a Brian en vela.

Su siguiente pregunta se lo confirmó.

¿Estás enfadada con papá?

A Nancy le costó tragar saliva.

-No, Brian, no estoy enfadada.

-Pareces enfadada. Y hablas como si lo estuvieras, también. Igual que papá.

Ella tenía que decir algo para tranquilizarlo. Por otra parte, no podía mentir. Así que se decidió por una verdad a medias.

-Papá está trabajando mucho estos días. Está cansado. Yo también. Quizás eso nos hace tener menos paciencia que normalmente. Lo siento, si nuestro mal humor te preocupa. -Le levantó a Brian la barbilla, desesperada por borrar el dolor que su hijo sentía-. Cariño, nada de todo esto tiene que ver contigo. Eres la mayor alegría de nuestras vidas. Papá y yo te queremos mucho, muchísimo. Tú ya lo sabes, ¿verdad?

Brian asintió, pero su mirada seguía siendo triste.

-Sí, mamá, ya lo sé.

13.15

Stephen se paseaba arriba y abajo en su despacho, sintiéndose como un hámster haciendo girar una ruedecilla. Se estaba dando toda la pesa que podía, pero no avanzaba.

Ni Cliff ni Marty ni Greg habían descubierto nada sobre Construcciones Walker. Todavía no. De todos modos, ninguno de ellos había recibido instrucciones de darle al asunto la máxima prioridad. No conocían el verdadero motivo por el que Stephen ordenaba una investigación sobre Philip Walker. Y él no podía arriesgarse a contárselo. No sin tener que dar incómodas explicaciones. Además Stephen no sabía por dónde se había filtrado la información, quién le había dicho a Walker que él había ordenado la investigación sobre su empresa. Lo peor que podía pasar es que quienquiera que fuera descubriera que Stephen seguía adelante con el asunto (y con mayor urgencia), a pesar de la paliza que le habían propinado como advertencia.

No, el problema y la presión eran suyos. Tenía que descubrir algo sobre Walker. Él solo. Y ahora.

Se acercó a la ventana y apoyó la frente contra el frío cristal. Al contrario que sus ayudantes, él no buscaba información acerca de Construcciones Walker, sino del propio Philip Walker, mediante unas cuantas llamadas sutiles para descubrir en qué estaba involucrado aquel hombre. Si había algo, por pequeño que fuera, que pudiera llevar a pescar a aquel hijo de puta, lo encontraría. Escoria como

Walker descubrían su verdadera esencia en algún apartado de sus vidas. Y, fuera cual fuera ese apartado, no querían que se hiciera público.

Una minúscula cantidad de basura era toda la munición que Stephen necesitaba. Algún trapo sucio que Walker evitara airear. Si Stephen lo descubría, tendría una sólida base para proponer un trueque. Su silencio a cambio del de Walker.

La sola idea lo ponía enfermo. Philip Walker debía de estar en prisión, y no por ahí amenazando y tomando represalias contra funcionarios y hombres de negocios de la zona. Pero si Stephen intentaba mandarlo a la cárcel, sería su propia vida, y la de su familia, lo que resultaría perjudicado.

No podía permitir que eso sucediera. Tenía que seguir su plan de frenar a Walker, de hacerlo desaparecer de sus vidas, y de cortar por lo sano cualquier negocio que lo uniera con Leaf Brook.

Pero, ¿cómo? Tenía que actuar con rapidez. Y, al mismo tiempo, ser muy discreto. Walker vigilaba de cerca sus movimientos. Necesitaba que alguien hiciera el trabajo sucio por él, alguien que persiguiera a Walker sin involucrarlo a él en la investigación. Necesitaba a un profesional.

Como si fuera una respuesta a sus pensamientos, sonaron unos golpecitos en la puerta y Cliff asomó la cabeza al despacho. --Perfecto, estás aquí. Celeste no estaba en su mesa, y... -Se detuvo de repente al ver la cara de su amigo-. ¿Qué demonios te ha pasado?

-Tuve una avería. -Stephen había perfeccionado su explicación, después de haberla dado una docena de veces. Volvió a darla ahora, de cabo a rabo, y acabó con:- Recuérdame que jamás me haga mecánico.

Con el ceño fruncido, Cliff se le acercó, sin dejar de observar las heridas de Stephen.

-¿Seguro que te encuentras bien? Desde luego, te hiciste una buena carnicería.

-Sí, estoy bien, seguro. Aunque ayer por la noche no me sentía tan valiente. De no ser por Connor, probablemente habría pasado la noche en el suelo del aparcamiento. Él me llevó a casa. Nancy me curó. Y ya me estoy reponiendo.

-Bien. -Como todos los demás, Cliff pareció aceptar el relato de Stephen sobre el incidente. Tomó un sorbo de café-. Me he dejado caer por aquí al volver del juzgado. Quería cerciorarme de que sabes que tu padre va a venir desde Connecticut el jueves. No sabía si Connor te lo había mencionado.

-Sí, me lo mencionó. ¿Has hablado directamente con mi padre? Cliff asintió.

-No quiso interrumpir tus reuniones de ayer. Supuso que o Connor o yo te daríamos la noticia. -Una prudente pausa mientras Cliff observaba su taza de café-. Yo no me preocuparía mucho por esta visita. Tu padre está bastante contento con el resultado de las encuestas recientes. Todo debería ir viento en popa.

Stephen enarcó una ceja.

-Sí, claro.

Cliff se aclaró la garganta.

-¿Quieres que yo esté aquí cuando él llegue?

-Sería de ayuda, probablemente. Ya sabes, tú y Connor, flanqueándome. Un frente unido contra un adversario colosal. -Tampoco es tan horrible como eso. -Cliff soltó una risita, pero en sus ojos había comprensión. Conocía a Harrison Stratford desde hacía muchos años, tanto personal como profesionalmente. El tiempo suficiente para haber aprendido a no menospreciar jamás su autoritaria presencia. Y era muy consciente de las expectativas de Harrison con respecto a Stephen-. Además, tú ya tienes un pie en la puerta del Senado estatal. Eso le pondrá de muy buen humor, seguro.

-No pongas la mano en el fuego. -Stephen se frotó la nuca, ansioso por atacar el tema que lo preocupaba-. Cliff, no has encontrado, por casualidad, nada en la empresa de Walker, ¿verdad?

-Nada fuera de lo normal. -Cliff le dedicó una mirada interrogante-. ¿Por qué? ¿Esperabas algo?

Stephen se encogió de hombros en un gesto de indiferencia, -No. Sólo que hay algo en ese tipo que... No sé.

-Es un poco fanfarrón y perdonavidas, no te lo niego. Y, sí, un poquito agresivo. Pero eso no es ninguna novedad. Ya has tratado con él otras veces.

-Cierto, pero no en algo de tanta envergadura como esto. -Stephen sopesó si ofrecerle a Cliff más información antes de pedirle que le diera un nombre, y se dio cuenta de que debía hacerlo. Cliff era demasiado sagaz para que no le pareciera algo extraño que, de repente, le hiciera una pregunta así. Tenía que darle algún motivo para que encontrara cierta lógica en que Stephen quisiera investigar a Walker.

-No es sólo una cuestión de ser agresivo -aclaró Stephen-. Tengo la sensación de que Walker es un verdadero luchador callejero. Lo cual podría tratarse tan sólo de una fachada. Por otro

lado, también podría significar que no es trigo limpio. No lo sé. Lo que sí sé es que concederle este contrato del aparcamiento municipal por parte de Leaf Brook sería confiar una fuente muy importante del dinero de la ciudad a una empresa privada. Y, aunque la idea es muy válida, yo tengo la responsabilidad como mandatario sobre Leaf Brook de investigar a fondo a Walker, simplemente para estar bien seguro

-Te entiendo.

-Bien. -Habiendo llegado a ese punto, Stephen dio el Paso siguiente-. ¿Tienes el nombre y número de teléfono de aquel investigador privado con el que mi padre contactó cuando investigamos los antecedentes de Braxton? Aquel tipo me gustó, era rápido, eficiente y discreto.-

Cliff asintió.

Tengo sus datos archivados.

Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó su agenda electrónica. La abrió y pulsó unos cuantos botones-. Aquí está. Harry Shaw. Vive en Post Road, White plains. Te anotaré su dirección y teléfono. -Cogió una libreta de notas de la mesa de Stephen y garabateó la información.

Gracias. -Eso salvaba el mayor obstáculo. Pero había otro. Alguien tenía que hablar con los apoderados implicados en las transacciones de Walker fuera de la zona, por si la minúscula basura que necesitaba Stephen fuera una indiscreción legal que un abogado no facilitaría a un investigador privado. Cliff era la elección lógica para tal tarea. Era perspicaz, inspiraba confianza y poseía las credenciales legales necesarias.

«Cuidado -se dijo Stephen a sí mismo-. Di cuantas menos cosas sea posible.»

Se sentó en su sillón, haciendo una mueca de dolor cuando sus costillas protestaron ante el movimiento:

-La otra vía que quiero seguir es ponerme en contacto con apoderados de fuera del condado de Westchester que hayan estado implicados en proyectos comerciales de Walker... tanto en los que éste haya construido como en los que haya simplemente gestionado. Quiero estar bien seguro de que sólo tengo cosas positivas que decir sobre él.

Cliff lo miró, perplejo:

-Oye, Stephen, no lo entiendo. ¿Por qué esta repentina reticencia? Saliste satisfecho de tus anteriores tratos con ese tipo. Lo suficiente para que estuvieras bastante contento cediéndole el contrato. De hecho, al menos, así lo estabas al principio. ¿Acaso ha sucedido algo para que eso cambie?

Stephen tenía la respuesta preparada.

-Estoy recibiendo la presión del consejo del Ayuntamiento. Eso es lo que sucede.

-¿Suficiente presión para lanzar una inspección exhaustiva? Estoy seguro de que ya has investigado sobre Walker alguna vez en el Pasado-Alguna vez, sí. Pero el consejo se resiste a este trato. Me temo un auténtico alud de preguntas. Necesito estar preparado para responder a cualquier cuestión que pudiera bloquear mi camino. Quiero todos los detalles. Y eso significa ampliar la investigación hasta zonas más allá del condado de Westchester. Harry, Shaw no puede sondear a los apoderados uno por uno. Tú sí.

Cliff dejó la taza sobre la mesa.

-Y tú también. Por lo que recuerdo, ingresaste en el Colegio de Abogados. ¿Por qué no llamas y les preguntas tú mismo?

Era el momento de detener aquel interrogatorio.

-Porque soy el alcalde -replicó Stephen, mirando fijamente a los ojos de su amigo-. Si hago esas llamadas yo mismo, parecerá que esta investigación sea algo muy serio. Como si no me gustara Walker. Eso es lo que intento evitar. Te estoy pidiendo un favor, Cliff. Te daré los nombres. Tú, haz unas cuantas llamadas discretas... hoy, si es posible. Y deja de preguntarme tantas cosas. Sé que eres un buen abogado, pero yo no estoy en el banquillo de los acusados. Así que para un poco.

Cliff percibió la determinación de Stephen en su tono de voz, alto y claro.

-De acuerdo -asintió, reprimiendo las preguntas que le habían quedado por formular-. Si te hace sentir mejor, dame los nombres. Ya haré las averiguaciones.

Nancy asomó la cabeza a la habitación de Brian y se sintió aliviada al ver que su hijo se había quedado totalmente dormido. Estaba completamente agotado. Con la infección de oído, los nervios y la falta de sueño, Brian realmente necesitaba echar una buena cabezadita.

Y no porque hubiera hecho muchas cosas hoy. Al contrario, se había mostrado inusualmente apacible. Se había pasado la mayor parte del día en su habitación, jugando con sus muñecos articulados y mirando sin demasiado interés el vídeo que habían alquilado. Se había animado un poco con la llegada de Connor, que le traía los deberes, pero se quedó aún más abatido que antes cuando su tío le informó que no había habido suerte con la búsqueda de la gorra de béisbol en la sección de objetos perdidos de la escuela. El único momento en que Nancy vio un asomo del Brian de antes fue cuando Connor le dio la pata de conejo de la señorita Talbot. Su rostro se iluminó, y el chaval empezó a disparar preguntas acerca de cuándo el padre de Julia le había regalado aquel amuleto a su hija, e incluso quiso saber cuántos partidos había ganado y perdido la señorita Talbot aquella temporada.

Después de aquel breve resurgimiento de ánimos, Brian cogió la pata de conejo y se encerró de nuevo en su habitación.

No comió nada. Ni siquiera ante la amigable insistencia de Connor hizo más que mordisquear un poco el bocadillo y llevarse un par de bolitas de cereal a la boca. Preguntó por Stephen dos veces. Al saber que su padre se encontraba mucho mejor, se acurrucó en su cama (con la pata de conejo) y esperó que Stephen llegara a casa. Maldito sea Stephen por no llamar, pensó Nancy amargamente. Habría significado muchísimo para su hijo.

Ella lo arrojó con una manta y se inclinó sobre él para besarle en la frente. No tenía fiebre. Y el hecho de que no estuviera inquieto quería decir que la medicina empezaba a causar efecto. En cuanto al cometido de cuidar de Brian, al parecer ella lo asumía en su totalidad. Bien. Nancy cada vez estaba más acostumbrada a actuar en solitario desde que Stephen empezó a luchar contra sus demonios de nuevo. Abajo, sonó el timbre de la puerta.

A toda prisa, Nancy bajó las escaleras, cruzó el pasillo y llegó ante la puerta.

-¿Quién es?

No hubo respuesta.

Ella atisbó a través de la mirilla y no vio a nadie. Qué raro. Estaba a punto de volver a subir al piso de arriba cuando oyó el sonido de una camioneta que se alejaba. Pegó el ojo a la mirilla otra vez. Una camioneta de reparto. Eso lo explicaba todo. Debían de haberle,

dejado un paquete junto a la puerta. Quizás el farmacéutico había conseguido el antibiótico antes de lo previsto.

Abrió la puerta. No habían dejado ningún papel sujeto entre ésta y el quicio, Nancy salió y dirigió la mirada al escalón de la entrada. Vio una pequeña caja. La cogió. Iba dirigida a ella. Extrañamente, no figuraba remitente alguno.

Nancy volvió a entrar en casa y cerró la puerta tras ella mientras observaba el paquete con atención. «¿De quién podía ser?», se preguntó- Ella no había encargado nada. Y Stephen ni estaba de humor ni tenía la cabeza para enviarle regalos.

Entró en la cocina, dejó la caja sobre la mesa, cogió un abrecartas y lo deslizó bajo la tapa. Abrió las solapas del paquete. Lo primero que vio fue un destello rojo. Sobre aquel objeto, un .sobre,, presumiblemente con una tarjeta.

Sacó de la caja ambas cosas... y se quedó helada. El destello rojo era la gorra de béisbol de Brian.

Durante un largo momento, Nancy se quedó mirándola fijamente, haciéndola girar lentamente entre sus manos, mientras una desagradable sensación de mal presagio se apoderaba de ella. De repente, dejó caer la gorra sobre la mesa y cogió el sobre. En él figuraba, escrito a máquina, «Sra. Stratford». Nancy lo abrió por un lado, sacó la nota que había dentro y la desplegó.

Querida Sra. Stratford:

Creo que su hijo ha perdido su gorra. Se la devuelvo. A veces, pienso que los niños perderían no sólo la gorra sino también la cabeza si los padres no tomaran decisiones sabias por su

bien. Espero que su esposo tome sabias decisiones por el bien de Brian. Eso garantizará que crezca fuerte y sano. Inste al alcalde para que así lo haga. Instele a que no corra riesgos innecesarios. Hacer apuestas y jugar la seguridad de su hijo sería un acto estúpido y peligroso. Podría conllevar algún accidente y provocar una incalculable y dolorosa pérdida. No deje que eso suceda.

Sinceramente suyo, Un amigo

Nancy no recordaba haberse derrumbado sobre la silla de la cocina. No recordaba casi nada de nada. Le temblaban las manos, y veía borroso a causa de las lágrimas. Leyó la nota de cabo a rabo dos veces, tiritando de pies a cabeza.

Alguien amenazaba la vida de Brian. la misma persona que tenía a Stephen atrapado en una encerrona financiera y que había hecho que le pegaran una paliza la noche anterior. Quienquiera que fuera, sabía que Stephen apostaba. Y lo estaba chantajeando con eso. Sólo que Stephen ya no era el único que corría un riesgo. También lo corría su hijo de siete años.

Nancy se levantó, fue hasta el teléfono, lo descolgó y marcó el número privado de Stephen.

Celeste respondió la llamada.

-Despacho del alcalde Stratford.

-Necesito hablar con él, Celeste. -Nancy no se lo pedía, se lo ordenaba.

Una pausa sorprendida. La esposa del alcalde siempre se mostraba cordial.

-Lo siento, señora Stratford, pero está encerrado en el despacho y ha dado instrucciones de que no se le moleste.

-¿Está solo?

-Bueno, sí, pero...

-Entonces, pásamelo. Es una emergencia.

Otra pausa.

-Por supuesto. Un momento.

Tan sólo unos segundos después, Stephen cogió el auricular.

-¿Nancy? ¿Qué pasa? ¿Brian está bien?

-Hijo de puta -logró mascullar ella, con la voz ahogada por las lágrimas-. No me extraña que estés preocupado por Brian. ¿Cómo has podido dejar que esto suceda? ¿Cómo has podido poner en peligro a tu propio hijo? ¿Y cómo has podido ocultármelo?

Stephen contuvo la respiración.

-¿Qué ha pasado? Maldita sea, Nancy, ¿Brian está bien?

-De momento, sí. -Nancy apenas sabía lo que estaba diciendo, de pura histeria-. Está durmiendo. Después de pasarse todo el día esperando que lo llamaras. Pero no es eso lo que preguntas, ¿verdad?

-Nancy, cálmate. Cálmate y dime qué está pasando.

-¿Que yo te diga a ti lo que está pasando? Lo entiendes al revés. No es a mí a quien están chantajeando. No soy yo la causa de que amenacen la vida de mi hijo.

-¿Que lo amenazan? ¿Quién lo amenaza?

-Un amigo -repuso ella, sarcástica-. El que ha dejado en casa la gorra de béisbol de Brian con una nota que dice que será mejor que seas buen chico y te portes bien.

-Mierda. -A Stephen se le revolvió el estómago-. ¿Ha estado ahí ese tipo?

-Una camioneta de reparto ha hecho el trabajo sucio. Ha traído la gorra de Brian y este mensaje. -Leyó la nota en voz alta, y por tres veces se le quebró la voz-. Maldito seas, Stephen -dijo al acabar, entre sollozos-. Puedes irte al infierno.

Nancy, escúchame. Tengo todo este asunto bajo control.

-¿Bajo control? --repitió ella, casi chillando-. ¿Tú llamas a todo lo que ha estado pasando estos últimos días tener las cosas bajo control?

-Lo llamo una lucha por sobrevivir -le espetó Stephen-. Lo llamo ir a contrarreloj para proteger a mi hijo. Y para protegerte a ti. ¿Por qué crees que no te he dicho nada? Sabía que te romperías en mil pedazos, como estás haciendo ahora mismo.

A Nancy le retumbaba la cabeza con tanta fuerza que casi no podía pensar.

-¿Quién está detrás de esto? -preguntó-. Quiero la verdad, Stephen. ¿Quién te está haciendo chantaje, y por qué?

Stephen respiró hondo.

-Muy bien -repuso en aquel tono suyo que significaba que estaba a punto de perder el control y explotar-. ¿Quieres saberlo; Pues ahí va. El que me tiene contra la pared es un constructor inmobiliario que quiere un contrato millonario con la ciudad y que no se detendrá hasta lograrlo. Sabe que yo apuesto. Dispongo de dos días para conseguirle el contrato o, de lo contrario, dará la noticia a los medios de comunicación y la policía, por no mencionar lo que puede hacerle a Brian.

-Oh, Dios mío. -Nancy se enjugó el sudor que le empapaba la frente-. De acuerdo, pues. Dale el contrato.

-No es tan fácil. Número uno, el consejo del Ayuntamiento no me respalda. Así que no tengo votos suficientes. Número dos, Walter es escoria. No puedo comprometer a Leaf Brook en un trato tan importante como este... no con ese tipo.

De la garganta de Nancy escapó una risa histérica.

-¿Ahora resulta que eres un hombre honorable? Te has destruido a ti mismo y a tu familia, ¿y ahora estás preocupado por la moralidad?

-¡No se trata de moralidad! -bramó él-. Se trata de librarse de ese bastardo de una vez por todas. Estoy haciendo averiguaciones. Tengo que ir con pies de plomo. Walker tiene un chivato infiltrado en alguna parte. Por eso llegué ayer a casa con el aspecto que llegué. Pero eso no va a detenerme. He contratado a un investigador privado- Él descubrirá algún trapo sucio de ese hijo de puta. Algo que pueda arruinarle. Y entonces...-Si es que descubre algún trapo sucio. Un hombre como ése demasiado listo para dejar rastro de sus trapicheos. -Nancy pensaba a toda velocidad, buscando posibles soluciones. El FBI. Podía llamar al FBI... después de todo, en este asunto se había amenazado físicamente a un niño. Pero la amenaza no era explícita, lo que significaba que no había garantía de que el FBI pudiera hacer algo. Mientras, la historia se filtraría, el sórdido secreto de Stephen se haría público, y la vida de Brian quedaría destrozada. Peor aún, Brian no quedaría a salvo, tampoco. Si las autoridades no podían actuar, o si actuaban pero no capturaban a todos los canallas implicados, alguno de ellos podría seguir acosando a Brian.

Nancy era su madre. Dependía de ella hacer algo.

De repente, la histeria desapareció para convertirse en el sereno epicentro del ojo del huracán.

-No puedo permitir que nos hagas esto a Brian y a mí, Stephen. Ya no.

-¡Maldita sea, Nancy, se supone que eres mi esposa! -explotó él-. Necesito tu apoyo. Se trata sólo de unos días. Mantén a Brian en casa. De ese modo, nadie podrá acercársele. Después del jueves, todo habrá terminado.

-Ya ha terminado ahora -repuso ella, toda serenidad.

Y volvió a dejar el auricular en su sitio, llevada por un ciego instinto maternal de protección. Su matrimonio era algo secundario. Brian era lo primero.

Descolgó de nuevo y marcó aquel número que sabía de memoria.

Cliff conducía de vuelta a casa cuando sonó su móvil. -Hola -contestó, esperando oír la voz de Stephen.

-Cliff, soy yo.

Sus manos se asieron con fuerza al volante.

-Nancy, ¿qué pasa? -Era evidente que ella estaba llorando.

-No puedo hablarte. Tengo que salir de aquí. Ahora. Hoy. Necesito un favor. Unos cuantos, de hecho. ¿Puedes reunirme conmigo?

-Donde y cuando quieras.

¿Dónde estás ahora?

-En la autopista de Taconic. A tres salidas al norte de Leaf Brook. Bien. ¿Puedes venir directamente a mi casa? Brian está enfermo, y no quiero dejarlo solo. Además, no puedo perder ni un minuto. Tengo que hacer las maletas para él y para mí.

-¿Hacer las maletas? ¿Para ir adónde?

-Te lo diré cuando llegues aquí.

Veinte minutos después, Cliff estaba sentado en la cocina de Nancy y escuchaba, boquiabierto, la nota que ella había recibido y que ahora releía en voz alta para él.

-Por Dios. Esto, desde luego, explica por qué Stephen estaba tan obsesionado con ese tipo. - Levantó la mirada-. ¿Qué sabe Walker sobre Stephen... o no hace falta que lo pregunte

-Efectivamente, no hace falta. -Nancy no entró en detalles. Aquel era un tema que nunca habían siquiera mencionado, aunque Cliff era muy consciente de su existencia-. No sé los pormenores. Ni quiero saberlos. Es la misma historia de siempre. Tengo que irme de aquí... por el bien de Brian. Tengo muchísimo miedo por él. -Se enjugó con ambas manos el rostro bañado de lágrimas-. Cliff, las llaves de tu refugio en la montaña, en Stowe... ¿las llevas contigo ahora?

Lentamente, Cliff asintió.

-Sí, las tengo aquí.

-¿Podrías dejar que Brian y yo nos instalemos allí un tiempo?

-Ya sabes que sí.

Nancy tragó saliva, y su semblante tomó un cariz decidido.

-Ahora viene la parte difícil. Tienes que prometerme que no le dirás a nadie dónde estoy.

-¿A nadie? -repitió Cliff, aturdido-. ¿Y qué pasa con Stephen?

Una pausa incómoda y densa.

-Sobre todo a Stephen.

Las lealtades enfrentadas de Cliff se reflejaban en la expresión apenada y preocupada de su rostro.

-¿Tú sabes lo que me estás pidiendo? Stephen es mi mejor amigo. Cuando vea que tú y Brian habéis desaparecido, se desesperará.

-Y Brian es mi hijo. Va en primer lugar. Mira, no voy a asustar a Stephen. Le dejaré una nota explicándole lo que he hecho Y por que -Pero no dónde estás.

-Eso es. Cliff, si crees que no puedes hacerme el favor que te pido dílo y ya está. No te lo reprocharé. No tengo ningún deseo de ponerte en una situación insostenible.

-Pero si digo no, te irás a cualquier otro lugar. Sólo que, entonces, nadie sabrá dónde estás.

-Exacto.

Cliff lanzó un suspiro y se levantó. Se metió la mano en el bolsillo y sacó las llaves.

-Toma -le dijo a Nancy, poniéndoselas en la palma de la mano. Frunció el ceño al notar lo fría que estaba-. Nancy, quizás no deberías conducir. Puedo llevaros a Brian y a ti...

-No -lo interrumpió ella con un leve gesto de su brazo-. Es tarde. Tú tienes tu vida. Además, ya has hecho bastante. -Una pausa vacilante-. De hecho, eso suena más magnánimo de lo que en realidad es. Porque estoy a punto de pedirte que vengas mañana a vernos. Brian tiene una infección de oído. Está tomando un antibiótico. El farmacéutico derramó parte de la medicina cuando preparaba la fórmula. Así que me dio la cantidad que quedaba, suficiente para un par de días. Y va a entregarme el resto mañana. -Miró las llaves que tenía en la mano-. Odio tener que pedirte esto... Ya sé lo ocupado que estás...

-No te preocupes, haré un hueco en mi agenda de mañana. Tan pronto como la fórmula esté preparada, la recogeré y te la llevaré al refugio.

Nancy se sintió profundamente aliviada.

-Muchas gracias. -Se acercó a Cliff y lo abrazó estrechamente. Por un instante, los brazos de Cliff también se cerraron alrededor de Nancy, y la atrajeron hacia él. De repente, Cliff la soltó y se separó de ella.

Una corriente de comunicación pasó entre ambos.

-¿Estarás bien? -preguntó Cliff, con voz ronca.

-Sí. -Nancy le miró fijamente a los ojos durante una larga pausa--. Al menos, eso creo.

-¿Te mantendrás en contacto?

-Te llamaré al móvil. Por la noche, tarde, cuando ya no estés con Stephen. No permaneceré lejos por mucho tiempo. Cuando esta crisis haya acabado... -Los ojos se le llenaron de lágrimas-. ¿A quién pretendo engañar? Enseguida habrá otra crisis. Y otra más, si Stephen

no baja de la noria donde está montado y se deja ayudar. Cliff, no puedo vivir así. Ya no.

-Nancy... -A Cliff le costó tragar saliva-. Ahora no es el momento para tomar decisiones precipitadas.

-Tienes razón. -Ella desvió la mirada, le dio la espalda y empezó a ir hacia las escaleras-. Tengo que despertar a Brian. Quiero ponerme en marcha antes del anochecer.

Capítulo 17

18.05

Connor tuvo una cita de última hora en el centro de Manhattan. De ahí, condujo directamente hacia el apartamento de Julia.

Había intentado localizar a Stephen dos veces, pero en ambas ocasiones Celeste le repuso que estaba encerrado en su despacho y no se lo podía molestar. No cabía duda, estaba intentando encontrar una solución a la catástrofe que él mismo había provocado. Era lo mejor que podía hacer. Por el bien de todos.

Entró en el vestíbulo del edificio de Julia, pulsó el botón del portero automático, se anunció y centró luego su atención en la velada que tenía por delante. Si la reticencia mostrada por Julia anteriormente era indicativa de algo, la tarea que le esperaba le venía como anillo al dedo. Bueno, eso estaba bien. Fuera un reto o no, Connor no tenía intención alguna de dejar cosas pendientes. No cuando tenía una idea muy clara de cuál era el final.

Asió la manija de la puerta y esperó el zumbido de respuesta del intercomunicador.

Sonó.

Abrió la puerta, cruzó el vestíbulo a zancadas y, subió las escaleras. En su apartamento, Julia se echó el último vistazo en el espejo de cuerpo entero del recibidor. Llevaba una blusa de seda estampada en azul cálido y malva, y unos pantalones azul oscuro. Iba ligeramente maquillada y con el pelo suelto, suavemente ondulado sobre los hombros. El efecto global era bastante parecido a lo que ella buscaba. Sencillo, pero favorecedor. Ni demasiado remilgado ni demasiado informal. Un atuendo que servía para cualquier ocasión.

Lo que era perfecto, porque Julia no tenía ni idea de cómo acabaría la noche. Sólo sabía que Connor y ella tenían un montón de trabajo por hacer si iban a seguir viéndose..

Acababa de darle la espalda al espejo cuando Connor llamó a la puerta.

Se colgó una chaqueta del brazo, respiró hondo, se acercó a la entrada y abrió.

-Hola -saludó a Connor.

-Hola. -Él la miró rápidamente de arriba abajo y no hizo nada por disimular su aprobación-. ¿Estás lista?

-Sí. Julia salió al rellano y cerró la puerta con llave tras ella-, ¿Dónde vamos a cenar?

-Pensaba ir a aquel pequeño restaurante francés junto al lago. Hacen una quiche deliciosa, tienen un pan estupendo y un vino excelente. Después, quizás vayamos a dar un paseo. Hace una noche encantadora... no demasiado fría. Y tenemos mucho sobre qué hablar.

Julia asintió.

-Eso suena a muy buena idea. -Fijó la mirada en el traje de Connor, y luego le dirigió otra a él, interrogante-. ¿Voy lo suficientemente arreglada?

-Vas perfecta. Yo he venido directamente de una reunión. -Le cogió la chaqueta del brazo y la sostuvo mientras ella pasaba los brazos-. Vámonos.

El trayecto en coche fue tranquilo. Muy tranquilo, con una palpable tensión de fondo. Tan sólo intercambiaron unos cuantos comentarios de cortesía, referidos a asuntos tan mediocres como el tiempo y los titulares del día. Afortunadamente, el trayecto era corto, así que los silencios no se hicieron insoportables.

En la cena se mostraron más locuaces. Pero la tensión seguía allí, emergiendo de un montón de temas que necesitaban ser discutidos. Hasta que esa discusión tuviera lugar, la tensión no iba a desaparecer.

Connor fue el primero en enfrentarse al reto. Mientras tomaban café se inclinó hacia delante, apoyó los codos sobre la mesa, y atacó el tema principal... o, al menos, el que no les permitía entrar en los otros.

-Mira, Julia, te estás muriendo por hablar de Brian y averiguar cómo están las cosas. No va a haber ningún momento oportuno para hacerlo. Así que agarremos el toro por los cuernos y hablemos del asunto para poder acabar con él y seguir con nuestra velada. ¿Te parece bien?

Un destello de sorpresa cruzó el rostro de Julia.

-Me parece bien.

-Perfecto. Y no pongas esa cara de sorprendida. Ya te lo dije, puedo ser muy directo. Creía que ya te habías dado cuenta la otra noche, en tu apartamento.

La sola idea de la situación a la que Connor estaba aludiendo la acaloró.

-Me di cuenta. Y también recuerdo haber estado bastante directa.

-Directa, pero ambigua -modificó Connor.

-Con razón. Julia no lo negó-. Ese beso, aparte de lo que fuera prelude, me abrumó. No espero que lo entiendas. Como ya te dije, tú y yo somos muy diferentes.

-En algunos sentidos. No en otros. No te engañes: yo me aturdí tanto con ese beso como tú. La diferencia es que yo no tuve miedo. -Bien. Sigues corrigiéndome.

Connor tensó un poco la mandíbula, y Julia casi pudo ver cómo su maquinaria mental se ponía en marcha mientras decidía si seguir o no profundizando en el tema.

Ella tomó la decisión por él.

-Creo que nos estamos avanzando a nosotros mismos. Tenemos temas básicos de los que hablar antes de empezar a analizar la química que existe entre los dos.

-¿Estás segura de eso?

-Connor...

-De acuerdo. -Él interrumpió la protesta de Julia con un vago gesto de su mano-. Lo haremos a tu manera. Volvamos al tema principal: Brian. -El tono de Connor se modificó levemente, se tornó poroso íntimo, más práctico-. Entiendo perfectamente lo que te pasa la cabeza, Julia. Te preocupas por mi sobrino. Es un niño muy especial. Te preocupas porque lo ves pasando por una época difícil. Estás lo suficientemente preocupada para alertar a sus padres. Y diste por sentado que yo me pondría furioso contigo por hacerlo. Te equivocaste. Ciertamente, yo te pedí que no acudieras a Stephen y Nancy. pero tú me dejaste bastante claro que si las cosas se nos iban de las manos tenías la intención de hacer exactamente eso. Fuiste sincera. Incluso me diste un aviso antes de llamarlos. Así que, al contrario de lo que tú creías, yo no me enfadé. Lo habrías averiguado si me lo hubieras preguntado. La próxima vez, cerciórate de los hechos antes de cancelar una cita conmigo, ¿de acuerdo?

Julia dejó su taza sobre la mesa, asintiendo lentamente.

-Parece justo.

-Lo es. Y volviendo a tu interés por Brian, lo encuentro admirable. Más que admirable. Creo que es poco frecuente y muy emocionante. Lo digo en serio. -Enarcó una ceja, interrogante-. ¿Tienes alguna duda sobre lo que he dicho hasta ahora?

-No... al menos, no aún.

-Bien. En ese caso, vayamos a la parte espinosa del asunto. Sí, tu llamada pilló a Nancy en un mal momento ayer por la noche pero, te lo aseguro, ella se tomó tu mensaje muy en serio. Y Stephen también. Tienen la intención de hacer lo que sea necesario para ayudar a su hijo. La felicidad de Brian es lo primero. Siempre lo ha sido y siempre lo será. Todo se arreglará. Mientras, el pobre chiquillo tiene una infección de oído. Cuando lo he visto, a primera hora de la tarde, parecía estar agotado. Pero está tomando un antibiótico, así que pronto se pondrá bien. Física y emocionalmente. Sus padres se cerciorarán de ello. -Connor se inclinó un poco más hacia delante, clavó la mirada en la de Julia y no la apartó-. ¿Te parece lo suficientemente sincero mi discurso? ¿O todavía estás convencida de que miento?

Julia frunció el ceño.

-Nunca. te he acusado de mentir, Connor. Sólo de contar verdades a medias. Y no sobre Brian. Sólo sobre cómo está afectando su vida la presión, sea cual sea, bajo la cual está su padre. Ya sé que piensas que soy una entrometida...

-Eso es otra cuestión -la interrumpió él-. Estás diciéndote constantemente lo que yo pienso de ti. Y en general te equivocas.

-Alargó el brazo sobre la mesa, capturó la mano de Julia y entrelazó lenta y deliberadamente sus dedos con los de ella-. No pienso que seas una entrometida. Pienso que eres complicada. Hay partes de ti que guardas celosamente ocultas. El resto es un libro abierto... un libro con una cubierta tan preciosa que la mitad de los hombres que asisten a los partidos de la Liga Infantil están pendientes de ti. Créeme, yo soy uno de ellos. Pienso que eres sincera, generosa y sensible, y que te saca de tus casillas que los demás no lo sean. También pienso que eres apasionada... y no me refiero tan sólo al trabajo. Ser maestra resulta una vía de salida segura para tu pasión. Hay otras vías que no son en absoluto tan seguras. Yo, por ejemplo. O, mejor dicho, nosotros. Lo que pasa entre nosotros te da muchísimo miedo.

-Vaya. Julia respiró profundamente-. Eso es todo un análisis. ¿Estás seguro que no eres tú el que se graduó en psicología? Connor sonrió de medio lado, lentamente.

-No, yo soy el inversor de sangre fría que dedica todas sus energías a amasar dinero.

-No todas tus energías, al parecer

Él se rió.

-No, no todas. -Acarició la palma de la mano de Julia con el pulgar-. Bueno. Ahora que hemos despejado el ambiente, ¿todavía no estás segura de si te gusto? ¿O de confiar en mí?

Julia no pudo ignorar la descarga de suave placer que la recorrió ante aquel roce. Deseó poder separar sus reacciones involuntarias hacia Connor de su más racional línea de pensamiento. Sabía que la explicación que él acababa de darle sobre Brian tan sólo tocaba ligeramente la punta del iceberg. Pero, ¿y qué? Superficiales o no, sus palabras eran sinceras. En cuanto al resto... bien, puestos a decir, ella no tenía ningún derecho a esperar que Connor le contara abiertamente los asuntos privados de su familia. Y más aún: ¿era la decisión de Connor de no contárselo todo lo que la asustaba, o era algo más fundamental como el miedo que él había descrito momentos antes?

-¿Julia? -la apremió él.

Ella respiró lentamente, no sin cierto temblor.

-En este preciso instante, no estoy segura de nada... lo cual, al Parecer, se está convirtiendo en un hábito, cuando estoy cerca de ti.

-Me gusta como suena eso.

-Yo no estoy segura de que me guste a mí.

El pulgar de Connor se detuvo, y sus dedos se entrelazaron con los de Julia.

-Salgamos a dar un paseo.

Aquella frase podría muy, bien haber sido una invitación para ir a la cama, de tan íntimo que resultó el tono. Y Julia estaba muy lejos de ser inmune. Pero también quería salir a pasear, por motivos que no eran solamente los románticos. Necesitaba hablar con Coliflor, ver qué lo preocupaba o ponía en guardia, y comprender también qué la preocupaba o ponía en guardia a ella.

Asintió, pues, retiró un poco la silla y se puso en pie.

-Vamos.

Salieron del restaurante tan callados como habían entrado, y con la misma tensión de fondo, aunque esta vez el origen era el deseo en lugar de la incomodidad.

El lago estaba muy tranquilo, y la luz de la luna resbalaba sobre él como un velo dorado. Un estrecho sendero recorría todo su perímetro, muy cerca de la orilla, flanqueado a ambos lados por arbolillos jóvenes.

Connor le ofreció el brazo a Julia y ambos se alejaron del restaurante. La soltó cuando llegaron al sendero, y empezaron a pasear, uno junto al otro, conscientes de sus respectivas presencias, aunque no hicieron ningún gesto por volver a rozarse.

Esta vez fue Julia la que rompió el silencio.

-Tenías razón. Me muero de miedo.

-Lo sé. -Connor aminoró la marcha y se concentró en la esencia de la conversación-. Lo que no sé es por qué. Tú y yo somos diferentes. De acuerdo, muy bien. ¿Por qué es eso un impedimento?

¿Acaso todos los hombres de tu vida se parecían a ti? Desde luego, Greg Matthews no es en absoluto como tú.

-Greg no ha estado nunca realmente en mi vida, así que eso no importaba. Además, yo no os pondría a vosotros dos en la misma categoría, exactamente.

-¿Qué quieres decir?

-Tú eres un Stratford.

-Brian también. Y tú no le tienes miedo.

Julia lo miró un instante.

-Muy divertido.

-No pretendo ser divertido.

-Yo tampoco. Estoy siendo sincera. Tú eres todo un personaje, no sólo alguien con una brillante y poderosa carrera. Para mí, es nuevo... e intimidante.

Sin previo aviso, Connor se detuvo en seco, se volvió hacia ella y la asió por los hombros.

-¿Me tienes miedo por mi apellido? ¿Porque en los periódicos se dice «de tal palo, tal astilla» cuando se refieren a mí? ¿Porque mi padre construyó una dinastía financiera?

Julia no esperaba una respuesta tan vehemente. Connor parecía estar furioso, como cuando Cheryl Lager había puesto en duda su integridad.

-Tú también has construido una especie de dinastía propia -le recordó ella.

-¿Y en qué te basas para afirmar eso?

-Connor, no se trata de tu apellido o tu dinero. Se trata de todo: quién eres, cómo te educaron, tu visión de la vida. Tú crees que el idealismo es una estúpida pérdida de tiempo. Yo creo que es la única salvación que tenemos.

-Quizá tengas razón. Quizá lo es. Quizá me he relacionado con las personas equivocadas durante demasiado tiempo. Quizá conocerte haya cambiado eso. -Sus dedos acariciaron los cabellos de Julia, enredándose en ellos, y él la atrajo hacia sí, la hizo levantar el rostro hacia el suyo-. Maldita sea, Julia, la vida no viene en pequeños paquetitos claramente clasificados. Hay sorpresas. Nosotros somos una de esas sorpresas. Así que deja de levantar muros para que esto no suceda. Porque no puedes evitarlo. Ninguno de los dos puede.

Inclinó la cabeza, posó los labios sobre los de ella y la besó con la misma ausencia de preliminares que la última vez. Separó los labios de Julia con los suyos, y su lengua se adentró a acariciar la de Julia en una ardiente caricia que acabó con toda conversación.

Aquel momento había estado alimentándose desde el sábado y, de repente, ya no importó nada más... no sólo para Connor, sino también para Julia. Ella se descubrió a sí misma gimiendo, devolviéndole el beso con el mismo frenesí y asiéndose de las solapas de la chaqueta de Connor para pegarse a él y no perder el equilibrio. Connor no se sintió plenamente satisfecho con sólo aquello. La cogió de los brazos se los colocó rodeando su cuello y la estrechó aun más hacia sí con el movimiento.

El beso estalló. Julia era una masa de terminaciones nerviosas, sus labios se agitaban salvajemente bajo los de Connor, y todo su cuerpo temblaba mientras el ansia crecía más y más en su interior. Percibido de modo bastante confuso cómo él la empujaba suavemente hasta que su espalda quedó apoyada contra un árbol y su cuerpo casi inmovilizado por el peso del de Connor. La palma de la mano de éste se posó sobre uno de sus senos y el pulgar acarició su pezón en vertiginosos círculos. Los músculos de Connor estaban tensos, su respiración se había convertido en roncós jadeos y, a través de las ropas de ambos, Julia notaba su erección contra el vientre. Aquella presión era deliciosa... pero no suficiente. Julia necesitaba estar aún más cerca, sentir más y más.

Con un desgarrado grito de queja, empezó a retorcerse, intentando subir, intentando desplazar su cuerpo hasta la posición adecuada. Connor emitió un apagado sonido, en parte risa, en parte gruñido, agarró las nalgas de Julia, la levantó y la encajó contra su cuerpo, El mundo se detuvo.

Julia se quedó sin aliento, y un sinfín de encendidas descargas recorrió su cuerpo. Ofuscada, pegó aún más sus labios a los de Connor, se arqueó para arrimarse con mayor presión a él y levantó las rodillas para rodearle las caderas con las piernas. No le importaba nada más que el temblor, los estremecimientos que sentía en su interior, el deseo que crecía en espiral y que Connor debía calmar.

Él presionó su cuerpo contra el de Julia... una vez, dos...y luego se detuvo en seco y separó sus labios de los de ella para mirarla fijamente con los ojos relampagueando pasión.

-Julia. -Su voz sonaba ronca, como si pronunciar aquel nombre fuera más de lo que sus fuerzas le permitieran-. ¡Julia!

Ella abrió los ojos. No sabía por qué Connor había escogido aquel momento para hablar, ni le importaba. Su cuerpo protestaba a gritos.

-No -consiguió decir-. No pares.

-No tengo intención de hacerlo. -Connor apoyó la frente en la de Julia-. Vayámonos de aquí.

-¿Qué? Julia apenas era capaz de fijar la atención, o la mirada.

Estamos en un restaurante Junto a un lago. ¿Recuerdas?

De repente, Julia recordó. Parpadeó, echó un vistazo alrededor e intentó recuperar la orientación, la concentración. Estaban al aire libre, en público. Y ella había perdido el juicio por completo.

No tenía deseo. alguno de recuperarlo.

-No nos ha visto nadie -murmuró Connor, interpretando su silencio como cierto reparo-. La entrada del restaurante está detrás de esos árboles. Estamos solos. -Tragó saliva, con el cuerpo aún rígido contra el de Julia-. No cambies de opinión. -Era mitad orden, mitad súplica-. Por el amor de Dios, no lo hagas.

Julia sentía su interior tenso y tembloroso. Sus piernas y sus brazos parecían haberse vuelto líquidos. Se preguntó si podría caminar. ¿Cambiar de opinión? Imposible.

-No lo haré -repuso, con voz trémula-. No puedo.

Connor buscó su mirada durante un largo y febril instante. Debió de ver lo que necesitaba para convencerse, sin duda, porque aflojó su abrazo lo suficiente para que ella se deslizara hacia abajo y sus pies tocaran de nuevo el suelo. Luego, pasó un brazo por la cintura de Julia y la hizo apoyarse en él.

-Vamos.

El trayecto hasta casa pareció ser un paseo entre neblinas. Julia no pensaba en nada más. De hecho, no pensaba en nada, excepto en su deseo. Connor redujo el tiempo del viaje a la mitad superando en treinta y cinco kilómetros el límite de velocidad y saltándose dos semáforos en rojo. Luego, desvió bruscamente el Mercedes para entrar en el aparcamiento del edificio de Julia y salió del coche casi sin haber apagado el motor. Julia saltó del asiento del acompañante con la misma rapidez y con las llaves ya en la mano.

Era la segunda vez que ambos entraban en el apartamento sin encender la luz. Sólo que ahora Connor echó el cerrojo de la puerta tras de sí, miró a Julia con ojos encendidos, con una mirada casi de depredador.

-Sé que dije que esperaría hasta el sábado. No puedo.

El corazón de Julia palpitaba con fuerza contra sus costillas.

-Yo tampoco.

Con un solo movimiento, Connor se despojó de la chaqueta, la dejó caer a un lado y se acercó a Julia.

-¿Dónde está el dormitorio? -preguntó, con voz ardiente.

Ella ladeó la cabeza para indicar hacia la parte trasera del apartamento.

-Ahí.

-Demasiado lejos. No estoy seguro de poder llegar. -La besó con un beso descaradamente carnal que despertó de nuevo el deseo de ambos, lo trajo de nuevo a la vida con mayor ímpetu, si cabe.

-Hay un sofá en la sala -logró murmurar Julia, señalando a su izquierda y temblando mientras Connor empezaba a desabrocharle la blusa-. Está mucho más cerca.

Los labios de Connor dibujaron un ardiente sendero desde la clavícula a la garganta de Julia.

-¿Qué es más grande, el sofá o la cama?

-La cama.

-En ese caso, conseguiré llegar. -Connor ya arrastraba a Julia pasillo abajo-. Por los pelos.

La blusa de Julia se perdió de camino al dormitorio, y Connor ya se había despojado casi del todo de la camisa y la corbata. Acabó de quitárselas con unos cuantos movimientos rápidos mientras devoraba con sus ávidos ojos a Julia, ante él, vestida tan sólo con los pantalones y el sujetador. La mirada de Connor se hizo más penetrante cuando Julia se acercó a él, se desabrochó el sujetador y lo dejó caer al suelo. Él dio un paso más hacia ella, y sus manos se deslizaron por los hombros de Julia hasta llegar a posarse sobre sus senos.

-Me vuelves loco -murmuró, absorbiendo por las palmas de sus manos los pequeños temblores de placer de ella. La besó en el cuello, acariciándole los pezones con los pulgares y sintiendo cómo éstos se endurecían bajo su roce. Ella se arqueó y, con ese involuntario movimiento, sus senos se presionaron contra Connor y sus pezones rozaron la velluda superficie de su torso.

Tanto él como Julia se quedaron inmóviles.

-Dios mío. -Connor contuvo el aliento y rodeó a Julia con un brazo para atraerla aún más hacia sí-. Quizá tenías razón. -Refregó el torso contra el de ella, y tembló ante el placer resultante- Quizá deberíamos morirnos de miedo.

-Mm -murmuró Julia, perdida entre sensaciones. Imitó el movimiento de Connor, sólo que muy lentamente, paseando sus senos por el torso de él de un modo que acentuaba cada trémulo matiz-. Quizá deberíamos, sí.

Algo pareció detonar repentinamente en el interior de Connor

Un intenso temblor estremeció su cuerpo. Asió a Julia por los brazos y se separó de ella por la fuerza.

-Tienes treinta segundos para meterte en esa cama.

Sólo necesito veinte. Julia se desabrochó el botón de los pantalones. No tenía ni idea de quién era aquella mujer, pero sí sabía lo que quería. Y si no lo tenía pronto, se iba a morir.

Connor fue el primero en quedar completamente desnudo, y derribó a Julia sobre la cama, metiendo los dedos por la cinturilla de sus medias y bajándoselas hasta quitárselas.

-Por fin -dijo, con voz ronca, separándole ya las piernas. Cubrió el cuerpo de Julia con el suyo-. Julia, no voy a ir despacio. Esta vez no. Tengo que entrar en ti.

Julia asintió, tan ardorosa como él. Tampoco quería que fuera despacio. Quería a Connor. Contuvo la respiración cuando la mano de éste se deslizó hasta su entrepierna y sus dedos la abrieron, resbalaron hacia dentro, explorando su humedad y haciéndola lanzar un grito ahogado. Julia todavía se estaba recuperando de aquel impacto cuando él le separó aún más las piernas y se colocó entre ambas.

Su pene tentó la entrada al cuerpo de Julia, y luego comenzó a pasar al interior. Ella estaba más que preparada para recibirlo, y Connor se deslizó lentamente más y más adentro, ensanchándola y llenándola. Julia actuaba de puro instinto, y se arqueó para acogerlo con mayor profundidad, mientras abrazaba con las piernas sus caderas. Lanzó otro grito ahogado, un poco más largo y salvaje, y movió la cabeza a un lado y al otro mientras intentaba acelerar los movimientos de Connor.

-Estás muy prieta -dijo él jadeando, con los bíceps temblorosos del esfuerzo que estaba haciendo por refrenarse-. No... no quiero hacerte daño.

-No me importa. Julia cerró los puños sobre la base de su ancha espalda-. Connor, por favor. -Onduló su cuerpo contra el de él.

Dio resultado.

Connor deslizó las manos bajo el cuerpo de Julia, lo levantó para que pudiera recibirle con mayor facilidad y empujó hasta recorrer todo el camino hasta el fondo. Ella sintió su tensión, sintió que su cuerpo se ensanchaba para abrirle paso, pero nada de eso importaba. Lo único que importaba era apagar aquel fuego.

Connor murmuró algo ininteligible en tono ronco, gutural mientras luchaba por aminorar. Pero no podía, y Julia se negó a dejar. le, también. Se retorció bajo su fornido cuerpo, y la resistencia de Connor se quebró. Empezó a moverse con más furia, más rápido, y sus dedos se hundieron en la piel de Julia al tiempo que la arqueaba para que ella recibiera más y más de él.

El placer se desbordó, estalló en llamas, y Julia respondió, embestida a embestida, encontrando el ritmo de Connor y, uniéndose a él. En su interior, un punzante dolor, como un zarpazo, se intensificaba con cada embate, se le enroscaba en las entrañas, más y más, hasta que pensó que iba a morir.

Connor debió de percibir su urgente situación (y de compartirla), porque se asió a la cabecera, se levantó un poco y se adentró aún más en Julia, penetrándola por completo y frotando un punto tan exquisitamente sensible que ella no pudo evitar gemir. Connor se retiró y repitió el movimiento, y Julia se oyó a sí misma gritar, su cuerpo se cimbró como la cuerda de un arco y luchó por aflojarse en una descarga. No podía soportar aquello, ya no. Y Connor tampoco, si su entrecortada respiración y sus movimientos frenéticos eran signo de algo.

Volvió a penetrarla y, de repente, ella explotó, y todas sus terminaciones nerviosas estallaron en mil pedacitos mientras su cuerpo se relajaba y tensaba alrededor del pene erecto de Connor. Él lanzó un grito ronco y se hundió en el clímax de Julia, hasta lo más profundo; y se mantuvo allí mientras sus contracciones lo estrechaban, lo precipitaban al abismo.

Connor llegó al orgasmo como una avalancha, y su cuerpo se sacudió bajo la conmoción mientras él se vaciaba dentro de Julia en poderosos espasmos de culminación. Presionó al máximo su pelvis contra la de ella, completamente perdido en las más intensas sensaciones físicas. Todavía movía las caderas cuando se desmoronó lentamente sobre Julia, sintiendo los pequeños estremecimientos posteriores al clímax que recorrían los cuerpos de ambos.

Julia se hundió en la cama. Las piernas le temblaban, tenía la mente aturdida de felicidad, el cuerpo saciado... no le habría sido difícil quedarse en aquella situación durante años enteros.

Connor pensaba en algo muy distinto. Julia seguía flotando cuando él se incorporó apoyándose sobre los codos y la miró.

-¿Estás bien? -Ella no, respondió, y el le acarició suavemente la mejilla-. Julia, mírame.

No sin esfuerzo, Julia abrió los ojos.

Connor estaba sudado y exhausto, como si hubiera corrido un maratón. Pero su expresión era resuelta, y tenía el ceño fruncido en un gesto de preocupación.

-¿Estás bien?

-Sí -logró responder ella con un hilo de voz.

Conteniendo la respiración, Connor reunió fuerzas y salió de encima de ella. El aire de la habitación, fresco, rozó la ardiente piel de Julia, que tembló y buscó a tientas la manta.

Connor la encontró por ella, la atrajo hacia sí de un tirón y se detuvo un instante antes de cubrir ambos cuerpos con la frazada. Su mirada se clavó en la de Julia, y su rostro, iluminado por la luz de la luna, tenía una expresión casi severa.

-Eres tan condenadamente hermosa -murmuró con ronca satisfacción masculina-. Mereces que te hagan el amor durante horas. La próxima vez...

Sus propias palabras le recordaron lo que le preocupaba, y Connor frunció de nuevo el ceño mientras ambos se arropaban con la manta. Luego, se apoyó sobre un codo y se inclinó sobre Julia para mirarla a los ojos.

-¿Por qué no me lo has dicho?

Ella esbozó una débil sonrisa, sin ni siquiera intentar fingir que no entendía lo que él le preguntaba.

-Porque no habría cambiado nada.

-Por supuesto que sí habría cambiado. Yo me habría tomado más tiempo...

-En ese caso, me alegro de no habértelo dicho. Yo estaba tan ansiosa como tú. Si hubiera pasado más tiempo, me habría muerto. Él seguía con el ceño fruncido.

-Te he hecho daño.

-No, no me has hecho daño. Has estado maravilloso.

La expresión de Connor se suavizó, y un destello de entrañable cariño brilló en sus ojos.

-Tú también. -Le apartó unos mechones húmedos de la mejilla-. ¿Te importa decirme por qué?

-¿Por qué he estado maravillosa o por qué era virgen?

Él sonrió de medio lado.

-La primera parte es innata. Te preguntaba por la segunda. ¿Se trata de tu idealismo, o de algo más?

Ella se encogió de hombros, sintiéndose de algún modo más insegura, más vulnerable que cuando sus cuerpos estaban unidos. Mantener aquella conversación mientras ambos paseaban alrededor de un lago era una cosa. Mantenerla mientras estaban tumbados el uno junto al otro, desnudos, después de hacer el amor, era otra, y completamente distinta.

-Un poco de cada. Para empezar, mi virginidad nunca había sido un tema que me preocupara, antes de esta noche.

Él la miró fijamente, como si ella hubiera perdido el juicio. Julia, eres absolutamente sorprendente. No, más que eso. Tienes un tipo de belleza natural, sin artificios, que no he visto en ninguna otra mujer. Tengo una erección con tan sólo mirarte mientras animas en un partido de la Liga Infantil. ¿Qué demonios quieres decir con que tu virginidad nunca había sido un tema que te preocupara ...? ¿Acaso todos los hombres que conoces son eunucos?

A pesar de la importancia del asunto que ella estaba a punto de compartir con Connor, Julia tuvo que reír.

-Gracias... creo. En cuanto a los hombres que conozco, no, no son eunucos. No era por ellos, era por mí. Yo tardé en florecer. Ya te lo he dicho, yo era una niña delgaducha del montón. Y me convertí en una adolescente delgaducha del montón, muy lejos de ser un bombón. También te he dicho que me comportaba como un chaval. Vivía para mis lanzamientos y mis estudios. Excepto en verano, cuando me convertía en monitora de campamento. Me encantaba trabajar con críos. No recuerdo ninguna época de mi vida en que no quisiera ser maestra. En la universidad, me centré en psicología infantil y educación elemental. Mis estudios cada vez eran más especializados e intensivos. Luego, llegué a licenciarme y, bueno, ya sabes el resto. -Entrelazó los dedos sobre la manta y fijó la mirada en ellos-. Además de eso, siempre fui una persona bastante introvertida.

-Me estás diciendo que no tenías demasiada vida social.

-Exacto. Yo formaba parte del equipo universitario de softball y podría haber salido con aquella tropa... si hubiera querido. Pero ti. acababa de encajar en el grupo. Era demasiado tímida, y una auténtica rata de biblioteca. -Una sonrisa irónica-. Estoy segura de que estudiar en Vassar tampoco le dio un impulso a mi vida social. No con mi padre de profesor allí.

Connorladeó la cabeza, intrigado.

-¿Es tu padre realmente amenazador, o es sólo del tipo protector?

-¿Amenazador? -Julia soltó una risita-. Ni por asomo. En cuanto a protector, sí, supongo que lo es... excepto cuando está en un aula, dando clase. Entonces, incluso si me abdujeran unos extraterrestres delante de sus narices, él ni se enteraría. Su trabajo lo absorbe realmente. Sea como sea, no es del tipo agresivo. Así que no ahuyentaba a los chicos con una escopeta. Huían ellos solos.

-¿Por qué?

-Prudencia académica. Para empezar, yo conocía a un montón de profesores del campus desde pequeña. Eso hacía que cualquiera que se juntara contraigo se sintiera como en una pecera. Y luego estaba el conflicto de intereses en cuanto a la lista de espera.

-Me he perdido.

-Te lo explico. Julia deseó que el resto de la conversación fuera tan sencilla como aquella parte-. Mi padre es un hombre muy activo, que exhala vida en su trabajo. Cada semestre se abren plazas para sus cursos de filosofía y literatura, y hay una lista de espera para ocuparlas. La mayoría de chicos imaginaban que ligar con la única hija del profesor Talbot no parecía el mejor camino para ganarse su Simpatía. -Volvió a encogerse de hombros-. No importaba. Nunca pensé en el resultado

como en un sacrificio. Como ya he dicho, yo era una silenciosa ratita de biblioteca, no precisamente material para interesantes citas.

Connor la observaba con honda intensidad.

-Te dejas algo -le dijo llanamente-. Algo que está en el mismísimo centro de todo el asunto y que es el motivo de tu decisión total de asirte a tu idealismo. ¿Qué es?

Julia se sobresaltó. Connor le había dicho que era muy bueno leyendo a la gente, pero ella no esperaba que fuera tan perceptivo, ni mucho menos.

-Estoy impresionada -repuso, intentando mantener un tono desenfadado-. Eres muy astuto, para tratarse de alguien que no se ha entrenado.

Julia. -Connor no iba a dejarse disuadir-. Según tú misma dices, en algunos sentidos no estabas protegida. ¿Como cuáles? Julia empezaba a ver cómo Connor había amasado sus millones, Tenía intuición para detectar banderas rojas, escudriñar a través de ellas y descubrir los puntos esenciales que abordar. Y sabía exactamente qué buscar para obtener los resultados más provechosos. Quizá los inversores de Bolsa y las maestras de educación infantil tenían más en común de lo que ella era capaz de advertir.

Fuera como fuera, aquel capítulo iba a ser el más duro para ella. No es que la historia fuera un secreto. Gran parte del asunto era de dominio público. Sólo que Julia rara vez hablaba de ello y, cuando lo hacía, era con su madre y con nadie más. Meredith Talbot comprendía mejor que ninguna otra persona. Había vivido de cerca la situación: primera, como confidente, y después como enfermera... no, más que enfermera, como una verdadera hada madrina que había visto los signos y había dado los pasos necesarios para acabar con el conflicto y empezar la sanación.

-¿Julia? -la apremió Connor-. Dime lo que estás pensando.

Ella se giró para poder mirarlo a los ojos.

-Estoy pensando cómo contestar a tu pregunta.

-Con tanta sinceridad como has contestado todas las demás.

Ella asintió, decidida a exponer los detalles sin dejar de mantener un firme control sobre sus emociones.

-Cuando era pequeña, tenía una amiga, mi mejor amiga. Franny. Era una niña dulce y cariñosa. Cuando yo no estaba jugando a béisbol, éramos inseparables. Cerca del final del tercer curso, ella empezó a comportarse de un modo muy distinto... hosco y retraído, Mi madre lo notó antes incluso que yo. O quizá yo me había dado cuenta pero no lo entendía lo suficiente para ponerle un nombre. No lo sé. Sea como sea, los síntomas empeoraron. Mi amiga se volvió malhumorada, nerviosa e incluso colérica.

El semblante de Connor era ahora grave, y Julia supo por su expresión que él había percibido lo que venía ahora.

De todos modos, se lo dijo.

-Para no alargar la historia, resultó que el padrastro de Franny estaba abusando de ella. Y no sólo emocionalmente. La amenazaba con todo tipo de cosas horribles. Alguna vez, la pegaba. Y casi al final... Julia tragó saliva, asqueada por lo que estaba a punto de decir- Casi al final, sus ataques se volvieron sexuales. La amenazó con matarla si ella se atrevía a contárselo a alguien. No es que ella tuviera, tampoco, a nadie a quien acudir. Su madre se refugiaba en una especie de rechazo de autoprotección. Su verdadero padre estaba en Europa con su secretaria de veinticuatro años. Franny estaba aterrorizada, y sola.

A Julia le falló la voz por un instante al pensar que la realidad le resultaba aún más terrible ahora, como adulta, cuando podía comprender la magnitud de lo que su amiga tuvo que soportar.

-Gracias a Dios que intervino mi madre. Había sido enfermera pediatra hacía tiempo, y reconoció los signos. Consiguió que Franny se sincerara con ella. Luego, se puso en contacto con Protección de Menores. Hubo un juicio, un divorcio y un montón de trabajo de terapia. El padrastro de Franny acabó en la cárcel, y Franny acabó por vivir con su madre. Pero nunca volvió a ser la misma. Se marchó de casa en plena adolescencia, y cortó cualquier lazo con su hogar. No la culpo.

-Por Dios. -Connor parecía estar físicamente mareado-. No puedo siquiera imaginar... - Respiró lentamente y observó a Julia con renovado conocimiento-. Eso explica mucho sobre ti.

-Estoy, segura de ello. Julia suspiró-. Como, por ejemplo, por qué me llevo tan bien con mis alumnos. O por qué quiero conservar todo el idealismo que pueda. Por qué mis principios me importan tanto. He visto el lado oscuro de la vida, Connor. No siempre le toca a quien lo merece. Así que tenemos que agarrarnos a las cosas buenas que nos vamos encontrando. Y a todos los sueños que están bajo nuestro control, sin transigir a menos que nos sea completamente imprescindible.

-En especial, cosas como las relaciones personales.

-Sí, en especial, cosas como las relaciones personales. Julia no podía adivinar qué estaba pensando Connor. Era obvio que la comprendía. Pero cómo iba a reaccionar después de comprender su punto de vista ya era otro asunto.

¿La experiencia de tu amiga te hizo tener miedo de los hombres? -le preguntó él.

-¿Sexualmente, quieres decir? No. Julia meneó la cabeza-. Ni siquiera me di cuenta de la magnitud de lo que le había pasado a ría Siquiera hasta que fui lo suficientemente mayor para enfrentarme a ello. Además, yo tenía un fantástico ejemplo de familia en casa. papá es estupendo, como marido y como padre. Así que, no, no metí a todos los hombres en el mismo saco que al padrastro de Franny. Él era perverso, estaba desquiciado. Pero es una sola persona. No se trata de que yo tenga miedo a los hombres.

-Se trata de no infravalorarte -ofreció Connor-. Quieres tener una relación completa en lugar de sólo sexo. Quieres confiar y que te guste la persona con la que te acuestas. Y quieres una perfecta compenetración de emociones y pensamientos, aparte de la física.

-Por sentimental y anticuado que parezca, sí. Julia buscó la reacción en el rostro de Connor. No parecía estar burlándose de ella, Aun así, deseó haber tenido aquella conversación antes... cuando todavía no se habían acostado juntos y los principios de idealismo de los que tanto hablaba Julia habrían sonado creíbles-. Como ya he dicho, hay pocas cosas en las que podamos soñar. Hacer el amor con un hombre al que quisiera era uno de mis sueños. No quería transigir, experimentar tan sólo el sexo y no las emociones. Puede que suene ridículo, sobre todo después de que me haya ido a la cama contigo en la segunda cita, pero es la verdad. No tuve en cuenta la profunda atracción entre nosotros. Creí que primero se daría un encuentro entre mentes y corazones, y luego vendría la pasión. Supongo que fui una tonta.

-¿Y ahora te arrepientes?

-No, no me arrepiento. Tan sólo me veo... cambiada. Como tú dices, de vez en cuando uno se topa con sucesos inesperados y desbaratadores. No preví este. No sólo la atracción entre tú y yo, sino también lo increíble que sería cuando... -Le tembló la voz, y aquella invisible fuerza que los atraía llenó de nuevo el ambiente.

-Cuando hiciéramos el amor -dijo Connor, completando la frase por ella. Su expresión ya no era ilegible. Era tierna, y en sus ojos había una cálida mirada. Su pulgar recorrió los pómulos de Julia, y luego acarició su labio inferior-. Atrévete y llámalo así, porque eso es lo que ha sido. No nos hemos ido a la cama, simplemente, Julia, queríamos estar aquí. Puede que haya sucedido con mayor rapidez de lo que pensabas, pero no hay nada frívolo en lo que está pasando entre nosotros. En cuanto al orden de las cosas, yo diría que ha ocurrido todo a la vez, como una avalancha.

Inclinó la cabeza y besó el cuello de Julia.

-Por si te interesa, creo que eres maravillosa. -La besó sobre la clavícula-. Y también eres el ser humano más sincero y auténtico que he conocido en mi vida. -Varios besos a lo largo del cuello-.

Eres inteligente y sensible, y tengo una idea bastante aproximada sobre lo que te pone furiosa. -Connor desvió el trayecto de sus besos, y sus labios se deslizaron hasta rozar la parte superior de los senos de Julia, para bajar luego por la delicada depresión entre ambos-. Eso vale por lo de gustarse y confiar recíprocamente, y por el encuentro entre mentes y emociones, ¿sí?

La respiración de Julia se estaba agitando. Lo arduo de su compleja y densa conversación se desvanecía bajo las sensaciones que Connor le provocaba con su roce.

-Sí -consiguió emitir Julia.

-En cuanto a la pasión... -De un solo tirón, Connor le quitó la manta de entre las relajadas manos y la echó a un lado-. Jamás he querido a nadie así, hasta el punto de consumirme. -Se incorporó sobre sus rodillas, se inclinó sobre los senos de Julia y humedeció un pezón con la punta de la lengua-. Tengo una erección cada vez que pienso en ti. .. y pienso en ti en los momentos más inoportunos, como en mitad de una reunión de negocios. -Sus labios abrazaron el pezón y lo oprimieron suavemente, provocando en Julia una serie de pequeños estremecimientos de placer.

Ella gimió y se arqueó hacia Connor.

-Me di una ducha de agua fría el sábado por la noche -murmuró Connor, deslizando sus labios al otro seno y acariciándolo con ellos-. Tengo treinta y cinco años, y me di una ducha de agua fría. Peor aún: me he dado una ducha de agua fría cada noche, desde el sábado. Hoy, hace un rato, casi no he podido quitarme la ropa a tiempo, Y cuando por fin he entrado en este hermoso cuerpo tuyo... -Pasó la lengua por el pezón endurecido y lo atrapó con los labios. Se detuvo y saboreó el gemido de placer de Julia-. Ha sido más que increíble. Ha sido explosivo, como embestir al sol y entrar en él. He sentido tantas cosas como tú. Pero, Julia... -Levantó la cabeza y clavó sus ojos en la aturrida mirada de ella-. Esta vez va a ser incluso mejor.

-¿Ah, sí? -El cuerpo entero de Julia volvía a vibrar intensamente, y ella casi no podía hablar.

-Sí. -Connor se incorporó, enredó los dedos en la melena de Julia y atrajo sus labios hacia él-. ¿Recuerdas que te he dicho que merecías que te hicieran el amor durante horas? Esas horas están a punto de empezar.

-¿Ahora? –susurró ella, mientras deslizaba sus manos por el musculoso torso de CONNOR, explorándolo, y dejándolas luego resbalar más abajo.

Connor dejó escapar el aire entre los dientes cuando los dedos de Julia ciñeron su erección.

-Terminantemente ahora.

Capítulo 18

Julia estaba profundamente dormida cuando Connor salió de la cama y empezó a vestirse. La miró, sintiendo una auténtica maraña de sentimientos en el pecho. Julia parecía un ángel dormido; su expresión era serena y sus cabellos semejaban una despeinada cascada sobre la almohada. Connor estuvo medio tentado de tirar de nuevo sus ropas al suelo y volver a meterse en la cama, hacerle otra vez el amor y dormirse con Julia entre sus brazos.

Pero prevaleció el sentido común, que le recordó que aquello no sería productivo, al menos ahora mismo. La cruda realidad era que ya casi habían dado las dos de la madrugada y él tenía que volver a casa de Stephen. No había hablado con su hermano durante todo el día. Eso le hacía sentir intranquilo. Por no hablar de que no quería que Brian se despertara, no lo encontrara en casa, y probablemente diera por sentado que se había ido de nuevo a Manhattan. Aquello era lo último que necesitaba el pobre chaval. Ya tenía suficiente inestabilidad con la que lidiar. Y, como guinda final, cuando Brian viera que su tío no se había marchado, pero que había pasado la noche en otro lugar, se le ocurrirían un millón de preguntas... preguntas que Connor no estaba ni remotamente preparado para responder.

Además, Julia tenía que estar en forma para impartir sus clases por la mañana. De momento, por así decirlo, él la había agotado. Si se quedaba allí, Julia no dormiría ni un minuto. Connor era incapaz de no tocarla,

Volvió la mirada a la cama de nuevo mientras se acababa de abrochar los botones de la camisa, y se quedó muy quieto, contemplando, cómo dormía Julia. La noche había traído mucho más de lo que él esperaba. Las cosas se habían descontrolado por completo. Él, de hecho, se había descontrolado por completo. Para alguien acostumbrado a ser el amo de la situación, aquella era una inquietante primera vez. Como bajar una montaña rusa sin freno.

Había luego otro asunto, uno que había aparecido en la mente de Connor más de una vez desde que se había dado cuenta de que la experiencia sexual no era limitada sino nula. Era el tema de la protección. No había utilizado nada para tal fin, ni en una sola ocasión, en todas las largas horas que ambos habían pasado en la cama. Otra inquietante primera vez. Connor se había comportado de forma estúpida e insensata y, lo que era peor, no había hecho nada por corregirlo.

Tendrían que hablar de aquello. Enseguida, al día siguiente, antes de que llegara otra noche y ambos volvieran a perder el juicio.

Se inclinó sobre la cama y besó suavemente a Julia en la comisura de los labios. Ella emitió un dulce gruñido y se giró hasta quedar echada de espaldas. Connor la besó de nuevo, esta vez con mayor intensidad.

Los párpados de Julia temblaron un poco y se abrieron lentamente.

-¿Connor? -Parecía aturrida y confusa.

-Es tarde -murmuró él contra sus labios entreabiertos-. Tengo que irme. Si no, tendrás que explicarle a Brian dónde ha pasado su tío la noche.

Julia sonrió y le devolvió el beso con un suspiro, asintiendo de mala gana.

-Tienes razón. ¿Qué hora es?

-Son casi las dos. -La arropó con la manta, más como si se impusiera una barrera a sí mismo que para ella. Tan sólo deseaba volver a meterse en aquella cama, hundirse en Julia y mandar el mundo entero al infierno-. Sigue durmiendo. Te llamaré mañana. -Sí -repuso ella, entornando los ojos-. ¿Podrías poner marcha la alarma del despertador? -murmuró.

Connor alargó la mano hacia el reloj radio-despertador y así lo hizo.

-Ya está. Y cerraré la puerta al salir. ¿Algo más?

No hubo respuesta.

Connor esbozó media sonrisa. Julia se había vuelto a dormir. Salió del dormitorio, cogió su chaqueta y se dirigió a la puerta. Al llegar al coche, se sacó el móvil del bolsillo, lo conectó y miró si tenía algún mensaje.

Había cinco. Todos de Stephen. Todos desesperados.

Salió zumbando del aparcamiento y se puso en camino, todavía escuchando cómo su hermano le suplicaba que lo llamara.

Cuando llegó a la casa, había un silencio total. No el silencio que puede esperarse a las dos y media de la madrugada, sino un silencio extraño, como si la casa estuviera en trance, en lugar de dormida. El piso de arriba estaba oscuro como ala de cuervo, lo que significaba que Stephen estaba en algún lugar de la planta de abajo.

Connor fue de habitación en habitación, asomándose en la oscuridad, buscando a su hermano. No quería llamarlo, por no despertar a Brian. Pero cada vez se sentía más y más inquieto.

Llegó a la salita de estar y se detuvo. Sólo se veía la luz de una lámpara de mesa. Y, junto a la pequeña zona iluminada, vio que Stephen estaba tumbado en el sofá, con uno de los brazos cubriéndole los ojos, como si hubiera caído en un odioso, preocupado y, muy probablemente, ebrio sueño.

-Stephen.

Su hermano se despertó sobresaltado en cuanto Connor pronunció su nombre. Se incorporó trabajosamente hasta quedar sentado y se restregó los ojos.

Connor, ¿qué hora es? -Las dos y media. -¿Dónde has estado? ¿Y por qué no funciona tu móvil?

Estaba ocupado. Y lo he apagado. -Connor encendió otra luz. Luego, se acercó al sofá, con la intención de hacer desaparecer los efectos etílicos que nublaban la mente de su hermano-. ¿Qué ha Pasado? ¿Brian está bien?

- Eso depende de lo que quieras decir con bien. -Stephen se levanto y apartó a Connor con un vago gesto de su mano-. Estoy totalmente sobrio. No he probado ni una gota en toda la noche. He estado demasiado desesperado para pensar en beber.

Una gélida premonición recorrió el espinazo de Connor. -¿Por qué?

-Se han ido. -La expresión de Stephen reflejaba sufrimiento-ancy se ha ido, Y se ha llevado a Brian.

-Se ha ido... ¿Quieres decir que te ha dejado? -Connor estaba completamente boquiabierto-. Eso es imposible. Los he visto a la hora de comer. Nancy había llevado a Brian al médico. No tenía ningún plan para el resto del día, excepto administrarle las dosis de antibiótico a vuestro hijo y ver vídeos con él.

-Eso era entonces. -Stephen se pasó una nerviosa mano por el pelo-. Después han pasado muchas cosas.

-Te he llamado a la oficina dos veces. Celeste me ha dicho que estabas ocupado.

-Lo estaba. Intentaba encontrar un modo de atrapar a Philip Walker. Por desgracia, él me ha atrapado antes a mí. -Stephen le contó a Connor los sucesos de aquella tarde... la nota y el paquete recibidos por Nancy, su llamada urgente y la dura discusión que había seguido.

-Maldita sea -murmuró Connor-. Walker es un condenado bastardo. Dejar la gorra de Brian en tu puerta y meterle el miedo en el cuerpo a Nancy para tenerle atrapado... eso pasa de la raya. En cuanto a la reacción de tu mujer, eso no debería de ser una sorpresa. Tendrías que haberle contado toda la historia anoche.

-Yo tendría que haber hecho un montón de cosas, pero no las hice. -Stephen resopló-. Sea como sea, cuando me ha llamado estaba totalmente histérica. De entrada, me ha lanzado a gritos toda clase de acusaciones... justificables de la primera a la última. Después, se ha serenado. Demasiado. Me ha dicho que habíamos terminado. Y ha colgado. Debería de haberseme ocurrido que podría hacer algo así. Pero mi único pensamiento era encontrar un modo de proteger a Brian. Me he pasado las horas siguientes al teléfono, con el investigador que he contratado. Se está moviendo lo indecible para conseguirme información sobre Walker... y entregármela ayer, si es posible. Además, tiene un colega que trabajaba en vigilancia policial. He hablado con él a media tarde y lo he contratado para que vigilara a Brian. Después, he venido a casa. Y he encontrado esto. -Le alargó a Connor un pedazo de papel.

Connor cogió la nota de Nancy y le echó una atenta ojeada

Decía que ella y Brian estaban bien, pero que ella había llegado al límite tanto por lo que se refería a la tolerancia ante la compulsión de Stephen, como por lo concerniente a su temor por la vida de Brian. Decía que se había llevado a Brian a un lugar seguro, que se pondría en contacto, y que ella y Stephen decidirían los detalles de sus respectivos futuros después, y sólo después, de que el asunto Walker se hubiera acabado y Brian ya no estuviera en peligro.

Con un suspiro de preocupación, Connor le devolvió la nota a Stephen.

-Buscarlos sería una mala idea. Llamaría la atención en demasiada gente, incluido Walker. Eso expondría a Brian a riesgos aún mayores. Además, Nancy no quiere que los encuentres. La amenaza a Brian es algo totalmente inesperado y brutal. Y la ha desquiciado.

-Sí. -Stephen no discutió las palabras de su hermano. Él también parecía bastante desquiciado-. Pero no es el estado de Nancy lo que me ha frenado de salir a buscarlos. Mi primera reacción ha sido la de llamar a todas las personas que conocemos, a todos los parientes de Nancy, hasta encontrar una pista sobre su paradero. Lo que me ha frenado ha sido lo que tú has dicho sobre que llamaría demasiada atención. Si yo iniciara una búsqueda, la prensa se enteraría, y Walker también. No puedo dejar que suceda eso. Tengo que proteger a mi familia, incluso si eso significa volverse loco mientras. Que es, precisamente, lo que he estado haciendo: pasear arriba y abajo por toda la casa, rompiéndome los sesos, intentando encontrar otra alternativa. Y llamarte a ti. Quería tu opinión. Quizá tan sólo deseaba oír otra voz humana, una en la que pudiera confiar. No tengo ningún otro sitio donde acudir. Por Dios, Connor, todo se está viniendo abajo... -Se le quebró la voz-. No había oído a Nancy hablar de ese modo jamás. Como una extraña, casi como un fantasma. Me he asustado mucho. Y cuando he llegado a casa y he visto que ella y Brian habían desaparecido... -Le costó tragar saliva-. Por muy mal que fueran las cosas, Jamás creí realmente que ella me dejaría. Supongo que he sido un estúpido e insensible mentecato.

-Yo no diría tanto. -Connor pensaba a toda velocidad, preocupado por Stephen, por Brian y Nancy; por la situación con Walker-. A veces hace falta que nos echen un cubo de agua fría para que abramos los ojos. Tú quieres a tu mujer. Te olvidaste de ello. Ahora lo has vuelto a recuperar. Una vez que ella haya vuelto, tendrás que demostrárselo. No va a ser fácil. Necesitarás ayuda profesional... tanto para tu problema con las apuestas como para tu matrimonio. Si lo aceptas, creo realmente que puedes arreglar las cosas. Pero Stephen, sea como sea que acabe tu matrimonio, Nancy jamás alejará a Brian de ti. No una vez que esté segura de que el niño está a salvo. Tú eres su padre, y un buen padre, desde luego. Nancy lo sabe. Traerá a Brian de vuelta.

Stephen asintió con la mirada fija en la alfombra. De repente, levantó la cabeza y miró a Connor a los ojos, con los suyos llenos de lágrimas.

-Yo lo dejaría todo, ¿sabes? -dijo, en voz baja-. Si eso significara mantener a salvo a Nancy y a Brian, llamaría a la policía, asumiría mis culpas y tiraría por la borda todo mi futuro político. Pero no tengo ninguna prueba de que Brian esté en peligro, ni de que haya sido Walker el que ha enviado ese paquete. Lo único que tengo es mi palabra de que él me está chantajeando. Eso es suficiente para una investigación y un escándalo. Pero no para una condena. Sabemos que Walker dispone de hombres por ahí: los que me pegaron la paliza. ¿Qué pasa si se pone furioso y envía a sus matones a perseguir a Brian para castigarme a mí? Es un riesgo demasiado grande.

Connor miró fijamente a su hermano. Oía a un Stephen distinto, a un hombre que deseaba de verdad confesar su debilidad y pagar el precio que fuera. Un hombre que lo sacrificaría todo por su familia. Quizás había esperanza, después de todo.

-Estoy, de acuerdo contigo -replicó Connor-. Llamar a la policía a estas alturas sería un error. No tenemos nada concreto que denunciar, y podríamos enfurecer a Walker. Lo único que conseguiríamos, como mucho, es que el escándalo se cobiera viva a nuestra familia. No. A mí me parece que Nancy se ha ido para apartar a Brian de la línea de fuego. Utilicemos ese tiempo para cazar a Walker.

-¿Tiempo? ¿Qué tiempo? Walker espera que yo le dé una respuesta el jueves -le recordó amargamente Stephen.

-Lo sé. -Connor sentía literalmente cómo pasaban los minutos-. ¿No hay nada que puedas decirle para conseguir que, de momento, la situación llegue a un punto muerto? ¿Algo que él aceptara?

-Walker tan sólo entiende un lenguaje: el chantaje. -Muy bien. Pues háblale en su idioma.

Stephen le dedicó a su hermano una irritada mirada.

-¿Qué es lo que crees que he estado intentando hacer durante estos dos últimos días?

-No estoy hablando de descubrir algo sobre Walker. Estoy hablando de decirle que intentas descubrir algo sobre otros... por jemplo, dos de los miembros del consejo.

La irritación se transformó en comprensión.

-Lo que me dices es que debería hacerle creer que estoy, investigando el pasado de esos dos consejeros y que estoy a punto de airear algún trapo sucio que ellos preferirían mantener en secreto.

-Exacto. Lo suficientemente comprometido para que su voto se decante por tu propuesta. Es una técnica con la que Walker puede sentirse identificado.

Stephen asintió lentamente.

-Podría ciar resultado. Al menos, el tiempo suficiente para proporcionarme unos cuantos días más.

-Con un poco de suerte, eso es todo lo que necesitaremos. -Connor se frotó la mandíbula-. Has dicho que has contratado a un investigador privado. ¿Quién es?

-El mismo tipo que papá contrató para investigar a Braxton. No le he dado muchos detalles, por si le es más leal a papá que a mí. Sólo los básicos, más que suficientes para llevar a cabo su tarea. En cuanto al tipo de la vigilancia, sólo sabe que alguien me ha lanzado un par de amenazas, mencionando claramente a mi hijo. Tampoco con él entré en detalles.

-Una decisión inteligente. Por mi parte, yo entraré en mi propia red de contactos en cuanto empiece a amanecer. Son discretos. Investigarán la compañía de Walker. -Connor frunció el ceño-.

Hablando de papá: llegará dentro de unas treinta horas. Tenemos que decidir qué le contamos.

-No quiero que sepa nada acerca de Walker -repuso Stephen, muy decidido.

-Sí, está claro. Pero ya conoces a papá, tiene el instinto de un zorro. Se dará cuenta de la tensión en cuanto entre por la puerta. Además, tendrás que explicarle dónde están Nancy y Brian. - Connor se quedó pensativo durante unos instantes-. Nos inventaremos algo, Unas vacaciones, quizás, o un viaje para visitar a los parientes de Nancy. Esa historia resultará creíble para todo el mundo, incluida la prensa. Nadie sabe que Brian está enfermo, así que no les extrañara que Nancy se lo haya llevado... -De repente, Connor se dio cuenta de algo y se detuvo en seco-. Mierda.

Stephen levantó la cabeza como movido por un resorte. -¿Qué pasa?

Julia. ¿Qué le digo a ella? Sabe que Brian tiene una infección de oído. Supone que está en casa, recuperándose, y que volverá a la escuela en un par de días como máximo.

-Estupendo. -Stephen meneó la cabeza, desanimado-. Ahora también tengo que preocuparme por Julia Talbot. Bien. Iré a verla mañana, le diré que la infección fue una falsa alarma, que después de todo resultó no ser tal. Le contaré la historia de las vacaciones. Le diré que Nancy se ha llevado a Brian para aliviarlo de la tensión a la que ha estado sometido por la campaña electoral. Eso debería tranquilizarla, ya que está tan preocupada por él.

-No funcionará.

--¿Por qué demonios no iba a funcionar?

-Porque Julia sabe perfectamente que el dolor de oído de Brian es una infección.

-¿Cómo? Tú la has visto esta mañana. Nancy aún no había llevado a Brian al médico...

-La he vuelto a ver por la noche.

-¿Por la noche? ¿Cuándo? Pensaba que volvías de una reunión de negocios que se había alargado.

-Yo no he dicho eso. Sólo he dicho que he estado ocupado Y que he desconectado el móvil.

Stephen procesó las palabras de Connor y, por primera vez, le dedicó a su hermano una mirada directa y serena.

-Vaya -comentó, fijándose en las arrugadas ropas de Connor-. No me había dado cuenta de hasta qué punto te importa

-Sí, yo tampoco me había dado cuenta. -Connor ni siquiera intentó disimular. Su hermano no era estúpido. Además, su mente volvía a pensar a toda velocidad-. Julia se va a preocupar mucho cuando se entere de que Brian se ha ido. No pienso echar más leña al fuego mintiéndole acerca de los motivos que hay detrás de su desaparición. Me limitaré a decirle que es un asunto personal y a pedirle que colabore. Eso es lo que voy a tener que hacer.

-Pero, ¿aceptará ella? Si les comenta cualquier sospecha a sus superiores, o si Cheryl Lager aparece de nuevo en su puerta y le insiste dernasiado...

Julia no dirá nada.

Stephen le dedicó a su hermano una mirada interrogativa. -¿Por sus sentimientos hacia ti?

-No, por sus sentimientos hacia Brian. En cuanto a mí... -Connor soltó una risita sin pizca siquiera de humor-. Cuando le cuente todo esto, probablemente me atice un puñetazo.

Capítulo 19

11 de abril
6.55 A.M.

El restaurante era un auténtico desastre. De hecho, «restaurante» no era el nombre adecuado, porque aquel lugar era un destartado antro de carretera donde sólo paraban los camiones de dieciocho ruedas cuando sus conductores necesitaban una dosis de cafeína. Se detenían a rellenar sus termos con un café tan fuerte que los despejaba para otros trescientos kilómetros. El engrudo que servían en aquel lugar cumplía perfectamente con este cometido.

También cumplía con los requisitos que Cliff exigía. Estaba muy cerca del desvío de la autopista, a tan sólo quince kilómetros al sur de Leaf Brook. Y Cliff podía apostar hasta su último dólar a que no se toparía con ninguna cara conocida, no en aquella tasca.

Levantó la taza para que la camarera de aspecto cansado se la volviera a llenar. Se frotó la nuca e intentó permanecer calmado. Jamás había imaginado que las cosas llegarían tan lejos. El chantaje al que lo habían sometido para conseguir su ayuda había sido una vil treta. Había disparado directamente a su talón de Aquiles. Y lo habían explotado... con éxito. Las fotografías tocaban un punto demasiado frágil para que las obviara. Y, desde luego, habrían tocado un punto demasiado frágil en Stephen para que éste las obviara también. Su amistad se habría roto. Harrison Stratford le habría retirado la palabra, y la vida de Nancy se habría convertido en un verdadero infierno. Cliff había cedido por aquellos motivos. Principalmente por Nancy, y porque él era débil. Pero ahora... Una vena latió con fuerza en una de sus sienes. ¿Asaltos violentos? ¿Amenazas contra la vida de un niño?

Por Dios, ¿qué era lo que Cliff había puesto en marcha?

La puerta de entrada se abrió de par en par, y Greg Matthews entró en el local. Echó un vistazo alrededor, divisó a Cliff y se acercó a él.

-¿Qué pasa? -Greg miró con desdén la deteriorada silla antes de sentarse-. ¿Por qué necesitabas verme tan pronto? ¿Y por qué hablabas como si fueras una bomba de relojería a punto de estallar?

-Porque me siento como si lo fuera. -Ahora, a Cliff le retumbaba toda la cabeza. Se inclinó hacia delante y apretó ambos puños contra la mesa-. Ayer, Stephen tenía la cara hecha un mapa.

-Sí, lo sé. Dijo algo acerca de haberse cortado al intentar reparar su coche.

-Y una mierda. -Cliff no iba a jugar a aquel juego-. Tenía el labio hinchado, y su expresión reflejaba dolor cada vez que se movía. Alguien le pegó una paliza de miedo. Me obligué a mí mismo a fingir que no me daba cuenta. Intenté creer que él me decía la verdad y que cualquier explicación más siniestra era sólo producto de mi imaginación. Pero no es así, ¿verdad? Como tampoco lo es que alguien dejó en una caja frente a la puerta de Nancy la gorra de béisbol de Brian ayer. Lo que, por cierto, le dio a ella un susto de muerte. Según planeasteis Walker y tú.

Greg entornó los ojos.

-Yo tendría cuidado con las acusaciones que lanzas, consejero.

-O de lo contrario, ¿qué? ¿Le enseñarás esas fotos trucadas a Stephen? ¿Le harás creer que me acosté con su esposa? Ya has jugado esa carta, Matthews. No dará resultado otra vez.

Greg enarcó una ceja.

-Funcionó de perlas la primera vez, si no recuerdo mal. Consiguí que me contaras el pequeño problema del alcalde con las apuestas. -La expresión de Greg se endureció-. No es culpa mía que las mujeres que te llevas a la cama se parezcan a Nancy Stratford como una gota de agua a otra. No costó demasiado retocar las fotos y tenerte preocupado. Si tú no estuvieras loco por la mujer del alcalde, no te habrías enfurecido tanto. Te habrías limitado a no hacerme paso, habrías ido a hablar con Stratford y le habrías contado la verdad, pero no lo hiciste. Porque sabes que existe una posibilidad de que él no te creyera. Qué demonios, ni siquiera yo te creo, y eso que sé que las fotos están trucadas. Así que no se trata de que yo necesite un nuevo incentivo para ti. El antiguo funciona

a las mil maravillas. -.Una estrecha y tirante sonrisa-. Míralo por el lado bueno. Si la tensión en su casa se hace insoportable y el matrimonio del alcalde se rompe quizá consigas alcanzar tu sueño.

-Maldita sea, manteneos alejados de Nancy. Y de Brian. Es un niño, Matthews. Por el amor de Dios, ¿acaso Walker está tan desesperado por conseguir el contrato del aparcamiento que le haría daño a un crío de siete años?

Greg se encogió de hombros.

-Eso tendrás que preguntárselo tú. Yo sólo soy el administrador.

-Sí, claro. Un administrador que recibe una buena cantidad de dinero de un gángster. -Cliff tomó otro trago de café-. Walker y tú habéis conseguido colocarlo en la posición exacta que él quiere. Stephen procurará por todos los medios conseguirle ese contrato, sobre todo ahora. Y yo mantendré la boca cerrada... mientras Walker no utilice ni amenazas ni violencia. Si no es así, no hay trato por mi parte. No me quedará de brazos cruzados viendo cómo le hacen daño a la gente, y mucho menos a un niño pequeño.

-Bueno, esto sí suena a amenaza. -Greg entrelazó las manos y las apoyó sobre la mesa-. Y, si es así, yo lo pensaría dos veces. Especialmente al tratarse de Philip Walker. Según tengo entendido, posee muy mal genio. -Una mirada intencionada-. Así que, ¿va a ir el alcalde al despacho hoy? ¿O va a quedarse en casa, protegiendo a su familia?

-No tiene a nadie a quien proteger, gracias a las tácticas intimidatorias de Walker. Nancy se ha ido, y se ha llevado a Brian. Ése es el otro punto que deberíais saber. Dile a Walker que tiene un arma menos que usar contra Stephen. Nancy y Brian se han ido de Leaf Brook.

-De veras? -Greg parecía intrigado-. ¿Y quién te ha dicho eso?

Silencio

-Ah, la buena de la señora Stratford en persona. Bueno, pues dime: ¿adónde se ha llevado a su hijo?

-¿En serio crees que te lo diría, incluso si lo supiera?

-Probablemente, no. -Greg se encogió de hombros-. No importa. Estén donde estén, su huida es positiva. Le proporcionará a Stratford el incentivo que necesita para arrearles una patada en el trasero a algunos de sus consejeros y conseguirle el contrato a Walker. Una vez que eso suceda, tú volverás a ser libre.

-No es mi persona lo que me preocupa.

-¿Ah, no?

Cliff echó una rápida ojeada al mugriento reloj de pared del local. Ya había hecho lo que tenía que hacer: le había dado los datos que quería que le pasara a Walker. Eso haría que éste dejara de utilizar la seguridad de Nancy y Brian como anzuelo para tener a Stephen entre la espada y la pared.

Fuera como fuera, tenía que marcharse. Ahora. La farmacia abría a las ocho, y Cliff quería recoger la medicina de Brian y llegar a Stowe lo antes posible.

Retiró un poco su silla y se puso en pie.

-Tengo que irme.

-¿Un cliente?

-Un recado. -La mirada de Cliff era gélida-. Dale a Walker mi mensaje. Tendrá su contrato. Pero no más violencia. Y dejad a Nancy y Brian en paz.

Greg esperó hasta que Cliff se hubo marchado. Entonces, marcó el número de Walker.

-Henderson acaba de irse -anunció-. Según dice, Nancy cogió a su hijo y se largó ayer, justo después de recibir el paquete.

-Interesante -murmuró Walker-. Eso explica por qué no volvió a casa ayer por la noche. El tipo que tengo vigilando la casa me ha dicho que ella salió con el niño en coche a eso de las seis menos cuarto y que no ha vuelto desde entonces. Henderson estuvo con ella hasta el último minuto. Se marchó justo antes que ellos. -Una pausa meditabunda-. Ahora, la pregunta es: ¿huía Nancy, simplemente o es que ha abandonado a su marido para siempre? ¿Adónde cree Henderson que se dirigen?

-No lo ha dicho. O, para ser más exactos, no ha querido decirlo.

-No ha querido -repitió Walker en tono neutro. Otra pausa-. ¿y dices que insistió en reunirse contigo a primera hora de esta mañana?

-Sí. De hecho, quería que nos viéramos incluso más temprano. Pero yo me negué.

-Ya. ¿Y adónde iba, después de mantener una reunión a tan intempestiva hora?

-A hacer un recado.

-Lo que me imaginaba. Probablemente se dirija a ver a la señora Stratford. Síguelo. Averigua dónde se esconde la dama. Esa información nos puede ser muy útil.

-De acuerdo. -Greg ya había pensado en aquello. Y ya se dirigía hacia la puerta del antro.

Walker soltó una risita triunfante, como si estuviera jugando una emocionante partida de ratón y gato... y ganando.

-Mientras, yo me pondré en contacto con el bueno del alcalde, y le recordaré que mañana es jueves. No olvidaré preguntarle cómo está su hijo. Eso lo pondrá, sin duda, muy, muy nervioso.

-¿Va a mantenerle usted entre la espada y la pared?

-Eso depende de lo cerca que esté de lograr lo que yo quiero. Podría darle unos cuantos días más. No puedo perder de vista mi objetivo primordial. Ni el hecho de que es potencialmente mío hasta que se recuente el último voto. Además, es divertido ver cómo Stratford se retuerce.

-Estoy seguro de que lo es. -Greg le escuchaba tan sólo a medias. Desde detrás del cristal de la puerta de entrada del local, observó a Cliff, que entraba en su coche-. Y, sólo para que lo sepa usted, Henderson ha asegurado que le contará la verdad a Stratford si se daba algún otro acto violento.

Walker gruñó, claramente impávido ante la noticia.

-Admiro a los hombres tan leales. Pero Henderson no representa ninguna amenaza, excepto para sí mismo. Que le diga a Stratford lo que quiera. Lo único que puede contarle que Stratford no sepa ya es quién se chivó sobre sus apuestas y por qué. Y eso sólo perjudicaría a una persona: al propio Henderson.

-Estoy de acuerdo. Sólo quería que usted estuviera informado.

-Greg se tensó cuando las luces del coche de Cliff se encendieron y el automóvil salió marcha atrás del aparcamiento para luego dirigirse a toda velocidad hacia la autopista-. Henderson acaba de irse. Voy a ponerme en camino. Le llamaré luego.

8.17.

Julia llegaba tarde.

Connor apoyó la cadera contra el coche de ella, consultó su reloj y volvió a mirar hacia el edificio de apartamentos de Julia. El trayecto desde allí hasta la escuela era de aproximadamente quince minutos. Así que, incluso si Julia salía ahora mismo, no iba a llegar a su mesa hasta después de las ocho y media. Obviamente, se había quedado dormida.

Y él era el motivo.

Se pasó una mano por el pelo mientras deseaba con todas sus fuerzas no tener que informarla sobre aquel último acontecimiento. La conversación que Connor se había imaginado como continuación de la noche anterior era muy distinta a la que estaban a punto de mantener.

Todavía había luz en la ventana de su apartamento. Julia estaba despierta, pero todavía no estaba lista para salir. Connor podía cruzar la calle, llamar por el interfono y subir, pero no quería manchar el recuerdo de la pasada noche entrando en la intimidad de la que se había ido tan sólo seis horas antes y soltar aquella bomba sobre Julia.

En lugar de eso, Connor esperaría allí fuera hasta que Julia saliera y... le soltaría la bomba.

Maldita sea.

Cogió el periódico que llevaba bajo el brazo y ojeó las páginas para distraerse. Automáticamente, lo abrió por la sección de política e hizo una mueca al ver que la mayoría de artículos estaban firmados por Cheryl Lager. Aquella mujer tenía opinión sobre todos los temas, y ningún escrúpulo para compartirla. Un escrito suyo casi al pie de la página le llamó la atención a Connor. Informaba sobre la propuesta de contrato del aparcamiento municipal, que estaba siendo estudiada e iba a votarse la semana siguiente en el consejo del Ayuntamiento. Aseguraba saber de fuentes fidedignas que el consejo se enfrentaba con la difícil decisión de escoger si mantenía el contrato bajo el control de la ciudad o lo asignaba a un particular que ofrecía servicio de seguridad

como parte de su propuesta. Hacía algunos intencionados comentarios acerca del reciente aumento de robos de coches en los aparcamientos públicos, dejando entrever muy veladamente que quizás una compañía privada cumpliría mejor con el cometido de proteger las propiedades de los residentes que el Ayuntamiento hasta ahora. En tres párrafos, conseguía insultar a los funcionarios, a los usuarios del aparcamiento y al departamento de policía de Leaf Brook.

Típico de Cheryl Lager.

Con un soplido de disgusto, Connor dobló el periódico y lo tiró en la papelería más cercana. Estupendo. Justo lo que Stephen necesitaba. Publicidad que generara más presión y más opinión pública. Fuentes fidedignas... sí, seguro. Connor podía apostar hasta su último dólar a que la pequeña vocecilla que había susurrado al oído de Cheryl Lager pertenecía a Philip Walker.

El ruido de una puerta al cerrarse y unos apresurados pasos interrumpió sus pensamientos. Connor levantó la vista a tiempo de ver a Julia corriendo hacia su coche mientras se colocaba unos papeles bajo el brazo.

La joven se detuvo en seco al ver a Connor, y la sorpresa se dibujó en su rostro.

-Connor. -Se acercó a él-. ¿Qué estás haciendo aquí? -Esbozó una ligera sonrisa-. Pensaría que has dormido en el parking de no ser porque es obvio que te has duchado y cambiado de ropa.

Él quería estrecharla entre sus brazos y besarla. En lugar de eso, se limitó (no sin esfuerzo) a rozarle la mejilla con los nudillos. Julia estaba radiante, guapísima incluso con sombras de agotamiento bajo los ojos.

-Tengo que hablar contigo -le dijo Connor sin preámbulos-. Quería verte antes de que te fueras a la escuela, en parte porque quería un poco de intimidad para lo que tengo que decirte, y en parte porque no quería pillarte desprevenida en tu lugar de trabajo.

La sonrisa de Julia se desvaneció ante la gravedad de aquel tono. -¿Qué pasa?

-Se trata de Brian. Nancy se lo ha llevado por un tiempo. Hasta que vuelvan, no irá a la escuela.

Julia abrió los ojos de par en par, asombrada.

-¿Se lo ha llevado... por qué? ¿Adónde? ¿Está Brian más enfermo de lo que creíamos?

Aquello era más difícil de lo que Connor había esperado. -Nada de eso. La historia que le vamos a contar a la prensa es que la hermana de Nancy, en California, ha sufrido una caída y está de baja unas semanas. Nancy y Brian han ido allí para ayudarla y para que Brian pase unos días con sus primos.

Julia meneó la cabeza, como si no pudiera procesar lo que Connor le estaba diciendo.

-Debes de estar equivocado. ¿California? Eso no tiene ningún sentido. Brian tiene una infección de oído. Volar en avión sería doloroso... y peligroso. La señora Stratford jamás... -De repente, Julia cayó en la cuenta de las palabras que Connor había utilizado-. ¿La historia que le vais a contar a la prensa? -Se apoyó en el coche-. En otras palabras, la mentira que les vais a colar.

Connor no se lo negó.

Julia, escúchame. Necesito tu ayuda. Eres la única persona de fuera de la familia que sabe que Brian tiene una infección de oído, aparte del médico y el farmacéutico, que no pueden decir nada por confidencialidad. Sé que ha faltado un día a clase, pero podemos explicar eso diciendo que su infección era una falsa alarma y que, cuando se recibió la llamada de la hermana de Nancy, ella se puso inmediatamente en camino y se llevó a Brian. Te pido por favor que sigas la corriente de la historia y no pongas obstáculos.

-¿Por qué? -le espetó Julia.

-Por el bien de Brian. Es todo lo que puedo decir. Esto tiene que ver con una crisis familiar sobre la que no puedo hablar. Tienes que confiar en mí.

-¿Confiar en ti? Julia parecía debatirse entre la furia y el llanto-. Me dijiste que Brian estaba bien, que sus padres estaban completamente dedicados a lograr su bienestar emocional. Me hiciste creer que había habido un punto de inflexión en lo que fuera que estaba sucediendo. Ayer mismo estabas sentado frente a mí, a la mesa, y decías... Julia se calló y tomó aire como si acabaran de darle una bofetada-. Dime una cosa, Connor -dijo en un tono frío y distante-. ¿Cuándo se han marchado la señora Stratford y Brian en su viaje hacia el otro lado del país?

Un silencio.

¿Cuándo? -insistió Julia.

Connor tragó saliva, pero no desvió la mirada.

-Ayer por la noche.

-Ayer por la noche. Mientras tú estabas en mi cama.

Distrayéndome para que yo no complicara las cosas intentando ver a Nancy Stratford o hablar con ella.

-¡Maldita sea, no! -Connor asió a Julia del brazo y lo apretó con fuerza cuando ella intentó soltarse-. Eso no es así. Yo no tenía ni idea de que Nancy se marchaba. Jamás te habría utilizado de ese modo.

-Bien. -Las lágrimas centelleaban en sus pestañas, Y Julia hizo un esfuerzo por mantener el control. Consiguió zafarse de Connor y manoseó torpemente las llaves hasta lograr abrir el coche-. Una mentira más. Cada uno de vosotros, los Stratford, siempre sabe los movimientos que hacen los demás. Sea lo que sea lo que está pasando, debe de ser un enorme escándalo. ¿Ha sido tu hermano el que ha enviado lejos a su esposa e hijo, o se han ido ellos por su cuenta?

Era una pregunta retórica, que ambos sabían que Connor no iba a responder. Ni Julia esperaba tampoco una respuesta.

Cogió la manecilla de la puerta del coche y tiró de ella... en vano, ya que Connor no la dejaba abrir la puerta.

-En cuanto a mí -siguió Julia-, yo era un pesado moscardón, un obstáculo en potencia que tenías que desviar. Bueno, lo lograste por completo, realmente. Felicidades. Misión cumplida. Ahora, sal de mi camino y déjame ir a la escuela.

Connor se negó a moverse.

-No hasta que me escuches.

-Ya te he escuchado lo suficiente -replicó ella, dándole un empujón-. No te preocupes. No me entrometeré en tu pequeño Plan. No le haría eso a Brian. Sea lo que sea lo que está pasando, él está a salvo dondequiera que su madre se lo haya llevado. Y, si es lista, se quedarán allí. ¡Ahora apártate de mi camino! No tenemos nada que decirnos.

Connor la hizo volverse hacia él y le levantó la barbilla.

-No estás diciéndome que no quieres saber nada más de mí, ¿Verdad?

-¿Acaso tengo pinta de estar de broma?

-Julia...

-No intentes convencerme de que significo algo para ti. Sería una mentira aún mayor que la que acabas de decirme. Y un insulto, además. Significo tan poco para ti como tú para mí.

Connor apretó los dientes con fastidio. -¿Y ahora, quién miente?

Un destello de puro dolor cruzó el rostro de Julia.

-Bastardo. Cualquier sentimiento que yo tenía hacia ti, acabas de matarlo. Ahora aléjate de mí. No quiero tener nada que ver contigo, nunca más.

-¿Y qué pasa si estás embarazada? -Connor soltó aquellas palabras con desespero.

Y deseó no haberlas dicho en cuanto vio la reacción de Julia.

Se quedó pálida como un papel, y él notó que empezaba a temblar.

-No lo estoy -le rebatió.

-¿Estás segura? -Connor luchaba por algo que significaba para él mucho más de lo que había imaginado-. Eyaculé tres veces dentro de ti ayer por la noche. No llevaba condón. Y dudo que tú estés tomando la pastilla.

Lenta, pero muy aplicadamente, ella recobró su semblante sereno.

-Tienes razón, no estoy segura. Pero no tienes por qué preocuparte. Puede que sea una inexperta, pero no soy una ignorante. Acabo de pasar mi período. Un embarazo no es posible.

-No es probable, quizá, pero no es imposible. -Connor le aguantó la mirada-. Si estás embarazada, ese bebé es mío.

-De acuerdo. Julia abrió la puerta del coche de un tirón- Si se diera ese improbable caso, te enviaré una partida de nacimiento Y no esperes ver el apellido Stratford en ella. Adiós, Connor.

Se metió en el coche, puso la llave, y encendió el motor antes incluso de que la puerta acabara de cerrarse. Dio marcha atrás, Connor tuvo que apartarse de un salto para evitar que lo atropellara mientras ella viraba el volante, daba gas a fondo y salía zumbando del aparcamiento.

Capítulo 20

Más tarde, Julia se preguntó cómo se las había arreglado para pasar el día dando clases.

Había estado impartíendolas con el piloto automático: repartiendo papeles, enseñando la tabla de multiplicar del siete, supervisando el recreo... Los niños parecían darse cuenta de que estaba preocupada, porque se portaron inusualmente bien, llegando incluso a saltarse su acostumbrada pelea por quién salía a borrar la pizarra. Incluso Robin se mantuvo a distancia. Se acercó a Julia durante el recreo y le preguntó por su cita con Connor.

-Se acabó -replicó Julia, concisa-. En todos los sentidos de la palabra. Fin del asunto.

Al ver los oscuros círculos bajo los ojos de su amiga, y la prieta línea que dibujaban sus labios, Robin frunció el ceño.

Julia, ¿estás bien?

-No, pero lo estaré. -Julia le dio la espalda y se alejó.

Las cosas no mejoraron al ir avanzando el día. La falsa historia acerca de la larga visita de Brian a su tía recorrió la escuela entera. Casi al final de la jornada, Jack Billard, el servicial director de Julia, que estaba encantado con el hecho de que el hijo del alcalde fuera a su escuela (y con la publicidad que eso significaba) pasó un momento por su aula para sugerirle que preparara unos cuantos deberes para Brian. La instó amablemente a que anotara las lecciones que daría durante la semana, que seleccionara los libros de texto necesarios y adjuntara dicha nota y que hiciera un paquetito con todo y se lo entregara al alcalde para que él se lo enviara a Brian.

-¿Lo ha pedido el alcalde? -le preguntó Julia.

Jack frunció el ceño, un tanto incomodado.

-Aún no. Pero está muy involucrado en la educación de Brian. Así que me gustaría anticiparme a su requerimiento.

Lentamente, Julia respiró hondo.

-De acuerdo, pero necesitaré algún tiempo para repasar mi plan docente de esta semana e imprimir todas las fichas de trabajo que complementarán las lecciones de los libros de texto. ¿Será demasiado tarde si lo entrego mañana? Dudo que Brian se meta de lleno en sus deberes nada más bajar del avión. Julia casi se atraganta al decir esto último, a sabiendas de lo falso que era.

Claramente aplacado, Jack asintió con la cabeza.

-Estupendo. Puedes llevarlo todo al Ayuntamiento mañana a primera hora. Ya lo arreglaré para que alguien te sustituya hasta que llegues a tu aula.

-Muy bien. Julia se echó para atrás en su silla-. ¿No le gustaría llevar el material usted mismo?

-Sería demasiado obvio -repuso él-. No quiero que el alcalde piense que soy un pelotilla.

«Aunque lo seas», pensó ella.

Julia se quedó media hora más después de las clases imprimiendo fichas de trabajo y reuniendo los libros de Brian. Decidió escribir la hoja de lecciones en casa, porque la cabeza le retumbaba tanto que apenas podía pensar. Necesitaba un baño de agua caliente, dos Tylenol y unas cuantas horas de tranquilidad, a solas, para meditar Aquello no borraría el dolor que le atenazaba el corazón, pero al menos le daría un poco de perspectiva. Y quizás una pizca de paz.

Pero, al parecer, todavía no era el momento de tenerla.

Como si aún no hubiera aguantado suficiente tormento por hoy, Julia salió de la escuela a las cuatro de la tarde para encontrarse con que Cheryl Lager la esperaba junto a su coche.

-Ah, señorita Talbot -la saludó alegremente la periodista Esperaba poder hablar un minuto con usted.

Su paciencia se estaba agotando, y Julia estaba a punto de estallar

-Estoy muy cansada, señorita Lager. Y no se me ocurre de qué tenemos que hablar.

-De Brian Stratford, desde luego. ¿Sabía usted que su madre se iba a llevárselo de viaje?

En los ojos de Julia destelló una gélida mirada.

-La señora Stratford no tiene que consultar sus decisiones de madre o sus viajes conmigo. Además, según tengo entendido, hubo una emergencia familiar. Así que dudo que ni siquiera la señora Stratford supiera que se iba de viaje. -Le pidió a Cheryl Lager con un gesto que se apartara, y se inclinó para abrir la puerta del coche, pensando que era la segunda vez en un día que tenía que sortear a alguien físicamente para entrar en el vehículo.

Le dolía pensar en la primera vez.

-¿No le parece que es demasiada coincidencia lo oportuno de este viaje? -insistió la señorita Lager.

-Las emergencias nunca suceden en el momento esperado. Por eso se las llama emergencias. Y lo que me parece es que usted debería atenerse a los hechos y evitar las insinuaciones. Ahora, si me disculpa... Julia se metió en el coche.

Cheryl Lager apoyó una cadera contra la puerta abierta.

-Si no quiere hablar de Brian Stratford, quizá podemos charlar sobre su tío. Corre el rumor de que se está viendo con él. ¿Es cierto? Desde luego, eso explicaría por qué tiene tanto interés en proteger a su familia.

Julia sintió que la ira le subía por la garganta. Levantó la cabeza, forzándose a disimular cualquier emoción que no fuera la cólera. -Me ofende su acusación -replicó en un tono de controlada furia-. De hecho, diría que constituye una calumnia. Ahora apártese de mi camino o presentaré una denuncia contra usted. -Tiró de la puerta del coche hasta que Cheryl Lager cedió.

Treinta segundos más tarde, ya había salido del aparcamiento de la escuela e iba de camino a casa.

Menos mal que Cheryl Lager no intentaba seguirla. Tal como Julia se sentía, quizá la habría empujado fuera de la carretera. Las desagradables insinuaciones de aquella mujer iban más allá aún del perodismo rastrero. Ya habría sido asqueroso preguntarle a Julia sobre su relación con Connor, hurgando por ahí como una columnista de la prensa amarilla a la caza de un jugoso tema de cotilleo.

Pero, ¿insinuar que Julia formaba parte de algún tipo de conspiración de los Stratford? Aquello pasaba de la raya. Julia ya había aguantado lo suficiente de Cheryl Lager. Una sola pregunta más en ese tono, y presentaría una denuncia.

Entró en la autovía dándole vueltas a la oscura ironía de la pregunta de Cheryl Lager. Si se estaba viendo con Connor Stratford, pensó amargamente. Bueno, eso sí era una auténtica contradicción, Julia dudaba que nadie viera realmente a Connor jamás. Aquel hombre era un enigma tan perfecto, que Julia dudaba que nadie jamás llegara a conocerlo.

Imágenes de la noche anterior se sucedían en su cabeza casi con cada retumbante latido. Imágenes que tan sólo unas horas antes había casi venerado, y que ahora le parecían falsas y sucias.

Gustarse. Confiar.

Bueno, Connor y ella habían tocado esos temas, desde luego, recordó con lágrimas en los ojos. El problema era que sólo habían hablado de lo que a él le gustaba y en lo que él confiaba. No habían llegado a hablar sobre las dudas que Julia tenía respecto a Connor y que la corroían. Así que aquel hombre no sólo era un enigma, sino que era un maestro de la manipulación. Por no mencionar ya que también era un maestro de la seducción. Ella había caído en sus redes como una pardilla.

Igual que seguir una luz siniestra en una hermosa noche. Allí había estado Julia, zambulléndose en algo mágico que, según ella creía, estaba sucediendo entre ambos, y Connor tan sólo la había mantenido ocupada mientras se llevaban a Brian. Lo cual, por la definición de Connor acerca de lo que importaba de veras, tenía mucho sentido. Dada la preocupación de Julia por el estado anímico de Brian y su persistencia en ponerse en contacto con su madre, ella era una amenaza. Los Stratford no podían arriesgarse a que apareciera en su puerta y les echara a perder su bien planeada desaparición justo ahora, ¿no era así?

Julia llegó a casa con un dolor de cabeza que se había convertido en una fuerte migraña. Entró tambaleante en su apartamento y dejó el correo sobre la mesa de la cocina. Luego, se tomó dos Tylenol y se dirigió al baño para llenar la bañera. Pasó junto al contestador auto mágico y vio que había en él tres mensajes. Fantástico. ¿Qué pasaba ahora?

El primer mensaje, grabado hacia las dos de la tarde, era de su madre, que le decía que la conferencia del viernes por la noche había sido cancelada porque la invitada a la charla (la agente especial del FBI Patricia Avalon, experta en crímenes contra menores) había sido requerida para una emergencia. En circunstancias normales, Julia se habría llevado un disgusto. Pero esta vez se sintió aliviada. No se veía capaz de soportar las atrocidades que sin duda la agente especial Avalon expondría. Y tampoco de tomar un café con su madre después. Su madre tenía el don de ver claramente lo que le pasaba a su hija. Y Julia no estaba preparada para hablar sobre Connor.

El siguiente mensaje se había recibido a las dos y cuarenta y cinco. Era de Greg. Por cómo sonaba su voz, lejana y apagada, y por el ruido de carretera de fondo, Julia supo que la había llamado desde el coche. Sólo le decía que ya sabía que no la iba a encontrar en casa, pero que le encantaría saber de ella aquella misma noche o mañana, y poder quedar para salir a tomar una copa o ir al cine durante el fin de semana.

Bueno, aquello sí sonaba sencillo: verse con un amigo y charlar sobre nimiedades. Julia quizás aceptaría la invitación de Greg. Pero no lo llamaría aquella noche. Hoy, necesitaba tener su propio espacio. El tercer mensaje, de hacía sólo cinco minutos, era de Connor.

-Julia, coge el teléfono -le ordenaba. Larga pausa-. Maldita sea, ¿estás ahí? Si estás, coge el teléfono. -Honda respiración-. De acuerdo, quizá no has llegado aún. Has salido más tarde de la escuela. Lo sé porque he pasado a verte, pero ese buitre de Lager te esperaba junto al coche. No quiero proporcionarle más carnaza sobre nosotros, así que me he marchado. Pero tú y yo tenemos que hablar. -Otra pausa-. No vas a librarte de mí. No hasta que me hayas escuchado. Así que llámame al móvil en cuanto llegues a casa. O te llamaré yo, aunque tenga que hacerlo durante toda la noche.

«Clic».

Julia se quedó mirando al contestador, con los ojos llenos de lágrimas. Luego, pulsó la tecla de borrado y se metió en el baño.

Fiel a su palabra, Connor la llamó a cada hora, y le dejó breves mensajes en los que se adivinaba más furia y desazón a medida que transcurría el tiempo.

Julia los ignoró y se dedicó a darse el baño de agua caliente, mordisquear un bocadillo y organizar los deberes de Brian para entregárselos a su padre al día siguiente.

Se preguntaba dónde estaba Brian, adónde se lo había llevado la señora Stratford y, sí, por qué. Fuera cual fuera la presión que sufría el alcalde Stratford, era obviamente mucho más grave de lo que Julia había pensado. Rogó que Brian mejorara con su temporal cambio de ambiente, que lo que iba mal se arreglara con rapidez y que la solución trajera a Brian de vuelta a casa pronto. Ya le echaba de menos.

Eso la llevó a otra línea de pensamiento, una línea que ella había intentado por todos los medios evitar, pero que ya no podía soslayar. Su mano se posó, vacilante, sobre su abdomen, y se quedó allí unos instantes. Julia aún oía la voz de Connor, que le recordaba bruscamente que podía estar embarazada.

Y no es que ella no hubiera considerado ya esa posibilidad. En varias ocasiones, antes del amanecer, mientras yacía despierta en la cama, mirando al techo y reflexionando sobre las horas que Connor y ella habían pasado juntos allí, se descubrió a sí misma preguntándose si habría sucedido lo improbable y estaría embarazada.

¿Se parecería a Brian el bebé? ¿Tendría la mente rápida y el cariñoso carácter de Brian? ¿Llevaría el béisbol en los genes, como lo llevaban Brian y ella misma? ¿Tendría la intensa sagacidad de Connor, su don de leer en las personas?

Maldita sea, no. Julia no iba a ponerse a pensar en aquello. Retiró la mano, como si su abdomen la quemara. La noche pasada se había acabado, y había dado paso a la realidad de hoy. Era improbable que ella estuviera embarazada. Pero si lo estaba... bueno, a Julia le encantaban los niños. Compartiría aquel amor con su propio hijo. Punto. Fin del asunto.

Abandonó aquella línea de pensamientos y volvió a concentrarse en la tarea de terminar la organización de los deberes de Brian. Luego se tomó una taza de manzanilla con la esperanza de calmar sus nervios, y se fue a la cama.

El teléfono la despertó.

Antes de tener la cabeza suficientemente clara para darse cuenta de sus actos, buscó a tientas el auricular y lo descolgó.

-¿Diga?

Connor soltó el aire entre dientes.

-Por fin. ¿Qué ha pasado? ¿Te has hartado de aguantar los timbrazos, o estabas tan dormida que te has olvidado de no contestar?

Julia se despertó inmediatamente y por completo. Miró el reloj. -Connor, es más de medianoche.

-Sé qué hora es. Mi próxima llamada tenía que ser a la una y cuarto

Las emociones que se habían ido acumulando en el interior de Julia durante todo el día estallaron de repente.

-¿Es que no entiendes un concepto claro? No quiero hablar contigo. No quiero escucharte. No me interesa nada de lo que puedas decirme. Me utilizaste. Me mentiste. No son cosas a las que se pueda dar ninguna explicación. Buenas noches.

-No te atrevas a colgar -le ordenó él-. Jamás te he utilizado. Lo de ayer por la noche fue real. Tú lo notaste. Sé que sí. Deja de comportarte como una niña con esa condenada tozudez y acéptalo.

-De acuerdo, de acuerdo fue real -consiguió decir Julia, incorporándose hasta quedar sentada en la cama, y deseando poder borrar el recuerdo de Connor tumbado junto a ella-. Por mi parte, al menos. Para ti, no sé lo que fue. No sé lo que eres tú. -Intentó no perder el control-. Veo que no niegas haberme mentido. ¿Te importaría hacerlo?

Jamás te he mentido. Tan sólo he matizado la verdad. -Perfecto. Sigues corrigiéndome. Has matizado la verdad. Y todo para proteger el glorioso apellido Stratford. Por cierto, en caso de que te preocupe, no le he dicho nada a Cheryl Lager. Me ha interrogado sobre el viaje de Brian. Incluso me ha dado la tabarra sobre nosotros dos. Me la he sacado de encima en ambos temas. ¿Satisfecho?

-¿Te ha preguntado sobre nosotros dos? -Connor estaba claramente enfurecido-. ¿Qué demonios quería saber?

-Si yo protegía a tu familia por nuestra relación personal.

-Mierda -gruñó Connor entre dientes. Sonaba como si quisiera atizarle un puñetazo entre las cejas a Cheryl Lager-. Siento que hayas tenido que soportar eso. No te lo mereces.

-No, no me lo merezco. De todos modos, no siempre tenemos lo que merecemos. Como el pobre Brian, que ha sido apartado de su vida normal por Dios sabe qué motivos. Lo más probable es que se sienta totalmente aturdido. Y me imagino que también lo está su madre. ¿Se va a separar ese matrimonio? ¿Va a tener que pasar Brian por una familia rota, como guinda final?

-Julia, no te he llamado para hablar de Brian. O de Nancy y Stephen. Te he llamado para hablar de nosotros.

-Ah, otra de tus respuestas evasivas. Bueno, pues ahí va mi respuesta directa. No existe tal «nosotros». Por lo tanto, no tenemos nada de qué hablar.

-Porque crees que ayer noche te estaba utilizando. -La voz de Connor rezumaba ira e incredulidad.

Julia tragó saliva con dificultad para deshacer el nudo que le atenazaba la garganta.

-Incluso si no me utilizaste, no importa. Mi primer instinto ha sido dudar de ti. Creo que eso lo dice todo.

-Lo único que dice es que te equivocas.

-Quizás esta vez. Pero habría otras. Como ya te he dicho, no confío en ti. Y dudo que confíe jamás. -De repente, una verdad aún más honda golpeó a Julia-. Pero, ¿sabes qué? No se trata sólo de mi confianza. Se trata de la tuya. Tú no confías en nadie, Connor. Nunca has aprendido a hacerlo.

Lentamente, Julia volvió a dejar el auricular en su sitio.

Capítulo 21

12 de abril
8.45

Connor llenó de nuevo su taza de café, y luego se acercó a la ventana panorámica del despacho de Stephen y miró hacia fuera con la mirada perdida.

-¿Así que Walker llamó ayer?

-Sí. Por la noche, tarde. Llamó a casa. Tú ya te habías ido a la cama.

-Oí el teléfono. Tuve la esperanza de que quizás era Nancy.

Stephen se dejó caer en su sillón, sintiéndose como si hubiera envejecido diez años en esa última semana.

-No hubo esa suerte. No sé nada de ella.

-Llamará. Dale tiempo. -Connorladeó la cabeza-. ¿Qué dijo Walker?

-Más o menos lo que esperábamos. Me recordó que sólo faltaban unas pocas horas para que fuera jueves. Y luego preguntó cómo le iban los lanzamientos a Brian. -Tragó saliva con dificultad, angustiado-. Quería saber si Brian se mantenía firme bajo presión. O si con el tiempo se desanimaba y necesitaba que lo relevaran.

-Maldito bastardo. Se mofa de ti. Eso es un pequeño recordatorio sobre el paquete que él envió con la gorra de béisbol de Brian.

-Sí, pero el lado bueno es que se trataba sólo de una mofa. No se veía interesado en centrar la atención en Nancy y Brian. Está claro que sabe que se han ido. Debe de tener hombres vigilando la casa y los alrededores. Dijo algo acerca de prestarme un lote de vídeos porno para mantenerme ocupado mientras estoy solo en casa, por la noche, durante esta difícil temporada, dure lo que dure. Después, volvió a hablar de negocios, sin más.

-Condenado maldito bastardo. -Connor bebió un trago de café-. Pero me alegra que su atención no se centre en tu familia, ¿Cómo respondiste tú a su mención del inminente fin del plano el jueves?

-Con el genuino estilo Stratford -replicó amargamente Stephen-. Disimulé mi miedo. Le dije que resolvería lo del contrato del aparcamiento municipal a su favor, pero que necesitaba disponer de unos cuantos días más.

-¿Utilizaste la historia de los trapos sucios de los consejeros que estás a punto de airear?

-Sí. -El tono de Stephen era burlón-. De hecho, Walker pareció estar intrigado por el asunto. Dijo que admiraba mi iniciativa. Y me concedió una prórroga. Hasta el martes.

-Es lo que necesitamos. -Connor se pasó una mano por el pelo-. A mí deberían llegarme unas respuestas preliminares de mis contactos a primera hora de la tarde. Podría haberlas presionado para que me las dieran esta mañana, pero pensé que nos convenía recibir llamadas de este estilo si nuestro padre va a entrar por esa puerta dentro de quince minutos.

-Decididamente, no. No queremos que papá sepa nada. Será mejor que nos veamos con él tranquilamente, y que luego nos concentremos en Walker.

-Estoy de acuerdo. -Connor se volvió y miró a su hermano-. Puede que papá no tenga a hombres vigilándote, pero lo que sí tiene son mil ojos. Estoy seguro de que ahora mismo ya está al corriente del viaje de Nancy y Brian. Lo mencionaban en la prensa de esta mañana.

Stephen soltó una risita llena de amargura.

Jamás he dudado que papá llegaría a saberlo. Estoy seguro de que ha leído cualquier artículo que se refiera a mí... y han habido muchos, gracias a nuestra amiga Cheryl Lager. Tendrá páginas enteras de notas para someterme a interrogatorio. -Stephen jugueteó con un bolígrafo-. En cuanto a lo que voy a decirle acerca de Nancy y Brian, empezaré con lo mismo que les dijimos a los periodistas. Después improvisaré según sus preguntas y reacciones. Tú sígueme.

Connor asintió.

-Por cierto, cuando todo esto termine, voy a demandar a Cheryl Lager. La empapelaré por todos lados.

-Como gustes. -Stephen hizo un gesto amplio con el brazo-. Tienes mi bendición.

-Esa mujer no sólo nos persigue a nosotros, persigue a Julia también. Ayer la abordó a la salida de la escuela, e incluso la acusó de mantener en silencio lo que sabe acerca del viaje de Nancy y Brian porque tiene una relación personal conmigo. La muy bruja. Ahora, ni se me ocurriría intentar ver a Julia en la escuela, no si Brian está fuera de la ciudad y no hay una razón justificada para que yo aparezca por allí. Lo más probable es que Lager esté acechando tras los arbustos con un fotógrafo, esperando robar unas instantáneas que confirmarían la relación entre Julia y yo, y darían credibilidad a su teoría de la conspiración. -Una amarga pausa-. De todos modos, Julia tampoco me hablaría.

Stephen enarcó una ceja, intrigado.

-La molestaron bastante las insinuaciones de Cheryl Lager, supongo.

-Entre otras cosas, sí.

-¿Te culpa a ti de lo que está pasando?

-Diana. Cree que yo era un reclamo para distraerla mientras Nancy se iba.

-Bromeas.

-¿Tengo pinta de estar bromeando?

Stephen observó a su hermano.

-No, tienes pinta de estar pasándolo mal. Esa mujer te importa de veras, ¿no es así?

Connor resopló lentamente.

Dejemos esta conversación para otro momento, ¿de acuerdo? Hace días que no duermo, estoy llegando a mi límite, y quiero que la reunión con papá vaya bien. ¿Cuándo viene Cliff?

Stephen consultó rápidamente su reloj.

-Debe de estar al caer. -Esbozó una leve sonrisa-. Con un poco de suerte, él y papá tendrán negocios de los que hablar durante la comida. Eso reducirá la tertulia al mínimo.

-¿Le has dicho a Cliff la verdad acerca de Nancy? Stephen meneó la cabeza.

-Ayer Cliff estuvo ocupado con un cliente de fuera de la ciudad la mayor parte del día. Además, no quiero colocarlo entre Nancy Y yo. Está demasiado implicado en la vida de Nancy, ya sabes.

-¿Crees posible que él sepa dónde están ella y Brian?

-Quizá. -Connor supo por la tensión que de repente se reflejaba en el rostro de Stephen que su hermano ya había pensado en aquello mucho antes-. Pero si por casualidad ella se lo dijo, él jamás traicionará su confianza. Y, lo que es más: si Nancy se lo dijo, yo no quiero saberlo.

Se oyeron unos golpecitos en la puerta, y Cliff entró en el despacho.

-Celeste me ha dicho que podía pasar. ¿Estáis a punto? -preguntó, cerrando la puerta tras de sí.

Jamás me he sentido tan a punto. -Stephen observó con mirada serena a su amigo mientras éste iba a servirse un poco de café-. Supongo que has hablado con mi padre esta mañana, ¿no?

-No hace ni diez minutos. Su chofer acababa de dejar la autopista por la salida de Leaf Brook. Llegará hacia las nueve.

Connor también observaba atentamente a Cliff. -Tienes tan mal aspecto como nosotros. ¿Va todo bien?

Cliff se frotó la nuca. Su rostro reflejaba fatiga.

-Sí, sólo que estoy agotado. Supongo que necesito unas vacaciones.

-Bueno, hoy no te las puedes tomar. -Stephen se dio cuenta de que le había respondido en un tono demasiado brusco-. Lo siento. Yo también estoy agotado. ¿De qué humor está mi padre?

Cliff se encogió de hombros.

-Es difícil adivinarlo, sobre todo por teléfono. Hemos hablado unos tres minutos. Quería ultimar detalles sobre una adquisición en la que estamos trabajando. No quería perder el tiempo haciéndolo mientras está aquí. Parecía estar meditabundo y tener cierta prisa.

-Como siempre -murmuró Stephen.

Se oyeron otros golpecitos en la puerta, y los tres hombres intercambiaron miradas de sorpresa.

-¿Desde cuándo llama papá a la puerta-, -dijo en voz alta Connor, expresando lo que los tres pensaban.

--Nunca -respondió Stephen-. Pasa como una exhalación por delante de Celeste y entra. ¿Sí? -dijo, levantando la voz.

Celeste asomó la cabeza, frunciendo la nariz en un gesto de disculpa

-Perdóneme, señor, pero he olvidado por completo comentarle que la señora Talbot pasará por aquí antes de las nueve. Ha dicho que no le era necesario verle a usted, que podía dejarme los

deberes de Brian a mí. Pero, ya que es la profesora de Brian, he pensado que usted debía saber que la señorita está aquí, y...

-Hazla pasar -la interrumpió Connor.

Celeste se sobresaltó un poco y luego miró al alcalde para recibir corroboración.

Stephen se la dio con un asentimiento de cabeza.

-Hazlo, Celeste.

Esperó hasta que ella se hubo marchado y, después, le dedicó una larga mirada de soslayo a Connor.

-Esto será un culebrón muy interesante. Julia y tú, discutiendo. Y entonces llega papá. Sólo nos falta la bolsa de palomitas.

-Muy gracioso. -Connor fruncía el ceño-. ¿La esperabas? -No. No he pedido los deberes de Brian. Tenía la intención de esperar a que Nancy y él estuvieran instalados. ¿Sabe Julia que tú estás aquí?

-Por supuesto que no. -Connor se frotó la mejilla con la palma de la mano-. Si no, no habría venido.

Stephen sonrió de medio lado.

-Estás realmente enamorado, ¿verdad?

Connor ni siquiera escuchaba. Tan sólo miraba la puerta.

Un instante después, ésta se abrió, y Julia entró en el despacho con una bolsa de papel en un brazo.

-Disculpe que le interrumpa, alcalde Stratford, pero... -Vio a Connor y se detuvo en seco, con un destello de dolor en los ojos-. Oh, no sabía que había alguien aquí, con usted.

-No pasa nada -la tranquilizó Stephen, poniéndose en pie-. Te presento a mi abogado, Cliff Henderson. Y ya conoces a Connor. -Sí.-Su tono era seco, y evitó cruzar su mirada con la de Connor mientras estrechaba la mano de Cliff.

-Mi secretaria me ha dicho que has traído los deberes de Brian, ¿no? -preguntó Stephen, atónito.

-Sí, los deberes para toda la semana. -Ignorando aún a Connor, Julia se acercó a la mesa y le entregó la bolsa a Stephen-. El señor Billard pensó que usted querría enviárselos a Brian a California,

-Parecía estar a punto de atragantarse al decir esa mentira-. De ese modo, no irá retrasado cuando vuelva a casa.

Stephen cogió la bolsa. Su rostro reflejaba sincera gratitud.

-Lo agradezco. A ti y a Jack. Estoy, seguro de que Brian se pondrá muy contento.

-¿Cómo está? -dijo de repente Julia, como si no pudiera evitarlo-. Le echamos de menos. La clase no es la misma sin él. Y el equipo de béisbol se resiente.

-Yo también le he hecho de menos -repuso Stephen-. Mucho.

Apenas acababa de decir eso cuando la puerta se abrió de par en par y un majestuoso hombre de sienes plateadas, traje de diseño e implacable expresión entró en el despacho.

-Buenos días, caballeros. -Le dedicó a Julia una mirada ligeramente sorprendida mientras dejaba un maletín de cuero sobre la mesa-. Y damas.

Julia ya hacía ademán de retirarse.

-Estoy interrumpiendo una reunión. Le pido mis disculpas, alcalde Stratford. Ya me voy.

-Te acompañaré a la salida. -Connor fue tan rápido que Julia no tuvo tiempo de rehusar. Él se le puso al lado y la asió del brazo con la fuerza suficiente para que ella no pudiera soltarse sin hacer una escena... cosa que sabía que Julia no haría-. Hola, papá -saludó a Harrison Stratford-. Me alegro de verte. Te presento a Julia Talbot, la maestra de Brian.

-Oh, vaya. -Un destello de interés brilló en aquellos ojos de gélido azul-. Es un placer conocerla, señorita Talbot.

-Gracias, señor Stratford. Igualmente. -Inclinó breve y cordialmente la cabeza-. Tiene usted un nieto excepcional. Estoy convencida de que se siente muy orgulloso de él.

-Por supuesto. -Aquel hombre todavía estaba estudiando a Julia, y su mirada se desvió un instante hacia la mano de Connor, que asía con fuerza su brazo-. ¿Tiene su visita aquí algo que ver con Brian?

Julia vaciló, y Connor le leyó el pensamiento con tanta claridad como si lo hubiera expresado en voz alta. Julia quería hacer lo que fuera mejor para Brian. Al mismo tiempo, no tenía ni idea de lo que su abuelo realmente sabía. Y no deseaba en absoluto caminar por aquel campo de minas.

Connor dejó que Stephen tomara la iniciativa esta vez.

-La señorita Talbot ha venido a entregarme los deberes de Brian repuso concisamente, dando una explicación breve y diáfana-. Me alegro de que hayas podido venir, papá. ¿Quieres tomar algo?

-Un poco de café solo. -Harrison Stratford abrió su maletín, inclinó la cabeza hacia Cliff a modo de saludo, y volvió toda su atención a Stephen-. Tenemos mucho de qué hablar.

Ese era el momento para que Connor interviniera.

-Acompañaré a la señorita Talbot hasta el ascensor -anunció, llevando a Julia junto a la puerta-. Vuelvo enseguida.

En cuanto salieron al pasillo y la puerta se cerró tras ellos, Julia se soltó de Connor:

-Conozco el camino.

-Ya lo sé. -Le cortó el paso-. Tienes dos opciones: o dejas que te acompañe hasta el ascensor, o gritas que te estoy violando. Sólo así podrás librarte de mí.

Julia se quedó boquiabierta.

-¿Te has vuelto loco?

-Probablemente. Es el resultado de no dormir durante mucho tiempo. -Se cruzó de brazos, esperando la decisión de Julia-. ¿Y bien? ¿Qué eliges?

-De acuerdo -repuso ella, haciendo un gesto de impotencia con los brazos-, acompáñame hasta el ascensor. Pero no quiero hablar de nada. No estoy de humor.

-Trato hecho. -Connor le abrió paso con un gesto de invitación, y ambos recorrieron el pasillo, sorteando a los funcionarios, en su ir y venir, con los que se cruzaban.

Doblaron por la esquina y llegaron a los ascensores.

Como Connor había sospechado, el rellano estaba lleno a rebosar de ajetreados empleados. No era de extrañar. Eran las nueve de la mañana.

Siguió caminando.

Julia se detuvo.

-Ya hemos llegado -dijo, sin levantar la voz para no llamar la atención.

-No son estos ascensores. -Connor volvió a asirla del brazo, a sabiendas de que ella no se zafaría en público-. Vamos.

-¿Adónde vamos?

-A un ascensor que es más directo.

La llevó a la parte trasera del edificio, por un pasillo donde se encontraban los ascensores de servicio. Excelente. Tan sólo funcionaban dos de los tres.

Connor se acercó al que estaba libre.

Al darse cuenta de lo que hacía Connor, Julia intentó zafarse de él.

-¿Has perdido el juicio? -le dijo, furiosa-. Suéltame.

-Ahora mismo. -Connor la metió en el ascensor vacío y pulsó el botón de cierre de las puertas.

Éstas se cerraron.

Connor volvió la cabeza hacia Julia.

-No he planeado esto, como tampoco planeé llevarte a la cama la otra noche. Fue el destino. Ahora también. No podría haber maquinado esta excursión en ascensor. Ni siquiera sabía que ibas a venir hoy aquí. Como tampoco sabía que Nancy iba a marcharse. A veces, las cosas simplemente ocurren. En otras ocasiones, aprovechamos la oportunidad. Como yo en este momento.

Pulsó el botón rojo que detuvo en seco el ascensor.

Inmediatamente, la alarma empezó a sonar con su agudo y penetrante timbre.

-Connor. Julia lo miraba fijamente, atónita-. ¿Qué es lo que piensas... ?

-Sh... Has dicho que no querías hablar, ¿recuerdas? -La atrajo entre sus brazos, haciéndola echar la cabeza hacia atrás y posando los labios sobre los de ella antes de que Julia pudiera siquiera respirar-. Tan sólo disponemos de un minuto -murmuró, saboreando su roce y su sabor-. Pero necesito que sepas lo equivocada que estás. Que recuerdes lo maravilloso que era. No te me resistas, cariño. -Le asió ambos brazos, que intentaban apartarlo, y se los colocó rodeándole el cuello-. Durante los pocos segundos que tenemos antes de que aparezcan los mecánicos y arreglen este trasto, no te me resistas. No te resistas a ninguno de nosotros dos.

Julia abrió la boca para protestar, y Connor aprovechó la ocasión al vuelo. Su lengua se deslizó entre los labios de Julia, se enroscó a la suya y la acarició con movimientos suaves y sensuales que le hicieron retumbar la cabeza de delicia. Connor sabía que estaba utilizando el deseo que Julia sentía por él como arma, pero no le importaba. No si con ello lograba hacerla entrar en razón, si la forzaba a ver la realidad. Además, volverla a tener entre sus brazos era como una sacudida a su propia -y asentada realidad... al menos, la realidad que Connor había conocido

durante treinta y cinco años. Estaba muy enamorado. Realmente enamorado. Y no tenía ganas de que se le pasara.

Esperó sólo hasta que sintió que Julia respondía y se sumergía, casi en contra de su voluntad, en el beso, antes de llevarla hacia una de las paredes del ascensor, hacerle apoyar la espalda, levantar su cuerpo hasta que ambos encajaron, y mantenerla allí, sujeta con el peso del cuerpo de Connor.

-Me vuelves loco -murmuró contra sus labios entreabiertos-. Cuando te toco, pierdo la cabeza. Podría olvidarme de todo este maldito mundo y hacerte el amor aquí mismo, ahora mismo, incluso si nos encontrara la plantilla de mantenimiento en pleno. -Le levantó la falda, se colocó entre sus muslos y presionó su erección contra la hendidura.

Julia gimió, con una reacción instantánea aunque involuntaria. Se arqueó para hacer más profundo el contacto, y su cuerpo se relajó contra el de Connor en un deseo inequívoco.

Él tuvo que reprimir sus ganas de romperle las medias y acabar con aquella situación. La deseaba tanto que temblaba. Pero no era aquel el motivo por el que la había llevado allí. El motivo era obligarla a enfrentarse con la verdad.

-Julia. -Su voz era un ronco susurro, apenas audible bajo la estridente alarma. Levantó la cabeza y enredó los dedos entre los cabellos de Julia-. ¿Cómo puedes dudar que esto sea real?

Ella tenía los ojos llenos de lágrimas.

-No lo dudo. Pero, ¿qué demuestra? ¿Que nos deseamos? Eso ya lo sabía.

-Demuestra mucho más. -Sus dedos se enroscaron con mayor desespero-. Dime que crees que no te utilicé.

Julia lo miró fijamente, con el semblante tenso y grandes ojeras de fatiga bajo los ojos.

-Está bien. Creo que no me utilizaste. Eso no significa que crea que no me utilizarías.

Connor, por favor, suéltame. Lo que necesito...

-Tragó saliva con dificultad-. No eres capaz de dármelo, simplemente.

Él abrió la boca para replicar, pero no tuvo oportunidad.

De arriba, el sonido de fuertes pisadas se mezclaba con el estruendo de la alarma.

-¡Eh! -gritó una voz-. ¿Hay alguien ahí abajo?

Connor reaccionó a la expresión de pánico y aflicción de Julia. Se separó de ella hasta que sus pies volvieron a posarse sobre el suelo. Luego, se acercó a los mandos y volvió a pulsar el botón rojo.

La sirena cesó.

El ascensor continuó su descenso y se alejó de los mecánicos, en el piso de arriba.

-Estoy bien -repuso Connor, alzando la voz, que se oyó claramente en el recién recuperado silencio-. Siento haber armado tanto alboroto. Me he apoyado contra el botón sin querer y se ha quedado trabado. Acabo de arreglarlo. Voy hacia abajo. -Se abstuvo de mencionar, a propósito, cualquier cosa que contradijera la suposición de que era un repartidor con derecho a utilizar aquel ascensor.

Al perecer, su artimaña funcionó, porque hubo un breve silencio, seguido de:

-De acuerdo. Pero la próxima vez tenga más cuidado. Ha alborotado a todo el edificio.

-Lo tendré, descuide. -Connor se volvió hacia Julia, que estaba poniéndose bien la falda-. ¿Estás bien? -le preguntó en voz baja. Ella asintió y se pasó los dedos por el pelo, peinándose. -Estoy bien, sí. Pero ahora tengo que ir a la escuela. Y tú tienes que volver a lo que sea que estás tramando con tu padre y tu hermano. -Esbozó una sonrisa triste-. Supongo que esto lo dice todo, ¿no?

Como si fuera una réplica a sus palabras, el ascensor se detuvo en la planta baja y las puertas se abrieron. Julia asomó la cabeza y su rostro reflejó alivio al comprobar que el vestíbulo se hallaba temporalmente vacío. Hizo una pausa y se volvió a mirar a Connor como si quisiera, como si necesitara, decirle algo más.

Fuera lo que fuera, cambió de opinión. Enderezó los hombros en un gesto firme (que, según Connor sospechó, también reafirmaba su resolución) y se alejó.

Aunque se sentía tentado, Connor no fue tras ella. Ahora no. No cuando a Julia la esperaba un aula llena de niños de los que cuidar, y él tenía que velar también por Stephen.

Pero más adelante... más adelante sería otra cosa.

Puede que el momento no fuera el adecuado, pero ellos dos estaban hechos el uno para el otro.

Connor lo sabía.

Y, para cuando él hubiera acabado con aquel asunto, Julia también lo sabría.

Capítulo 22

En el despacho de Stephen, el ambiente era tan tenso que podía cortarse con un cuchillo.

Connor entró y cerró la puerta tras de sí sopesando la situación. Cliff se paseaba arriba y abajo, ojeando unos papeles como si estuviera buscando datos sobre los que informar. Stephen, sentado tras su mesa, era la esencia pura de un líder sereno e imponente. Con la espalda y la cabeza erguidas, la expresión confiada y los dedos entrelazados ante sí, parecía a punto de dictar una orden de cualquier tipo. Era el aspecto que había ido perfeccionando desde hacía tanto tiempo, el semblante que su padre esperaba de su prodigio de la política.

En cuanto a Harrison Stratford, mostraba su acostumbrada postura de confrontación: sentado casi en el borde de su sillón, e inclinándose apenas un par de centímetros en actitud impaciente y agresiva de vez en cuando. Como un maldito pastor alemán agazapado en posición de ataque.

-Bueno, ¿qué me he perdido? -preguntó Connor en tono desenfadado mientras cruzaba la estancia para servirse un poco más de café,

-No mucho -lo tranquilizó Stephen-. Estábamos repasando las últimas encuestas.

Eso era extraño. Connor habría puesto la mano en el fuego a que su padre atacaría directo a la yugular: el asunto de Nancy y Brian. Su mirada se cruzó un brevísimo instante con la de su hermano, y vio que éste estaba pensando justamente lo mismo.

-¿Qué aspecto tienen los números? -Connor bebió un sorbito de café y se preguntó cuándo iba su padre a entrar a matar y qué era lo que lo detenía por ahora.

Pronto lo descubrió.

-Los números están muy bien -anunció Harrison, girando la cabeza para paralizar a Connor con una mirada gélida-. Hasta ayer, por lo menos. No puedo garantizar qué pasará cuando la prensa tenga la oportunidad de dar su versión sobre el hecho de que Nancy se ha ido a la otra punta del país por Dios sabe cuánto tiempo. Muy atento por tu parte reunirte con nosotros, por cierto.

Ah, así que era eso. Quería que Connor estuviera presente para el interrogatorio.

Eso significaba que en la orden del día de hoy figuraba una importante cantidad de dinero, o un asunto grave.

Un asunto de familia.

Dado todo lo que estaba ocurriendo, no era difícil adivinar que se trataba de esto último.

Connor se preparó para la descarga de una tormenta mayor de la que había esperado.

-He tenido un problema con el ascensor -replicó-. Además no soy muy bueno pronosticando las potenciales versiones de la prensa. Así que no os habría sido de mucha ayuda.

-¿Un problema con el ascensor? -Stephen enarcó las cejas-¿Ese barullo en el piso de abajo eras tú?

-Sí. -La expresión de Connor se mantuvo impenetrable-. Un botón de alarma trabado. No ha pasado nada. Siento haber armado tanto alboroto.

Stephen apretó los labios, signo inequívoco de que había leído entre líneas y que su deducción le había aportado un cómico y bienvenido alivio. Sin embargo, por respeto a la intimidad de Connor, no insistió en el tema.

Su padre no hizo gala de tanta discreción.

-¿Qué pasa con la señorita Talbot?

-¿Qué pasa con ella?

-¿Estaba contigo cuando has tenido ese problema en el ascensor?

Connor tensó la mandíbula. No iba a ir por ese camino. Conocía la mente de su padre y cómo funcionaba. El muy hijo de puta estaba intentando descubrir cuál era la mejor posición para colocar a Julia como peón en su juego de poder. Quería saber la opinión y relación de Julia con respecto a su familia, lo que ella podía o no saber acerca de la ausencia de Brian, y cómo podía explotarse su imagen de encantadora e íntegra maestra de Brian para que los Stratford quedaran lo mejor posible.

Connor ya olía el pastel que se estaba cocinando en el manipulador cerebro de su padre.

-Sí, papá, estaba allí -repuso en tono molesto-. Ahora está de camino a la escuela. Y yo estoy aquí. Así que volvamos a los temas que nos ocupan.

-Ella es un tema que nos ocupa -le contestó Harrison-. Es la profesora de mi nieto. Y no parecía muy contenta con el repentino viaje que ha emprendido con su madre. Brian falta a clases. Eso no puede ser muy bueno.

-No hay por qué preocuparse -le aseguró Connor, con un deje un tanto cortante-. La dedicación de Julia a la enseñanza no influye sobre su opinión acerca de Stephen. Ella misma me dijo que lo había votado como alcalde y que tiene intención de votarlo como senador. Así que no hay que darle más vueltas.

Harrison asintió con la cabeza una sola y firme vez, en gesto de aprobación.

-Te estás acostando con esa chica -concluyó-. Bien. Eso la frenará de hacer publicidad negativa. Por otro lado, sed discretos. Lo último que necesitamos es que la prensa se entere y lo haga público, convirtiéndolo en una especie de affaire incestuoso. Ya sabes: «La profesora del hijo del alcalde se acuesta con su hermano», cosas de ese estilo.

Connor jamás había estado tan cerca de mandar a su padre al infierno.

Antes de que lo hiciera, Stephen saltó al ruedo para impedir que la sangre llegara al río.

-Cálmate, papá. A Julia le parece bien el viaje de Brian. Tan sólo ha venido para entregar los deberes. En cuanto a ella y Connor, eso es asunto de ellos dos. Además, ambos son solteros, respetables y de intachable reputación. Puede que a ti te llame la atención, pero es demasiado aburrido para que los medios de comunicación le encuentren posibilidades.

Al otro lado de la estancia, Cliff se aclaró la garganta. Parecía claramente incómodo, aunque Connor no estaba seguro de si su incomodidad era provocada por la conversación o por alguna información que acababa de localizar.

-No sé si la noticia del viaje de Nancy trascendió antes de que saliera la prensa de hoy. Es posible, pero a mí no me ha llegado nada, ni en un sentido ni en otro. Eso podría ser debido a que, efectivamente, no hay nada. O también a que ayer estuve reunido con diversos clientes la mayor parte del día y no lo comprobé. ¿Queréis que lo haga?

-No. -Harrison se puso en pie-. Quiero que nos disculpes a los tres unos minutos. Tómate un descanso en tus deberes de fiel guardián. Necesito hablar con mis hijos en privado.

Un sobresaltado asentimiento con la cabeza.

-De acuerdo.-Cliff recogió su informe y se dirigió a la puerta. -No te vayas muy lejos -le aconsejó Harrison-. Tengo unas cuantas cosas que revisar contigo antes de irme.

La puerta se cerró sigilosamente.

-Eso ha sido muy diplomático -observó Connor, tajante. -No era mi intención. Bien, supongamos que aclaramos todo este condenado asunto. -Harrison apoyó las palmas de las manos sobre la mesa. Se inclinó hacia delante, con su mirada letal fija en Stephen-. ¿Adónde se ha ido realmente Nancy y por qué? ¿Va a separarse de ti?

Ni un solo atisbo de reacción inmutó el semblante de Stephen. -¿Qué es lo que te hace pensar que no está en California? -Llamé a su hermana a Los Ángeles. Miente fatal, por cierto. La preparaste muy bien para responder a la prensa, pero no para hablar conmigo. Lo confesó todo. Nancy está allí tanto como yo. O sea que ¿dónde está?

Así que esa era la bomba que su padre había estado esperando soltar, pensó Connor. Muy bien, ahora la pelota estaba en el tejado de Stephen.

Miró a su hermano, esperando a ver cómo decidía Stephen llevar aquel asunto. Así sabría qué tipo de respaldo en particular iba a necesitar.

Sin parpadear siquiera, Stephen hizo un vago gesto con el brazo. -De acuerdo. Nancy y yo tenemos algunos problemitas. Ella necesitaba tiempo para pensar. No estoy seguro de dónde está. Dijo que llamaría. Pensé que no te gustaría ver esto publicado en los periódicos. ¿Me equivoqué.

Harrison ignoró el sarcasmo.

-¿Y ha llamado?

-Aún no.

-Fantástico. ¿A quién has contratado para que le siga la pista? -A nadie. Y no tengo intención de hacerlo. -Ahora Stephen sí estaba furioso. Se puso en pie y miró fijamente a su padre, al otro lado de la mesa-. Es mi esposa, no un preso escapado de la cárcel. No voy a perseguirla y, traerla a rastras de vuelta. Cuando se sienta preparada, volverá por voluntad propia.

-¿Y qué pasa con tu hijo? -le espetó Harrison-. ¿Dónde encaja él en todo esto?

-Está con su madre.

-Qué emotivo. Por si lo has olvidado, no es Nancy la que se presenta al Senado. Eres tú. Necesitas que Brian esté aquí, contigo. Y a Nancy también, ya puestos. Puede desaparecer durante unos días, si realmente tiene que hacerlo, pero no más. No cuando faltan menos de seis meses para las elecciones.

Un músculo tembló en la mejilla de Stephen.

-Todo va a parar siempre al mismo sitio, ¿verdad?

-Por supuesto que sí, maldita sea. ¿Para qué te crees que hemos estado trabajando todos estos años? Por tu futuro político. Así que, dime, ¿cómo esperas ganar con tu programa electoral de perfecto hombre de familia cuando tu familia te ha abandonado?

-Papá, estás exagerando -intervino Connor-. Nancy no lo ha abandonado. Está bajo una presión inusualmente fuerte. En parte, se debe a sus propios problemas personales. -Un dato poco real, pero necesario-. Cosas por las que está pasando. Y, sí, en parte se debe a la tensión política, la campaña y cosas así. Dale un respiro. Volverá.

Harrison se volvió hacia Connor y clavó en él su gélida mirada.

-Ah, la voz de la razón. Es curioso, hace un momento habría jurado que querías arrancarme la cabeza por meterme en tu vida pernal. y ahora, sin embargo, estás totalmente sereno intentando calmarme. Todo porque le pido a Stephen que responda de sus actos. -Emitió un sonido de disgusto-. Tú y Henderson flanqueáis a tu hermano como dos condenados sujetalibros. Como si él fuera a caerse si cualquiera de los dos se hiciera a un lado. Pues bien, no se caerá. -Funció la boca y volvió a mirar a Stephen-. ¿Qué tensión política?

-Soy el alcalde de la ciudad, papá. Suceden cosas.

-Y sucederán más cuando estés en el Senado. Tendrás que acostumbrarte. Y Nancy también. -Harrison frunció el ceño, como si intentara adivinar qué asuntos podían estar mellando el matrimonio de Stephen-. Tu grado de popularidad jamás había estado tan alto. Leaf Brook está prosperando. Para tu popularidad, es ideal. Entre ese enorme centro comercial que va a inaugurarse y la inminente votación del contrato del aparcamiento municipal que estás negociando, todo es pan comido para ti.

Un destello de ironía brilló en los ojos de Stephen.

-Deduzco que volvemos a hablar del poder de la prensa.

-Por supuesto que sí, demonios. Son los que te van a enviar al Senado. Y les encanta la controversia. Temas como un consejo del Ayuntamiento dividido... adoran poder hablar de eso. Y también adoran a los héroes. Que es exactamente lo que tú serás después de tomar la decisión acertada para tus electores. Los artículos serán entusiastas.

-Encantado de hacer un favor. -Stephen ejecutó un burlón saludo-. Aunque yo tenía la estúpida idea de que eran los votantes los que elegían a sus senadores. Supongo que estaba totalmente equivocado en eso.

Harrison entornó los ojos:

-¿Es la prensa lo que está causando problemas en tu matrimonio?

-Yo sé manejar a la prensa.

-Bien. Pues maneja también a tu esposa.

Connor soltó un bufido. Todo aquel interrogatorio estaba empezando a pasar de la raya, incluso tratándose de su padre.

-Estás en inusual forma hoy, papá. ¿Qué es lo que te ha puesto tan furioso, el hecho de que la ausencia de Nancy pueda perjudicar elecciones, o el hecho de que ha sucedido algo fuera de tu control.

-Ambas cosas. -Harrison no pareció inmutarse en absoluto por la puya de su hijo-. La inauguración del centro comercial es el sábado.

-Lo sé -repuso Stephen-. Y también sé que, normalmente, Nancy y Brian me acompañan en ese tipo de eventos. Por eso invente un asunto familiar urgente como excusa para el viaje de Nancy. El público puede identificarse y simpatizar con una mujer que quiere estar junto a su hermana cuando ésta la necesita. Sin duda es preferible a hacer una aparición simbólica junto a tu marido.

-Quizá sí, y quizá no. -Harrison desestimó el lado sentimental-. Puede que el público sienta compasión por la situación de Nancy, pero siguen queriendo ver a la típica familia americana que vosotros tres representáis. Tu aparición en solitario no les gustará.

-Estoy de acuerdo -intervino Connor, dándole a su padre una pista sobre algo que él y, Stephen habían decidido la noche anterior-. Por eso voy a estar yo ahí. No soy tan guapo como Nancy; pero soy el hermano de Stephen. El apoyo familiar será el tema del día.

-No -corrigió Harrison rápidamente-. El tema del día será la reunión familiar. Porque yo también asistiré. Los medios de comunicación aplaudirán la unidad de los Stratford, nuestra demostración de fuerza. -Un complacido asentimiento con la cabeza-. Vuestra idea era buena. La mía es mejor.

Si esperaba una protesta, no la tuvo.

-Sí, lo es. -Connor pensaba a toda velocidad-. Incluso diría más, ¿por qué contar con tan sólo nosotros? Si vamos a demostrar la total unidad de la familia, mamá también debería venir. -Connor sabía que mencionar a su elegante y diplomática madre (una curtida veterana cuando tocaba

representar el papel de perfecta esposa) era el movimiento adecuado-. Ella hará que todo parezca más natural, y será una especie de equilibrio entre la superabundancia de testosterona. Y en un momento... -Connor chasqueó los dedos-, tendremos una versión diferente de la típica familia americana. No una esposa y un hilo, sino un hermano y los padres.

-No está mal -dijo Stephen, frotándose la barbilla-. Sería una buena demostración de la unidad familiar, y sin duda lograría que todos dejaran de darle vueltas a la ausencia de Nancy y Brian. ¿Está mamá libre?

-¿Para esto? Seguro que se las arreglará para estarlo. -Harrison desestimó hablar de un tema que sabía que no comportaba problema alguno. Lynette Stratford tenía tantas ganas como él de que su hijo llegara a la Casa Blanca-. Mi chofer la va a llevar a Manhattan el viernes por la tarde para asistir a una fiesta de ejecutivos a la que hemos sido invitados. Ella tenía la intención de pasar el sábado visitando la nueva exposición en el Metropolitan. Cambiará de planes. Le diré a mi chofer que nos lleve a Leaf Brook a primera hora de la mañana del sábado.

-¿Vas a quedarte en la ciudad hasta entonces? -preguntó Stephen. Sus padres tenían un enorme ático en Central Park West, además de su propiedad en Connecticut.

-Sí. Tengo una serie de reuniones aquí esta tarde y todo el día de mañana. No tiene ningún sentido volver a casa sólo para dormir. Esto va bien. La gran inauguración del centro comercial es el sábado a las diez de la mañana. Llegaremos allí en coche, todos juntos, una inmejorable presentación. -Le dedicó una dura mirada a Stephen-. Mientras, espero que recibas noticias de tu esposa, y que ella y, tu hijo vuelvan pronto a casa. Y, sean cuales sean vuestros problemas, arrégloselos. Rápido.

Stephen parecía estar reprimiendo unas cuantas contestaciones. Pero, bajo las actuales circunstancias, era mejor que permanecieran sin ser pronunciadas. Cuanto antes terminara aquella discusión, mejor. Si Harrison tenía una reunión a primera hora de la tarde en Manhattan, tendría que irse volando del despacho en poco tiempo. Y, después, Stephen y Connor podrían retomar su búsqueda de trapos sucios de Walker.

Como si aquellos pensamientos le hubieran dado la señal, Harrison consultó su reloj.

-Digámosle a Henderson que vuelva a entrar. Tenemos que planear estrategias para la campaña, y quiero echar una ojeada a las contribuciones más recientes. Debo salir a la carretera a media mañana.

-Se sentó en el sillón, indicando con su actitud que aquella parte de la reunión había terminado.

-Le diré a Celeste que haga pasar a Cliff. -Stephen alargó una mano hacia el teléfono.

Su padre se inclinó hacia delante y lo asió con fuerza por la muñeca.

-No volveré a decirte esto, y mucho menos, desde luego, delante de Henderson, pero, por tu puesto en el Senado, haz que tu esposa e hijo vuelvan pronto a estar bajo tu techo.

11.45

Stephen miró por la ventana, y lanzó un suspiro de alivio mientras contemplaba cómo el coche de su padre salía del aparcamiento y tomaba Main Street.

-Gracias a Dios que ya se ha acabado.

-No ha sido extraordinariamente agradable, ¿verdad? -repuso Connor, en tono seco. Se levantó de la silla y se desperezó-. No me extraña que mis clientes no me intimiden. Después de una mañana entera con papá, un ejecutivo de alto nivel parece un gatito recién nacido.

-Y sin uñas -añadió Stephen, frotándose la nuca. Miró de reojo a Cliff-. Siento el desplante de antes. Mi padre no es famoso por su tacto.

Dejando a un lado el último de sus informes sobre la campaña, Cliff se encogió de hombros en un gesto improvisado.

-Para ser te sincero, casi no lo he notado. Y no me ha ofendido. Tu padre es así. O lo aceptas o no. No ha sido una ofensa personal. Tenía algo en mente que concernía a su familia. Quería hablar con vosotros a solas. Estaba en su derecho.

Stephen esbozó una sonrisa de medio lado:

-Quizá seas tú el auténtico político del grupo.

-Bueno, hace casi veinte años que te conozco. Así que creo que algo se me habrá pegado. -Cliff sonrió, con expresión cansada-. Si os parece bien, muchachos, yo me retiro. He forzado la máquina al máximo, y estoy agotado. No tenía ni idea sobre cuánto tiempo pensaba quedarse vuestro padre, así que dejé mi agenda libre de compromisos toda la tarde. Lo que me proporciona un montón de tiempo, que necesito para mí. O sea que voy a aprovechar la oportunidad,irme a casa y descansar un poco.

-No hay problema. -Stephen observaba a Cliff con serena intensidad-. ¿Algo especial que te hace ir de bólico? Normalmente, tu aspecto mejora cuando estás cargado de trabajo. ¿Una dama nueva, quizás.

-No. -Si la pregunta de Stephen impresionó a Cliff, éste lo disimuló muy bien. De todos modos, su cara de póquer era tan buena como la de Stephen. Con un solo movimiento, cerró su maletín y lo cogió-. No hay ninguna dama nueva. Sólo un montón de cuestiones cruciales que acuden a la mente a la vez.

-¿Serviría de algo que habláramos de ello?

-Desgraciadamente, no. Los detalles son confidenciales. La mayor parte es lo de siempre: dos litigios de importancia, una fusión de empresas y esa adquisición en la que estoy trabajando para tu padre. juegos malabares con demasiadas pelotas a la vez, simplemente. Lo superaré, con un poco de descanso. -Cliff se dirigió hacia la puerta-. Estaré en casa, si me necesitas. Si sale el contestador, deja un mensaje. Será que he desconectado el timbre para poder dormir.

-De acuerdo -murmuró Stephen una vez que la puerta se hubo cerrado tras de Cliff-. O será que te has ido a ver a mi esposa.

Connor enarcó las cejas.

-Por Dios, me parece que nuestra imaginación se desborda. Ese hombre tiene un aspecto pésimo, se va a meter en la cama, y tú das por sentado que lo que va a hacer es acostarse con Nancy, dondequiera que esté. Sí, suena probable. Sobre todo con mi sobrino, que no pierde detalle de nada y lo cuenta absolutamente todo, por allí. Sí. Es el plan perfecto.

-De acuerdo, muy bien, estoy exagerando -replicó Stephen, pasándose ambas manos por el pelo-. Pero estoy perdiendo el juicio. ¿Por qué no llama Nancy, aunque sea sólo para decir que ella Brian están bien?

-Porque necesita recuperar la perspectiva y volver a tener sus emociones bajo control. Ese paquete que recibió la puso histérica. Aún está asustada. Se recuperará. Llamará. -Connor miró fijamente

la puerta, pensativo-. Y no creo que estés perdiendo el juicio. Estás exagerando, sí, pero no completamente falto de base.

Stephen volvió la cabeza, como movido por un resorte, hacia su hermano.

-¿Qué quiere decir eso?

-Quiere decir que no creo que Cliff y Nancy sean, o hayan sido alguna vez, amantes. Pero están muy unidos. Y mi instinto me dice que Cliff sabe dónde está ella. El pobre tiene muy mal aspecto,

A Cliff no le sucede eso por el exceso de trabajo. Lo que supongo es que se siente atrapado en medio de dos personas a las que quiere. Si te dice algo a ti, traiciona a Nancy y se arriesga a ponerla en una situación límite que la lleve a desaparecer de verdad con Brian. Por otro lado, tú eres su mejor amigo. Al ocultártelo, sobre todo cuando sabe que lo estás pasando mal, diría que se siente totalmente destrozado.

-Y yo diría que tienes toda la razón. -Stephen soltó una amarga risita-. No sé si estrangularlo hasta que me diga dónde están Nancy y Brian, y luego darle una paliza por estar enamorado de mi esposa, o agradecerle que estuviera junto a ella cuando yo no estaba, y luego respirar tranquilo porque sé que él se cerciorará de que mi esposa e hijo permanezcan sanos y salvos.

-No hagas nada. Si obligas a Cliff a hablar, sólo conseguirás empeorar la situación y poner a Nancy aún más nerviosa. Ella ya se siente traicionada y manipulada. No añadas más leña al fuego. Ése no es el modo de lograr que vuelva a casa. Nancy tomará esa decisión por ella misma, después de que tú hayas eliminado la amenaza contra la seguridad de Brian. -Connor seguía mirando hacia la puerta, con los ojos entornados, pensativo-. Si Nancy le pidió ayuda a Cliff, debe de haberle contado lo de la gorra de béisbol y las amenazas de Walker.

-Y lo de mis apuestas, quieres decir. -Stephen parecía irás cansado que furioso-. Quizá. No importa. Si ella se lo confió a Cliff, dudo que a él lo sorprendiera. Ha sido mi mejor amigo desde que estudiábamos. No es un estúpido. -Tragó saliva con dificultad-. El estúpido soy yo. Connor, ¿qué demonios he hecho con mi vida? Connor se acercó a su hermano y le puso la mano en el hombro. -El sólo hecho de que puedas hacer esa pregunta significa que ya has dado un importante paso. Volverás a recuperar tu vida. Por fin lo deseas tanto que lucharás por ello. Y de una cosa sí estoy seguro: Puede que los Stratford seamos un desastre en muchos aspectos, pero también somos buenos luchadores. No nos rendimos hasta vencer. El problema es que pasamos demasiado tiempo luchando por causas equivocadas. Pero todo eso está a punto de cambiar. Estamos a punto de ir por el buen camino.

Stephen miró a su hermano.

-¿Por qué me da la impresión de que no hablamos sólo de Nancy y de mí?

Porque no es así.

El intercomunicador de Stephen sonó, y él se acercó al aparato y pulsó el botón.

-¿Sí, Celeste?

-El señor Henderson me ha dicho que la reunión había acabado. Ya sé que usted me ha pedido que retenga sus mensajes. ¿Quiere que se los pase antes de que me vaya a comer?

-¿Hay alguno que sea urgente?

Se oyó ruido de papeles mientras Celeste revisaba las notas.

-Dos. Ha llamado el jefe de policía. Quiere preguntarle en cuánto propone usted incrementar el servicio de seguridad para la inauguración del centro comercial el sábado. Le he dicho que usted lo llamaría esta tarde. Y ha llamado un tal señor Harry Shaw. Ha dicho que era importante y que estaba usted esperando recibir noticias de él.

Stephen se había puesto tenso ante la mención de su investigador privado.

-Las espero. ¿Cuál era su mensaje?

-Ha dicho que tiene parte de la información que usted le pidió. Va a estar fuera de cobertura hasta esta tarde. Quiere reunirse con usted para tomar una copa a las cuatro. Si a usted le va bien, especifíqueme el lugar en el contestador de su móvil. Él escuchará el mensaje cuando vuelva a tener cobertura.

-Gracias, Celeste. Puede irte a comer. -Stephen pulsó el botón de nuevo y levantó la cabeza para mirar a Connor-. Debe de tener algo sobre Walker.

Los labios de Connor dibujaron una delgada línea.

-Eso espero.

Capítulo 23

15.35

Julia entró en su apartamento. Llevaba todo el día esperando aquella soledad, y ahora que había llegado el momento, estaba de demasiado mal humor para disfrutarla, y demasiado inquieta para sentarse relajadamente.

Su mirada se posó sin querer en el contestador automático. El indicador luminoso le indicó, con la ausencia de parpadeos, que no había llamado nadie.

Maldita la punzada de desánimo que eso le provocó.

Se dejó caer sobre un taburete de la cocina, cruzó los brazos sobre la encimera de mármol y reposó la cabeza en ellos.

Durante todo el día, Julia había revivido aquellos instantes en el ascensor. Su cuerpo aún ardía con el recuerdo, y le dolía de deseo insatisfecho. Peor aún: se le partía el corazón por todas las cosas que sabía que no podía compartir con Connor pero que, de todos modos, ansiaba.

Maldita sea, maldita sea, maldita sea... ¿Por qué tenía que haberse enamorado de Connor Stratford? ¿Por qué no de un hombre sin complicaciones, con una familia normal, un hombre con valores que ella pudiera entender, capaz de confiar y de inspirar confianza a cambio?

¿Y Por qué seguía empeñada en creer que Connor podía llegar a ser ese hombre?

Levantó la cabeza, decidida a no pensar en Connor durante al menos cinco minutos. Una distracción. Eso era lo que Julia necesitaba. Alguien con quien hablar de algo, de cualquier cosa que no acabara por ir a parar al apellido Stratford.

Alguien que le había ofrecido ser su amigo y nada más. Marcó el número del despacho de Greg.

-Greg Matthews -contestó él mismo. Parecía estar inmerso en sus negocios, abstraído.

-¿Greg? Soy Julia. Lo siento. Está claro que llamo momento.

-¿Eh? No, sólo que estaba trabajando y mi secretaria, está enferma. -Greg soltó aire, emitiendo algo entre soplo y suspiro, y luego lanzó una torpe carcajada-. Empecemos de nuevo. Hola, Julia, me alegro de oírte.

Sin complicaciones. Gracias a Dios.

-Y yo de hablar contigo. Julia se sintió un poco más relajada-. Recibí tu mensaje, pero ayer estaba histérica ti, tuve una migraña asesina. Me gustaría que nos viéramos.

-A mí también. Pero hoy no va a poder ser. Probablemente me quede trabajando hasta medianoche. -Una pausa-. ¿Qué te parece mañana? Sé que tienes una de tus conferencias, pero podríamos reunirnos después. Aunque sea sólo para tomar una copa.

-Mejor que eso. La charla ha sido anulada. Te invito a cenar. Pero sólo si me prometes que no hablaremos de trabajo.

-Por mí, perfecto. -Greg se quedó en silencio unos instantes otra vez-. Suenas realmente estresada. ¿Estás bien?

-Estaré mejor después de una copa de vino y una conversación agradable.

-Hecho. -Un ruido de papeles indicó que Greg iba a colgar y a zambullirse de nuevo en la tarea que estuviera haciendo— ¿Qué te parece el restaurante de Maple Street? ¿Te va bien?

-Perfecto. Julia se sentía más aliviada que complacida. Una agradable velada fuera de casa. Puede que no fuera el remedio, pero quizá fuera una medicina que disfrazara los síntomas-. ¿A las siete?

-Que sean las siete y media. Te pasaría a recoger, pero por desgracia estaré liado con este asunto hasta el último minuto. De hecho por lo que parece, tendré que venir el sábado para terminarlo. ¿Te importa que nos encontremos en el restaurante?

Claro que no. ¿Estás seguro que puedes dedicar tu tiempo a salir a cenar?

-Por supuesto. Nos vemos.

Stephen acababa de salir del despacho para reunirse con su investigador privado y tomar una copa con él, y, además, esperaba recibir información sobre probados trapos sucios de Walker.

Connor estaba sentado tras la mesa de oficina de su hermano, con el móvil en la mano, realizando las llamadas de negocios a los clientes que llevaba toda la semana desatendiendo.

Sonó el zumbido del intercomunicador.

Connor miró el aparato, sorprendido. Obviamente, Celeste no sabía que Stephen se había marchado. O eso, o era a Connor a quien la secretaria buscaba.

Sólo había un modo de averiguarlo.

Connor dejó el móvil sobre la mesa, se inclinó y pulsó el botón del intercomunicador.

-¿Sí, Celeste?

Una breve pausa antes de que ella replicara. -Lo siento, señor Stratford. Buscaba al alcalde.

-No debes de haberlo visto salir. Hace unos cinco minutos escasos que se ha ido.

-Oh, yo estaba en el despacho del señor Matthews. Su secretaria está de baja, y él necesitaba unos informes. ¿Hace cinco minutos, dice usted? Eso significa que probablemente esté aún en el aparcamiento. Muy bien, le diré al jefe de policía que espere un poco e intentaré localizarlo en su coche.

-Espera. -Connor soltó la palabra rápidamente. Stephen se había ido tenso como piel de tambor. Su atención estaba totalmente centrado en la inminente reunión, y rogaba que Shaw le proporcionara algún dato con lo que pudiera hincarle el diente a Walker. Lo último que necesitaba era charlar con Marty Hart sobre los refuerzos en las medidas de seguridad para la inauguración del centro comercial.

-¿Cómo dice? -Celeste esperaba una aclaración.

-Stephen y Marty han estado persiguiéndose toda la tarde con el teléfono -explicó Connor. Eso era una inmensa exageración: Stephen le había devuelto la llamada al jefe de policía, una sola vez, y le había dicho que estaba comiendo. No podía decirse precisamente que ambos hubieran mantenido una persecución telefónica.

Bien. Connor se atendería a las consecuencias de sus actos. Se daba cuenta de que ultrapasaba sus límites. Y también se daba cuenta de que era necesario. Mantendría al jefe de policía fuera del juego durante unas horas, hasta que Stephen pudiera pensar con claridad. Los detalles sobre el despliegue de las medidas de seguridad podían permitirse el lujo de esperar.

-Sé que Stephen quiere ponerse en contacto con Marty inmediatamente -continuó Connor-. Así, la policía puede empezar a preparar las medidas de seguridad adicionales para el sábado. Pásamelo. Le daré la información que necesita. Cuando él y yo acabemos de hablar, Stephen ya estará localizable en su móvil. Y si Marty tiene alguna pregunta, puede llamarlo directamente.

-Estupendo. Espere un momentito y le paso la llamada.

En cuanto el teléfono sonó, Connor descolgó rápidamente.

-Hola, Marty.

-Connor. -El jefe de policía sonaba extrañado. Aunque él y Connor se conocían, a través de Stephen, no podía decirse que fueran amigos-. Me ha sorprendido que Celeste me dijera que iba a ponerme contigo. ¿Va todo bien?

-Absolutamente bien. Sólo que Stephen está fuera de cobertura, y sé que tú y él habéis estado intentando poneros en contacto por lo de las medidas de seguridad de la inauguración.

Un incómodo silencio.

-Bueno, sí, pero ése no es el motivo de mi llamada de ahora. Me pidió que comprobara unas cosas. Asuntos del Ayuntamiento, Quería pasarle la información. -Otra pausa embarazosa-. ¿Tienes idea de cuándo estará localizable? Sé que está impaciente por escuchar los resultados de mis pesquisas.

Lo que Connor hizo a continuación fue lo que le salía mejor. siguió su instinto y se arriesgó.

-¿Se trata de Construcciones Walker? -El silencio de Hart le indicó que lo había adivinado-. Marty, estoy ayudando a su hermano a investigar a esa compañía. Estoy averiguando las cuestiones

financieras para complementar el trabajo de Greg, y sé que tu te encargas de indagar los posibles antecedentes delictivos. ¿Has descubierto algo?

-No, no en el sentido al que te refieres. Pero he repasado la lista de automóviles robados en los aparcamientos municipales de Leaf Brook en los últimos seis meses. Es curioso, pero ninguno de ellos ha sido robado de un parking con mantenimiento a cargo de Construcciones Walker.

-Interesante coincidencia.

-Llevo mucho tiempo como policía, Connor. No creo en las coincidencias. Creo en el instinto. Y esto me da mala espina. Connor frunció la boca, pensativo.

-Quizás el personal de seguridad de Walker es tan bueno que ahuyenta a los posibles ladrones.

Un leve gruñido de desconfianza.

-Ese hombre no contrata precisamente al servicio secreto. Y, modestia aparte, mi departamento es muy eficaz. Me tragaría el asunto si hubieran robado menos coches de los aparcamientos de Walker que de los nuestros. Pero... ¿ninguno? No cuela. Así que, sí, quizás el equipo de seguridad de Walker convierte sus zonas de parking en las más seguras de Leaf Brook. O quizás ese tipo esté haciendo algo para convencer a la gente de ello.

Exactamente lo que Connor estaba pensando.

-Connor, ¿hay en este asunto más de lo que el alcalde Stratford me dice? ¿Tiene algún motivo para pensar que Walker está cometiendo alguna ilegalidad?

Connor ni se inmutó.

-Lo cierto es que no hay la menor prueba de que Walker esté incurriendo en ningún delito. Stephen actúa con cautela, simplemente. Al igual que tú. Le informaré de lo que me has contado. Y le diré que te llame.

-Hazlo, sí.

Bingo, pensó Connor mientras colgaba el teléfono. Habían encontrado algo. Era el momento de seguir la pista, de obtener alguna Prueba. O, al menos, algo que pudiera pasar como tal, para poder contraatacar el chantaje de Walker.

Connor le estaba dando vueltas a cómo hacerlo cuando sonó su móvil.

Pulsó la tecla para responder.

-Connor Stratford.

-Hola, Connor. -Era Tom Roderman, su principal contacto. Un reconocido abogado de empresa especializado en fusiones y adquisiciones de alto nivel. Sus relaciones abarcaban toda la gama desde gigantes de la manufactura a empresas de tecnología que , crecían rápidamente y sociedades anónimas de sólidos nombres. Y eso incluía bancos, compañías de seguros y un montón de otras empresas que sin duda tendrían una información más interna y completa sobre Construcciones Walker.

-Tom. Excelente. ¿Tienes algo para mí?

Su amigo lanzó un soplo.

-Nada tan revelador como lo que buscas. He hecho unas cuantas llamadas telefónicas discretas. Y, sí, ese Philip Walker se mueve claramente rozando la frontera de lo ilegal. Ha estado a punto de cruzar la línea en muchos de sus negocios. El problema es que nunca se le ha podido atribuir nada fuera de la legalidad.

-¿Por qué no me sorprende eso? -Connor se cruzó de piernas-. Ese tipo es listo, y anda con pies de plomo. Muy bien. O sea que no encontraremos ningún movimiento ilegal descarado. Voy a tener que ponerme en contacto con alguien que haya cerrado algún trato con él, alguien que se haya sentido presionado por Walker. ¿Puedes pasarme nombres?

-La mayoría de negocios son de domino público, así que, sí, puedo hacerte una lista. -Un ligero titubeo-. Mira, Connor, no tengo ni idea de por qué necesitas esto pero, si tan importante es para ti, ¿por qué no empiezas por tu padre? Ya sé que no es tu primera opción cuando te hace falta recurrir a alguna fuente, pero en este caso él podría ser el camino más sencillo. Sobre todo teniendo en cuenta que el tiempo es esencial y...

-¿Mi padre? -lo interrumpió Connor-. ¿Por qué iba a acudir a él con esto?

-Tu padre y Walker llevaron a cabo un par de negocios inmobiliarios juntos. Desconozco los detalles, en realidad fue hace bastantes años y, sinceramente, creía que tú lo sabías. Ahora que lo pienso... no

sé por qué lo suponía, sin embargo. Tú eras muy jovencito, quizás estabas todavía en la escuela. Veamos: invirtieron juntos en un centro comercial textil en Danbury y, un complejo de oficinas en Starnford Ambas inversiones fueron muy sagaces. La población en esas dos zonas se ha multiplicado con rapidez y los beneficios también.

-Maldita sea-murmuró Connor.-Su mente iba a toda velocidad mientras recordaba la vaga sensación de familiaridad que había experimentado cuando Stephen le mencionó el nombre de Walker por primera vez. Así que eso era lo que le había rondado durante toda aquella noche. En aquel momento, Connor no había intentado descifrarlo.. se había concentrado en atender a su hermano y llevarlo a casa, y todo había sido demasiado confuso Y agitado. Pero ahora... sí, se acordaba.

La pregunta siguiente era: ¿se trataba de una coincidencia?

Al igual que Marty, Connor no creía en las coincidencias. Y menos en los negocios. Y, por supuesto, no cuando tenía que ver con su padre.

-¿Connor? -preguntó Tom, intrigado.

-Tienes razón. Recuerdo aquella inversión conjunta. -Connor asió el teléfono con más fuerza al caer en la cuenta de que, hacía un rato, su padre había mencionado (aunque de pasada) el tema de la disputa sobre el contrato municipal, y la buena prensa que resultaría de ello. ¿Otra coincidencia? Muy dudoso-. Hazme un favor, Tom. -De repente, Connor estaba ansioso por despachar aquel asunto-. Empieza a confeccionar esa lista de nombres para mí. Mientras, me pondré en contacto con mi padre. Te llamaré mañana, a primera hora, para contarte cómo están las cosas.

-Dalo por hecho.

-Gracias. Te debo una.

18.30

Central Park West

Harrison Stratford entró a zancadas en su apartamento, dejó caer su abrigo sobre una silla y se dirigió al mueble-bar de la salita mientras se aflojaba la corbata. Había sido un día condenadamente largo. Demasiado largo. Cuando él tenía veinte años y pico, o incluso siendo aun treintañero, le entusiasaban esos maratones de reunión en reunión. Pero, a sus sesenta y un años, le cansaban. O quizá se estaba haciendo viejo... aunque lo dudaba. Ninguno de esos engreídos jovenzuelos de la generación X podía competir con él en inteligencia. Ni tampoco en cuanto a ambición o perspicacia. De hecho, la mayoría estaban tan obsesionados con obtener un millón de la noche a la mañana, que perdían la perspectiva general, dejándose cegar por su propio ego y subiéndose a lo más alto del mismo para caer luego de narices al suelo.

Lo cual era el motivo por el que el imperio de Harrison Stratiord seguía creciendo y sus millones se multiplicaban sin fin.

Se sirvió un vaso de whisky y saboreó un largo trago. La generación venidera era, en general, bastante patética. De todos modos, también lo eran sus padres. Eran ellos los que habían criado un hatajo de mocosos débiles y mimados, sin agallas y sin ingenio.

Él, por el contrario, lo había hecho bien.

Volvió a llenarse el vaso, se dio la vuelta para ir a acomodarse en el sofá... y se sobresaltó al ver a Connor sentado en él, mirándole. -Hola papá. Me he imaginado que ya habrías acabado, a estas horas. Espero que no te importe que haya venido sin ser invitado.

Harrison entornó los ojos, observando a su hijo. El tono y el semblante de Connor eran serenos. Pero a él no lo engañaban. Su hijo estaba totalmente preocupado y furioso por algo.

-La próxima vez, avisa que estás aquí -le replicó-. A menos que tu objetivo sea provocarme un ataque al corazón para poder heredar pronto. -Señaló con un vago gesto hacia el mueble-bar-. ¿Quieres beber algo?

-No. -Connor meneó la cabeza-. Quiero hablar.

-Me daba la impresión de que ya lo habíamos hecho, durante toda la mañana. -Harrison seguía en pie. Le daba cierta ventaja, que pretendía mantener hasta conocer el motivo de aquella improvisada y repentina visita.

-Eso no ha sido una charla. Ha sido un interrogatorio - corrigió Connor-. Y sólo has preguntado tú. -Se echó hacia atrás, estiró los brazos y los apoyó en el respaldo del sofá, sin dejar

de mirar a su padre directamente a los ojos, demostrándole que estar sentado podía ser tan autoritario como estar de pie-. Ahora me toca a mí.

Harrison esbozó una leve media sonrisa. Se sentía muy orgulloso de Connor. En muchos aspectos, era la famosa astilla del palo.

Acariciando el vaso, apoyó un codo en el respaldo de cuero de una silla alta.

-Dispara.

-Quiero hablar de Philip Walker.

-¿Qué pasa con él?

-¿Habéis trabajado juntos alguna vez?

-Si lo preguntas, estoy convencido de que ya tienes la respuesta. -Por muy cansado que estaba, Harrison sintió que le subía la adrenalina. Iba a disfrutar de aquella conversación. Además, le intrigaba sobremanera saber hacia dónde conducía-. Pero si quieres una aclaración, aquí la tienes. Sí, Walker y yo hemos colaborado en un par de negocios. Unos, hace años; otros, más recientemente. ¿Quieres detalles ?

-Sólo los que tengan que ver con Stephen -repuso Connor, avanzando ligeramente en el asunto-. Esta mañana, has sacado el tema del contrato del aparcamiento municipal. No se ha tratado de un ejemplo al azar, ¿verdad?

-Dímelo tú. Es obvio que has venido a ello.

-¿Qué papel desempeñas tú en la propuesta de Walker? ¿Sabías algo antes de que él hiciera la oferta?

Harrison tomó un trago de whisky.

-Fue idea mía.

Connor tensó la mandíbula.

-Eso es un movimiento un tanto bajo, incluso para ti. ¿Qué pretendías: conseguir buena prensa para la campaña electoral de Stephen?

-Bingo.

-¿Tienes idea de la clase de escoria que es Walker? ¿Sabes hasta dónde es capaz de llegar para lograr lo que quiere?

Harrison se encogió de hombros.

Sé que creció y se crió en la calle. Está acostumbrado a jugar sucio- para salir adelante. Si a eso lo llamas escoria, lo es. Yo lo llamo ambición.

Connor se puso lentamente en pie.

-Su ambición es lo que está destrozando el matrimonio de Stephen.

-¿De veras? ¿Y cómo? ¿Sometiendo a Stephen a presión? ¿Añadiendo un poco de desafío a su trabajo? -Harrison emitió un ronco sonido de disgusto-. Si es eso, ya era hora. Ser el alcalde de Leaf Brook se ha convertido en algo demasiado cómodo para tu hermano. Por lo que concierne a sus electores, es intocable. Pues bien, Stephen va a tener que ganar contiendas de popularidad más importantes y duras que ésa. Tiene que aprender a soportar la presión, a superarla y encontrar soluciones creativas, si quiere un puesto en el Senado... y los otros puestos que vengan luego. Y si quiere llegar a la Casa Blanca, no sólo va a tener que aprender a soportar la presión, sino a prosperar con ella.

-En otras palabras, a convertirse en un hijo de puta como tú, -Connor dijo aquello con tanta calma como si estuviera manteniendo una educada e inocente conversación.

-Creo que eso es un tanto optimista, tratándose de tu hermano. Me conformaría con un segundo puesto a corta distancia.

Connor le dedicó a su padre una dura mirada.

-¿Y qué hay de su matrimonio? ¿De su familia? Harrison volvió a encogerse de hombros.

-Nancy sabía dónde se metía. La noche que Stephen le puso el anillo de compromiso en el dedo, me la llevé a un rincón y le dije claramente qué clase de futuro le esperaba. Le gustó la idea de estar en el punto de mira de la vida política. Si, de repente, ha cambiado de opinión, mala suerte. Dijo sí en el altar. Y mantendrá su promesa. Aunque sea sólo por Brian.

Un destello de incredulidad cruzó el rostro de Connor.

-Para ti, todo esto es como una partida de ajedrez, solamente. Cada paso es un movimiento calculado; cada persona es un peón al que explotar.

-Si esperas una disculpa, no vas a tenerla. Eduqué a mis hijos para que logran el éxito. Y es justamente lo que están haciendo. Mírate... yo diría que contigo hice un gran trabajo.

Connor ignoró los elogios.

-Hablando de peones, ¿qué me dices de Cheryl Lager? ¿También fue idea tuya?

Harrison frunció el ceño.

-¿Quién? Ah, esa odiosa periodista. No, apareció en el ruedo ella solita. Pero sus pequeñas indagaciones e insinuaciones añaden sin duda un poco de color al periódico local. -Una sonrisa forzada-. Aunque me alegra que el debate del contrato haya desviado - su atención. Sus recientes comentarios jocosos sobre que yo financio la llegada de tu hermano al Senado ya empezaban a atacarme los nervios

Connor respiró hondo, y a Harrison le dio la impresión de que estaba eligiendo cuidadosamente sus palabras. Si esperaba producir un golpe de efecto, o estaba confirmando mentalmente que lo que dijera o dejara de decir protegería a Stephen... eso estaba por ver. - Volvamos a Walker -fue lo que finalmente dijo Connor-. ¿Cómo reaccionarías si te dijera que planeó Walker que fueran robados varios coches de los aparcamientos no protegidos por Construcciones Walker para que así su propuesta se viera con mejores ojos?

Harrison ladeó la cabeza con interés.

-¿Lo hizo?

-Eso creo. No tengo pruebas... aún.

-En ese caso, diría que es una brillante idea, mientras cumpla su meta y no lo pillen.

Eso llamó la atención de su hijo. En sus ojos hubo un breve destello.

-No tienes escrúpulos, ¿verdad? Ni un miserable escrúpulo, maldita sea.

-Los negocios son los negocios. -Harrison apuró su vaso-. Haces lo que tienes que hacer para triunfar. Yo no soy un tramposo pero, si lo fuera, me aseguraría de que nadie se diera cuenta. Así que mi respuesta es ésta: si encuentras pruebas, es que Walker es un estúpido. Si no las encuentras, o es inocente, o condenadamente listo. Y si es este último el caso, lo quiero en mi equipo... sin quitarle el ojo de encima, por supuesto.

Connor se dirigió hacia la puerta, dispuesto a irse.

-Me largo antes de perder el control. -Se volvió un momento y le dedicó a su padre una dura mirada-. Ruego a Dios que no acabes pagando con creces todo esto. Pero, ¿recuerdas ese agudo instinto que heredé de ti? Pues bien, me está diciendo a gritos todo lo contrario.

19.05

Leaf Brook

Philip Walker hizo girar su sillón de despacho y miró por la ventana. Puesta de sol en las afueras. Era mucho más bonito desde allí arriba que desde el suburbio.

Esbozó una mueca a modo de sonrisa al pensar en el hecho de que Harrison Stratford estaba en la ciudad, y preguntándose cuál sería su reacción cuando se enterara de los acontecimientos que habían tenido lugar en las últimas semanas.

Se sentiría impresionado por el ingenio que Philip había demostrado, sobre todo teniendo en cuenta que el muy, hijo de puta creía que la piedra angular de la inspiración estaba en su poder.

Por otro lado, algunas de las cosas que Walker había llevado a cabo fastidiarían a Stratford. Estupendo.

En cuanto a lo que Philip había planeado... eso sí le provocaría un infarto al papaíto del alcalde.

19.15

Central Park West

Connor sacó su Mercedes de la plaza de parking y puso el coche en dirección a Leaf Brook aún con la respiración agitada. No estaba seguro de lo que había esperado, pero sí había albergado la esperanza de encontrar un poco de compasión, qué estúpido había sido. Su padre era un bastardo sin corazón. Aquel breve encuentro con él no había hecho más que confirmárselo. Muy bien, de acuerdo. Eso ya era lo suficientemente malo. Pero ¿y su reacción ante las acciones de Walker, ante el hecho de que aquel tipo podía ser un rematado criminal? Por Dios, pero si sólo le había faltado aplaudir su iniciativa.

A Connor, aquello en sí mismo lo ponía enfermo. Pero, más importante aún, también le preocupaba sobremanera. Planteaba algunas preguntas realmente desagradables acerca de cuánto sabía su padre. ¿Estaba al corriente de hasta qué punto había llegado Walker para asegurarse aquel contrato? ¿Había hecho Harrison la vista gorda o, incluso peor, se había mostrado de acuerdo? Había dejado muy claro que pretendía endurecer y hacer madurar a Stephen. ¿Era aquella parte de su campaña de maduración, pues? ¿Realmente era capaz de llegar hasta el punto de permitir que Walker le diera una paliza a su hijo y amenazara a su nieto

Connor ya no estaba seguro.

Pero si su padre sabía de las tácticas violentas de Walker, entonces también sabía qué las había provocado. Lo que significaba, que estaba al corriente de la contribución de Walker a la campaña y del chantaje al que sometía a Stephen.

Al igual que de la munición que utilizaba para chantajearlo.

Esa era la perspectiva más desagradable y preocupante de todas. A pesar de lo mucho que Connor y Stephen habían hecho para mantener a su padre en la inopia, ¿sabía éste de las apuestas de Stephen?

¿Y les había ocultado que lo sabía desde cuando demonios fuera que lo hubiese averiguado? Si era así, ¿por qué? ¿Por qué no se lo había echado en cara a Stephen, exigiéndole que enmendara sus actos por el bien de su futuro? No, aquello no tenía sentido.

Pero alguien le había ido a Walker con el cuento de las apuestas de Stephen. ¿Podía ser ese alguien el mismo Harrison Stratford?

De ningún modo. Ahí es donde la línea de pensamiento de Connor llegaba a un irrefutable callejón sin salida. Facilitarle a Walker información de ese tipo significaba correr el riesgo de destruir todo lo que su padre estaba construyendo. Le otorgaba a Walker el poder de arruinar la carrera política de Stephen y arrastras el apellido de los Stratford por el lodo. Y Harrison Stratford no permitiría jamás ninguna de las dos cosas.

Así que era dudoso que supiera del talón de Aquiles de Stephen. De lo contrario, estaría ocultándolo y luchando por eliminarlo inmediatamente.

Pero, ¿cuánto sabía?

Connor rechinó los dientes. Deseó haber podido tantear a su padre contándole con pelos y señales los acontecimientos de las dos últimas semanas... sin mencionar las apuestas. Pero eso era un riesgo demasiado grande. Si decía una sola palabra acerca del chantaje de Walker, y si Harrison no estaba al corriente de la adicción de Stephen, Connor abriría de golpe la caja de Pandora.

O sea que estaba atado de pies y manos.

Mascullando para sí, sacó su móvil y lo colocó en su receptáculo. El teléfono emitió un breve pitido, indicando que empezaba a recargarse. Connor lo había apagado durante el encuentro con su Padre. Había tomado la decisión de enfrentarse a él sin interrupciones. Como mínimo.

Otro pitido anunció que el móvil había completado su recarga y que estaba listo para ser utilizado. En la pantalla aparecía el aviso de que había recibido un mensaje de voz.

Connor cogió de nuevo el teléfono. El mensaje, de hacía media hora, era de Stephen, que le pedía que le llamara a casa inmediatamente.

Mientras dirigía el coche hacia la entrada de la autopista, Connor pulsó el número.

Stephen contestó al segundo timbrado, con voz tensa.

-¿Dónde estabas? -le preguntó.

-En una reunión -repuso Connor, sorteando la pregunta-. Voy de camino de vuelta. ¿Te ha dicho algo el investigador privado?

-Sí, pero antes de entrar en el tema, cuando he llegado a casa he encontrado un mensaje de Nancy. Ha llamado hace unas horas, porque sabía que yo estaría en el trabajo. Pero, bueno, dice que ella y Brian están bien. La infección de oído va mejorando. Nancy dice que si no vuelven pronto a casa, dejará que Brian me llame y hable con. migo.

-¿Te ha dicho dónde están?

-No. -Connor lo oyó tragar saliva-. Pero su voz tenía un tono extraño, muy tenso. Como si quisiera decir algo más... pero no lo hiciera. O no pudiera. Quién sabe, quizá tenía compañía.

-En ese caso, Nancy habría esperado un poco y habría llamado más tarde -replicó Connor.

-Sí, ya. Sea como sea, al menos sé que están bien y que Brian se encuentra mejor. -Stephen se aclaró la garganta, emitiendo un sonido áspero-. ¿Has sabido algo de tu contacto?

-Sí. -Connor le contó a Stephen que, según lo que Tom le había dicho, Walker rozaba el límite de lo legal en sus negocios, Y también que no se le podía acusar claramente de nada. No le mencionó el papel de su padre en todo el asunto... aún no. No hasta que evaluara las diversas posibilidades en las que Harrison estuviera implicado y el efecto que tendrían sobre Stephen.

Ahora mismo, Stephen parecía estar demasiado nervioso y agotado para tener que enfrentarse aún a otra cuestión más. -También he recibido una interesante llamada de Marty -continuó Connor-. O, mejor dicho, la has recibido tú. La he contestado yo porque acababas de irte a la reunión con Harry Shaw.. He supuesto que tendría que ver con el dispositivo de seguridad en la inauguración de los almacenes. Pero no ha sido así. Espero que no te importe que me haya inmiscuido.

-Claro que no. ¿Se trataba de Walker?

-Pues sí. -Connor puso a su hermano al corriente de aquella pieza del puzzle.

-O sea que, según parece, nuestras sospechas eran fundadas ¡murmuró Stephen.

-Ya no son solamente nuestras -le advirtió Connor-. prepárate. Marty va a hacerte un montón de preguntas. Su intuición está en alerta roja. -Connor aceleró y tomó el carril de la izquierda-, ¿Qué ha pasado con Shaw?

-Ha averiguado algunas cosas acerca de su vida personal. Al parecer, Walker ha estado saliendo con una mujer, últimamente, en repetidas ocasiones y a horas intempestivas. Ella es lo suficientemente joven para ser su hija.

Connor se encogió de hombros.

-¿Y qué? Es un hombre rico. Eso atrae a mujeres de todas las edades. ¿Por qué le ha llamado la atención a Shaw?

-Es la persona en concreto lo que ha puesto en alerta a Shaw.

-¿Quién es?

-Robin Haley.

Connor enarcó las cejas.

-¿La profesora de informática de la escuela de Brian?

-¿La conoces?

-Hemos sido presentados. Es amiga de Julia. ¿Cómo ha establecido Walker una relación con ella? ¿Y por qué ahora? ¿Crees que ha empezado a salir con ella para poder tener acceso a la escuela de Brian... y a Brian?

-Son las mismas preguntas que he hecho yo. Shaw aún no ha averiguado las respuestas. Quería mi consentimiento. Estaba más que ansioso por interrogar a Robin. Depende de mí. -Stephen respiró hondo-, Le he dicho que espere. Creo que hay un camino mejor, y menos obvio. Sé que las cosas no están demasiado bien entre Julian tú pero, ¿crees que ella te diría algo?

-Si puede y con ello ayuda a Brian, sí. -Connor pensaba a toda velocidad-. La llamaré ahora mismo. Pero ya te advierto que va a dispararme un montón de preguntas. Y voy a tener que darle respuestas. Yo confío en ella. Y tú también vas a tener que confiar.

Stephen lanzó un cansado suspiro.

Llegados a este punto, no creo que tengamos otra opción. Haz lo que necesites hacer. Pero averigua si hay algo que pueda servirnos de ayuda en ese asunto.

-Lo haré. Te pondré al corriente cuando llegue a casa. Dentro de cuarenta minutos, más o menos.

Connor pulsó el botón para colgar y, preparado para ello, marcó los dígitos del número de Julia.

Un timbrazo. Dos.

Al tercero, ella descolgó.

-¿Diga?

-Soy yo.

Julia emitió un sonido de disgusto.

-Connor, no quiero que...

-No cuelgues, Julia, por favor. Necesito tu ayuda.

Un breve silencio.

-¿Se trata de Brian? -preguntó ella finalmente.

-Indirectamente, sí.

-Te escucho.

-Tu amiga Robin Haley... ¿sabes con quién está saliendo?
-¿Cómo dices?
Connor apretó los dientes.
-Te he preguntado si sabes...
-He oído tu pregunta. ¿Qué tiene eso que ver con Brian?
-Quizá mucho. Te lo explicaré pronto.
Julia soltó una risa forzada.
-Lo dudo. Pero, para responder a tu pregunta, no, no conozco a su amigo. Sé que sale con alguien que es especial desde hace unas semanas. Pero es todo lo que me ha dicho.
-¿O sea que no sabes si ese hombre ha estado alguna vez en escuela... para verla o para acompañarla a casa?
-Nunca he visto a Robin hablando con ningún hombre, aparte de sus compañeros de trabajo, en el recinto de la escuela.
-Maldita sea. -Connor golpeó el volante con el puño- ¿Hay algún modo de que puedas hacerle unas preguntas, y conseguir que hable de él, sin levantar sospechas?
-No veo por qué no. A Robin le encanta hablar de su vida social. Julia hizo una pausa al percibir claramente la urgencia que se desprendía de la inequívoca petición, disparada sin rodeos, Connor-. Connor, ¿qué pasa?
-Tu instinto no te engañó -repuso él, sin pensarlo dos veces-. Pasa algo grave, algo que podría hacerle daño a Brian. Ahora mismo prefiero no decirte mucho... no porque no confíe en ti, sino porque no me fio de los teléfonos móviles. Sólo te diré que Stephen está bajo amenaza. A Brian lo están poniendo en el punto de mira. Y el hombre por el que te pregunto podría ser el que tiene el dedo en el gatillo. ¿Te parece eso suficiente para ayudarme?
-Oh, Dios mío. -A Julia le temblaba la voz-. Brian está bien?
-Sí. -Al menos, eso sí podía decírselo-. Nancy ha llamado hoy. Ambos están bien.
-Pero ella sigue reteniéndolo lejos. Julia tragó saliva-. De acuerdo, no te obligaré a darme detalles. En cuanto a Robin, la veré durante el recreo de la tarde. Ella no tiene clase entonces, así que siempre sale a charlar un poco. Averiguaré todo lo que pueda sobre ese hombre. -Otra pausa, ponderada-. ¿Crees que está saliendo con Robin para acercarse a Brian?
-No lo sé. Pero Stephen está destrozado. Y, francamente, yo también. -Connor percibió la aprensión en su propia voz, y se descubrió a sí mismo deseando con todas sus fuerzas que Julia estuviera allí, junto a él. Necesitaba abrazarla, reconfortarla y reconfortarse.
-Te llamaré en cuanto pueda salir de mi clase. O, como muy tarde, cuando llegue a casa.
-Bien. -Connor miró fijamente el teléfono-. ¿Julia?
-¿Sí?
-Te agradezco de veras que hagas esto.
-Lo sé. -Larga pausa-. Me alegro de que me hayas llamado. Y colgó, con un diminuto clic.

Capítulo 24

*13 de abril 10.45
Stowe, Vermont*

Nancy estaba sentada ante el rústico mostrador de la cocina, saboreando lentamente su tercera taza de café. Llevaba en aquel pequeño refugio de montaña desde la medianoche del martes al miércoles, y apenas sí había dormido cinco horas en total. Se sentía aislada de todo, como si estuviera cayendo lentamente y no tuviera ni idea de cuándo iba a aterrizar.

O quizás era que había dejado de importarle.

Desde la habitación contigua le llegaba el sonido de la televisión, mientras Brian, cambiaba de canal en canal. El chaval no había hecho otra cosa que mirar la tele desde que habían llegado a aquel lugar. Había pasado de estar aturrido a intranquilo, deprimido y, finalmente, apático. Ver a Cliff le había contrariado aún más, y había provocado el comprensible alud de preguntas acerca de dónde estaba Stephen Y por qué no había sido él el que le había llevado el medicamento.

Nancy no le había podido dar respuestas. Pero le pidió a Cliff que se mantuviera alejado y no volviera a aparecer por allí.

Cliff no discutió ni se opuso. Probablemente, una parte de él se sintió aliviada. Nancy le importaba, mucho, pero Stephen era su mejor amigo. Toda aquella situación debía de estar destrozándole.

Había llamado un par de veces desde entonces, para cerciorarse de que Nancy y Brian seguían bien, y añadiendo que Stephen estaba muy preocupado por ellos.

En cierto modo, todo sería más fácil si ella estuviera enamorada de Cliff. Era un hombre con entereza, estable, libre de lastres emocionales. Y la quería, con una especie de intensidad que lo abarcaba todo. Ella sería el centro de su universo, no una preciada faceta.

Pero Nancy no amaba a Cliff. Amaba a Stephen. Incluso ahora, cuando él había puesto su vida, y la vida de su hijo, en peligro. Probablemente, Nancy tenía que acudir a que le revisaran el cerebro por sentir de aquel modo. La cuestión era que conocía a Stephen (al verdadero Stephen) de un modo en que ni siquiera él mismo se conocía. Stephen era mucho más de lo que él se consideraba, mucho más de lo que Harrison Stratford lo había entrenado para creer. Era un hombre bueno, un hombre atento y sensible, de nobles convicciones... convicciones que transformaba en realidad. Un hombre notable, especial, que gustaba a la gente siendo él mismo, aunque insistía (tanto ante Nancy como ante su propio yo) en que todo era pura fachada de estrategia política. Era el hombre del que Nancy se había enamorado la primera vez que se vieron, durante la primera conversación que habían mantenido, en el primer instante en que él le dedicó su carismática sonrisa. Y, sí, era el padre de Brian... un padre fantástico y cariñoso al que Brian adoraba.

Convertirse en una Stratford no había sido fácil para Nancy. Y lidiar con los demonios de Stephen había sido más duro aún. Pero ella lo amaba, y él a ella. No del modo sencillo, simple y total en que Cliff lo hacía pero, de todos modos, Stephen no era un hombre sencillo y sin complicaciones. Y el matrimonio no era un romance eterno en un camino de rosas. Era una tarea compleja, difícil, un compromiso para toda la vida.

Y Nancy se había comprometido con un fervor que había sido puesto a prueba una y otra vez por contratiempos que habían desgastado, pero que de algún modo jamás habían logrado romper, los lazos que la unían a Stephen.

Nancy había intentado con todas sus fuerzas ser lo que Stephen necesitaba, rogando por que fuera suficiente para procurarle la fuerza con la que superar todas sus inseguridades, con la que llenar todos sus vacíos.

Quizás había llegado el momento de admitir que había fracasado. p quizás era, simplemente, que Nancy se sentía demasiado agotada para seguir luchando.

¿Y adónde los llevaba aquello? ¿Adónde podían dirigirse desde aquel punto?

Los ojos de Nancy se llenaron de lágrimas, que resbalaron lentamente mejillas abajo.

Un ligero ruido en la puerta principal llamó su atención, y Nancy se volvió, aún sentada, para averiguar a qué se debía.

El resto sucedió en un abrir y cerrar de ojos.

Un hombre, vestido todo de negro y con un pasamontañas en la cabeza, se abalanzó sobre ella, la levantó del taburete y la obligó a echar la cabeza atrás. Nancy abrió la boca para gritar, pero entonces él le metió un trapo, cubriéndole también la nariz. Ella se retorció, inhalando aquel olor a medicina a pesar de sus esfuerzos por evitarlo. Negros filamentos de vértigo y mareo treparon hasta su cerebro como serpientes, debilitando su forcejeo y empujándola hacia la inconsciencia.

La realidad fue huyendo de ella a marchas forzadas, cada vez más rápido, hasta que ya no hubo nada más que oscuridad y un miedo aterrador.

Brian. Aquel hombre iba a por Brian.

14.45

Julia estaba al borde de la histeria.

Por supuesto, hoy había habido un simulacro de incendio, con lo que todo el horario de la tarde se había alterado. El habitual recreo se había cancelado y, en su lugar, los niños disfrutaron de un pequeño descanso en el patio a última hora, antes de que llegaran los autobuses.

En cuanto sus alumnos corrieron a jugar en sus respectivos rincones favoritos del patio, los ojos de Julia comenzaron a recorrer la Zona en busca de un ayudante al que encargar que vigilara a los niños, para poder así ir al encuentro de Robin.

Pero al final no resultó necesario. Robin la encontró a ella.

-Hola -la saludó su jovial amiga, acercándose a ella. -No te he visto en todo el día.

-Lo sé. Julia se hizo el firme propósito de permanecer en calma-. El simulacro de incendio ha hecho pedacitos mi planificación de hoy.

-He estado preocupada por ti. Puedes negarlo tanto como quieras, pero estás completamente colada por Connor Stratford. Y desde la noche en que saliste con él, pareces estar hecha un auténtico lío, Tienes mal aspecto... y no todo es debido a tu preocupación por Brian, tampoco. ¿Qué es lo que hizo Connor para dejarte en este estado?

Julia tragó saliva. Aquello era lo último de lo que Julia quería hablar, en parte porque se sentía condenadamente confusa, ahora mismo, y en parte porque tenía una misión que cumplir... precisamente para el hombre por quien Robin preguntaba.

-Tienes razón, Rob, estoy hecha un lío. Mis sentimientos por Connor son muy intensos y están muy mezclados. Tengo que pensarlo con detenimiento antes de hablar de ello. Pero, cuando lo haya meditado, serás la primera en saberlo, ¿de acuerdo?

Robin asintió, con un destello de comprensión y complicidad en los ojos.

-De acuerdo.

Era el momento de atacar el tema crucial.

-Bueno, ¿y a ti qué tal te va? Julia intentó que su tono sonara informal, despreocupado-. ¿Sigues con tu acostumbrado romance de fin de semana?

Robin se encogió de hombros.

-De hecho, no.

Julia enarcó las cejas.

-¿Ya no sales con tu hombre misterioso?

-Sí, pero creo que voy a acabar con la historia. La relación está empezando a parecerme un poco rara.

-¿Rara? -Las antenas de Julia se pusieron alerta-. ¿Qué quieres decir? Creía que ese hombre era todo un triunfador.

-Y yo también, al principio. Es maduro, muy sexy; tiene éxito y me dejó francamente impresionada. Pero empiezo a tener la clara sensación de que todo este asunto es una farsa, de que él me está utilizando para conseguir sus propios fines. Que te utilicen ya es lo suficientemente desagradable. Pero me da en la nariz que sus fines son algo en lo que no quiero tomar parte.

Un escalofrío recorrió el espinazo de Julia.

-¿Por qué dices eso?

-Como ya he dicho, es un hombre de mucho éxito. Es propietario de una compañía de construcciones inmobiliarias, una empresa de las grandes. Bueno, hace unas cuantas noches comenzó a hablar de contratarme para elaborar un programa especial de software para él. Pensé que eso era un tanto extraño. Para empezar, yo no le he dicho jamás que trabajo en eso.

-¿Le preguntaste cómo lo sabía?

-Sí. Me respondió que había sabido de mi especialización por un colega. Es posible, supongo. Pero, Julia, la empresa de ese hombre dispone de un departamento completo de informáticos. ¿Por qué iba a necesítarme a mí para elaborar un programa para él?

-Tú eres un genio de la informática, Robin. Quizás entre el personal de su departamento no haya nadie con tu nivel.

-O quizá no quiere que sus empleados sepan lo que él tiene en mente.

-¿Qué quieres decir?

Robin se mordió el labio.

-Puede que me equivoque por completo. Pero no hago más que leer por todas partes sobre ese contrato del aparcamiento municipal por el que él puja, y que el alcalde Stratford y el consejo del Ayuntamiento siguen aún debatiendo.

-Al parecer, es un tema de candente actualidad -convino Julia, mientras pensaba a toda velocidad, recordando los artículos que había leído e intentando ensamblar las piezas del puzzle-. Hay desacuerdos acerca de si el contrato debería o no concederse a una empresa privada. -De repente, miró, entre sorprendida y asombrada, a Robin-. ¿El hombre con el que estás saliendo es Philip Walker?

-Exacto. Y quizá no hay relación alguna entre su oferta para ese contrato y el trabajo que me ofrece a mí. Pero, si esa conexión existe..., bueno, el programa que quiere que yo elabore suena a algo que pudiera utilizarse para automatizar los pagos en los aparcamientos que estarían a su cargo. Si consigue el contrato, claro está. El consejo sigue dividido. Pero Philip está totalmente resuelto. Quiere ese contrato a toda costa. Y no es del tipo de hombres que aceptan un no como respuesta.

A Julia se le revolvió el estómago. Así que se trataba de eso.

Walker estaba presionando al alcalde. Y fuera lo que fuera lo que utilizaba para ello, representaba una amenaza para Brian.

-Cuando habla del contrato, ¿menciona al alcalde? -preguntó Julia, logrando que su tono sonara normal.

-Constantemente. Oh, es sutil, desde luego. Primero, nombra a Brian, porque sabe que es alumno mío. Pregunta cómo le va, qué tal progresa su lanzamiento esta temporada... cosas de ese tipo. Siempre se asegura de comentarme lo orgulloso que está el alcalde Stratford de su hijo. Luego, procede a declarar lo unidos que están el alcalde y él mismo, y me recuerda la cantidad de proyectos que han hecho juntos. Y eso conduce a su disertación sobre el contrato del aparcamiento municipal. Eso se está volviendo un auténtico patrón de nuestras charlas.

Julia se sentía cada vez más enferma.

-¿Qué más dice de Brian?

-¿De Brian? -Robin parecía sorprendida-. No mucho más. Sólo lo listo que es, lo fantástico que debe de ser tenerlo en clase, lo difícil que le debe de resultar estarse quieto cuando preferiría estar en el patio, jugando a la pelota. Una vez, me preguntó cada cuánto tiene recreo Brian y qué le gusta hacer cuando sale al patio. Sinceramente, creo que tan sólo muestra interés por Brian porque sabe que me encantan los niños y quiere cautivarme. Así, yo no me daré cuenta de que saca a relucir el tema del contrato.

El interés de Walker por Brian significaba algo completamente distinto para Julia, y ésta casi no podía soportar lo que implicaba.

-Has dicho que es mucho mayor que tú -dijo, buscando una confirmación e intentando que no le temblara la voz-. No creo que lo haya visto nunca por aquí. ¿Ha venido alguna vez a la escuela? - No. Tú va me conoces. No invito a los hombres con los que salgo a venir por aquí. Me recoge en casa. Y, sí, es un hombre maduro, debe de rondar los cincuenta y cinco, supongo. Ya sé que eso suena a realmente mayor, pero es uno de esos tipos a los que la edad les sienta de maravilla. Está increíblemente en forma, es sexy de un modo... rudo, por así decirlo, y tiene mucho dinero y encanto. Demasiado encanto, quizá. Lo que creo es que es un auténtico manipulador. Y yo piqué, me tragué el anzuelo e incluso la caña. Si estoy en lo cierto en cuanto a sus motivos, me engañó totalmente, no hay duda. Desde el primer instante. Ese tipo de juego sucio no es algo en lo que yo quiera meterme. Me produce repugnancia y me pone los pelos de punta.

Róbin se volvió hacia su amiga y frunció el ceño.

-¿Julia? Estás pálida como el papel. ¿He dicho algo que te haya disgustado?

-¿Cómo dices? -Julia tuvo que hacer un gran esfuerzo para recobrar la compostura-. Bueno, de hecho, sí. Quiero que dejes de ver a ese hombre inmediatamente. Tiene toda la pinta de acarrear problemas-Una sonrisita burlona.

-De acuerdo, mamá.

-Lo digo en serio, Robin. Julia tenía que cerciorarse de que conseguía mantener a su amiga lejos de Philip Walker. Era obvio que ese hombre era escoria, y quizá mucho peor que eso aún-. Tú eres una persona maravillosa. Te mereces mucho más que un sinvergüenza que te está utilizando.

-Tienes razón. -Robin sonrió de nuevo, esta vez con dulzura-. Gracias por interesarte por mí. Romperé con él esta noche, por teléfono. Así, evitaré entrar en largas explicaciones. No quiero que sospeche nada. Me limitaré a poner como excusa la diferencia de edad. Eso debería ser suficiente.

Le dio a Julia un cariñoso apretón en el brazo.

-Reconduzcamos las dos nuestras vidas por el buen camino. Yo encontraré otro hombre, uno que será estupendo, y tú solucionarás las cosas con Connor Stratford. Estás enamorada de él, querida. Lo llevas escrito en la cara. Y, puesto que eres de las de un solo hombre para siempre, te sugiero que procedas a su acoso y derribo... sin más dilación.

15.35

Mientras entraba apresuradamente el, su apartamento Julia decidió que era eso precisamente lo que pensaba hacer con Connor, aunque sus razones para el acoso y derribo distaban mucho, al menos en aquel momento presente, de los motivos románticos a los que Robin se refería.

Julia cerró la puerta del apartamento de golpe y cogió el teléfono. Le temblaban los dedos mientras marcaba el número del móvil de Connor,

-Connor Stratford.

-Hola -repuso ella-. No te llamo desde mi móvil, porque has dicho que no te hacía gracia que los usáramos para comentar los detalles más espinosos. Pero tenía que llamarte al tuyo. No sabía dónde estabas. Y no quería perder tiempo averiguándolo.

-Estoy en el despacho de Stephen. ¿Tú estás en casa?

-Sí.

-Cuelga, y te llamo ahora mismo.

Julia descolgó el teléfono aún antes de que el primer timbre hubiera sonado del todo.

-¿Connor?

-Sí, soy yo.

-Tenías razón. Philip Walker estableció una relación con Robin por un motivo. Por más de uno, creo. Ella ha adivinado el primero pero, en cuanto al otro... -A Julia le falló la voz.

-Cariño, cálmate. Dime, ¿qué te ha contado Robin?

Julia respiró hondo y le relató a Connor la conversación entera.

-Mierda -murmuró Connor.

-O sea que Robin sospecha de la ética de Walker en los negocios. Sabe que la está utilizando, cosa de la que yo estoy segura. Pero el resto... Connor, le ha hablado mucho de Brian. ¿Por qué quería saber ese hombre qué hace Brian en el patio o a qué hora está programado el recreo? ¿Crees de veras que quiere hacerle daño? Robin dice que Walker no ha estado nunca en la escuela, pero eso no significa que no haya aparecido por allí sin que ella se haya dado cuenta. ¿Es posible que haya...? Julia se detuvo en seco al recordar algo de repente-. La gorra de béisbol de Brian -dijo, casi sin aliento- ¿Recuerdas que dijiste que había desaparecido durante el recreo de la tarde? Brian jamás perdería esa gorra. Lo significa todo para él.

-Walker la cogió -repuso Connor sin preámbulos-. Luego, se la envió a Nancy con una nota de amenaza. Por eso ella se fue, llevándose a Brian. -Luego, antes de que Julia pudiera interrumpirlo añadió rápidamente-. No más preguntas, ahora no. Piensa sólo que Brian está con su madre. Ella lo mantendrá a salvo. Ahora tengo que colgar. Necesito pasarle tu información a Stephen.

-De acuerdo -aceptó serenamente Julia.

Una pausa.

-Julia, has prestado una ayuda mayor de la que te puedas imaginar. Nunca podré agradecértelo lo suficiente. Te llamaré más tarde.

No fue hasta que ambos hubieron colgado que Julia recordó que más tarde, estaría fuera de casa, con Greg.

18.40

El letrero del cartel que rezaba Construcciones Walker estaba colgado de un árbol frente al solar en construcción. Al contrario que los otros proyectos que Construcciones Walker estaba actualmente llevando a cabo en Leaf Brook, éste estaba detenido. Las vigas de acero yacían, como durmientes, los cimientos de hormigón estaban tan sólo a medio terminar. Los trabajadores llevaban dos semanas sin aparecer por allí, porque un retraso con el arquitecto había aplazado la entrega de los planos actualizados al departamento de construcción. La ausencia de planos equivalía a la ausencia de permiso. Como resultado, las obras se habían detenido en seco.

Y el solar estaba desierto. Por eso lo había escogido. Era el escondite perfecto, por más de un motivo.

Aparcó detrás de un remolque en el solar y salió del coche. Lo rodeó y fue hacia el asiento del acompañante e incorporó a Brian Stratford hasta que éste quedó sentado. El chaval aún estaba un poco atontado, aunque el efecto del cloroformo que le había administrado ya empezaba a desaparecer. Pero por si acaso, el hombre se colocó el pasamontañas antes de sacar a Brian del coche. Más adelante ya no tendría importancia, pero ahora prefería mantenerse en el anonimato.

Tenía unas inmensas ganas de que todo aquel maldito asunto terminara. Quería deshacerse del hijo de Stephen Stratford, acabar con aquella operación, y cobrar su recompensa.

Sacó a Brian del coche y se acercó al remolque a toda prisa. Estaba entrando ya en el oscuro y desordenado compartimiento, cuando Brian levantó la cabeza y miró alrededor. Al principio, pareció estar aturdido y confuso. Luego, recordó, y sus ojos se abrieron como platos de puro miedo. Empezó a forcejear, y gritó. Su raptor ignoró la protesta y lo dejó caer sobre una silla.

-No te tomes la molestia de chillar -murmuró, mientras asía los brazos de Brian, lo obligaba a ponérselos tras la espalda y ataba al chiquillo por los tobillos y las muñecas-. Nadie puede oírte. Pero, por si acaso... -Sacó un pañuelo del bolsillo y le metió parte de él en la boca a Brian-. Ya está. Esto hará que te portes bien y te estés calladito.

Se puso en cuclillas junto al chiquillo, contemplando su rostro aterrado a través de las aberturas del pasamontañas.

-Vas a quedarte aquí un par de días. Así que tómatelo con calma. Volveré a ver cómo estás. Si eres buen chico, te traeré agua y comida. Y si tu padre también se porta como un buen chico, estarás en casa el lunes. ¿Entendido?

Brian tenía los ojos llenos de lágrimas, pero asintió con la cabeza.

-Bien. Te veré mañana. -El hombre salió del remolque, subió a su coche y se alejó de allí.

19.20

Jefatura de Policía de Leaf Brook

Marty Hart apoyó la cadera contra su mesa de despacho. Se cruzó de brazos y frunció el ceño, mirando a Connor y a Stephen. -Hablemos del asunto que nos urge y dejamos el tema del centro comercial para más tarde -planteó sin rodeos-. Philip Walker. Ese tipo me da aún más mala espina que cuando hablé con Connor ayer.

Stephen, sentado en una silla, se inclinó hacia delante. -¿Por qué? ¿Has averiguado algo más de él?

-¿Algo en concreto, quieres decir? -Marty frunció aún más el ceño-. No, pero el concepto de coincidencia es sin duda menos creíble cada minuto que pasa. Escuchad. He hecho indagaciones más extensivas sobre los robos de coches que han tenido lugar en Leaf Brook. He ampliado la búsqueda hasta cubrir los dos últimos años. Y... ¿adivináis qué? -Dejó que la pregunta flotara en el aire un instante, antes de responderla él mismo-. Según se desprende de la investigación, hubo un montón de robos ocurridos en aparcamientos con propiedad y mantenimiento a cargo de empresas privadas. Los incidentes ocurrieron a lo largo de un período de tiempo considerable, y por ese motivo no levantaron la alerta roja en mi departamento. Pero todos tienen algo en común con los robos más recientes, los llevados a cabo en los aparcamientos municipales. Ninguno de ellos se ha dado en las instalaciones a cargo de Construcciones Walker. Corrijo: los aparcamientos no estaban a cargo de Walker cuando se produjeron los robos. Pero tiempo después, ahora, es otra historia. De repente, todas las pequeñas empresas propietarias de zonas de aparcamiento se apresuraron a encargar su equipo de seguridad a Construcciones Walker. Es como si hubieran necesitado algo que los convenciera, y como si Walker se lo hubiese proporcionado.

-Más pruebas de que ese tipo es un sinvergüenza -refunfuñó Stephen, pasándose una mano por el pelo.

Marty enarcó las cejas.

-No parece muy sorprendido, alcalde Stratford. Dime, ¿a qué se debe eso? ¿Acaso es que ahora mismo te encuentras bajo ese mismo tipo de presión? Porque se me ha ocurrido que ésa podría ser la razón por la que el coche del concejal Kirson fue robado. El caso ha sucedido en el preciso momento en que el voto de Kirson podría inclinar la balanza a favor de Philip Walker. Así que, dime, ¿fue esa la manera usada por Walker para ganarse al consejo del Ayuntamiento y convencerles de concederle el contrato del aparcamiento municipal? ¿Te ha animado también a ti, con la misma fuerza, a hacer lo mismo?

Stephen miró a Marty directamente a los ojos, sin mostrarse evasivo.

-Sí. El problema es que no poseo ninguna prueba tangible, aparte de alguna que otra conversación ambigua y unos cuantos hechos desagradables que, de hecho, no puedo imputarle claramente. Por otro lado, hay otras cosas en juego, además de dinero o contratos... asuntos de los que no puedo hablarte aún. Hace mucho tiempo que tú y yo somos amigos, Marty. Te pido que me comprendas. Y por supuesto, también que colabores. No dejes de investigar a Walker, por favor. Pero hazlo discretamente. En cuanto tengas algo sobre ese tipo, nos meteremos de lleno en ello. Te doy mi palabra.

Marty llevaba demasiado tiempo como policía para no reconocer que Stephen estaba diciéndolo en realidad. Entornó los ojos con

-Si ese tipo te está amenazando...

-Como ya he dicho, no tengo pruebas. Pero sí la intención de conseguirlas

Connor escuchó toda aquella conversación con una mezcla de sorpresa y orgullo. No había esperado que Stephen fuera tan sincero, Pero quizá debería haberlo hecho, teniendo en cuenta sus últimas charlas con él. Stephen quería a su familia, quería rehacer su vida, retomar el timón. Eso requería mucho valor, sobre todo porque . significaba jugarse su propio pellejo.

Bien, si Stephen iba a la guerra, no iba a hacerlo solo.

-Lo único que te pedimos es un poco de tiempo, Marty -intervino Connor, apoyando a su hermano-. Removeremos cielo y tierra. Stephen está en ello, de lleno. Yo también. Y tengo, además, algunos contactos de negocios, privados, metidos en el asunto. Me mantienen informado permanentemente. Estamos investigando a todo aquel que haya cerrado algún negocio con Walker en la última década, y más allá si es necesario. Si se puede destapar algo contra ese tipo, lo encontraremos.

-¿Greg no ha averiguado nada aún? -preguntó Marty. -No -repuso Stephen-. Pero ha estado muy metido en otro trabajo, y no tiene idea de la gravedad del asunto y lo critica que es la situación. Así que no puedo culparlo.

Marty se aclaró la garganta.

-¿Acudirá Walker a la inauguración de mañana? Ha invertido mucho dinero en la construcción del centro comercial.

-Estoy seguro de que asistirá.

Marty asintió con la cabeza, muy erguido.

-En ese caso, yo también. No hay, nada como el toque personal de un jefe de policía para avivar el miedo en los que no tienen la conciencia tranquila. Por si a Walker le apeteciera llevar a cabo las amenazas que está o no lanzando, sean cuales sean.

Stephen comprendió lo que decía.

-Gracias, Marty. Te lo agradezco.

-De nada. -Esbozó una ligera sonrisa de medio lado— La buena noticia es que el aparcamiento del centro comercial debe de ser' sin duda, muy seguro. Si Walker ha invertido tanto en ese sitio, dudo que mañana tengamos que preocuparnos por posibles robos en ese monstruo de doce plantas.

21.05

Aquella cena era, definitivamente, un error.

Julia cambió de postura en su silla, tomando otro sorbito de vino con la esperanza de que aquello le calmara los nervios. Hasta ahora, no lo había conseguido. Ni tampoco la conversación, aunque Greg lo había intentado todo para relajarla. No era culpa suya. Ni siquiera eran los sentimientos de Julia hacia Connor lo que perturbaba aquella velada o provocaba que su bistec le hubiera sentado como un pedazo de plomo a su estómago. Todo se debía a su preocupación por Brian.

Por Dios, en aquel asunto había mucho más que tensiones o discordia familiar. Encerraba peligro físico. O la amenaza de ello, al menos. Qué bien que Nancy se había llevado a Brian a tiempo.

Sin embargo, a la mente de Julia acudían un montón de preguntas.

¿Por qué Stephen Stratford no había acudido a la policía? ¿Por qué él y Connor mantenían las amenazas de Walker en secreto y llevaban a cabo una investigación por su cuenta? ¿Qué era lo que Julia desconocía y les impedía a ambos denunciar a Walker? ¿Falta de pruebas? La policía podía ayudarles a encontrarlas. ¿Descenso de la popularidad política? La ciudad tan sólo podría aplaudir al alcalde Stratford por denunciar a un criminal. Entonces, ¿qué era?

-Tierra llamando a Julia. -Greg estaba inclinado sobre la mesa y daba unos golpecitos en la copa de Julia-. ¿Estás estableciendo contacto telepático con eso?

Ella esbozó una sonrisa de disculpa.

-Lo siento. De hecho, pensaba que ojalá pudiera beber más. Si estuviera totalmente ebria olvidaría lo mala que ha sido toda esta semana. El problema es que he venido en coche. Así que emborracharme no es factible.

Greg soltó una risita.

-Tan mala ha sido, ¿eh? -Tomó un sorbo de su copa de vino-. ¿Tiene que ver con la escuela?

-Más o menos -repuso ella, con actitud evasiva-. Desde que Brian se fue, con su madre, a California, todo ha sido como un circo: Jack me hace ir al despacho del alcalde con los deberes de Brian, la prensa se apelotona ante mi puerta... Supongo que no estoy tan acostumbrada al mundo de la política como tú.

Un leve resoplido de disgusto.

-Puede que yo me mueva por él mucho más que tú, pero uno nunca se acostumbra a ese mundo. Sobre todo en lo referente a los medios de comunicación. Son como sanguijuelas. -Greg enarcó las cejas, en un gesto de curiosidad-. Hablando de Brian: ¿cómo van las cosas entre tú y Connor Stratford... siguen adelante?

Julia sintió que se sonrojaba. No es que la pregunta fuera indiscreta... después de todo, era su relación con Connor Stratford lo que la había hecho romper con Greg. Sólo que Julia se sentía un poco incómoda hablando de un tema tan íntimo con un hombre que sentía algo hacia ella.

-¿Es demasiado personal? -aventuró Greg, dejándola libre de la obligación de responder.

-En parte. Y tampoco estoy segura acerca de cómo contestarte. Yo no diría que las cosas estén progresando. Diría que están fermentando.

Greg esbozó media sonrisa ante aquella elección de vocabulario.

-¿Para convertirse en un buen vino o en un escabeche avinagrado?

-Ah, ésa es la cuestión -repuso ella, esforzándose por ser tan sincera como le fuera posible sin sentirse incómoda-. Mi relación con Connor es una gran paradoja. Como ya te he dicho, no me interesa el mundo de la política. Y no me interesa el dinero. Pues bien, el apellido Stratford es sinónimo de ambas cosas. Así que me siento como la famosa Dorothy, de El Mago de Oz. Estoy en Esmeralda, la ciudad maravillosa, pero no estoy segura de querer quedarme ahí.

-Se está mejor en casa que en ningún sitio, ¿eh? -la compadeció cariñosamente Greg.

-Algo así, sí. -Julia observó su rostro. No parecía estar -preocupado por lo que ella le acababa de decir. Pero sí parecía tenso y cansado-. Espero no haberte disgustado.

-No, no lo has hecho. He sido yo el que ha preguntado. Además, yo te he estado contando mis problemas durante toda la velada. Y tú te has comportado como una auténtica confidente, escuchándome. Incluso después de haberte prometido que no hablaría más de trabajo. -Greg se frotó los ojos-. Lo siento. No quiero ser descortés. No es que me aburra tu compañía, en absoluto, créeme. Sólo que estoy agotado. El alcalde se ha pasado la semana metido en reuniones, mi secretaria está de baja, y yo todavía tengo un montón de cálculos por revisar antes de acabar el presupuesto.

-Todavía tienes la intención de trabajar mañana?

-Sí. -Greg bostezó-. Será un día muy tranquilo. Todo el mundo va a ir a la inauguración del centro comercial, así que nadie me interrumpirá. Empezaré pronto. Calculo que hacia el final del día ya habré acabado.

Julia cogió su bolso.

-¿Por qué no damos la velada por terminada? -sugirió, sacando el monedero-. Son casi las diez. Ambos estamos agotados. La cena ha sido estupenda y la conversación muy agradable. Ahora es hora de darnos las buenas noches e irnos a dormir, sobre todo tú.

Greg le dedicó una mirada de disculpa.

-¿No te importa?

-En absoluto. -Lo cierto era que Julia tenía muchas ganas de llegar a casa. Quería intentar localizar a Connor, saber de qué más podía informarla-. Cumpliré mi trato, como prometí -dijo firmemente, rechazando con un vago ademán el gesto de Greg, que se disponía a pagar-. Me has salvado de una pizza fría y varias reposiciones aburridas en la televisión.

-Eso suena casi tan mal como preparar mi presupuesto -repuso Greg, tajante. Se puso en pie y se despidió-. Vamos. He aparcado mi coche junto al tuyo. Como mínimo, puedo acompañarte hasta allí.

Cruzaron el aparcamiento y se detuvieron antes sus respectivos vehículos, bajo la potente luz de un farol. El Audi de Greg estaba a la izquierda del Escarabajo de Julia. Greg rodeó su coche hasta llegar a la puerta del conductor y esperó a que ella se metiera entre ambos vehículos y abriera la suya.

-Gracias por la cena -le dijo a Julia mientras ésta introducía la llave en la cerradura.

-De nada, cuando quieras -repuso Julia, dedicándole una breve y sincera sonrisa.

Sin querer, su mirada se desvió por un instante hacia el interior del coche de Greg, mientras va se estaba volviendo de espaldas.

Con repentina sorpresa, Julia se volvió de nuevo, y miró fijamente el objeto brillante y rojo que yacía sobre el asiento del acompañante del coche de Greg.

-¿Qué pasa? -preguntó éste, al ver la asombrada expresión en el rostro de Julia.

-Esa pata de conejo -repuso ella, señalándola.

Enarcando las cejas, Greg abrió el coche, se agachó, la recogió y sacó aquel pedazo de piel.

-¿Esto?

-Sí. Julia lo tomó de su mano y lo examinó atentamente-. Es mía.

-Bromeas.

-No. Se la entregué a Connor el día que Brian se fue de la ciudad. Para que le diera buena suerte. Era mía. Quería que la tuviera Brian.

-Qué raro. -Greg observó la pata de conejo, claramente perplejo-. La única explicación que se me ocurre es que Connor no tuvo ocasión de dársela a Brian antes de que él y su madre se dirigieran al aeropuerto. Debió de pensar que ya se la enviaría. Probablemente, se mezcló con el resto de cosas que Celeste ha estado empaquetando para mandar a Brian. La pobre mujer anda como loca. Con mi secretaria de baja, ha sido ella la que ha estado ayudándome, corriendo arriba y abajo como una gallina sin cabeza. Veamos, en tan sólo el día de ayer hizo dos viajes hasta mi coche para recoger unos informes. De hecho, Cliff Henderson también. Tenía que coger el material

que yo le había llevado para un asunto de informes legales que estamos llevando a cabo para el alcalde. -Una sonrisita de disculpa-. O sea que, como puedes ver, mi coche es igual que la Gran Estación Central. Tu amuleto de la suerte se le debe haber caído a alguien durante uno de los viajes.

-Ah. Julia asintió con la cabeza, con la pata de conejo aún en la mano. No sabía por qué, pero aquel objeto la hacía sentirse más cerca de Brian.

-Te diré lo que voy a hacer -le prometió Greg-. La dejaré en el despacho del alcalde mañana por la mañana, con una nota. Y él podrá enviarla el lunes.

-Muy bien. Julia se la devolvió, con una extraña sensación de inquietud, aunque sin tener ni idea de qué se la provocaba. Aquella explicación era perfectamente verosímil. No había modo de que Greg supiera que Brian no estaba en California. Él, como todos los demás creía que Brian estaba con su tía y la familia de ésta. Greg no podía saber que la seguridad de Brian estaba siendo amenazada. Y, desde luego, no podía saber lo vacía que Julia se sentía al saber que Brian no llevaba consigo la pata de conejo.

-¿Julia? -dijo Greg, interrumpiendo sus absortos pensamientos- Siento que se haya extraviado.

-No pasa nada. No es culpa tuya. -Se masajeó un poco las sienes--. Sólo que estoy muy cansada. Será mejor que me vaya. -Le dio a Greg unos cariñosos golpecitos en el antebrazo-. Gracias por esta agradable velada. Buenas noches.

-Buenas noches. -Greg esperó hasta que Julia hubo puesto el motor en marcha antes de subir a su propio coche.

Luego, la observó mientras se alejaba, con expresión pensativa.

22.15

Cliff estaba agotado.

Observó los negativos que había sacado del coche de Greg el día anterior y se preguntó cómo era posible que las cosas se hubieran deteriorado hasta el punto de que él se veía reducido a hacer lo que había hecho.

¿A quién intentaba engañar? Conocía la respuesta a aquella pregunta. El motivo y la justificación eran lo mismo: su amor por Nancy. Durante trece años, Cliff se había mantenido en segundo plano, viendo cómo Nancy construía una vida con otro hombre (su mejor amigo, ni más ni menos). La había visto casarse con él, la había visto engendrar y criar al hijo de Stephen. Cliff se había mantenido junto a ella como amigo y confidente, ayudándola a soportar los momentos más difíciles del estado emocional de Stephen, sin decir jamás ni una sola palabra en contra de su mejor amigo, aunque se sentía resentido por la debilidad de éste y por cómo esa debilidad afectaba a Nancy.

Lo cierto era que Stephen no la merecía. Y, por mucho que Cliff intentara convencerse de lo contrario, siempre había albergado la secreta esperanza de que algún día Nancy viera aquella evidencia con sus propios ojos y terminara con aquel matrimonio.

El miércoles pasado, por primera vez, se había dado cuenta de que aquello no iba a suceder... jamás.

Fue como si le cayera encima una tonelada de ladrillos, después de conducir hasta Stowe para llevarle la medicina a Brian, con la esperanza de que una Nancy en su momento más crítico acudiera a él, no ya como amigo, sino como su futuro.

En lugar de eso, ella le había hablado de Stephen llorando, admitiendo que, después de horas de meditación, se había enfrentado a lo inevitable y tenía que serle sincera. Nunca dejaría de amar a su marido, por mucho más fácil que resultara poder hacerlo. Además, para mayor e innecesario dolor de Cliff, había decidido que lo más honesto era mantenerse a distancia... o, según Cliff lo recibió, rechazo del todo, librarse de él.

Nancy le dijo que no debía volver al refugio mientras ella estuviera allí. No sólo por su bien, sino también por el de Brian. Al parecer, el niño se había alterado al saber que sería Cliff, y no Stephen, quien le llevaría la medicina e iría a ver si él y su madre estaban bien. Lo interpretó como

una señal de que Cliff asumía el papel de la figura paterna, cuando era a Stephen a quien Brian quería Y echaba de menos.

¿Resultado? Nancy tenía que tener en cuenta a su hijo ante todo, Así que Cliff debía mantenerse alejado.

Había topado, en fin, con la realidad pura y dura.

Cliff se pasó el miércoles entero digiriéndolo. Luego, ayer, estuvo observando a Stephen durante toda la reunión con Harrison. Stephen estaba tan atrapado por su propio infierno que ni siquiera se daba cuenta de que existiera el de nadie más.

Y fue entonces cuando Cliff tomó su decisión.

El foco de atención de Stephen estaba a punto de cambiar. Vería el infierno de otra persona.

Y, mientras, el suyo propio iba a empeorar mucho.

22.25

Julia vio el piloto rojo intermitente de su contestador automático en cuanto entró en su casa. Corrió hacia él y pulsó la tecla para escuchar la cinta.

-«Tiene un mensaje» -anunció la máquina.

-¿Julia? Esperaba encontrarte en casa antes de que te fuer hacia tu conferencia. -Era Connor, y parecía muy preocupado-. Ésta es la única llamada que voy a poder hacerte en toda la noche -Stephen y yo estamos reunidos con el jefe de policía para hablar del tema del despliegue de medidas de seguridad en la gran inauguración de mañana, entre otras cosas. Bajo las circunstancias en que nos hallamos, toda prudencia es poca. -Hizo una pausa, como si tuviera mucho que decir pero no quisiera arriesgarse dejándoselo a un contestador- Ya hablaremos -continuó-. Pronto. Yo asistiré al evento del centro comercial la mayor parte de mañana, por Stephen. Si tengo cobertura, te llamaré. Si no es así, intentaré localizarte en cuanto salga de allí. Debo verte inmediatamente. Tenemos importantes asuntos que resolver.

Un clic, seguido de la información de la máquina:

-«Mensaje recibido el viernes, a las dieciocho cuarenta.»

Menos de cinco minutos después de que ella hubiera salido por la puerta para verse con Greg. Julia no había estado en casa para contestar la llamada de Connor.

Se dejó caer en el sofá y apoyó la cabeza sobre el brazo acolchado. Se sentía aún invadida por la inquietud de hacía un rato, a la que ahora se sumaba el hondo pesar que le provocaba el mensaje de Connor. Ojalá pudiera hablar con él ahora mismo. No sólo porque quería saber cuáles eran aquellos importantes asuntos (tanto si tenían que ver sólo con Brian, como si se referían a ellos dos), sino porque se había sentido muy mal al recibir su llamada la noche anterior, y aquella sensación no la había abandonado desde entonces, ni había bajado de intensidad. Quizá si Connor le daba más detalles, su temor menguaría.

De todos modos, quizá no.

Capítulo 25

14 abril 7.35
Stowe, Vermont

La cabeza de Nancy colgaba hacia un lado, y ella luchaba por recuperar la conciencia. Estaba ahí, muy cerca, entrando poco a poco en su mente para volver a alejarse luego con la misma facilidad. Durante aquellos momentos, el día se convertía en noche, y la noche de algún modo se transformaba en día.

«¿Qué hora es?», se preguntó Nancy, completamente aturdida, luchando de nuevo contra los efectos de la droga.

«Recuerda. Intenta recordar.»

Estaba atada a una silla. Tenía los brazos firmemente sujetos tras espalda, y sentía calambres en los músculos debido a aquella posición forzada. También una soga mantenía sus piernas unidas entre sí y atadas a las patas de la silla. Y la habían amordazado, con un pedazo de tela anudado en la nuca, y cuya aspereza parecía segarle las comisuras de la boca.

¿Por qué estaba Nancy tan débil y tan aturdida que ni siquiera podía intentar liberarse?

Un destello de recuerdo. El hombre del pasamontañas, el que la había atacado le había dado algo. Nancy recordó que él la había despabilado lo suficiente para ordenarle beber. Y, fuera lo que fuera lo que había bebido, combinado con lo que le había hecho inhalar al abalanzarse sobre ella, era contundente.

«Dios mío. Brian.»

Por enésima vez, Nancy intentó gritar su nombre, pero su voz emergió desde debajo de la mordaza sólo como un ronco graznido. Aun así, el sonido era lo suficientemente audible. Brian habría respondido a su madre si estuviera allí... y si pudiera. Quizás estaba maniatado y amordazado en la habitación contigua.

El instinto maternal de Nancy le decía lo contrario. Brian no estaba en la casita. Quien fuera que la había drogado, también había raptado a su hijo.

Sintiendo una ola de miedo y adrenalina, forcejeó y se esforzó por aflojar las ligaduras, en un intento desesperado de librarse de ellas. Tenía que salir de allí. Pedir ayuda. Encontrar a Brian.

Las cuerdas no se soltaban.

Gimiendo, Nancy se dejó caer contra el respaldo de la silla. Las lágrimas que llenaban sus ojos empezaron a resbalarle por las mejillas. ¿Dónde estaba Brian? ¿Qué le habían hecho? Sin duda debía de estar aterrorizado. ¿Estaba herido, también? ¿Se habría puesto alguien en contacto con Stephen para que les diera lo que fuera que querían a cambio de devolverle su hijo sano y salvo?

Ellos. Aquel hijo de puta de Walker y quien fuera que trabajara para él. Aquellos sucios bastardos se habían llevado a su niño.

El efecto de la droga volvía a aparecer, y la arrastraba a la inconsciencia. El cuerpo de Nancy se sentía demasiado débil para resistirse. Se le cerraron los párpados, y la cabeza volvió a caer hacia delante.

Una breve imagen del hombre que llevaba pasamontañas cruzó su mente. Todo había sucedido muy rápido. Nancy apenas había tenido tiempo de volver el rostro hacia él antes de que se le abalanzara encima.

Pero en aquel breve instante...

Sus ojos. Nancy conocía aquellos ojos. Los había visto muchas veces, antes.

Brian oyó el crujir de ruedas sobre grava, seguido del sonido de una puerta de coche que se cerraba de golpe.

El hombre del pasamontañas se acercaba con paso decidido. Brian empezó a temblar de pies a cabeza, con el cuerpo tenso. Sabía que debía ser valiente, que no debía actuar como un cobarde, pero no podía evitarlo. Estaba aterrorizado. El remolque era oscuro y, escalofriante. Y se había vuelto aún más oscuro y, escalofriante al caer la noche, cuando a Brian empezaron a llegarle extraños sonidos del exterior. Se había dicho a sí mismo que tan sólo se trataba de animalitos, pero sonaba como si ahí fuera hubiera monstruos. O alienígenas.

Brian habría preferido cualquiera de las dos cosas, o ambas a la vez, si con eso pudiera librarse de aquel hombre.

Las pisadas, sobre el barro, se acercaban al remolque.

Brian miró fijamente hacia la puerta, con los ojos como platos de puro terror.

¿Venía aquel hombre a traerle comida o a hacerle daño? Para empezar, ¿por qué lo había raptado? ¿Y por qué había maniatado a su madre? ¿Y por qué no había hecho sólo eso, sino que la había obligado a beber una especie de brebaje que la había dejado dormida?

Las cuerdas le hacían mucho daño. Sentía un molesto hormigueo en el brazo con el que lanzaba, como si lo tuviera lleno de arena. Lo mismo sucedía con sus piernas. Y tenía la boca reseca por culpa del pañuelo, que había logrado escupir en parte.

Notó que las lágrimas empezaban a resbalar de sus ojos. Echaba de menos a sus padres. Quería irse a casa.

La puerta del remolque se abrió de par en par. El hombre del pasamontañas pasó al interior.

-Hola, Brian. -Se acercó a él y se agachó junto a la silla, con una mirada penetrante saliendo por las pequeñas rendijas de su enmascarado rostro-. No voy a quedarme mucho rato. Tengo que irme a otro lugar. Así que sé bueno y no ofrezcas resistencia. -Rebuscó en su bolsillo, y. Brian se quedó helado, imaginando que iba a sacar un arma. Había llegado el momento en que la víctima era eliminada. Como en su nuevo juego de ordenador.

Se preparó para recibir el impacto de la bala.

En lugar de eso, el hombre sacó un refresco y una bolsa de cereales tostados.

-Es la hora del desayuno. -Alargó el brazo para quitarle la

mordaza a Brian-. No grites. Limitate a comer, beber y a estarte quietecito. ¿De acuerdo?

Brian asintió. Tenía demasiada sed, demasiado hambre y demasiado miedo para desobedecer.

Así pues, siguió las instrucciones en silencio.

Aquel hombre hablaba en voz baja y un tanto ronca, como si intentara disimularla. Pero Brian la reconoció de todos modos. La había oído antes, un montón de veces.

Y sabía perfectamente a quién pertenecía.

10.15

Julia no había pegado ojo.

Durante toda la noche, estuvo revolviéndose y dando tumbos en la cama, preocupada por la huidiza sensación de que algo no iba bien.

Mientras tomaba su segunda taza de café, cayó en la cuenta de qué era ese algo.

La cronología. No encajaba.

Ella le había dado la pata de conejo a Connor a las ocho y media de la mañana del martes. Él se había emocionado claramente con ese gesto. Al igual que Julia, sabía que levantaría muchísimo el ánimo de Brian. La siguiente vez que Julia vio a Connor, cuando cenaron juntos, diez horas después, él ya había visto a Brian. Lo había mencionado específicamente. De hecho, había

dicho lo mal que se sentía al ver a Brian tan desanimado, y que el chaval tenía una infección de oído y estaba tomando antibiótico.

Así que, ¿por qué no le había dado la pata de conejo? ¿Por qué iba a quedársela un día entero, incluso si no sabía que Brian iba a marcharse, cuando aquel objeto habría dibujado sin duda una sonrisa en el rostro de su sobrino?

Connor no habría hecho eso.

Y había otra cosa que la intranquilizaba. Algo que Greg había dicho. No había vuelto a pensar en ello, la noche pasada. Estaba demasiado disgustada por el hecho de que Brian no tenía consigo su amuleto de la suerte. Pero ahora, le llamó fuertemente la atención al recordar la conversación que había mantenido con Greg. Él había dicho algo acerca de que Cliff Henderson necesitó coger de su coche cierto material referente al asunto de un informe que estaban llevando a cabo para el alcalde.

Podía ese asunto tener que ver con Philip Walker? Ese hombre era, sin duda, el tema más urgente a investigar por parte del alcalde. Conocía Greg detalles más confidenciales de los que había podido darle? Tenía sentido, sí. Greg era el regidor de la ciudad, y llevaba años trabajando con el alcalde Stratford. Y Cliff Henderson era el apoderado del alcalde. ¿Por qué no iba Stephen Stratford a solicitar su ayuda?

Julia dejó a un lado la taza de café. Tenía que hacer algo. Connor estaba en la inauguración del centro comercial. A Julia no le sería posible hablar con él sobre aquello hasta esta noche. Pero no podía esperar de brazos cruzados hasta entonces. Estaba demasiado nerviosa e impaciente.

Por otro lado, Greg estaba en su despacho, trabajando. Presumiblemente, elaborando el presupuesto, aunque Julia empezaba a preguntarse si lo que realmente estaba haciendo era investigar para el alcalde.

Sólo había un modo de saberlo.

Se inventaría una excusa plausible para dejarse caer por el despacho del alcalde. De ese modo, si ella estaba equivocada y Greg se encontraba inmerso en las cifras del presupuesto, podría hacer un elegante mutis y no pasaría nada. Pero si Julia estaba en lo cierto, quizá podrían ponerse a trabajar juntos en el tema y averiguar algo concreto acerca de Walker mientras el alcalde cumplía con su indispensable aparición política en el centro comercial.

Ahora, había que encontrar la excusa.

Fue a buscar su carpeta y sacó de ella un par de ejercicios de lectura y ortografía que pertenecían a los niños que se hallaban ausentes cuando ella les había dado las notas. Veamos... el ejercicio de ciencias de Jennifer, el examen de lectura de Randy... Ahí estaba: el ejercicio de ortografía de Brian del lunes. Había obtenido una calificación de noventa y siete puntos. Una agradable sorpresa de la que informar a su padre. Y una excusa perfecta en caso de que Julia la necesitara.

Cogió el bolso y salió del apartamento.

10.45

Ayuntamiento

Julia pasó un mal rato para entrar en el edificio. No sólo estaba cerrado, sino que el acceso estaba vigilado por un guarda de seguridad que la interrogó como si ella fuera una terrorista. Ni siquiera el ejercicio de ortografía que llevaba como justificación había sido suficiente para franquearle la entrada.

La suerte acudió a ayudarla en ese punto.

El guarda de seguridad estaba a punto de llamar por el intercomunicador al despacho de Greg para verificar si éste esperaba la visita de una tal señorita Talbot, cuando se abrió la puerta de acceso al interior y apareció Celeste, apresurada.

-Señorita Talbot... hola. -Se detuvo en seco, con expresión sorprendida-. ¿Qué está haciendo aquí?

Julia se sintió por fin aliviada. No había querido avisar a Greg de su visita. Estar sobre aviso le daría tiempo para esconder cualquier material confidencial en el que estuviera trabajando, y sacar

en su lugar el famoso presupuesto, ofreciendo así una escena normal para cuando Julia entrara en el despacho. Pero sin aviso... lo pillaría por sorpresa.

-Hola, Celeste. -Con una fingida timidez en los ojos, Julia hizo ondear ligeramente el ejercicio de Brian en el aire-. Quería dejar esto en el despacho del alcalde para que él se lo pueda enviar a Brian. Greg me comentó que se le iba a mandar un paquete el lunes. Y, puesto que el alcalde está ocupado todo el día en el centro comercial, he pensado que podría dejarlo aquí. No tenía ni idea de que fuera tan difícil entrar. -Levantó el otro brazo y mostró con un ligero zarandeo la bolsa de papel que sujetaba con la mano-. Greg también me comentó que iba a trabajar durante todo el día. He pensado pasar a saludarlo, y le he traído una taza de café y un bollo, para hacerle mas llevadero tener que trabajar un sábado.

Celeste sonrió.

-Estoy convencida de que se lo agradecerá. -Se volvió hacia el guarda y asintió-. Todo en orden, Joe. La señorita Talbot Puede pasar.

-De acuerdo. Joe le dirigió una mirada de disculpa a Julia-. Lo siento, señorita Talbot, yo sólo cumplo con mi obligación. - Se rascó la cabeza, y la ladeó hacia Celeste-. Caramba, hoy ha sido un día movidito -comentó-. Tú, el señor Matthews, el señor Henderson, y ahora la señorita Talbot. Normalmente, los sábados son la mar de tranquilos. Y yo pensaba que hoy todavía lo sería más, con todo el mundo en la inauguración del centro comercial. Supongo que me he equivocado.

-No del todo -le aseguró Celeste-. Yo me voy, al centro comercial ahora mismo. -Se despidió de Julia agitando la mano. -Celeste, una pregunta rápida -la retuvo Julia.

-Usted dirá.

-En ese paquete que estás preparando para Brian... ¿te ha dado el alcalde, o quizá Connor Stratford, una pata de conejo roja para que la incluyas?

Celeste se encogió de hombros, un tanto desconcertada, y replicó.

-Ahora me he perdido. Yo no estoy preparando ningún paquete para Brian. El alcalde se ocupa de todo en persona. En cuanto a la pata de conejo, no la he visto. Pero eso no significa que no esté ahí. -Sonrió-. Se la ha regalado usted, ¿verdad?

Julia asintió, mientras recogía aquella información.

-Ya, bueno, gracias de todos modos. Que disfrutes de la gran inauguración.

Esperó a que el guarda abriera la puerta para dejarla pasar. Luego, cruzó el pasillo hasta los ascensores. Así que Greg estaba mal informado acerca de que Celeste preparaba el paquete para Brian. O mal informado, o mintiendo. Si era el primer caso, significaba que el alcalde lo mantenía al margen de lo que fuera que estaba sucediendo. Pero si mentía, le daba a la corazonada de Julia incluso mayor credibilidad. Sobre todo porque Cliff Henderson también estaba, o había estado, allí aquella mañana. Si Greg y él estaban colaborando, trabajando de modo confidencial con el alcalde en el asunto de Brian, ¿qué momento mejor para hacerlo que hoy, cuando el despacho estaba tranquilo y el resto de la ciudad se encontraba reunido en la inauguración del centro comercial?

Era la hora de dejar de hacer especulaciones. Era la hora de averiguar.

Julia tomó el ascensor hasta la planta del departamento ejecutivo, Y se dirigió, hacia el despacho de Greg, que hacía esquina con el del alcalde.

El despacho del alcalde estaba cerrado. Pero la puerta se abrió de golpe justo cuando Julia pasaba por delante, y de él salió Cliff Henderson, con la mandíbula tensa, mientras repasaba lo que parecía unas hojas de papel con membrete y algunas fotografías. Estaba tan absorto en sus pensamientos que casi chocó con Julia.

-Oh, lo siento. -Cliff parpadeó, claramente sorprendido de verla. Se puso la mano derecha a la espalda, pero a Julia le dio tiempo de distinguir el membrete de Construcciones Walker en los papeles que aguantaba y en la foto que estaba sujeta con una grapa a ellas.

Era una instantánea de Brian, de pie en el montículo del lanzador, -La señorita Talbot, ¿verdad? -le preguntó, esperando que ella asintiera-. Si está buscando a Stephen o a Connor, ambos han ido al centro comercial.

-Ya lo imaginaba -replicó Julia. Se devanaba los sesos intentando explicarse por qué una foto de Brian iba a estar sujeta a un papel de empresa de Walker, y por qué Cliff Henderson la tenía en la mano. ¿Qué debía de salir en las otras fotografías además?-. De hecho, he venido a ver a Greg. Le he traído una taza de café. ¿Está ahí dentro con usted o en su propio despacho?

Cliff se encogió de hombros.

-En su despacho, supongo. No le he visto desde hace media hora, más o menos.

-Bien. Iré allí. Julia inclinó levemente la cabeza-. ¿Ya se va usted?

Una breve pausa.

-Pronto. Tengo que despachar un par de asuntos legales para el alcalde. Luego, me reuniré con él en la gran inauguración. Pero no quiero entretenerla. Llévele a Greg su café mientras aún está caliente.

Era obvio que Cliff se moría de ganas de quitársela de encima. ¿Por qué?

A Julia se le encogió el estómago.

Cliff Henderson no parecía actuar como un apoderado resolviendo un asunto confidencial. Actuaba como un criminal ocultando su culpa.

Con las fotos aún firmemente escondidas, Cliff consultó su reloj y Julia vio unas gotitas de sudor brillando en su frente.

-Discúlpeme, señorita Talbot. No quisiera ser descortés. Pero tengo que terminar mi trabajo.

-Desde luego. -Ella esbozó una sonrisa forzada-. Adiós. -Le dio la espalda y siguió su camino por el corredor, manteniendo adrede su paso lento y sereno por si Cliff Henderson la observaba.

En efecto, él la observaba. Desde delante de la puerta del despacho de Stephen, la siguió con la mirada, mientras sus labios dibujaban una fina y tensa línea.

Julia llegó al despacho de Greg, rezando por poder obtener alguna información de él... cualquier cosa que pudiera ayudarla. Se sentía cada vez más inquieta.

La puerta estaba ligeramente entreabierta, y Julia estaba a punto de llamar cuando oyó la voz de Greg, que hablaba por teléfono. -Según mis notas, el señor Walker saldrá del país el lunes - decía.

Sobresaltada, Julia se acercó un poco más a la puerta, y la empujó suavemente hasta abrirla lo justo para poder mirar, con extrema cautela, al interior. Greg le daba la espalda, y ella se atrevió entonces a encajarse en el espacio entreabierto y así oír mejor.

-Sólo quiero verificar que la reserva para el vuelo a Suiza ha sido registrada, y que el jet de la compañía estará a punto. -Greg hizo una pausa y asintió con la cabeza-. Así es. Ya sé que es un aviso con poco tiempo de antelación. No tengo ni idea de a qué se debe el viaje. Invéntate algo, si es necesario. Un pasajero y un maletín grande. Sin equipaje. Lo sé, pero tienes que ser discreto con este asunto, Jerry. Vale. Paga lo que sea. Sí, mil no es ningún problema. Tendrás el dinero el lunes. Sí, es lo que dicen. Bancos secretos y un chocolate estupendo, el lugar perfecto para que los ricos desaparezcan para siempre. Ya te lo he dicho, no hay planes de viaje de vuelta. -Una risita-. Excelente. Gracias.

Colgó, y se volvió antes de que Julia tuviera tiempo de esconderse, digerir lo que acababa de escuchar y, quizás, encontrarle algún sentido.

Julia. -El saludo de Greg fue de total sorpresa y en absoluto complacido. Entornó los ojos-. ¿Qué estás haciendo aquí?

-He... he venido a verte. Julia intentó desesperadamente no tartamudear-. Te he traído un bollo y un café. -Entró en la estancia y dejó la bolsa sobre el lado de la mesa más cercano. No podía mirar a Greg directamente a los ojos, no hasta que pudiera explicarse por qué estaba él haciendo llamadas para Walker. Y, más importante aún, por qué aquellas llamadas daban a entender que Walker se iba del país... para siempre.

¿Qué estaba sucediendo, por Dios?

Julia no podía perder el control sobre sí misma.

-De hecho, el verdadero motivo por el que estoy aquí es poner esto con la pata de conejo que tú has dejado para Brian sobre la mesa del despacho del alcalde. -Agitó levemente el ejercicio en el aire por enésima vez en lo que iba de día-. Un noventa y siete. Decididamente, vale la pena incluirlo en el paquete que recibirá.

-No he tenido ocasión de dejar la pata de conejo sobre la mesa del alcalde Stratford. -Greg la miraba fijamente-. Pero lo haré. Por si lo dudas.

-Claro que no. Sé que te encargarás de ello antes de irte a casa. Julia retrocedió hacia la puerta, intentando aparentar la máxima normalidad-. No esperaba que fuera el pensamiento con mayor prioridad para ti. Estás muy ocupado con tu trabajo. Y, para ser sincera, yo también voy demasiado sobrecargada. Tengo una tonelada de recados por hacer y varias clases por planificar. Me he prometido a mí misma que me limitaría a venir aquí, dejar lo que traía y marcharme. Así que me voy. Disfruta del desayuno. Te llamaré la semana que viene.

Se despidió de Greg agitando ligeramente la mano, salió de nuevo al pasillo y se dirigió directamente hacia los ascensores.

Greg salió al pasillo tras ella. Reparó en que Julia no se detenía en el despacho del alcalde para dejar allí el ejercicio de ortografía de Brian.

El parking de doce plantas estaba tan lleno como una gigantesca lata de sardinas.

Julia condujo y condujo a lo largo de una interminable espiral ascendente hasta que por fin divisó una diminuta plaza de aparcamiento en el piso once. Su Escarabajo apenas sí cupo en aquel espacio.

Apagó el motor y respiró hondo para calmar sus nervios. Tenía que encontrar a Connor.

En su trayecto hacia allí, le había dado vueltas a lo que había visto Y oído, repasando mentalmente los hechos, una y otra vez. Y, una y otra vez, su intuición le decía que algo malo estaba sucediendo.

La foto de Brian, sujeta a un papel con membrete de Walker... Los planes de Walker para abandonar el país, cómodamente y para siempre...

Al juntar las piezas de aquel puzzle, aparecía una imagen atroz. Julia tenía que estar equivocada. Tenía que haber alguna explicación lógica a todo aquello.

Necesitaba certezas que la tranquilizaran. Y debían dárselas los Stratford.

Salió dando un salto del coche, se apresuró hacia el ascensor y llegó justo a tiempo de impedir que se cerraran las puertas. Entró en él y se dirigió a la planta principal del centro comercial.

Cuando las puertas se abrieron de nuevo, daban paso a un auténtico caos.

Manadas de gente habían acudido tanto a comprar como a disfrutar de los espectáculos y exhibiciones inaugurales que el Ayuntamiento había organizado. Malabaristas, payasos que te pintaban la cara, mimos y un conocido discjockey eran algunas de las principales atracciones. En el centro del complejo había una enorme noria con alegres luces y animada música que llamaba la atención de pequeños y mayores por igual.

Julia se abrió paso hasta allí, mirando hacia todos lados para intentar localizar al alcalde Stratford.

Sólo vio un auténtico océano de gente.

Dios, qué precioso tiempo malgastado. Julia casi podía sentir en su interior cómo se le escapaba. La escena que sucedía a su alrededor (el movimiento, la risa, el ruido) tomaba un aire surrealista.

¿Dónde estaba el alcalde?

No se rendiría hasta descubrirlo.

Le costó una eternidad pero, finalmente, después de casi cuarenta y cinco minutos, divisó a varios periodistas agolpándose cerca al más al este del edificio. A la cabeza del grupo iba Cheryl Sager, bloqueando deliberadamente el paso a sus competidores. Y Podía significar tan sólo una cosa: el alcalde estaba allí. Aquel buitre de Cheryl Lager era, sin duda, la primera de la fila para la noticia del día.

Julia avanzó entre el gentío en aquella dirección. Efectivamente allí estaba Stephen Stratford, a tan sólo treinta metros de ella. Podrían haber sido treinta kilómetros, para el caso. Julia le veía, sí, pero le resultaba imposible llegar hasta él.

Además de al alcalde, Julia distinguió a Harrison Stratford y a una mujer de porte señorial que debía de ser su esposa. Al otro lado del alcalde, reconoció la parte de atrás de la cabeza de Connor. Se llevó ambas manos a los costados de la boca, a modo de amplificador, y gritó su nombre... pero habría dado lo mismo que estuviera en el estadio de los Yankees, intentando hacerse oír por encima de la algarabía que celebraba una gran jugada.

El tumulto la zarandeaba, la empujaba de un lado a otro, prácticamente la echaba al suelo.

El alcalde y los suyos se desplazaron.

La prensa los siguió, como un enjambre de abejas, manteniendo un muro andante entre Julia y los Stratford.

Aquello era inútil.

Julia logró apartarse a un lado y se pasó una mano por el pelo, nerviosa y abatida.

Había toneladas de agentes de policía por doquier. Julia podía dirigirse a cualquiera de ellos, decirle que había una emergencia y que tenía que ver al alcalde. Pero eso provocaría

inmediatamente el escándalo que Connor y Stephen intentaban desesperadamente evitar. Julia no podía hacerles eso, sobre todo porque no tenía prueba alguna de que Brian estuviera en peligro.

Ya era la una y media. Connor había prometido llamarla en cuanto saliera de allí, verla enseguida. El viaje a Suiza de Walker no estaba programado hasta el lunes. Lo que significaba que, si se estaba tramando algo, Julia disponía de todo el fin de semana para desbaratar el plan. Por ahora, Brian estaba a salvo. Con su madre. Nancy, Stratford se lo habría notificado a su esposo, si alguien hubiera intentado hacerle daño a su hijo.

«Cálmate», se aconsejó Julia a sí misma. «No exageres». Lo mejor que podía hacer era volver a su apartamento, sentarse quietecita y esperar la llamada de Connor.

Y, luego, ambos llegarían al fondo del asunto, aunque para ello tuvieran que agarrar a Greg, Cliff y Walker por el cuello e interrogarlos hasta la saciedad.

A empujones, se abrió paso hacia las escaleras y subió lo más rápido que pudo hasta el piso once. El parking todavía estaba lleno de coches a rebosar; nadie se había ido desde que Julia había llegado allí. Al parecer, todo el mundo iba a quedarse hasta que la celebración terminara.

Se dirigió hacia su coche, mientras sacaba la llave de contacto. Estaba totalmente preocupada, abstraída dándole vueltas al asunto, y su mirada se detuvo en el ejercicio de ortografía que todavía llevaba en la mano... su ostensible motivo para ir a ver al alcalde.

El chirriar de unas ruedas la puso en alerta. Levantó la cabeza, y se dio la vuelta rápidamente.

Todo pasó en un instante. El Mercedes plateado tomó la curva y se avecinó amenazadoramente a ella, acelerando, y con un propósito espeluznante.

Julia tenía razón. Algo horrible estaba sucediendo.

Y, ahora, ella jamás podría evitarlo.

El coche la golpeó cuando ella se apartaba bruscamente de su camino. Julia sintió el impacto, vio el suelo de cemento acercarse a toda velocidad. Agudas punzadas de dolor le subieron por el brazo y le atravesaron la cabeza.

«Brian», pensó, aturdida, mientras el dolor daba paso a la inconsciencia. «Quién va a salvar a Brian?»

14.35

Connor empezaba a inquietarse. Había intentado ya seis veces encontrar cobertura para su móvil. En ninguna ocasión logró tener la suficiente para poder llamar a Julia.

Maldita sea.

Tenía que hablar con ella. Intercambiar pareceres. Compartir sus miedos con ella y contar con su apoyo. Mostrarle un poco de la confianza que ella creía que jamás conseguiría de él.

Quería hacer planes para aquella noche... y para todas las noches que siguieran.

Había apagado el móvil con disgusto cuando Marty Hart se le acercó sigilosamente.

-¿Connor? Necesito veros a ti y al alcalde ahora mismo. Fingid

que es una prueba rutinaria de seguridad y alejaros de vuestros padres y de la prensa.

La urgencia que se desprendía del tono de Marty no le pasó por alto a Connor. Miró un instante a los ojos del jefe de policía.

-De acuerdo.

Con el semblante sereno, distendido, se inclinó hacia su hermano y le murmuró algo al oído.

Stephen levantó la cabeza, pero se mantuvo impertérrito. Con tacto, se excusó, explicando que tenía que repasar un control de seguridad rutinario con el jefe de policía. Luego, se alejó de la multitud y se reunió con Connor y Marty en un rincón.

-Ha habido un accidente en el aparcamiento municipal hace alrededor de veinte minutos - anunció Marty en voz baja-. La víctima, una mujer, ha sido atropellada mientras se dirigía a su coche.

-Dios mío. ¿Se encuentra bien? -preguntó Stephen.

-No lo sé. Estaba inconsciente cuando la ambulancia se la ha llevado. Escuchad, hay, algo más. La mujer llevaba en la mano un papel. Y el nombre de Brian iba escrito en él.

Stephen se puso totalmente rígido.

-¿Qué quieres decir con que el nombre de Brian iba escrito en él?

-Que era suyo. Un ejercicio de ortografía, o algo así. Estaba manchado de sangre de la víctima, pero se podía leer con claridad el nombre de Brian, escrito con caligrafía de niño. Mis hombres se lo han llevado como prueba.

Connor se había quedado completamente pálido.

-¿Un ejercicio de ortografía? -repitió-. ¿Conoces la identidad de esa mujer?

-Según su permiso de conducir, se llama Julia Talbot. Tiene veintisiete años, es delgada, con el cabello castaño rojizo...

-¿A qué hospital se la han llevado? -preguntó Connor, asiendo a Marty del brazo.

El jefe de policía entornó los ojos.

-Según me parece, la conoces.

-Sí. Y ahora, dime, ¿dónde está?

-En el Leaf Brook Memorial. Connor, espera. -Hizo un firme gesto con la mano.

-Deja que se vaya, Marty -intervino Stephen en voz baja -Yo contestaré al resto de tus preguntas.

-Sí, lo harás... más tarde, cuando podamos hablar a solas. Pero no iba a preguntar nada ahora mismo. Connor, el coche que ha atropellado a la señorita Talbot... es el tuyo

Capítulo 26

18.25

Leaf Brook Memorial

Connor estaba diciendo algo, pero su voz sonaba muy lejana. Julia no podía entender sus palabras. La cabeza le retumbaba con demasiada fuerza.

Se movió ligeramente, intentando oírle mejor. Hizo una mueca de dolor ante las punzadas que recorrieron su brazo y costado.

¿Dónde estaba, y por qué le dolía tanto todo el cuerpo?

-No te muevas -le decía Connor. -Quédate tumbada. Pero abre los ojos y mírame. Por favor, Julia.

Su tono era horrible.

Ella entreabrió los ojos, y esperó que el rostro de Connor dejara de ondular y quedara bien enfocado.

Su aspecto era aún peor.

-¿Connor? -La voz de Julia parecía un débil graznido. El semblante de Connor reflejó un completo alivio.

-Gracias a Dios. -Se inclinó y la besó suavemente en los labios-. Sí, soy yo. No tienes nada. A partir de ahora, todo irá bien. -Estoy en el hospital -observó ella, notando el característico Olor a antiséptico. Se sentía desorientada; el pulso le retumbaba en el cerebro y le impedía alcanzar la lucidez.

-Así es. -Connor le cogió la mano izquierda y entrelazó con gesto tierno sus dedos con los de Julia-. ¿Te duele?

Ella hizo ademán de menear la cabeza, pero se lo pensó dos veces. -No. ¿Debería dolerme?

-Esta mano no. Pero la otra, puede.

Julia miró hacia su otro brazo, y se sorprendió al ver que parte de él estaba vendado, al igual que su mano.

-¿Están rotos?

-No lo creo. Francamente, no me acuerdo. No podía pensar en nada más que en verte despierta y consciente otra vez. Después de eso, lo otro ya se curará. -Se llevó la palma de la mano de Julia a los labios, y a ella la impresionó notar que a Connor le temblaban las manos-. Me has dado un susto de muerte -le dijo él, con voz ronca-. Llevo todo el día esperando poder decirte que te quiero, y tenía miedo de no llegar a tener la oportunidad.

Julia se preguntó si había oído bien.

-¿Qué has dicho?

Connor tragó saliva y, cuando habló de nuevo, su voz reflejaba la máxima emoción.

-He dicho que te quiero. Y voy a seguir diciéndolo, ahora y durante los próximos cien años, si tú me lo permites. Necesito oír que tú sientes lo mismo, pero eso va a esperar hasta que yo esté totalmente convencido de que tienes la cabeza lo suficientemente clara para saber exactamente lo que dices. -Una intensa pausa-. Volviendo a mí, no sólo te quiero, sino que confío en ti. Tenía la intención de demostrártelo esta noche contándotelo todo. Tú, desde luego, has puesto trabas a mis planes. Pero yo me adapto bien. Y pienso seguir adelante con ellos, si el doctor está de acuerdo.

Hubo otro silencio, esta vez más largo, y un músculo se movió en la mejilla de Connor.

-Dios mío, qué asustado estaba. Acabo de conocerte. La sola idea de perderte... -Se le quebró la voz, se puso en pie y se dirigió hacia la puerta-. Tengo que avisar al doctor de que te has despertado -anunció, con la voz entrecortada y el cuerpo tenso- Louis Tillerman... te gustará. Es un viejo amigo de la familia y un neurólogo sobresaliente. Por fortuna, trabaja tanto en el Leaf Brook Memorial como en el Columbia Presbyterian. Ha venido enseguida. Cuidará de ti hasta que lleguemos al fondo de todo este asunto. Me ha dado claras instrucciones de avisarlo en cuanto tú abrieras los ojos. Quiero que te reconozca. Vuelvo ahora mismo.

-¿Connor? -lo detuvo Julia, con voz débil pero clara.

Él se volvió.

-Estás balbuceando -observó, sin realmente entender demasiado lo que él decía, debido al retumbar de su cerebro. Excepto la declaración de amor de Connor... eso sí lo entendió-. Jamás te había oído balbucear.

-Eso es porque jamás lo había hecho hasta ahora. ¿Ves a lo que me has reducido?

Los ojos de Julia se llenaron de lágrimas.

-Yo también te quiero -susurró-. Esperar un poco más no cambiará eso. Pero te lo repetiré entonces, y durante los próximos cien años, si me lo permites.

Él se acercó de nuevo a la cama, puso los brazos a lado y lado de Julia, inclinándose sobre ella, y la besó otra vez, con un beso breve pero ferviente.

-Ponte bien y dejemos esta pesadilla atrás -murmuró-. Entonces haremos planes... para siempre. -Se incorporó y la acarició en la mejilla con los nudillos-. Ahora, voy a por Louis.

La puerta se cerró tras él, y Julia volvió a hundirse en la almohada, sintiendo un suave calor interior.

Al que ensombrecía una angustia cuyo origen no podía precisar, y un dolor físico que parecía envolverle todo el cuerpo. Especialmente la cabeza.

Se llevó la mano a la frente, y la sorprendió descubrir que estaba cubierta por una venda. ¿Qué le había pasado?

Al cabo de dos minutos, Connor volvió acompañado de un hombre fornido que llevaba una bata blanca de hospital. Tenía unos cuarenta años, y era de rasgos agradables y aire autoritario.

-Buenos días, Julia -le dijo, con tono sosegado y tranquilizador-. Soy el doctor Tillerman. Nos tenías un poquito preocupados. ¿Cómo te encuentras?

Ella frunció el ceño.

-Me duele todo. Especialmente la cabeza y el costado derecho. Y tengo la mente un tanto confusa. -Hizo una pausa para volver a reunir sus fuerzas-. No puedo recordar por qué estoy aquí. Además, hay algo que debía hacer... pero no me acuerdo de qué se trata.

-Ya te acordarás. No te fuerces. Te diste un buen golpe. Déjame ver.

«Golpe? ¿Qué golpe?», quiso preguntar Julia. ¿Por qué no podía pensar más allá del muro de su mente?

El doctor Tillerman le hizo unas cuantas pruebas rutinarias: examinó sus ojos, reflejos, habla y respuestas cognitivas.

Obedientemente, Julia respondió a sus preguntas y le dijo nombre, su fecha de nacimiento y la escuela donde enseñaba. -Muy bien -la elogió él-. ¿Sientes algún mareo?

-Pues no. Más que nada, me duele la cabeza.

-Ya lo sé. Te daré algo para aliviarte. También voy a encargar unas cuantas pruebas neurológicas más, sólo para estar bien seguros, No espero complicación alguna. Acaba de llegar hace unos minutos el informe del TAC que te hemos hecho. Todo parece en orden., no hay hemorragias ni fracturas. Aun así, has estado inconsciente mucho rato. O sea que quiero tenerte en observación, por si acaso.

-¿Qué es lo que me pasa?

-Tienes una conmoción cerebral -explicó él-. Eso es lo que te provoca dolor y confusión mental. También tienes una considerable herida en la frente, que ya hemos cosido. En cuanto al resto, tienes magulladuras en costado y brazo derechos, unas cuantas costillas contusionadas y varios cortes importantes en la mano derecha. Como buena noticia, no hay lesiones internas ni, ahora que te has despertado y te he examinado puedo decirlo con plena confianza, tampoco lesiones permanentes en el cerebro. Te pondrás bien, lo cual es casi un milagro teniendo en cuenta la gravedad del impacto.

-El impacto. Julia tragó saliva-. ¿Dónde me he caído? El doctor Tillerman miró a Connor.

-No te has caído, cariño -replicó éste-. Te ha atropellado un coche. En el parking de los grandes almacenes. ¿Recuerdas?

Una fugaz imagen cruzó la mente de Julia.

-El Mercedes. Parecía el tuyo.

-Era el mío. -Connor se volvió hacia el doctor-. Louis, si has terminado con el reconocimiento, me gustaría hablar con Julia a solas -Por supuesto -asintió el doctor Tillerman-. Pero, Connor, no la canses. Quiero que repose. Con cuanta más calma se lo tome más rápido se recuperará.

-Te doy mi palabra. Mientras, recuerda: no hay que decir ni una sola palabra sobre el estado de Julia a nadie, no hasta que sepamos quién ha hecho esto.

-Entendido. -El doctor le dio unos golpecitos a Julia en el brazo ileso-. Haré que te suministren un calmante para el dolor. Descansa.

-De acuerdo -logró responder Julia. Y no por culpa del dolor, sino porque empezaba a recordar. Durante la breve conversación entre el doctor Tillerman y Connor, las piezas habían empezado a encajar y a tomar forma, como monstruosos rostros.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras el doctor, Julia se incorporó, como movida por un resorte, hasta quedar sentada, y gimió ante la punzada en la cabeza que resultó de su brusco movimiento.

-Shh. -Connor la asió por los hombros y la hizo volver a su anterior postura suavemente-. Trata bien a tu pobre cabeza. Ha pasado por una dura prueba. -Esperó hasta que ella se hubo acomodado de nuevo y la mirada de angustia hubo desaparecido de su rostro-. La memoria va volviendo, ¿no es así?

-Sí. -La respiración de Julia se aceleraba-. He conducido directamente desde el Ayuntamiento al centro comercial. He intentado llegar hasta ti, pero la multitud me lo ha impedido. Así que he pensado irme a casa y esperar. El coche ha salido de la nada.

-¿Has visto quién lo conducía?

-No. Todo ha pasado demasiado rápido. -Frunció el ceño-. ¿Era tu Mercedes?

Connor asintió con la cabeza.

-Robado directamente del aparcamiento del centro comercial. Una docena de personas lo han visto cruzando a toda velocidad y han proporcionado a la policía una detallada descripción. Una pareja ha visto incluso cómo te atropellaba. Han tomado nota de la matrícula. Se trata del mío, desde luego. Estoy seguro de que no volveré a verlo. Será desguazado, venderán las piezas, y el mundo entero pensará que ha sido un atropello accidental.

-Nosotros sabemos que no.

Connor tensó la mandíbula.

-Sí, lo sabemos. Pero Walker es un bastardo muy astuto. Se imaginó que tú no podrías decir nada. En cuanto a mi coche, era la elección perfecta. Un caro convertible cuyo propietario, el hermano del alcalde, no iría a recoger en todo el día. Suena como el blanco ideal

para un profesional. Y nosotros no tendríamos ni la menor prueba para negarlo. -Frunció el ceño-. ¿Por qué has ido al Ayuntamiento?

-Para obtener información. -Julia lo asió por la manga-. Connor, el otro día, ¿le diste a Brian mi pata de conejo?

-Sí. -Connor parecía perplejo-. ¿Por qué?

-¿Estás seguro? ¿Se la diste en mano?

-Pues claro que estoy seguro. Se la di en cuanto nos vimos, Cuando le dije quién se la enviaba y lo que significaba para ti, le alegré el día. Fue la única sonrisa que logré sacarle.

Los ojos de Julia se llenaron de lágrimas.

-Eso es lo que yo me temía. Brian está en apuros.

-¿Qué clase de apuros?

Julia asió a Connor con más fuerza.

-Te lo contaré todo. Pero antes tienes que llamar a Nancy Stratford. Cerciórate de que Brian está bien, de que no ha pasado nada aún, de que hay otra explicación que justifique que la pata de conejo no esté en sus manos ahora. Por favor -rogó, al ver que Connor no hacía ademán alguno de dirigirse hacia el teléfono. -No puedo -repuso él, en voz baja-. No sé dónde está. Y Stephen tampoco.

Julia sintió que se le congelaban las entrañas.

-Entonces, ¿cómo sabes que están bien?

-Nancy llamó a Stephen y se lo dijo.

-¿Cuándo?

-El martes.

-¿Y desde entonces, nadie ha hablado con ellos? -preguntó Julia.

-Que yo sepa, no.

Ella intentó trabajosamente incorporarse.

-Tenemos que encontrarlos. -De sus labios escapó un gemido de dolor.

-Julia. -Connor detuvo sus torpes maniobras para sentarse.- Escúchame. Empeorar tu conmoción no va a ayudar a Brian. Ahora, tumbate y cuéntame lo que ha pasado... con calma, y sin hacer movimientos bruscos.

Ella asintió levemente con la cabeza y cerró los ojos hasta que el dolor más agudo hubo aminorado.

-De acuerdo. -Respiró hondo unas cuantas veces y abrió de nuevo los ojos.

-¿Estas mejor?

Otro lento asentimiento.

-Me temo que Walker tiene la intención de raptar a Brian. Ruego que aún no lo haya hecho. - Con un gesto de su mano, impidió que Connor la interrumpiera-. No va a hacerlo solo. Quien sea que lo esté ayudando es el motivo por el que casi me matan. Sabía que yo lo había descubierto. Debe de haber puesto a Walker sobre aviso, y Walker ha enviado a un gorila para que me atropellara.

-Explícate.

Lentamente, descansando unos segundos entre frase y frase, Julia le contó a Connor cómo había visto la pata de conejo en el coche de Greg, la explicación que éste le había dado acerca de cómo podía haber llegado allí, y la conversación telefónica que había escuchado aquel mismo día, en la que Greg mencionaba que Walker se iba a Suiza con un maletín y sin planes de vuelta.

-O sea que Greg Matthews trabaja para Walker -murmuró Connor, con expresión de incredulidad.

-A menos que tu hermano haya sabido de las intenciones de Walker y le haya pedido a Greg que las compruebe fingiendo que lo hacía por indicación de Walker.

-No. -Connor meneó la cabeza enérgicamente-. Stephen no tiene ni idea de que Walker se va a Suiza. Cree que todavía está obsesionado con que le concedan el contrato municipal.

-En ese caso, sí, Greg está sin duda involucrado. Pero aún hay otro jugador potencial.

-¿Quién?

-Cliff Henderson.

-¿Qué?

Al oír el tono de absoluta incredulidad de Connor, Julia hizo una mueca de dolor.

-Sé que es muy amigo de tu familia -dijo, sintiéndose realmente mal-. Puede que yo esté equivocada. Eso espero. -Y siguió con su relato, explicándole a Connor cómo se había tropezado con Cliff y qué llevaba él en la mano... aunque lo había ocultado rápidamente-, Incluso si Greg mintió acerca de Cliff y la pata de conejo, yo sé lo que he visto hoy en ese despacho. Cliff estaba nervioso y esquivo. Parecía sentirse culpable. Y, desde luego, escondía la foto de Brian sujeta al papel con membrete de Walker. ¿Qué es lo que debía de estar haciendo con lo que ruego no sea una nota de rescate? Connor frunció el ceño.

-¿Por qué iba Walker a utilizar un papel con membrete suyo para escribir- una nota de rescate? Eso no tiene ningún sentido, Es totalmente estúpido. Sería lo mismo que entregar una confesión por escrito.

-Eso es lo que he pensado yo. -La conversación empezaba a pasar factura. Julia hablaba cada vez con más lentitud, y sentía que la cabeza iba a partirse en dos en cualquier momento-. De acuerdo, pues, no era una nota de rescate. Quizás eran instrucciones. No lo sé. Si era otra amenaza dirigida a tu hermano, como la gorra de béisbol... -Se humedeció los labios, luchando por reunir fuerzas para continuar-. Si es eso, y Walker la acababa de dejar allí, ¿por qué no iba Cliff a correr hacia el centro comercial para dársela a Stephen? A menos que tenga algo que ocultar... Julia entornó los ojos al sentir una aguda punzada de dolor cruzándole la cabeza.

-¿Julia? -Connor le cogió la mano-. Cariño, esto es demasiado para ti. Ya acabaremos de hablar más tarde.

Julia estaba a punto de responder cuando el doctor Tillerman volvió con el analgésico. La ayudó a incorporarse un poco sobre un costado y luego le administró la inyección con rapidez.

-Esto debería de empezar a hacer efecto inmediatamente -le dijo, ayudándola ahora a volverse a tumbar-. Te aliviará el dolor considerablemente.

-Gracias -repuso ella con una débil sonrisa.

-Iré pasando a verte a lo largo de toda la noche -la informó el doctor Tillerman-. Además, Connor ha contratado una enfermera privada. Llegará en cualquier momento. Nadie, aparte de nosotros dos, llevará tu caso... ni entrará por esa puerta. A excepción de Connor, al que parece que no puedo sacar de aquí. -Una chispa de diversión iluminó sus ojos, pero desapareció al instante ante los tensos trazos de dolor en el rostro de Julia-. Estás forzando la situación -le informó a Connor, tajante-. Comprendo que el tiempo es esencial. Pero ella debe descansar. Basta, por ahora.

Connor asintió, frunciendo el ceño con preocupación.

-Estoy bien -consiguió decir Julia, para tranquilizarlo.

--Acabo de echar a la policía -añadió Louis-. Les he dicho que el estado de Julia todavía sigue igual. Han dado por hecho que les decía que todavía no había recuperado la conciencia. No los he sacado de su error. Y les he prometido que llamaría a Marty Hart cuando ella estuviera en condiciones de ser interrogada.

-Gracias, Louis. Stephen y yo nos ocuparemos de Marty directamente. Pero aún no.

-Perfecto. Mientras, se acabó la charla. Julia, quédate tumbada descansando y deja que la medicina haga su trabajo. Descansa. Connor puede quedarse si se está callado. -Una mirada significativa hacia éste-. Yo estaré por aquí hasta que la enfermera llegue. Entonces, ella se apostará

justo delante de la puerta para vigilarte de cerca y ahuyentar a cualquier visitante. Te cambiaremos las vendas y el suero dentro de unas horas. Hasta entonces, si necesitas algo, Connor irá a buscarme.

-Se lo agradezco. Julia, más aliviada, se recostó. Se sentía como si hubiera corrido un maratón.

No volvió a abrir la boca hasta que el doctor Tillerman hubo abandonado la habitación.

-Connor -dijo entonces-, ¿qué pasa si Brian...?

-Calla. -Connor le puso un dedo sobre los labios-. Brian no puede estar expuesto a ningún peligro inmediato. Nancy no ha llamado, y Stephen no ha recibido ninguna nota de rescate. He hablado con él hace media hora, para informarlo de tu estado. Así que, sea cual sea el plan de Walker, todavía no lo ha llevado a cabo.

-Gracias a Dios -murmuró Julia.

-Duerme un poco. Yo estaré aquí cuando te despiertes.

20.25

Connor estaba sentado en el silloncito de la habitación de Julia, en el hospital, con los dedos entrelazados bajo la barbilla, mientras meditaba la situación.

Tenía bastante mal aspecto.

A pesar de lo tranquilizador que se había mostrado ante Julia, estaba absolutamente preocupado por Brian. Rogaba por que cualquier maquiavélico plan que Walker hubiera maquinado no tuviera que ver con extorsionar a Stephen.

Ojalá Connor pudiera fisgar por ahí y asegurarse.

Pero había barricadas cortando cada uno de los caminos que se le ocurrían.

Si le contaba toda la historia a Marty, el jefe de policía podía citar a Walker para interrogarlo. Walker, a su vez, negaría todas las alegaciones que tuvieran que ver con los Stratford y saldría como un hombre libre. Y si por un casual tenía efectivamente a Brian consigo... Connor tembló al pensar en cuál podría ser el resultado.

Interrogar a Greg sería igualmente peligroso, si lo que le había pasado a Julia hoy era indicación de algo. En cuanto a Cliff... Bueno, aquella era la cuestión más inquietante de todas.

Cliff Henderson, el mejor amigo de Stephen y la única persona que probablemente conocía el paradero de Nancy y Brian y, por lo tanto, podía acabar con los miedos de Julia, Stephen y él mismo, era ahora sospechoso. Y si Cliff estaba metido en todo aquello, bueno, que Dios los asistiera a todos. Nancy confiaba en él, Stephen confiaba en él, incluso Brian confiaba en él.

Pero imaginar a Cliff en el papel de cómplice de Walker parecía extremadamente forzado. ¿Cuál, en el nombre de Dios, sería su motivo? ¿El dinero? Difícilmente. ¿El poder? No. ¿Los celos, Quizá, pero era una idea extraña. ¿Raptar a Brian para vengarse de Nancy por haberse casado con Stephen? No, a menos que hubiera perdido el juicio por completo.

¿Y si lo había perdido?

Las consecuencias eran demasiado horribles para pensar en ellas. Toda aquella pesadilla se había convertido en una creciente bola de nieve que iba más allá del escándalo político y social.

Ahora, lo que estaba en juego era la vida de las personas a las que él quería.

Eso llevó a Connor a pensar en el otro asunto de vida o muerte que tenía ante sus ojos, el asunto en el que, claramente, Julia no había pensado.

El que tenía que ver con ella.

Walker había enviado a alguien para que la matara. Fuera quien fuera esa persona, sin duda le habían ordenado averiguar si lo había logrado. Y, en el caso contrario, remediar el error. Porque si Julia sobrevivía, podía echar a rodar el plan de Walker.

Connor tenía que mantenerla a salvo. Ni policía, ni investigadores privados, ni nadie que pudiera, sin querer, poner a Walker sobre aviso informándolo de que ella estaba viva y podía hablar.

Justo al contrario, de hecho. Connor tenía que convencer a Walker de que Julia había sido borrada del mapa y era incapaz de interferir en su número de escapismo de alto nivel: su desaparición hacia Suiza.

Una irónica sonrisa asomó a los labios de Connor. Conocía a la persona ideal para cumplir con aquella misión.

Capítulo 27

15 de abril
8,05

La luz del sol se paseaba por el rostro de Julia, y ésta se desperezó y abrió los ojos.

Por primera vez desde ayer, se sentía completamente despierta, y la cabeza no le retumbaba. Recordó haberse despertado varias veces durante la noche. También la vaga imagen del doctor Tillerman acudiendo a comprobar su estado en dos ocasiones, o quizá tres, y un par de manos (que no eran las del médico) que atentamente le cambiaban las vendas y la ayudaban a beber un poco de zumo. Cada vez que Julia había abierto los ojos, Connor estaba allí, vigilándola como un protector perro guardián.

Ahora, sin embargo, no la miraba.

Ella echó una mirada alrededor y sonrió al verle en el silloncito, Profundamente dormido, con la cabeza apoyada en una mano y el periódico arrugado en el regazo. Con la ropa igualmente arrugada Y barba de un día, el aspecto de Connor era aún peor que ayer. El pobre hombre llevaba dieciocho horas anclado en aquella habitación.

Connor debió de notar que era observado, porque parpadeó, y se incorporó de un brinco al ver que Julia estaba despierta.

-Hola. -Se inclinó hacia ella y contempló su rostro-. Tienes mejor cara. ¿Cómo te encuentras?

-Debería ser yo la que te hiciera esa pregunta -bromeó ella suavemente-. Estás horrible.

Él sonrió de medio lado.

-Acostúmbrate. Vas a despertarte junto a mí cada mañana del resto de tu vida.

-Creo que podré soportarlo. -Le acarició tiernamente la mejilla-. Incluso la barba de un día.

-Perfecto. -La besó en la palma de la mano-. Porque éste es el aspecto que presento después de una noche sin dormir. Y tú yo vamos a compartir varias. Sólo que no las pasaremos en una cama de hospital.

-Tengo muchas ganas. Julia emitió una leve risita e hizo una mueca de dolor-. Odio estar aquí. Quiero ponerme bien para poder irme.

-Eso suena prometedor. Sacas tu genio. Lo que debe de significar que te encuentras mejor.

-Sí, estoy mejor, pero preocupada. No he dejado de tener pesadillas sobre Brian. Connor, tenemos que terminar la conversación de ayer por la noche.

-Estoy de acuerdo. Pero antes... -Buscó en el periódico la sección de noticias locales y señaló un titular bastante grande en la primera página-. Echa un vistazo a esto.

Julia leyó rápidamente el artículo, y los ojos se le fueron transformando en dos enormes platos a medida que avanzaba la lectura.

Bajo el titular, firmado por Cheryl Lager, se desarrollaba la exhaustiva historia acerca de cómo la tragedia había ensombrecido la inauguración del centro comercial, el día anterior, cuando Julia Talbot (la profesora de segundo ciclo de Brian Stratford) fue atropellada por un coche robado que se dio a la fuga. La señorita Talbot, ahora (según las fidedignas y exclusivas fuentes de información de la periodista, directamente del hospital Leaf Brook Memorial), permanecía en coma. Su vida pendía de un hilo, Y el pronóstico era muy grave.

Julia parpadeó, y miró fijamente a Connor.

-Esto es una mentira descarada.

Él se encogió de hombros.

-De hecho, se ajusta bastante a la realidad. Bueno, ella la ha, adornado un poquito, pero el sensacionalismo es el sello personal de Cheryl Lager. En conjunto, se parece mucho a lo que yo le dije ayer por la noche.

-No te entiendo.

Connór acarició la mejilla de Julia.

-Era el único modo de mantenerte a salvo. Walker debe de haber estado esperando oír noticias sobre tu estado. Ahora ya las tiene. Creerá que estás a las puertas de la muerte. Eso evitará que lo intente de nuevo.

-Oh. -Una repentina nueva preocupación invadió a Julia-. Connor, mis padres. Si leen esto o alguien se lo dice, pensarán que... -No, no lo pensarán. Hablé con tu padre ayer. Tenías razón: es un gran tipo. Por cierto, quiere que le llames tan pronto como tengas ánimos suficientes. En cuanto a tu madre, creo que estabas demasiado aturdida para reconocer a tu enfermera privada.

Julia abrió la boca, sorprendida.

-¿Mi madre?

-Así es. -Connor señaló hacia la puerta-. Ha estado ahí fuera toda la noche. Excepto cuando ha entrado a cuidar de ti. Cuando, hace una media hora, he ido a buscar el periódico, le he dicho que se tomara una taza de café. Debo de haberme quedado dormido justo después. Le diré que te has despertado en cuanto tú y yo hayamos acabado de hablar.

Saber que Connor había hecho aquello por Julia significaba para ella mucho más de lo que podía decir.

-Connor, gracias.

-Ha sido un placer. Sé lo unidos que estáis tus padres y tú. Por cierto, son los únicos que conocen tu verdadero estado, además de Louise y Stephen. -Connor lanzó un pequeño resoplido-. Lo que me lleva a cómo están las cosas.

-Ha habido alguna nueva noticia?

El meneó la cabeza.

-Todavía no tenemos ningún indicio importante que confirme nuestro miedo de que Brian esté en manos de Walker. Lo que es bueno Y malo a la vez. Bueno, porque puede indicar que el plan de Walker quizá no tiene que ver con Brian. Y malo porque, hasta que estemos seguros, no podemos hacer ningún movimiento visible. Si Walker descubre que vamos tras él, y tiene a Brian... -Se le quebró la voz-. En cualquier caso, hacer que lo detengan ahora sería del todo inútil. No tenemos pruebas. Pero disponemos de tiempo extra, Según lo que escuchaste de la conversación telefónica de Greg Walker saldrá del país mañana al mediodía. Estamos reteniendo esa información. A los ojos de las autoridades, eso es ocultación de pruebas. No puedo pedirte que hagas eso.

Julia levantó la barbilla.

-No me lo pides. Yo me ofrezco. Si crees que hablar con la policía pondrá en peligro a Brian, no les diré nada. Seguiré en coma, como Cheryl Lager tan detalladamente ha informado.

-Gracias -repuso Connor simplemente. Luego, frunció el ceño-. No se trata sólo de ti. Louis también se está arriesgando por nosotros. Sólo puedo pedirle que siga cooperando un poco más. Lo mires como lo mires, tengo que darle a Marty tiempo suficiente para vigilar el aeropuerto del condado de Westchester y atrapar a Walker antes de que suba a ese avión. Lo que significa que debo encontrar a Brian antes de ese momento. -Connor se echó hacia atrás y se pasó una mano por el pelo-. Es el momento de asumir riesgos. Tengo que fiarme de mi instinto y rogar por que tú te hayas equivocado con respecto a Cliff. Porque si alguien sabe dónde está Nancy, es él.

-¿Por qué estás tan seguro de ello?

-Porque ambos están muy unidos. Ella confía en él cuando no puede acudir a Stephen. -Una expresión de apenada resignación cruzó el rostro de Connor-. Ahora viene la confianza que me pedías. ¿Estás segura de que la quieres? Los Stratford son una tribu bastante lamentable.

Estaba claro que aquella iba a ser una revelación muy dura. Y Julia se sintió un tanto culpable al pensar que había puesto a Connor en la posición de tener que mostrar su parte más íntima. Fuera lo que fuera lo que pasaba con Stephen Stratford, era obviamente una cuestión grave y personal.

Haciendo caso omiso de su propia incomodidad, Julia se incorporó hasta quedar sentada y cogió la mano de Connor.

-No estás obligado a airear los trapos sucios de tu hermano... no si te hace daño o te sientes desleal.

-Ni lo uno ni lo otro. -Connor entrelazó sus dedos con los de ella-. El dolor que siento es por Stephen y los demonios con los que siempre está en lucha. En cuanto a la lealtad, él sabe que te lo voy a contar. Hablamos de ello ayer por la noche. Está muy agradecido hacia ti, Julia. Pusiste en peligro tu vida por Brian. Mi hermano se ha convertido en una persona muy distinta en estas últimas semanas. Sus prioridades han cambiado. Y las mías también, ya puestos a decir. Hasta ahora... como he dicho, mi familia es bastante lamentable. Las emociones nunca han aparecido como puntitos brillantes en nuestros radares, y, mucho menos han sido un motor importante. Al nacer Brian, eso cambió. Pero no lo suficiente. Y ahora... bueno, supongo que tanto Stephen como yo

estamos experimentando sensaciones fuertes al mismo tiempo. El miedo a perder a la gente que amas produce eso.

-La gente... en el caso de Stephen, ¿estamos hablando de Brian o de Nancy?

-De ambos. -A Connor no le sorprendió la percepción de Julia-. El meollo de todo el asunto es éste: Stephen es un jugador compulsivo. Hace apuestas en deportes. Lleva enganchado desde que estaba en el instituto. Su adicción pasa altibajos. Ciertos tipos de presión la acentúan. Por otro lado, he visto a mi hermano mantener su compulsión bajo control durante largas temporadas. Tú te graduaste en psicología, no hace falta que te cuente qué puede provocar la carencia de autoestima. Lo que sí puedo decirte es que eso es el obsequio por ser el primogénito de Harrison Stratford y tener un padre que te empuja continuamente hacia la Casa Blanca. Le ha pasado una importante factura al matrimonio de Stephen. Cliff siempre ha estado ahí cuando Nancy lo ha necesitado. Estoy convencido de que ahora no ha sido una excepción.

-Ya veo. Julia se sintió invadida por una oleada de compasión-. ¿Así que Cliff sabe de las apuestas de Stephen?

-Cliff es un tipo muy brillante. La amistad entre él y Stephen se remonta a hace casi veinte años. O sea que, sí, yo diría que lo sabe. Además de él, las únicas personas que también estamos al corriente somos Nancy y yo. Y ahora tú. -Una pausa llena de amargura-. Ah, y Walker.

-Walker. -Más piezas del puzzle encajaron en su sitio. Así que con eso presionaba a Stephen para obtener el contrato. Lo estaba chantajeando.

-Exacto. Puso a Stephen entre la espada y la pared. Mandó que le dieran una paliza y amenazó a Brian. Ahí es donde tuvo lugar el capítulo de la gorra de béisbol. Cuando Nancy abrió el paquete que le habían enviado y leyó la nota que lo acompañaba, perdió los nervios. No pudo soportarlo más. Cogió a Brian y desapareció.

-No la culpo por ello. Está aterrorizada por lo que le pueda pasar a su hijo. La pregunta siguiente es: ¿cómo descubrió Walker la adicción de Stephen al juego? Tuvo que ser mediante Cliff.

-Quizás. Es curioso que Stephen se devanara los sesos intentando averiguar quién era el topo que Walker tenía infiltrado. Y a mí jamás se me ocurrió la posibilidad de que podría ser Cliff. Estaba demasiado obsesionado por una posibilidad todavía más desagradable.

-¿Cuál?

-Que fuera mi padre.

-¿Tu padre? -repitió Julia, casi ahogando un grito.

-Su idea de la motivación. -Con asumida resignación, Connor informó a Julia acerca de la relación entre su padre y Walker, y de la reacción de Harrison cuando Connor se enfrentó a él.

-No es de extrañar que tu hermano tenga problemas. Con un padre así... Julia se calló de repente-. Lo siento.

-No hace falta. Es un bastardo sin corazón.

-De acuerdo pero, ¿cómo iba a ser él el chivato de Walker? Por lo que dices, he entendido que no estaba enterado de las apuestas de Stephen.

Connor se encogió de hombros, con expresión ambigua.

-He intentado por todos los medios mantenérselo oculto. Eso no significa que lo haya conseguido. Es un tipo rematadamente listo. ¿Quién sabe de lo que está enterado, y qué haría en el caso de estarlo?

Julia sintió una náusea que no tenía nada que ver con la conmoción sufrida en el accidente.

-Volvamos a Cliff. Es el mejor amigo de Stephen. No se me ocurre ninguna razón por la que lo traicionaría de ese modo.

-Estoy de acuerdo. Excepto por una cosa: Cliff está enamorado de Nancy. Lo ha estado desde el principio. Yo creía que habría asumido y aceptado el hecho de que ella se casó con su mejor amigo, pero siempre hay una posibilidad de que no haya sido así. Ese es el riesgo del que te hablaba. Cliff es nuestra única respuesta. Tengo que hablar con él. No mencionaré lo que tú viste y oíste ayer en el Ayuntamiento, porque no quiero que sepa que has recuperado la conciencia. Por si trabaja para Walker.

Un denso silencio.

-¿Realmente le haría daño a Stephen? -susurró Julia.

-No me atrevo a imaginarlo. Pero aún tenemos la pregunta Sin respuesta, sobre cómo tu pata de conejo llegó hasta el coche de Greg. Es posible que éste diga la verdad acerca de eso. Si es así, y si Brian está a salvo con su madre, Cliff podría haber cogido sin darse cuenta la pata de conejo cuando visitó a Nancy... si es que realmente sabe dónde está. Todo son suposiciones. Lo cierto es que no podemos descartar nada. Ni a nadie. No cuando la vida de Brian está en juego.

-De acuerdo. Julia no quería ni pensar en algunas de las posibilidades. Eran, simplemente, demasiado horribles-. Stephen querrá estar presente cuando interrogues a Cliff.

Connor asintió con la cabeza, cansado.

-No va a gustarle, precisamente, tener que sacarle información a Cliff. Se pondrá enfermo cuando le diga por qué lo hacemos. Y se pondrá hecho una furia cuando le cuente la relación que hay entre mi padre y Walker, y lo que puede significar. Pero no puedo ocultarle nada. Ya no. Tengo que poner todas las cartas sobre la mesa. Lo único que importa es encontrar a Brian.

-Ve. Julia hizo un vago gesto señalando la puerta-. No puedes mantener esa conversación por teléfono. Ve a casa de Stephen y cuéntaselo todo. Luego, habla con Cliff. Sólo disponemos de hoy. Tenemos que encontrar a Brian.

Connor vaciló, claramente contrariado por tener que dejar a Julia sola. Una ola de alivio se reflejó en su rostro cuando la puerta se abrió. Y Meredith Talbot entró en la habitación y sus ojos se iluminaron al ver a su hija incorporada y hablando.

-No te preocupes, Connor -dijo Julia, indicando cariñosamente a su madre que se acercara-. Estoy en buenas manos.

10.25

Philip Walker releyó el artículo del periódico tres veces.

Julia Talbot seguía estando en coma. Era posible que jamás volviera en sí. Connor Stratford la velaba a todas horas, junto a su cama.

Parecía un guión digno de Hollywood.

Seguro que Cheryl Lager tenía la historia en exclusiva. Probablemente, habría acampado en la sala de espera del hospital hasta que los Stratford estuvieran a punto de explotar. Y seguramente le habían facilitado el material para la noticia sólo para librarse de aquella mujer.

Aun así, a él lo tenía bastante escamado que ningún otro periódico dijera ni una sola palabra acerca del accidente de Julia Talbot. No parecía que la policía sospechara juego sucio. Estaban muy ocupados intentando localizar el Mercedes plateado de Connor Stratford, que suponían que había sido robado por ladrones profesionales. Entonces, ¿por qué guardaban los Stratford tanto silencio sobre aquel asunto?

Sí, de acuerdo, Connor Stratford mantenía una relación con la maestra de escuela que había sido atropellada. Pues, vaya. Todo lo que tenía que ver con los Stratford era merecedor de titulares. ¿Por qué esta vez la cuestión se mantenía tan en secreto? Y de quién era la idea de que fuera así... del alcalde, de su hermanito o del padre de ambos?

Quizá le estaba dando demasiada importancia.

Pero... era justo después de que Robin Haley se lo sacara a él de encima... Y le parecían demasiadas coincidencias.

Miró hacia el teléfono.

Quizás estaba esperando demasiado tiempo. Quizá debía acelerar las cosas un poquito, poner en marcha su plan antes de que todo se desmandara y se precipitara sin control.

Buena idea. Jugaría estratégicamente sus últimas cartas. Y luego dejaría caer la bomba.

Una desagradable sonrisa curvó sus labios.

Aquella llamada tan sólo podía confiársela a sí mismo. Era la jugada final, el potente remate.

Y tan sólo le pertenecía a él.

10.35

Connor se había propuesto encontrar a Stephen a solas. No había sido así.

Al entrar en la sala, comprobó que Stephen tenía otra visita: su padre.

Era obvio que Harrison Stratford acababa de llegar. Estaba dejando el abrigo sobre el sofá cuando Connor cruzó el umbral. -Perfecto -saludó Harrison a Connor, mientras cierto temblor agitaba un músculo de su mejilla-. Puedo tenerlos a los dos juntos. Ahora, quizás obtenga algunas respuestas claras y directas. -Hizo una pausa, como recordando las circunstancias y el modo en que éstas afectaban la vida de Connor-. La profesora de Brian... ¿cómo está?

-Igual -repuso Connor, con cautela-. Su estado es muy, delicado.

-Lo siento.

-¿De veras?

Harrison entornó los ojos.

-¿Qué demonios quiere decir eso?

Connor agarró al toro por los cuernos.

-Una de las razones por las que estoy aquí es para averiguar por qué y quién atropelló a Julia. ¿Alguna sugerencia?

-Supongo que te refieres a Walker.

Stephen volvió la cabeza como movido por un resorte, y su mirada se dirigió de su padre a Connor y otra vez a su padre.

-¿Qué es lo que sabes de Walker?

-No has informado a tu hermano -observó Harrison, dedicándole a Connor una mirada de disgusto-. ¿Lo proteges de nuevo, como siempre?

-Ya no. Él podrá resistirlo. La pregunta es: ¿podrás tú? Creo que te sorprenderá el desenlace.

-¿De qué estáis hablando los dos? -inquirió Stephen. Connor se volvió hacia su hermano.

-¿Recuerdas mi reunión de negocios del martes por la tarde?

Pues bien, era con papá. Yo acababa de descubrir que él y Walker hicieron un par de inversiones juntos hace años. Fui a averiguar detalles. Y, oh, sorpresa, me enteré de quién le metió a Walker en la cabeza la idea del contrato del aparcamiento municipal.

-Bromeas. -El tono de Stephen no era en absoluto divertido, sino furioso.

-No. Al parecer, es de gran ayuda para dar publicidad cuando tu hijo está preparando su candidatura al Senado -explicó Connor-. Y Para fortalecer el carácter, también. Vamos, papá, explícale a Stephen cómo estás consiguiendo que su espinazo sea mucho más duro para afrontar su futuro político.

-No es necesario. Acabas de hacerlo tú por mí. -Con calma, Harrison echó un vistazo alrededor de la sala, divisó una jarra llena de café, se dirigió hacia ella y se sirvió una taza-. No has mencionado la parte que me soltaste justo antes de irte: la teoría de que Walker estaba detrás de los robos de los coches. Dijiste que no tenías ninguna prueba. ¿Lo has cotejado con Walker, de todos modos? Porque, si es así, has realizado una mala jugada. Walker es justo el tipo de hombre al que tus fisgoneos estimularían a robarte el coche. Es su idea del castigo. Lástima que Julia Talbot se haya visto atrapada en medio del fuego cruzado.

Connor reprimió su ira. La de Stephen llamaba más su atención. Su hermano se había quedado rígido de pies a cabeza.

-¿Sabías lo de los robos de coches? -preguntó, en tono inquietantemente sereno-. ¿Y conocías a Walker? ¿Sabías que me estaba chantajeando?

Harrison enarcó una de las cejas.

-¿De veras? ¿Y qué es lo que podría utilizar contra ti para que tú le permitieras el chantaje?

Un silencio sepulcral.

Y, en ese mismo instante, Connor tuvo su respuesta. Stephen también.

-Así que lo sabes -declaró secamente-. Estabas enterado de la contribución de Walker a la campaña. Sabías que yo me la había jugado y que luego sableé a Connor para recuperar la cantidad. Sabías perfectamente lo que Walker podía utilizar contra mí.

-¿Lo que sólo Walker podía utilizar contra ti? -Harrison dejó la taza sobre la mesa con un ruido sordo-. Lo que todo el mundo podría utilizar contra ti, si tu hermano no se ocupara de reparar tu chanchullo. Corrijo: tus chanchullos. Llevas veinte años yendo de un embrollo a otro por culpa de tus estúpidas apuestas. A Walker se le puede controlar. Yo me ocuparé de ello. Pero dime, Stephen: ¿acaso no es ya hora de que madures y te enfrentes a la vida, en lugar de dejar que otro la dirija por ti?

-Tienes razón, papá, ya es hora. -Stephen miró fijamente a padre con una nueva clase de convicción emanando de él. Era si hubiera llegado al borde de un profundo abismo y hubiera saltado

otro lado-. Me estoy enfrentando a la vida ahora mismo. Mi mujer se ha ido. Mi hijo está siendo amenazado. Una mujer extraordinaria, cuyo único crimen ha sido preocuparse por el bienestar de Brian, yace en la cama de un hospital. Eso es todo lo que me importa. No tú.. No unas insignificantes elecciones. No todos los planes que tú has ideado para mi futuro y que nunca llegarán a realizarse. Soy el responsable de esta pesadilla que estamos viviendo ahora mismo. ¿Y por qué? Porque me he pasado treinta y seis años como un pedazo de barro a la espera de que tú me moldearas. Treinta y seis años dándome con la cabeza contra la pared, intentando cumplir con tus expectativas. Pues bien, se acabó. Es hora de que me espabile; es hora de que me mire al espejo y reconozca quién soy en realidad. Y, si tengo suerte, quizás algún día me guste lo que vea.

Harrison no parecía impresionado. Sorprendido, sí, pero no impresionado.

-¿Ah, sí? ¿Y qué te gustaría ver, a un abogado de empresa? Los hay a patadas, incluso si son brillantes. Mira a tu amigo Cliff. Se pasa la vida recogiendo cualquier migaja que se le eche, y luego espera pacientemente por si puede quedarse con las sobras. Y me refiero tanto a esposas como a casos legales... ¿o acaso creías que tampoco estaba al corriente de eso?

-Me importa un rábano lo que sabes o no.

-De acuerdo, juguemos con tus reglas. ¿Quieres ver lo que eres por ti mismo? Eres débil. Yo te he creado. Tienes encanto, intuición e inteligencia. Pero careces de agallas.

Stephen no se amilanó.

-Probablemente. Pero tengo un hijo que sabe que puede contar conmigo, que sabe que le quiero pase lo que pase. Y eso es mucho mejor que tener un imperio industrial, al menos para mí. -Al oír sus propias palabras, Stephen hizo una pausa, y en sus ojos destelló una chispa de satisfacción-. Quizás esté más cerca de recuperar mi vida de lo que pensaba.

-Lo dudo. Sobre todo, con gente como Walker agarrándote por el cuello.

-Y, hablando de Walker, ¿cómo consiguió la munición para hacer precisamente eso, papá? -intervino Connor con dureza-. Muy poca gente sabe del problema de Stephen con las apuestas. Tú eres una de esas personas, según acabamos de descubrir. ¿Por casualidad le pasaste esta información a tu colega para ayudarlo a fortalecer el carácter de Stephen? ¿Es ese el motivo por el que crees que es fácil de mantener controlado?

-Tus acusaciones están empezando a ponerme furioso -contestó, agresivo, Harrison.

-En ese caso, responde a ellas.

-No.

-¿No le dijiste nada, o no piensas contestar?

-Escoge tú mismo.

Stephen emitió una especie de sordo rugido al caer brutalmente en la cuenta.

-Eres un perverso bastardo -bramó, avanzando hacia su padre con los ojos desorbitados-. Le diste a Walker lo que necesitaba para destrozar mi familia. Es por tu culpa que la vida de mi hijo está en peligro.

-No, Stephen, no es culpa suya. -Cliff estaba en el umbral de la puerta, y su rostro reflejaba culpabilidad y arrepentimiento-. El culpable soy yo.

Todos se volvieron a mirarlo.

-El cerrojo no estaba echado. He entrado sin llamar. Y, según veo que están las cosas, me alegro de haberlo hecho. -Avanzó hacia ellos, con un sobre en la mano, en el que había escrito la palabra «confidencial». Se detuvo al llegar junto a Stephen-. Esto lo explicará todo. -Dejó caer el sobre en la mesa del café-. Antes de que lo abras, tengo unas cuantas cosas que decir. Te pido que me escuches. Luego, puedes echarme. -Le dirigió a Harrison una rápida mirada—. Los dos podéis.

Stephen se había quedado con la boca abierta.

-¿Tú informaste a Walker sobre mí? ¿Por qué? ¿Para que él consiguiera meterme en la cárcel y tú pudieras quedarte con Nancy? Cliff hizo una mueca de aflicción.

-No. Porque fui un cobarde. Y, sí, por mis sentimientos hacia Nancy. Pero no para quedarme con ella, sino para protegerla.

Con voz queda, Cliff le contó cómo Walker había obtenido unas fotos comprometedoras en las que él aparecía con una mujer que se parecía tanto a Nancy que, con un ligero retoque, podría pasar por ella. A cambio de su silencio, todo lo que Walker le había pedido era una pista... cualquier cosa que pudiera usar como fuerza contra el alcalde.

-Yo sabía que él iba detrás del contrato del aparcamiento municipal -dijo Cliff-. Pero no sabía nada más. jamás se me ocurrió que... -Tomó aire-. Tenía miedo de que, si aquellas fotos salían a la

luz, destruyeran la vida de Nancy. Y no creía que a ti te supusiera nada grave apoyar la propuesta de Walker. Sabía que considerarías que su oferta de contrato tenía mérito. Porque lo tenía, sobre todo con el aumento de robos de coches que Leaf Brook ha sufrido. -Robos que organizó Walker -puntualizó Stephen.

-En aquel momento, yo no sabía eso. No sabía un montón de cosas. Estaba acorralado, y me aferré al salvavidas que Walker me ofrecía. Después, la situación me estalló en las narices. No estoy justificando mis actos. Fueron deplorables. Me comporté como un bastardo y un estúpido. Te traicioné. Lo que creo importante que sepas es que Nancy no lo ha hecho jamás. En ningún sentido. Incluso cuando yo creí... y, sí, esperé, que vuestro matrimonio había terminado, ella se mantuvo fiel a ti. En cuanto a Brian, cuando Nancy me contó lo que Walker había hecho con aquella gorra de béisbol, me puse hecho una fiera. Le dije a Greg que si se atrevía a...

-¿A Greg? -interrumpió Stephen, cuya serenidad ahora estaba empezando a resquebrajarse-. ¿Dónde encaja Greg en todo esto?

-Es el contacto de Walker. No sé a qué acuerdo han llegado ni hasta qué punto está involucrado, pero fue él quien me chantajeó con esas fotos, y a quien yo llamé para que le dijera a Walker que abandonara el asunto. Creí que mi presión había hecho efecto, porque Greg me entregó los negativos. Supuse que era el ofrecimiento de paz de Walker. Me equivoqué. Cuando fui al despacho, ayer, Greg me dio una carta. Era de Walker. Utilizaba un lenguaje que la hacía aparecer como un documento referido a un asunto legal pendiente en un contrato urbanístico. No escribía ni una sola palabra que pudiera incriminarle. Pero el mensaje se recibía alto y claro. Yo debía dejar de meter las narices manteniendo al margen y dejar que las cosas llegaran a su fin para evitar daños en mi bando. Había una instantánea de Brian sujeta a la carta. Y eso dejaba muy claro quién saldría perjudicado.

La velada amenaza de Walker provocó un escalofrío de temor en el espinazo de Connor.

Pero Connor se obligó a concentrarse en Cliff y en la explicación que éste les acababa de ofrecer.

Y que provocaba, a su vez, más alivio que furia. Todo lo que Cliff había dicho verificaba lo que Julia le había contado, lo que insinuaba que Cliff tenía sólo la parte de culpa que acababa de admitir.

-¿Te entregó Greg los negativos en mano? -preguntó Connor, intentando esclarecer el misterio de la pata de conejo.

-¿Que si me los dio en mano? No, pero seguro que venían de él, si es eso lo que me preguntas. Greg salió a mi encuentro cuando yo dejaba el despacho de Stephen el jueves. Me dijo que los negativos estaban en su coche. Bajé hasta el aparcamiento y los recogí yo mismo.

Bien, así que Cliff había estado, efectivamente, en el coche de Greg. Eso podía ser una buena noticia. Podía significar que Brian seguía aún con Nancy, sano y salvo, y que tan sólo la pata de conejo había llegado a otras manos... e inadvertidamente.

Antes de que Connor pudiera preguntarle a Cliff, sin rodeos, acerca del paradero de Nancy, tenía otro punto que tocar.

-Ayer era sábado -dijo-. Y la gran inauguración del centro comercial. Sabías que Stephen estaría allí. Entonces, ¿por qué fuiste a su despacho?

Cliff señaló con el dedo el sobre que había dejado sobre la mesita del café.

-Fui a dejar esto. Mira, Connor, me sentía como un animal herido... furioso con el destino por ponerme en esta situación, con Nancy por amar a Stephen, y con Stephen por abusar del amor de Nancy y, sin embargo, seguir gozando de él. Quería explotar, exponer mi dolor ante las narices de Stephen. Al mismo tiempo, ya no podía soportar ni un minuto más mi sentimiento de culpabilidad. Había traicionado a mi mejor amigo, por no mencionar mi amor por su esposa y, por primera vez, mi intenso deseo de que ella lo abandonara por mí. No podía mirarle a los ojos. Así que iba a tomar de nuevo el camino más cobarde y dejar las fotos y los negativos sobre la mesa del despacho de Stephen, con una nota explicativa. Empecé a escribirla, y luego cambié de opinión. Habíamos sido amigos durante casi veinte años. Le debía una explicación cara a cara. Stephen se lo merecía. -Cliff se pasó una nerviosa mano por el pelo-. Después, todo sucedió muy rápido. Greg me entregó la carta de Walker. Apenas había acabado de leerla cuando Julia apareció por allí. Yo estaba tan destrozado que casi no recuerdo lo que me dijo. Algo acerca de que se había acercado a ver a Greg. Supongo que, luego, ella se marchó directamente al centro comercial. Y debió de ser entonces cuando la... -En su rostro brilló un destello de comprensión y apoyo-. Lo siento, Connor. Espero que se ponga bien.

-Lo hará. -Connor ya tenía suficiente explicación. Así que decidió pasar a la pregunta directamente a Cliff: ¿sabes dónde está Nancy?

Una mueca de incomodidad.

-Le dije a Nancy desde el primer momento que Stephen merecía saber dónde estaba, que se desesperaría. Pero me hizo jurar que mantendría el secreto. No puedo...

-¿Ni siquiera si te digo que ella y Brian están en peligro? Porque tenemos motivos para creer que así es. Creemos que Walker está planeando algo realmente perverso. Como raptar a Brian.

-¿Cómo va a poder hacerlo? -preguntó Cliff-. No sabe dónde está. Nadie lo sabe.
-Excepto tú.
Por primera vez, Cliff pareció enfurecerse.
-Si de algo puedes estar completamente seguro, Connor, es de que yo jamás le haría daño a Nancy. O a Brian, ya puestos. No le he dicho a nadie dónde se fueron.
-¿Has ido a verlos en alguna ocasión?
Una pausa de reticencia.
-Sí. Una vez. Les llevé el antibiótico de Brian.
-En ese caso, alguien podría haberte seguido.
Cliff recordó algo, y sintió cierta aprensión.
-Es posible. Fui a visitarlos el miércoles por la mañana, después de verme con Greg. El único lugar donde me detuve fue la farmacia. Greg pudo haberme seguido.
-Y contárselo a Walker. -Connor se inclinó hacia delante-. Dime una cosa, Cliff. Y piénsalo bien antes de responder. Durante tu única visita a Nancy, ¿viste por casualidad una pata de conejo roja por allí?
-No hace falta que lo piense mucho. Brian la llevaba en la mano. No la soltó en ningún momento, ni siquiera para tomarse la medicina. Dijo que era su amuleto de la suerte.
A Connor se le hizo un nudo en la boca del estómago.
-¿O sea que no pudiste, de ningún modo, habértela llevado sin querer cuando te fuiste?
-De ninguna manera. -Cliff meneó la cabeza-. Brian pasó todo el rato que estuve allí en su habitación. Le había disgustado mucho que fuera yo el que le había llevado su medicina. Quería ver a Stephen. Ni siquiera salió a despedirse.
-Mierda -murmuró Connor.
-¿Por qué has preguntado eso?
-Exacto, Connor, esa sí es una buena pregunta -intervino Stephen, mostrando visibles signos de pánico-. Está claro que te refieres a la pata de conejo que Julia te pidió que le entregaras a Brian. Me dijiste que se la habías dado el martes. Así que, ¿por qué sacar ese tema ahora?
-Porque Brian ya no la tiene consigo. Y el viernes, ese amuleto estaba en el coche de Greg.
-Dios mío... no. -Stephen palideció cual hoja de papel.
El aspecto de Cliff no era mucho mejor.
-¿Estás seguro?
-Segurísimo. Y eso significa que quien sea que perdió esa pata de conejo tuvo contacto con Brian. O peor aún: que el propio Brian estuvo en el coche de Greg.
Stephen cruzó la estancia con tres largas zancadas y agarró a Cliff por las solapas.
-¿Adónde demonios se llevó Nancy a Brian? ¿Dónde están? Esta vez, no hubo vacilación.
-Se fueron a mi refugio de montaña, en Stowe.
-Tú los viste el miércoles. Hoy es domingo. ¿Por qué no has vuelto a ir? -Stephen sacudió a Cliff-. Eres el único que sabías que estaban allí, el único que podía haberlos protegido. Si tanto quieres a Nancy, ¿por qué no has vuelto para ver si están bien?
-Porque Nancy me dijo que no volviera. -Cliff ni siquiera intentaba zafarse o resistirse. Parecía estar destrozado-. No quería que yo albergara ni una sola esperanza de futuro con ella. Está enamorada de ti. Y vio cómo mi visita afectaba a Brian. El chaval ya se sentía bastante abatido por estar lejos de ti. Y mi visita empeoró su estado anímico.
-Pero los has llamado, ¿verdad? -preguntó Stephen en tono lastimero-. Has hablado con Nancy; ¿no es así?
La frente de Cliff empezó a cubrirse de sudor.
-La última vez fue el jueves por la noche. Nancy me dijo que no volviera a llamar. Así que no lo hice más. Luego, ayer, después de que Greg me diera la carta de amenaza de Walker, intenté llamar. Quería estar seguro de que Brian estaba bien.
-¿Y?
-No me contestaron. Pero eso no me sorprendió. Nancy me había dejado muy claro que no quería que yo interrumpiera su tiempo de reflexión. Y, puesto que nadie más sabía dónde estaba ella, supuse que Nancy sabía que era yo y que decidía no responder.
-O sea que no has hablado con ella desde el jueves por la noche. -Stephen ya se dirigía hacia el teléfono-. Eso significa que puede que Walker lleve dos días y medio reteniendo a mi esposa e Hijo. ¿Cuál es el número de tu refugio de montaña?
Cliff se lo dijo.
Stephen marcó los dígitos y esperó.
Tres timbrazos. Cuatro. Cinco.
-No contestan. -Colgó con fuerza-. Voy hacia allí ahora mismo.

-Voy contigo -dijo Cliff.

-Ni lo sueñes. -Stephen se volvió hacia él, lanzando fuego por los ojos-. Son mi esposa y mi hijo. Míos. Si vuelves a olvidar eso, te partiré la cara.

El teléfono sonó.

-Stephen -intervino Connor, mirando fijamente la lucecita parpadeante-. Es tu línea privada.

-Quizá sea Nancy. -Stephen asió rápidamente el auricular y se lo llevó al oído-. ¿Sí? -Se quedó callado durante largo rato, mientras palidecía y su semblante reflejaba cada vez más pavor-. Lo he oído perfectamente -respondió al fin, con la voz tan tensa que parecía que iba a estallar de un momento a otro-. ¿Cómo sé yo que él está bien? -Otro angustioso silencio-. ¿Y qué hay de mi esposa? Hijo de puta, si le has tocado un solo cabello... -Se forzó a no perder el control, y asió un bolígrafo y un bloc de notas-. ¿Dónde y cuándo? Garabateó algo-. Lo tendrás. No, no habrá policía. Ahora, déjame hablar con Bri... -Apartó el auricular de su oído y lo miro con abatimiento-. Ha colgado.

Connor lo asió por el brazo.

-¿Walker tiene a Brian? Stephen asintió con la cabeza.

-Quiere cinco millones en metálico. Tengo que meterlos en la bolsa de deporte de Brian y dejarlos en una consigna, cerca de uno de los accesos del aeropuerto del condado de Westchester. Mañana, a las siete y media de la mañana.

-¿Estás seguro de que era Walker? -Harrison Stratford hablaba por primera vez desde la llegada de Cliff. Parecía atónito y furioso.

-¿Qué? -Stephen estaba claramente aturdido-. Ah, sí. Ha usado uno de esos aparatos que distorsionan la voz por si yo estaba grabando la conversación. Pero lo que ha dicho... Era él.

-El horario que propone encaja -añadió Connor, con tono grave-. Ha llegado a mis oídos que Walker va a irse a Suiza mañana al mediodía. Ahora ya sabemos por qué.

-Mierda. -Stephen se pasó ambas manos por el pelo, nervioso, intentando pensar con claridad. De repente, levantó la cabeza. Nancy, me ha dicho que no tiene a Nancy. Eso significa que la ha dejado en Stowe. Y allí nadie contesta al teléfono. Ella podría estar... -Cruzó la habitación con sólo cinco zancadas-. Tengo que reunirme con ella. -Se volvió-. Connor...

-Yo reuniré el dinero -lo tranquilizó Connor, mientras un músculo de su mejilla se agitaba-. Tú ve con Nancy.

-Y nada de policías. Walker ha dicho que si ve a un solo agente... -Stephen emitió un sonido ahogado-. Matará a Brian.

Capítulo 28

Cliff se volvió hacia Connor en cuanto quedaron a solas.

-¿Cómo puedo ayudar?

El pobre parecía estar tan abatido que Connor se descubrió sintiendo compasión por él.

-No lo sé, Cliff. Ahora mismo, ya tengo bastante con lo mío. Cinco millones es mucho dinero. Por no hablar ya de que hoy es domingo y los bancos están cerrados. Tendré que pedir un montón de favores para poner el asunto en marcha. Será mejor que me ponga a ello, no podemos permitirnos perder ni un solo minuto.

-Yo no tengo tus contactos. Así que no voy a poder acceder a mis cuentas hasta mañana por la mañana. Pero puedes disponer de todo lo que tengo. -Cliff se agitó, inquieto-. ¿Qué hay de Greg? ¿Crees que ha desaparecido? Porque si Brian estaba en su coche...

-Buena idea. Intenta localizarle, aunque estoy seguro de que hace tiempo que debe de haberse escondido. Conoce el plan de Walker. Y sabe que tú jamás te quedarías de brazos cruzados si Nancy y Brian estuvieran en peligro. Así que debe de haberse imaginado que nos darás su nombre. Y que nosotros le seguiremos la pista como catadores de recompensas.

-El secuestro es delito grave en todo el país. Si Greg está involucrado, le espera una larga condena en prisión.

-Quizá no lo haya cometido él. Quizá Walker contrató a uno de Sus matones para que usara el coche de Greg. Desde luego, fueron ellos los que utilizaron el mío. No lo sé. Ahora mismo, todo lo que quiero es ver a Nancy, y Brian de vuelta.

Cliff asintió.

-Te llamaré si encuentro algo

-Hazlo, sí. Ah, y, Cliff...

-¿Sí? -repuso éste, volviéndose.

-Si por un milagro localizas a Greg, no le comentes que la pata de conejo apareció en su coche. Él no sabe que yo poseo esa parte de la información. Y no quiero que lo sepa. Cuando llegue el momento, ya la utilizaremos... a fondo.

Una vez que Cliff se hubo marchado, Connor pasó las tres horas siguientes al teléfono, persiguiendo a los administradores de varias instituciones financieras importantes, y haciendo gestiones para liquidar sus activos. Explicó que era una emergencia, y alteró la naturaleza de la crisis diciendo que tenía que ver con el estado de coma en que Julia se encontraba aún. Declaró abiertamente que, aunque no se produciría ningún anuncio oficial hasta que ella saliera de aquella grave situación, Julia Talbot era su futura esposa, y su vida pendía de un hilo. Había que tomar medidas drásticas. Connor no iba a proporcionar más detalles... para proteger a todo el mundo de la posibilidad de procesamiento criminal.

La primera parte era la verdad. La segunda era una manipulación de los hechos.

La combinación funcionaba. Y aquello era lo único que importaba.

Desde la perspectiva de los negocios, Connor actuaba con el piloto automático, llevando a cabo las gestiones pertinentes, con la esperanza de que concentrarse en la logística le evitaría tener que lidiar con las emociones. Era un hombre que hacía que las cosas fueran hacia delante. Ahora, más que nunca, tenía que confiar en su aguda inteligencia y en su habilidad para resolver problemas. Si se detenía, si se permitía pensar en lo que Brian quizás estaba pasando... Connor no podía. Simplemente, no podía.

Aquella estrategia le fue muy útil hasta que sonó su teléfono móvil.

Era Julia.

-Sé que no debería llamarte -susurró-. Hazte la idea de que soy otra persona. Pero tenía que saber si todo va bien.

El muro protector se vino abajo, Y el dolor se desbordó, Sacudido por su intensidad, Connor dejó escapar el aire de sus pulmones con un ronco sonido.

-No, no va bien. -Oyó el temblor de su propia voz-. Walker tiene a Brian consigo. Ha llamado pidiendo un rescate. Yo estoy intentando reunir el dinero. Stephen ha ido a buscar a Nancy. Está en un refugio de montaña, en Vermont. No sabemos lo que Walker puede haberle hecho. Tengo mucho miedo por ellos, Julia. ¿Qué pasa si...?

-Connor, cálmate. -La voz de Julia estaba henchida de horronzadas lágrimas, pero las palabras salían serenamente de sus labios-. Quiero saberlo todo. Pero antes, escúchame. Brian y Nancy están bien. Tienen que estarlo. Stephen encontrará a Nancy. En cuanto a Brian, tendréis a la policía a vuestro lado. Ellos averiguarán dónde está y lo traerán de nuevo a casa.

-No. No podemos llamar a la policía. Walker ha dicho que matará a Brian si lo hacemos.

-Oh, Dios mío. -Un miedo crudo y total invadió a Julia. Al mismo tiempo, su mente se aceleró hasta alcanzar la máxima velocidad. Connor no pensaba con racionalidad. Julia sabía más de aquel tema que él. Y Connor no iba por el buen camino.

Dependía de ella solventar el error.

-Connor, quiero que vuelvas al hospital y que me cuentes todos los detalles. Necesito compartir esto contigo... y no tan sólo el dolor, sino el plan de acción. Si confías en mí, sé que puedo ser de ayuda. -¿Cómo?

Era la primera prueba de confianza de Connor hacia Julia, y ella cruzó los dedos hasta que le dolieron.

-Confía en mí -repitió calladamente-. Por favor. -Voy para allá.

«Gracias a Dios», pensó Julia, «por el bien de Brian». Colgó y se volvió hacia su madre con la mirada perdida.

A Meredith no le hizo falta preguntar nada. Julia la había informado de absolutamente toda la situación. Ahora, al ver la reacción de su hija, al haber escuchado su parte de la conversación con Connor, supo inmediatamente la cruda realidad.

-Brian ha sido secuestrado -declaró con expresión grave. Julia asintió con angustia.

-Mamá, necesito un número de teléfono. El de nuestra conferenciante, la que no pudo venir el viernes pasado, y que es experta en crímenes cometidos contra niños.

-La agente especial del FBI, Patricia Avalon -repuso su madre ya rebuscando en su bolso-. Es la coordinadora del CAC, Crímenes Contra Menores en la jefatura de Nueva York. Es muy buena especialista.

-Lo sé. La he oído hablar en varias ocasiones. Julia le dirigió a su madre una mirada interrogativa-. Y tú has hecho aún mis que eso. Recuerdo que trabajaste con ella.

-Fue en un caso de secuestro en la misma familia -confirmó Meredith-. Un padre abusivo que se llevó a su hija y desapareció sin dejar ningún rastro. Yo conocía bien los abusos que habían conducido a que se le denegara el derecho de visita, y el impacto que eso tuvo en su hija. Así que me consultaron durante la investigación. Patricia y su equipo eran increíbles. Devolvieron a la niña sana y salva a su madre en tan sólo un día. -Abrió su agenda de teléfonos-. Tengo su número anotado aquí.

-Tengo que hablar con Connor antes de ponerme en contacto con ella -reflexionó Julia en voz alta-. Necesito su permiso y el de Stephen. -Se estremeció-. Philip Walker ha amenazado con matar a Brian si los Stratford llaman a la policía.

-Los agentes como Patricia están entrenados para hacer su trabajo sin alertar a los secuestradores. Ese Walker ni siquiera se dará cuenta de que interviene el FBI. -Meredith anotó el número de teléfono en un pedazo de papel-. Toma.

Agradecida, Julia lo cogió.

-Ahora, reza por que la emergencia para la que la requirieron el otro día se haya resuelto y esté disponible. Reza también por que, yo pueda convencer a los Stratford para que sigan mi propuesta. -Se le quebró la voz-. Y, sobre todo, ruega que no esté equivocándome Y que mi decisión logre traer a Brian a casa, sano y salvo.

15.45

Leaf Brook Memorial

Connor entró en la habitación de Julia, en el hospital, y apoyó la espalda contra la puerta. Su aspecto era, decididamente, ojeroso.

-Hola. -Miró a Julia con expresión preocupada-. Louis dice que estás mejor. ¿Es la verdad o sólo intenta tranquilizarme?

-Es la verdad. Me siento mucho más fuerte, y mi dolor de cabeza se ha reducido a una ligera molestia. Julia se incorporó hasta quedar sentada.

Meredith se levantó de la silla junto a la cama.

-Creo que voy a ir a por otra taza de café. Si me disculpáis... -Se dirigió hacia la puerta.

-Gracias -le dijo Connor quedamente cuando ella pasó junto a él-. Es usted un ángel.

La madre de Julia posó suavemente una mano sobre el brazo de Connor.

-Siento muchísimo lo que estáis pasando. Pero a Brian no le sucederá nada. Ya lo verás. -Y salió de la estancia.

Cormor se acercó a la cama, se inclinó y abrazó a Julia. Ella lo estrechó también, con fuerza, y apoyó la cabeza en su hombro. -Qué bien está poder tenerte entre mis brazos... -murmuró él, besándole los cabellos-. Me sentía tan condenadamente desamparado...

-Saldremos de ésta -le prometió ella-. Y Brian también. Mi muchachito es un valiente.

-¿Cuál de los dos? -Aunque la pregunta de Connor intentaba ser graciosa, se adivinaba dolor en su tono.

-Los dos. Julia se echó hacia atrás hasta que su peso descansó totalmente sobre la cama-. Ahora, siéntate y cuéntamelo todo.

Asintiendo con gesto cansado, Connor se dejó caer en el sillón. Le relató los eventos del día, empezando por la confrontación que él y Stephen habían tenido con su padre, siguiendo por la visita de Cliff y la consecuente declaración, y finalizando por la llamada telefónica que exigía un rescate.

-¿Sabéis desde dónde llamaba Walker? -preguntó Julia.

-No. Desde luego, no era desde su casa o su despacho, seguro. Ha utilizado un aparato para distorsionar la voz. Es obvio que no quena que descubriéramos su paradero.

-Lo que significa que tanto él como Greg han desaparecido. Julia frunció el ceño-. Hoy es domingo. ¿Has conseguido reunir el dinero?

-Tengo muchos contactos en el mundo bancario -repuso Connor, frotándose los ojos-. Eso incluye varios administradores. Están haciendo lo posible por ayudarme. Tengo que haber reunido los cinco millones en efectivo para mañana a las once de la mañana.

Julia asintió lentamente. Alargó el brazo y tomó a Connor de la mano.

-Te quiero. Pero también quiero a Brian. Lo sabes, ¿verdad?

-Por supuesto.

-Entonces, no lo olvides. Y escúchame bien. Ya sé que soy maestra, no un miembro de la policía, o un legado. Pero tú también sabes lo implicada que estoy en esfuerzos de todo tipo para evitar los abusos a menores. Gracias al trabajo que mi madre y yo realizamos con la APSAC, hemos conocido a profesionales de diferentes campos. Vienen y hablan en las charlas que organizamos. Una de las conferenciantes es agente especial del FBI, entrenada en el NCAVC, el Centro Nacional de Análisis del Crimen Violento. Se llama Patricia Avalon, y es coordinadora de Crímenes Contra Menores en la jefatura de Nueva York. Mi madre colaboró en una de las investigaciones de la agente especial Avalon, y la vio en acción. Opina que es muy buena, muy hábil. Quiero que me ayudes a persuadir a Stephen para que me deje llamarla.

Los labios de Connor se transformaron en una fina línea.

-¿Cómo quieres que haga eso? Walker ha dicho que...

-Ya sé lo que ha dicho. Pero, piénsalo, Connor. Vais a darle el dinero; él se meterá en un avión. ¿Cómo sabes que va a devolveros a Brian? ¿Cómo sabes que Walker no va a despegar antes de que averigüéis dónde está Brian? -Se estremeció al ver la expresión de Connor-. Además, ¿podéis estar seguros de que Walker no se llevará a Brian con él, como garantía, cuando huya del país? Julia notó que la ira y el temor le hacían un nudo en la garganta, pero se tragó ambos sentimientos y se obligó a exponer en voz alta la peor de las posibilidades-. Y, por último, ¿os ha dado Walker alguna prueba determinante de que Brian sigue vivo? ¿Ha dejado que Stephen hablara con él?

Sin decir nada, Connor negó con la cabeza.

-He supuesto que, llamara desde donde llamara Walker, Brian no estaba con él. ¿No creerás que...?

-No, no lo creo. -Los dedos de Julia se entrelazaron fuertemente con los de Connor-. Mi corazón me dice que Brian está vivo. Seguro. Por no mencionar que no creo que Walker sea un asesino. Pero tenía que comentar todas las posibilidades para hacerte ver que estáis dejando que el miedo nuble vuestra razón. Stephen y tú no sois profesionales. No tenéis ni idea de cómo manejar este asunto. Creéis que, simplemente, vosotros le daréis el dinero a Walker y él os devolverá a Brian. Quizá pase esto exactamente. Pero, ¿de veras quieres arriesgarte? ¿Quiere Stephen?

Patricia Avalon es un agente federal. Está entrenada para esto. Y también la unidad con la que trabaja. Dejemos que nos ayuden. Por el bien de Brian.

Connor se quedó pensativo durante un largo y difícil momento. Luego, asintió con la cabeza.

-Llamemos a Stephen al móvil. Debe de estar llegando a Stowe ahora mismo.

16.35

Stephen acababa de pasar Burlington a toda velocidad y estaba en la carretera U.S.2, dirección oeste, hacia Stowe, cuando su móvil sonó.

Le temblaban tanto las manos, que apenas sí pudo pulsar la tecla para contestar la llamada.

-¿Sí?

-Soy yo -dijo Connor-. No hay novedades -añadió rápidamente.

-Ya casi estoy llegando. Dios mío, Connor, Nancy tiene que estar bien.

-Lo está. -Connor sintió que un músculo de su mejilla se agitaba ligeramente-. Estoy reuniendo el dinero. Estará listo en una hora escasa.

-Gracias.

-Stephen, estoy en el hospital, en la habitación de Julia. Voy a pasarle el teléfono a ella. Sé que estás aturdido y confuso, pero escucha atentamente lo que Julia tiene que decirte. Es una propuesta sensata.

Frunciendo el ceño, Connor le pasó el teléfono a Julia. Stephen sonaba totalmente destrozado. Era el peor momento para explicarle aquello, y que tomara una decisión. Pero el tiempo era lo único de lo que no podían disponer.

-Hola, Stephen -lo saludó suavemente Julia. Una pausa. Sí estoy bien. Pero es de Brian de lo que quiero hablarte. Sólo tenemos diecinueve horas para encontrarlo. Y no creo que podamos asumir esa responsabilidad nosotros solos y estar seguros de que lo consigamos.

Siguió, muy serena, explicándole a Stephen exactamente lo mismo que le había expuesto a Connor.

-La agente especial Avalon actuará como enlace entre el NCAVC, la jefatura del FBI en Nueva York y las autoridades locales de Leaf Brook -concluyó-. Lo que me lleva a hablar de Marty Hart. Él ya sabe que sucede algo. Lleva esperando desde ayer para interrogarme y, según Connor, pasó por tu casa para interrogarte a ti también. Connor dice que confías en él. ¿Es así?

Julia escuchó, asintiendo con la cabeza.

-Muy bien. En ese caso, sugiero que se lo contemos todo desde el principio, al tiempo que nos ponemos en contacto con la agente especial Avalon. Eso nos ahorrará un tiempo precioso. -Otra pausa-. Ya sé que estás asustado. Tienes todo el derecho a estarlo. Brian es tu hijo. Pero precisamente por eso tienes que hacer todo lo posible para traerlo de nuevo a casa, sano y salvo, y rápidamente. Estoy convencida de que se encuentra bien, pero debe de tener mucho miedo. Por no hablar de lo mucho que os estará echando de menos a ti y a su madre. He oído a la agente especial Avalon describir sus operativos y su entrenamiento. Están acostumbrados a actuar con más sagacidad y astucia que los delincuentes profesionales. Y Walker tan sólo es un aficionado notable. Confía en mí, los agentes del FBI son expertos. No van a dejarse descubrir, y no van a permitir que Walker le haga daño a Brian.

Otra pausa.

-No. Atrapar a Walker es algo secundario. Al igual que recuperar cualquier pago de rescate. Los agentes están entrenados para concentrarse ante todo en la víctima del secuestro. Detener a Walker será una propina, pero no una prioridad. -Dicho esto, Julia esperó la respuesta de Stephen.

Y la obtuvo.

Echó la cabeza hacia delante y cerró fuertemente los ojos mientras lágrimas de alivio escapaban de debajo de sus párpados. -Gracias. Sí, lo comprendo. La llamaré ahora mismo. Te paso a Connor.

Exhausta, le devolvió a Connor el teléfono.

Éste lo cogió.

-¿Stephen?

-Sí, sigo aquí. -Su tono era agitado, pero no sonaba tan aturdido como unos minutos antes-. Julia tiene razón.

-Lo sé, sí. -Connor acariciaba la nuca de Julia mientras hablaba, intentando calmar su tensión emocional lo mejor que podía. Se preguntaba cómo había podido pensar alguna vez que ella era demasiado cándida y sobreprotegida. Julia era fuerte, valiente, y él tenía suerte al contar con ella-. Nos encargaremos de todo.

-Todavía me quedan unos veinte minutos hasta el refugio -replicó Stephen-. De todos modos, me estoy volviendo loco. Así que aprovecharé el tiempo para llamar a Marty y contarle lo que está pasando. La próxima vez que aparezca por el hospital y vaya a la habitación de Julia para informarse de los detalles del accidente, dejadle entrar, le diré que finja que va a interrogarte a ti, ya que necesitamos seguir simulando que Julia está todavía en coma. Mientras, ruega por que Julia pueda localizar a la agente especial Avalon.

Connor miró con ternura a Julia.

-Lo hará. Cuando Julia se propone algo, consigue que suceda. Llámanos cuando llegues al refugio.

-Os llamaré. En cuanto encuentre a Nancy y esté seguro de que está bien... -Stephen se calló de golpe, luchando por mantener su autocontrol-. Será mejor que llame a Marty. Mientras, rezad.

Capítulo 29

16.45

Lago George, Nueva York

Philip Walker se había ido a su chalet en las Adirondacks. Era el lugar perfecto para esconderse a esperar, porque nadie sabía de él. Así que se quedó perplejo al oír que un coche entraba en su propiedad y frenaba con un chirrido frente a la puerta de la casa.

Hubo unos enérgicos golpes en la puerta, seguidos de:

-Walker, abre esta maldita puerta. Sé que estás ahí. La echaré abajo, si es necesario.

Walker enarcó las cejas. ¿Cómo demonios había conseguido localizar Stratford aquel lugar con tanta rapidez? Sorprendente y satisfactorio. Evidentemente, el ultimátum había causado un efecto aún más contundente de lo que él había previsto. Vaya, jamás había oído al Imperturbable y frío Harrison Stratford en un tono tan colérico.

Se acercó a la puerta y la abrió.

-Pero bueno, qué agradable sorpresa. Debe de haberte costado un buen esfuerzo descubrir el paradero de este escondite. No lo compré a mi nombre o al de mi empresa.

-Lo sé todo sobre ti, bastardo engreído. -Harrison entró con una gran zancada y cerró de golpe la puerta tras él-. Excepto que eras lo suficientemente estúpido para intentar algo semejante. ¿De veras creías que ibas a conseguir obtener algo de mí por medios tan sucios?

-De hecho, sí. Y aún más, debo de haberlo logrado porque de lo contrario, no habrías venido tras de mí como un sabueso. -Walker señaló con un vago gesto hacia el salón-. ¿Quieres pasar o prefieres que lo discutamos en el recibidor?

Harrison observó a Walker con los ojos entornados, antes de pasar, resuelto, junto a él y entrar en el salón.

-¿Te apetece beber algo? -preguntó Walker, siguiéndole.

-¿Cuánto quieres? -repuso él, yendo al grano-. Y no me contestes que cinco millones. Eso es absurdo. Sobre todo ahora, que sé dónde estás. Una llamada por teléfono, y la policía te meterá entre rejas durante tanto tiempo que cuando salgas serás demasiado viejo para poder siquiera andar.

Philip empezó a reír.

-¿Ah sí? En ese caso, ¿por qué no los has llamado antes de presentarte aquí? ¿O no hace falta que lo pregunte? Eres un bastardo muy duro, Stratford, pero tienes un punto débil: tu familia. Irías hasta el fin del mundo para protegerlos... o, al menos, para proteger su reputación y posibilidades de ascenso social. Eso es lo que puso toda esta bola de nieve en marcha, para empezar. Y es precisamente con lo que yo cuento ahora. ¿Acaso crees que no sabía que me encontrarías? Sabía que sí, tarde o temprano. Lo dispuse todo muy bien por si se daba el caso de que no pudiera llevar a cabo mi cometido. Así que, adelante, haz tu llamada. En cuanto la hayas hecho, la guillotina caerá. -Se acercó al teléfono, levantó el auricular y se lo ofreció a Harrison-. Es tu funeral. O, mejor dicho, el de los Stratford.

Un franco y total estupor se reflejó en el habitualmente ilegible semblante de Harrison.

-Por Dios -murmuró, sin demostrar la menor intención de tocar el teléfono-. ¿Qué clase de animal eres? No estamos hablando de juego sucio en los negocios, ni siquiera de prácticas ilegales. Estamos hablando de vidas humanas.

-Te estás poniendo un poco melodramático, ¿no te parece? -Philip dejó el teléfono sobre la repisa de la chimenea y miró a Harrison con curiosidad. Había esperado que Stratford se pusiera furioso al ser chantajeado, pero aquella reacción era muy extraña. De acuerdo, le estaba ganando a su propio juego, pero jugar al gato y el ratón no era nada nuevo para Harrison. Desde luego, no era algo que no pudiera controlar... y darle la vuelta, con el incentivo correcto. Hablando de incentivos, ¿por qué demonios había mencionado Stratford una cantidad tan obscena como cinco millones? Aquel hombre era un negociador brillante. Comenzaría por una oferta baja luego la mejoraría en la medida necesaria, y más que nada con promesas de futuro. No pondría inconvenientes a la naturaleza del acuerdo. ¿Favores políticos a cambio de silencio? Por supuesto que sí. Nada de lo que estaba pasando tenía sentido, pues.

-Mira, Walker. -Harrison se frotó la nuca, sopesando su siguiente movimiento-. Te prometí un cuarto de millón de dólares, además de los cien mil que invertiste en la campaña de Stephen, si conseguías que los periódicos publicaran el asunto de tu contrato municipal en primera plana. Lo lograste. Acabo de averiguar la asquerosa táctica que has utilizado para salirte con la tuya. Mi primera reacción ha sido querer destruirte y arruinar tu empresa. En lugar de eso, te pagaré la cantidad al completo, y otro millón más para que puedas comenzar tu nueva vida. Pero quiero pruebas de que él está bien. De lo contrario, no hay trato.

Ah. O sea que Stratford se había enterado de algunos de los detalles de las últimas semanas. Al parecer, era eso lo que le molestaba. Aunque el muy arrogante hijo de puta había dejado claro desde el principio que no le preocupaba pasar por encima de lo que fuera necesario para conseguir el objetivo, incluso si ello significaba poner el cuello de su hijo en un torno y girar el manubrio. Quizás había cambiado de opinión. Quizá se estaba reblandeciendo en su vejez.

-¿Con quién has hablado, con Henderson? -preguntó Walker-. ¿O quizás uno de tus hijos ha decidido apostar en este asunto? -Soltó una risita-. No es mi intención hacer un juego de palabras.

-Un millón más, Walker. ¿Sí o no?

-Cálmate, ¿quieres? -repuso Walker, muy tranquilo, apoyando la cadera contra el sofá-. No se trata tan sólo de dinero. Tu hijo es un muchachito con problemas. Y un tramposo, también. Veamos: apropiación indebida de fondos, ocultación de información a la policía..., por no mencionar que las apuestas son ilegales. No es precisamente un tipo ejemplar para el Senado de Nueva York, y mucho menos para la Casa Blanca. Y yo estoy en situación de evitar que llegue allí. -Philip se encogió de hombros en un gesto despreocupado-. Por otro lado, yo podría hacer la vista gorda. Si decido eso te costará mucho más que un simple pago al contado. El millón está bien por ahora. En cuanto al futuro, quiero una recompensa, y no me refiero sólo a ese maldito contrato municipal. Cuando la jurisdicción del alcalde se expanda desde Leaf Brook a todo el estado de Nueva York, quiero mi parte del pastel. Quiero un senador que haga lo que sea necesario para apoyar mis proyectos, que retuerza el pescuezo de quien sea para conseguirme los votos que me hagan falta. A cambio, destruiré mis colecciones de cintas... todas, menos dos. Te daré a ti una de éstas, y la otra la guardaré bajo llave en un lugar seguro. Si, por algún motivo, Stephen llega a olvidar a quién debe ser fiel, la otra colección de cintas será entregada inmediatamente a esa arpía de Cheryl Lager, con una transcripción para publicar.

-¿De qué demonios estás hablando? -estalló Harrison-. ¿Qué cintas? ¿Qué transcripción? ¿Acaso has perdido tu maldito juicio?

Walker tensó la mandíbula.

-No intentes tomarme el pelo. No dará resultado. Estoy hablando de las cintas donde están grabadas mis conversaciones con Stephen. Cintas que lo incriminan, en las que yo pongo todas mis cartas sobre la mesa y él acepta burlar la ley para evitar que sus apuestas sean de conocimiento público. Las cintas que enviarán a tu hijo a la cárcel y destruirán tu familia. Tendrías que haber escuchado con más atención mi mensaje telefónico. Era críptico, pero descifrable.

-¿Qué mensaje telefónico?

-El que te he dejado esta mañana.

-No has dejado ningún mensaje. Has hablado directamente con Stephen. Y él no ha mencionado que unas cintas sean parte de este perverso plan tuyo. Probablemente, ni siquiera le ha importado. No cuando está en juego la vida de su hijo.

Philip frunció el ceño.

-¿La vida de su hijo? Envié a uno de mis socios para que robara su gorra de béisbol y asustara a su madre dejándola en la puerta de su casa.

-¿El mismo socio que atropelló a Julia Talbot ayer? ¿A qué fue debido eso, al despecho? ¿Porque sabes que Connor sale con ella? Se que fue eso lo que te impulsó a escoger el Mercedes de Connor Para que lo robaran y lo desmontaran en cualquiera taller ilegal con el que mantienes tratos. Pero ahora me pregunto si ese asunto tenía que ver sólo con el coche. Después de lo que le has hecho a Brian, es obvio que eres capaz de cualquier cosa. Así que dudo que ese atropello fuera un accidente.

-Espera. -Philip interrumpió el discurso de Harrison meneando la cabeza, con expresión de total asombro-. Ahora sí que no entiendo nada. ¿Crees que estoy detrás de ese atropello? Olvídalo, Harrison. Si yo estuviera organizando robos estratégicos de coches (y con esto no digo que lo esté haciendo), no contrataría a tipos que atropellan a la gente. Ni accidentalmente ni, por supuesto, a propósito. Y tampoco los mandaría robar de sitios que me perjudicaran. Por si no lo sabías, he invertido un importante montón de dinero en ese centro comercial. La mala publicidad que se desprende de que una mujer sea atropellada allí el día de la inauguración es lo último que quiero.

-¿Y qué te importa? De todos modos, te vas del país.

Philip miró fijamente a Harrison.

-¿De dónde has sacado esa información? No me voy a ninguna parte, jamás le he tocado ni un cabello a tu nieto, no estoy detrás del atropello sufrido por Julia Talbot y no tengo ni idea de quién se llevó el coche de Connor. Ah, y no he hablado con Stephen esta mañana. He dejado un mensaje en tu móvil.

Ahora le tocó el turno a Harrison, y también miró fijamente a Philip. Lentamente, sacó su móvil, que había permanecido desconectado desde que Stratford había mantenido aquella desastrosa reunión en casa de Stephen. Lo conectó.

Un mensaje. Recibido a las once y veintisiete de la mañana.

Casi a la misma hora que Stephen había recibido la llamada exigiendo el rescate.

Harrison escuchó la voz de Walker, que le decía que ambos tenían que encontrarse para hablar del futuro político del alcalde, y de cómo Construcciones Walker podía contribuir en él. Luego, mencionaba algo sobre unas estupendas cintas que quería que Harrison escuara, porque (seguía Walker) sin duda después de oírlas Stratford querría una copia. Estaba dispuesto a apostar todo a que sí. Exasperado y confuso, Harrison desconectó de nuevo el móvil.

-¿Y qué me dices de la llamada a Stephen?

-¿Qué llamada a Stephen?

-Walker, estoy a punto de saltarte al cuello. -Harrison tenía los puños cerrados con fuerza, y parecía lo suficientemente furioso para hacer lo que decía-. El único motivo por el que me controlo es por el bien de Brian. Dime ya dónde está. ¿Dónde demonios lo has escondido? Porque si no me lo dices...

-Espera un momento -lo interrumpió en seco Philip- ¿Me estás diciendo que alguien ha secuestrado a tu nieto?

-¿Me estás diciendo que no has sido tú?

-Por supuesto que no he sido yo, maldita sea.

Harrison avanzó con paso firme, agarró a Walker por el cuello y lo empujó contra la pared sin soltarlo. Era más alto y corpulento que Philip, una ventaja que aún se veía incrementada por el hecho de que a Stratford lo movía la ira.

-¿No has exigido un rescate de cinco millones para irte del país? ¿No le has dicho a Stephen dónde y cuándo dejar el dinero en metálico mañana? ¿No has hecho nada de eso?

-No -graznó Walker.

-Entonces, ¿quién ha sido?

-No lo sé. -Tragó saliva con gran dificultad-. Pero no he visto a tu nieto desde que él y su madre se fueron a Stowe.

Harrison apretó un poco más la garganta de Walker.

-¿Cómo sabías que Nancy se lo había llevado allí?

-Por Greg Matthews.

-Exactamente, el otro sincero colega de mi hijo. Trabaja para ti. -Walker asintió con la cabeza-. Y tú lo contrataste para que raptara a Brian.

-No. -Philip empezaba a marearse-. Stratford, por el amor de Dios... -Asió las manos de Harrison y tiró de ellas, suplicante-. Suéltame. Haré unas llamadas y averiguaré qué ha sucedido. Si no lo consigo, podrás estrangularme.

-Lo que haré será peor que eso. -Harrison aflojó las manos y empujó a Walker hacia un lado-. Tenías razón acerca de que soy capaz de cualquier cosa por proteger a mi familia. De cualquier cosa. Así que no me pongas a prueba. O te mataré. Ahora, coge ese teléfono y encuentra a mi nieto.

16.57

Stowe Vermont

A Nancy le dolía el costado. Y el hombro. Cambió de postura e hizo una mueca de dolor, el suelo era muy duro. Ella llevaba una eternidad yaciendo allí, desde que había conseguido volcar la

silla. El golpe le había dolido, pero al menos ahora Nancy disponía de cierta movilidad. Incluso con las muñecas y los tobillos atados, podía arrastrarse lentamente hacia el teléfono.

Por fin había podido librarse de la mordaza. Gracias a Dios. La droga le había provocado unas horribles náuseas y mareos, y ella había temido que, de vomitar, pudiera ahogarse con su propia regurgitación.

De vez en cuando, estaba lúcida. Otras veces, se sentía entre neblinas, sin conciencia de tiempo y movimiento. Estaba en un lugar, su mente se desvanecía y, luego, Nancy recobraba el conocimiento y se daba cuenta de que había avanzado unos centímetros, aunque no recordaba cómo.

Pero en todo momento lo que la movía era el temor por Brian.

Tenía que encontrarle. Tenía que llegar hasta el teléfono. Acababa de detenerse para tomar aire y recuperar un poco de fuerza cuando oyó unas pisadas.

Se quedó helada.

¿Debía intentar gritar pidiendo ayuda? Ahora mismo, su voz no era más que un mero graznido. Además, ¿qué pasaría si se trataba de aquel hombre otra vez? Se pondría furioso, y Dios sabe qué le haría. Nancy tenía que correr ese riesgo, intentarlo, por Brian.

Haciendo de tripas corazón, reunió hasta el último gramo de fuerza y emitió un ronco gruñido.

El sonido fue literalmente tragado por el ruido de la puerta de entrada al abrirse de golpe.

Unos apresurados pasos, seguidos de un grito ahogado.

-¡Nancy!

Aquel sonido le resultó tan familiar... el más maravilloso del mundo.

Las lágrimas, que Nancy daba por agotadas desde hacía tiempo, acudieron a sus ojos y resbalaron por sus mejillas.

-Stephen -susurró.

Posiblemente, él ni la oyó. Pero eso no importaba. Estaba junto a ella, fuera como fuera.

-Oh, Dios mío. Cariño, ¿estás bien? -Stephen no esperó una respuesta. Ya estaba desatando las cuerdas, liberando los brazos piernas de Nancy de la horrible tortura a la que se habían visto sometidos durante los dos últimos días.

La recostó contra su torso y le hizo unas friegas en pies y manos para activar la circulación de la sangre. Nancy estaba tan desfallecida como una muñeca de trapo, incapaz de hacer nada excepto apoyarse en Stephen y sollozar.

-¿Estás herida? -preguntó él, levantándole la barbilla-. ¿Quieres que te lleve al hospital?

Nancy meneó débilmente la cabeza.

-Brian -susurró.

-Lo sé. No hables. -Stephen se puso en pie y la levantó en brazos-. Voy a sacarte de aquí. Hay agua en el coche. Podemos contar con una enfermera excepcional tan sólo llamándola por teléfono. Ella nos dirá qué tenemos que hacer. Ahora mismo nos vamos a casa.

-Stephen. -Nancy lo asió de la camisa y lo miró con ojos suplicantes-. Dime qué pasa.

Él expulsó el aire de sus pulmones con un ronco sonido.

-Walker tiene a Brian consigo. Quiere cinco millones de dólares mañana al mediodía. Connor está reuniendo el dinero. Él y Julia se han puesto en contacto con el FBI. Los agentes especiales trabajan ahora con Marty. Lo encontraremos, Nancy.

Ella notaba en sus labios el salado sabor de sus propias lágrimas. -Debe de estar aterrorizado. Me vio inconsciente, y luego se lo llevó un hombre con un pasamontañas.

-¿Ese bastardo te noqueó?

-Usó cloroformo, creo. Y unas píldoras que disolvió en agua y me hizo beber. He estado muy aturdida. -Frunció el ceño al ver el cielo de última hora de la tarde a través de la ventana de la cocina-. ¿Qué día es hoy?

-Domingo. ¿Cuándo se llevo ese hombre a Brian?

-El viernes. Justo antes del mediodía.

-Todo encaja. Sin duda, Greg siguió a Cliff hasta aquí el miércoles, y luego informó de vuestro paradero. Y Walker envió a uno de sus matones a primera hora del viernes.

Nancy meneó la cabeza.

-No era un matón. Era Greg.

La ira tensó el semblante de Stephen:

¿Estás segura?

-Sí. El pasamontañas no le cubría los ojos. Y los reconocí. Era Greg.

-En ese caso, que Dios se apiade de él cuando lo encontremos.

Hubo algo en el tono de Stephen que sobrecogió a Nancy, una convicción que salía desde sus mismísimas entrañas. Y su comportamiento... había en él una sólida fortaleza a la que Nancy no estaba acostumbrada. Observó atentamente el rostro de su esposo.

-Pareces... distinto.

-Vuelvo a ser yo. O quizá lo soy por primera vez en mi vida. No lo sé. -Acarició la mejilla de Nancy con los nudillos-. De lo que sí estoy seguro es de que te quiero. Y si lo que dice Cliff es cierto, si aún tengo la gran suerte de contar contigo, jamás volveré a abusar de tu amor. Te doy mi palabra.

-Hablas muy en serio, ¿verdad?

Él tragó saliva con dificultad.

-Más en serio de lo que jamás he hablado. Vamos a empezar de nuevo, Nancy. Tú, yo y Brian. Voy, a dejar que me ayuden. Voy a tener el control sobre mi vida. -Apoyó la frente contra la de Nancy, y ella percibió la emoción que lo sacudía-. Voy- a abandonar la política de una vez por todas -dijo Stephen, ferviente-. Que se presente mi padre a las elecciones, si eso es lo que quiere. Me importa un rábano. Quiero volver a ejercer la abogacía. Y quiero ser un esposo y un padre. Si tú aún me lo permites. -Se calló, con los ojos llorosos, mientras esperaba una respuesta.

Ésta le llegó sin titubeos, y las lágrimas de Nancy humedecieron su camisa.

-¿Si aún te lo permito? -sollozó entrecortadamente ella-. Sí, claro que sí. Eso es lo que siempre he deseado... construir una vida contigo y con Brian.

-Entonces, hagámoslo. -Se dirigió hacia la puerta-. Y empezaremos por encontrar a nuestro hijo.

Capítulo 30

17.15

Leaf Brook Memorial

El proceso ya había sido puesto en marcha.

Patricia Avalon había respondido al mensaje inmediatamente y había devuelto la llamada telefónica de Julia (o, mejor dicho, de Meredith Talbot). Julia había utilizado el nombre de su madre para proteger el hecho de que se suponía que ella seguía en coma. Por no hablar de que la agente especial Avalon conocía mejor a Meredith que a Julia y, por lo tanto, así era más probable que contestara antes.

Escuchó lo que Julia tenía que contarle, hizo unas cuantas preguntas escuetas y luego le dijo que se mantuviera localizable y esperara una llamada suya.

Se encargó de todo lo demás.

Se puso en contacto con el NCAVC de Quantico, Virginia, y también con la jefatura del FBI en Nueva York. Juntos, organizaron una respuesta inmediata, y se puso en marcha un equipo entero. Se asignó a varios agentes especiales para trabajar con la policía de Leaf Brook, y entre ellos estaba Patricia Avalon, que sería el principal contacto de los Stratford. La habitación de Julia, en el hospital, se propuso como punto de encuentro.

El plan era que Patricia se hiciera pasar por la hermana mayor de Julia. Sería lógico y natural que se la permitiera visitar a su hermanita, en coma, y prestar también apoyo y compañía a su madre. Era una situación fácilmente creíble. Ahora, Walker ya no prestaría demasiada atención a Julia. Gracias a la información que Connor había facilitado a la prensa, Walker sin duda consideraba que Julia ya no era una amenaza. Y también lo creían sus cómplices.

En cuanto a las autoridades locales, para cuando la jefatura del FBI se hubo puesto en contacto con Marty Hart, Stephen ya había hablado con éste, y el jefe de policía estaba listo para emprender, con todo el peso de su departamento, la investigación.

Así que los contactos estaban hechos, a todas bandas: Patricia Avalon ya iba de camino al hospital, y los agentes del FBI habían salido a buscar a Brian.

Eran las cinco y veinte cuando sonó el teléfono en la habitación de Julia.

Ella y Connor intercambiaron una mirada de esperanza y súplica.

Connor descolgó.

-¿Sí?

-Soy yo -dijo Stephen, simplemente-. Nancy está conmigo. Se encuentra bien.

-Gracias a Dios. -Connor lanzó un lento y silencioso suspiro y le hizo a Julia un gesto con el pulgar hacia arriba, al que ella respondió con un también mudo agradecimiento, aliviada.

-Escucha, Connor. Nancy dice que está bien. Pero me gustaría que lo confirmara un profesional de la medicina. ¿Puedes preguntarle a Meredith Talbot si cree que debería llevarla al hospital? Ha estado dos días maniatada, y la drogaron.

Connor oyó la voz de Nancy al fondo.

-Estoy bien, Stephen.

Pero, de todos modos, se volvió hacia la puerta y, con una señal, le pidió a Meredith Talbot, al otro lado del cristal, que se acercara. Ésta entró en la habitación y escuchó atentamente la explicación de Connor. Luego, cogió el teléfono.

Después de hacer varias preguntas y escuchar las respuestas tranquilizó a Stephen: Nancy estaba probablemente un tanto deshidratada y aturdida a causa de las drogas que le habían suministrado. Le aconsejó que Nancy bebiera mucha agua y que descansara durante el trayecto de vuelta.

-Tráela directamente aquí -concluyó Meredith-. Ya será de noche cuando lleguéis, así que los pasillos del hospital estarán relativamente despejados. El doctor Tillerman le hará un reconocimiento a Nancy. Eso os dejará más tranquilos. Y, de paso, ambos podréis seguir los acontecimientos de cerca. Han escogido esta habitación como principal punto de encuentro de las autoridades al frente del caso. Patricia viene ya hacia aquí. De hecho... -Levantó la vista y saludó con un gesto de su

mano a una delgada mujer de cabellos oscuros y cortos que intercambiaba unas palabras con el doctor Tillerman-. Acaba de llegar.

-¿Tiene alguna novedad? -preguntó Stephen.

-¿Está ahí la agente del FBI? -intervino Nancy-. Quiero hablar con ella.

Meredith oyó la petición, y la secundó.

-Ella también querrá hablar contigo. Te la paso. -Le ofreció el teléfono a Patricia, que cruzó con paso enérgico la habitación-. Son los padres -informó a la agente especial-. Stephen acaba de rescatar a su esposa del refugio de montaña en Stowe. No está herida.

Patricia asintió con la cabeza y se llevó el auricular al oído.

-¿Alcalde Stratford? Me han dicho que su esposa está con usted. Me gustaría hablar con ambos.

-Conectaré la opción de manos libres -repuso Stephen. Así lo hizo-. ¿Puede usted oírnos?

-Con claridad, sí. ¿Se encuentra usted bien, señora Stratford?

-Estoy bien. Todo lo que me importa es Brian. ¿Han encontrado ustedes algo ya?

Patricia se desabrochó el abrigo y lo dejó sobre una silla.

-No, pero no hace siquiera una hora que estamos en ello. Pronto sabremos algo.

La habitual discreción emocional de Nancy se vino abajo, y con ella su acostumbrada serenidad. Emitió un ahogado sollozo.

-Está en primaria. Es sólo un niño... nuestro niño. Por favor, tienen que encontrarlo.

-Nuestros agentes ya están en ello, señora Stratford. -Por debajo del tono neutro, profesional, de la agente Avalon se adivinaba su compasión-. Y el jefe de policía Hart está cooperando con total entrega. Confíe en nosotros, cumpliremos nuestro trabajo. Llevaremos a Brian de vuelta a casa.

-¿Cuál es su plan? -preguntó Stephen-. ¿Cómo podemos ayudar?

-Respondiendo a unas cuantas preguntas. Señora Stratford, ¿puede describir algunos rasgos de la persona que secuestró a su hijo -Puedo hacer más que eso. Le puedo dar su nombre. Es el regidor de Leaf Brook, Greg Matthews.

Patricia enarcó las cejas.

-¿No hizo nada para disfrazar su identidad?

-Llevaba un pasamontañas. Pero tenía unas ranuras para los ojos. Los reconocí. Él y Stephen han trabajado juntos durante una legislatura y media, todo el tiempo que mi esposo lleva como alcalde. Era Greg, sin duda.

-Entiendo. Bien, dos detectives de paisano ya han registrado la casa y el despacho de Greg Matthews. Y lo mismo han hecho con los de Philip Walker. Como era de esperar, ni el uno ni el otro han sido localizados en ninguna parte. De todos modos, sabemos dónde estará Walker mañana al mediodía.

A Nancy se le escapó un grito ahogado.

-Dígame que no tienen la intención de esperar hasta entonces para encontrar a Brian. Por favor, dígame que no van a dejar el rescate de mi hijo pendiente de su encerrona en el aeropuerto, con la esperanza de que, al verse atrapado, Walker les confesará...

-Por supuesto que no -la interrumpió Patricia-. Encontrar a Brian es nuestra prioridad número uno. Jamás hemos contemplado la posibilidad de esperar. El proceso ya está en marcha.

-¿Qué significa eso exactamente? -insistió Stephen-. Usted no responde claramente cuando le pregunto por su estrategia.

-Hay una razón por la que no entro en detalles sobre el procedimiento. Dos razones, de hecho. Y ambas son para proteger a Brian. La primera: esta conexión telefónica no tiene suficiente garantía de seguridad. Sería una estupidez hablar de detalles confidenciales por teléfono. Y en segundo lugar: sinceramente, cuanto menos información táctica conozcan ustedes, mejor. Es bastante probable que Walker vuelva a ponerse en contacto con ustedes. Y ya están ambos bajo suficiente presión. No hay por qué añadir la preocupación de que pudieran revelar algo sin querer. Tranquilícense, estamos tomando toda clase de precauciones. Sabemos lo que hacemos, por eso tomaron ustedes la decisión correcta de acudir a nosotros, a pesar de las amenazas de Walker. Les doy mi palabra de que no haremos ningún movimiento importante sin consultarles antes, y tampoco les ocultaremos ningún descubrimiento significativo.

Nancy tragó saliva.

-Lo dice de un modo que... ¿acaso cree que Walker le ha hecho daño a Brian... o algo peor?

-Walker no encaja en ese perfil. No es un asesino; es un extorsionador. Además, no tiene móvil alguno. Todo lo que quiere es coger el dinero y salir del país. Pero si les llama mañana, lo que creo que hará, para fijar los detalles de la entrega, intenten entretenerlo. Pidan pruebas de que Brian está bien. Y propongan trazar un plan acerca de cómo pueden verificar el paradero de Brian antes de

que su avión despegue. Es una petición lógica. Walker sabe perfectamente que, una vez que haya abandonado el país, encontrará un modo de evitar la extradición, y ustedes se quedarán sin nada, ya no habrá remedio. Así que es normal que quieran estar seguros de que Brian está sano y salvo y que pueden encontrarlo pronto. Creo que escucharán ustedes a un hombre cuya única meta es desaparecer rico.

-¿Podemos pedirle hablar con Brian?

-Desde luego, pero Walker probablemente se negará. No querrá estar al teléfono durante demasiado rato, por si ustedes están intentando localizar la llamada. Tampoco querrá correr el riesgo de que Brian diga algo que descubra su paradero. Y también existe la posibilidad de que Walker y Brian no se encuentren en el mismo lugar. Probablemente, Walker se esconde en algún motel, y tener a un niño consigo sólo le dificultaría pasar desapercibido. Así que no se preocupen si se niega a poner a Brian al teléfono. Piensen sólo en lo que les he dicho acerca de su meta: las menores molestias, el máximo de dinero, y una huida rápida. Hacerle daño a Brian no forma parte del plan..

-De acuerdo. -Nancy se sentía vieja, cansada y a punto de estallar y perder los nervios--. Mientras, no podemos hacer nada. Nada excepto rezar.

-Señora Stratford, sé lo difícil que resulta todo esto -dijo Patricia, muy, serena-. Pero se acabará pronto.

Nancy cerró los ojos con fuerza.

-Por mi cabeza siguen pasando las preguntas más horribles. ¿Qué pasa si Walker decide matar a Brian para que no pueda identificarle? ¿Qué pasa si consigue escapar sin devolvernos a nuestro hijo o decirnos dónde está? ¿Qué pasa si se lleva a Brian consigo como garantía?

Patricia permaneció en silencio hasta que Nancy hubo terminado. Luego, repuso:

-Habla de sus temores en persona. Si le sirve de alguna ayuda, le diré que yo no creo posible ninguna de esas perspectivas, Ahora, conduzcan con prudencia. Les veré aquí dentro de poco.

-¿Y si mientras hay nuevas noticias?

-Me pondré en contacto con ustedes de inmediato.

Patricia colgó y se quedó con la mirada fija en el teléfono durante unos momentos, antes de volverse a los ocupantes de la habitación del hospital.

Julia -dijo para empezar-, ¿cómo te encuentras?

-¿Físicamente? Mejor. Emocionalmente... -Julia se encogió de hombros, con un visible temblor-. Todo esto es muy angustioso.

Patricia asintió con la cabeza, luego, se dirigió a Connor, con la mano extendida:

-Señor Stratford, es un placer conocerle. Siento que tenga que ser bajo estas circunstancias.

Él le devolvió el apretón de manos.

-Lo mismo digo. Pero Meredith y Julia hablan maravillas de su capacidad y su preparación. - Tragó saliva con dificultad-. Brian es un muchachito especial. Lo es todo para nosotros. Tráigalo de vuelta a casa.

-Lo haremos. -Cogió una silla y se sentó-. Antes de que les pida más detalles, ¿saben de alguna otra persona implicada? ¿Alguien con quien deberíamos hablar?

Julia levantó la cabeza:

-Cliff Henderson.

-Por supuesto. -Connor le explicó a Patricia dónde encajaba Cliff en aquel asunto-. No creo que tenga más culpa que esa. Pero, dado su contacto con Matthews, sin duda querrán ustedes hablar con él. Puede que sepa algo sin siquiera darse cuenta, algo que sólo un profesional detectaría. Lo único que pido es que no le interroguen aquí. No quiero que nadie más sepa que Julia ha recobrado la conciencia... por mera precaución.

-Estoy de acuerdo -asintió Patricia-. Que el menor número de personas sepa que Julia está despierta y puede hablar. Por otro lado, quiero, desde luego, que Cliff Henderson sea interrogado. El lugar más indicado y lógico para ello es la comisaría de policía, donde Marty Hart puede manejar el asunto. -Una mirada interrogativa-. ¿Accederá el señor Henderson a ello?

-¿Por Nancy? Puede apostar lo que quiera a que sí. -Connor sacó su móvil-. Voy a llamarlo. Quiero que sepa que Nancy está bien, de todos modos.

La llamada duró dos emotivos minutos.

-Va de camino para hablar con Marty -anunció Connor, colgando. Frunció el ceño al ver lo absorta que parecía Patricia-. ¿Qué sucede?

-¿Cómo dice? Ah, nada. Tan sólo estaba pensando en el hecho de que fue el propio Matthews quien llevó a cabo el secuestro. Eso conlleva unas cuantas preguntas.

-Explicaría cómo llegó la pata de conejo de Brian hasta el coche de Greg -observó Connor-. Y por qué éste informó a Walker con tanta rapidez después de que Julia lo oyera planear el viaje de Walker por teléfono. Quería que ella no pudiera hablar, está claro.

La expresión meditabunda de Patricia se hizo aún más intensa.

-Eso significa una gran implicación personal para alguien que sólo está contratado. Por no hablar ya del riesgo que corre. ¿Con qué garantías? Matthews parece un hombre inteligente. Tiene que habersele pasado por la cabeza que se lo relacionaría directamente con el secuestro. Henderson y Nancy son amigos. Es obvio que Henderson sabía que Matthews trabajaba para Walker. Y es obvio también que Nancy tuvo un contacto directo con el secuestrador de Brian. Pudo ver su estatura, su corpulencia, sus ojos. Si se unen todas esas piezas, es más que posible que Henderson se sincerara con Nancy, y ésta adivinaría quién secuestró a su hijo. El secuestro es un delito mayor. Walker planeó una huida. Se iría a Suiza, libre como un pájaro. Pero, ¿qué hay de Matthews? ¿Qué salida tendría? ¿Planeó acaso cambiar de lugar con una nueva identidad? ¿Con qué contactos? Es un simple regidor, no un importante personaje del mundo del hampa. Pero, ¿qué otra cosa podría hacer? Tuvo que darse cuenta de que le imputarían cargos criminales.

Julia se incorporó en la cama hasta quedar sentada.

-¿Qué es, entonces, lo que nos estás diciendo? ¿Que crees que Greg va a huir con Walker? Eso no tiene sentido. La reserva que le oí confirmar era para una sola persona.

-Dime exactamente lo que oíste.

Volviendo a los acontecimientos del sábado, Julia le proporcionó a Patricia hasta el último detalle. Estaba terminando su relato cuando sonó el móvil de Connor.

-¿Y ahora qué pasa? -murmuró éste. Pulsó el botón para hablar-. ¿Sí?

-Soy tu padre. -El tono de Harrison sonaba más tenso de lo que Connor jamás recordaba haberlo oído-. ¿Tienes noticias de Stephen?

-Sí, papá -repuso Connor, cauto-. Ha encontrado a Nancy. Ella está bien. Deshidratada y dolorida, pero bien. Stephen va a traerla al hospital para que la reconozcan.

-Bien. -Tragó saliva con dificultad-. Connor, escucha, estoy en el lago George.

Connor frunció el ceño:

-¿Y qué estás haciendo tú en el lago George?

-Estoy con Philip Walker.

A Connor casi se le cae el teléfono de las manos.

-¿Qué? -Miró fijamente a Patricia, mientras le indicaba con una señal que se acercara. Cuando ella estuvo junto a él, Connor puso el teléfono en ángulo para que Patricia pudiera escuchar-. ¿Has dicho que estás con Philip Walker?

-Sí. Tiene un chalet aquí, en las Adirondacks. Eso no importa, ahora. Lo que sí es importante es que niega haber organizado el secuestro de Brian. Insiste en que no sabía nada de ese asunto. Estoy empezando a creerle. Una cosa sí es segura: no tuvo nada que ver con el robo de tu coche o con el accidente de tu amiga. Eso tienes que agradecerécelo a Greg Matthews.

Lentamente, Connor digirió aquella información.

-A ver si lo entiendo bien. ¿Walker dice que es inocente, que no está implicado?

-Oh, sí, está implicado. Sólo que no con los monstruosos hechos de secuestro e intento de asesinato. Tan sólo es el simple ladrón y extorsionador que buscáis. -Harrison refirió el asunto de las cintas que Walker tenía y también la llamada que había hecho Walker para ofrecérselas a cambio de dinero.

-¿O sea que, según dices, la llamada exigiendo rescate no fue hecha por Walker?

-No, no lo creo. Mira, he venido hasta aquí para negociar con este hijo de puta... con mi dinero o con mis puños, no me importaba. Cuando se ha dado cuenta de lo en serio que yo hablaba y lo muy negro que él lo tenía, ha aceptado cooperar. Ahora mismo está a mi lado, sudando tinta ante la perspectiva de pasar el resto de sus días en la cárcel. Ha hecho unas cuantas llamadas, con el modo manos libres, para que yo también pudiera escuchar. Ha localizado a uno de sus simpáticos ladrones de coches. Al parecer, Greg Matthews llamó a ese tipo el sábado por la mañana y le ordenó ir al centro comercial y robar tu coche, supuestamente siguiendo instrucciones de Walker. El tipo todo hizo lo que le habían ordenado. Sólo que después de colarse en el aparcamiento, entrar en el coche y hacer el puente al vehículo, apareció Matthews y le dijo que él mismo se lo llevaría de allí. Supongo que el sistema de alarma de un Mercedes era demasiado complicado para que Matthews lo desconectara él solito, porque no es un genio de la electrónica. Pero atropellar a una mujer que podría descubrirle, eso sí está dentro de sus capacidades.

-Mierda -murmuró Connor-. ¿El atropello de Julia fue un intento de asesinato a sangre fría?

-Ella sin duda descubrió algo que no debería haber descubierto.

Connor se abstuvo de confirmar las sospechas de su padre, pero su mirada se cruzó con la de Patricia, muy seria y grave.

-En cuanto al secuestro, Walker jura que no sabe nada de nada continuó Harrison-. Tampoco ninguno de sus matones tenía ni idea. Y tengo otra persuasiva noticia aún. No veo la menor evidencia de que Walker tenga la intención de salir del país. Pero sí la tiene su piloto. Cree a pies juntillas que va a llevar a Walker a Suiza... ¿y adivinas por orden de quién?

-De Greg.

-Exacto. Matthews hizo todas las gestiones y le prometió al Piloto una succulenta propina por el trabajo, otra vez en nombre de Walker, claro.

Las piezas encajaban... demasiado bien.

Papá, ¿no habrás deshecho el entuerto con el piloto, verdad? -preguntó Connor-. Necesitamos que siga las instrucciones que le dieron, para que Greg no sepa que vamos tras él. Por el bien de Brian. -No soy estúpido. Le he dicho a Walker que mantuviera la boca cerrada. Le ha dicho al piloto que tan sólo confirmaba el plan. En este momento, Philip tiene tantas ganas como nosotros de agarrar a Matthews antes de que suba a ese avión.

-No somos los únicos que participaremos en atraparlo.

¿Qué significa eso?

-Espera un momento. -Connor cubrió con una mano el micrófono del móvil y miró interrogativamente a Patricia mientras enarcaba una ceja-. ¿Cuánto puedo decir?

-Desde luego, dile a tu padre que el FBI está metido en esto -le aconsejó ella-. Asustará a Walker lo suficiente para que cumpla sin rechistar con su reciente propuesta de cooperación. Pero, antes, consigue la dirección de Walker en el lago George. Enviaré un coche no-oficial hasta allí. Luego, dile que no se muevan de ese lugar. Repítele que no debe de poner a absolutamente nadie sobre aviso acerca de la triquiñuela de Matthews. Vamos a ganar a Greg Matthews a su propio juego. Connor asintió.

-Papá -dijo, de nuevo al teléfono-, ¿cuál es la dirección de Walker ahí? -Escuchó, la garabateó en un papel y se la pasó a Patricia. Ella, a su vez, sacó su móvil y se dirigió al otro extremo de la estancia para realizar la pertinente llamada-. Ya la tengo -confirmó Connor a su padre-. Ahora, mantén a Walker ahí. Dile que si intenta escapar va a pasar más años en la cárcel que si coopera. El FBI ya se ha puesto en contacto con la policía del lago George. Y un coche no-oficial va para allá.

-¿Habéis llamado al FBI? -estalló Harrison, justo como Connor sabía que haría-. ¿Sabes qué tipo de publicidad se desprenderá de eso?

-Pues sí. Y me importa un comino. Al igual que a Stephen. Lo único que nos importa es Brian. Encontrarlo pronto y llevarlo a casa sano y salvo. -Una significativa pausa-. Déjalo ya, papá. Esta vez no vas a ganar tú. Dudo que realmente lo quieras así. No se trata de un escándalo político o social. Se trata de tu nieto. ¿Estarías de veras dispuesto a arriesgar su vida sólo por no manchar tu imagen? La respuesta es no. Porque si algo le sucediera a Brian, ni siquiera tú podrías seguir viviendo en paz contigo mismo.

Hubo un denso y pesado silencio, después del cual Harrison se aclaró la garganta.

-Me quedaré aquí hasta que lleguen los agentes. Luego, volveré. Llámame al móvil si hay alguna noticia.

-Lo haré. -Connor colgó y se volvió hacia Patricia, que acababa de hacer otras dos rápidas llamadas-. Las preguntas y sospechas sobre las lagunas en la estrategia de Greg, que la tenían a usted intrigada, estaban claramente fundadas

-Esas lagunas acaban de desaparecer. -Patricia frunció la boca-. Es evidente que Matthews es mucho más astuto de lo que creíamos. No sólo planeó el secuestro de Brian y atropelló personalmente a Julia, sino que también lo dispuso todo para que las sospechas apuntaran hacia Walker y éste cargara con todas las consecuencias. Era una pequeña protección añadida para sí mismo. De ese modo, huiría como cómplice, dejando que cayeran sobre Walker las acusaciones de secuestro e intento de asesinato. Bueno, no va a salirle la jugada como espera. Ya he notificado a la jefatura y al jefe de policía Hart. Haremos los arreglos necesarios en nuestra investigación. A Greg Matthews le esperan unas cuantas sorpresas.

Greg entró en la destantalada habitación del motel, cerró la puerta con llave, se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó la micrograbadora.

El miedo era un gran motivador. Brian Stratford había hecho exactamente lo que él le había dicho.

Las cosas empezaban a ponerse en su sitio con rapidez. El improvisado plan de Greg, ideado por él mismo, a solas y en el último momento, estaba a punto de dar unos inmejorables frutos.

Con el crío retenido en uno de los solares de Construcciones Walker, y teniendo en cuenta que todas las gestiones habían sido realizadas a nombre de Walker también, éste tenía unas perspectivas absoluta y merecidamente negras. Iban a cargarle el secuestro y todos los delitos que tuvieran que ver con ello.

Y la única persona que había oído la suficiente porción de la versos para estropear el plan estaba en coma, incapaz de compartir sus sopechas.

Greg frunció el ceño al recordar la expresión de pánico en el rostro de Julia cuando él había dirigido el convertible de Stratford hacia ella y la había atropellado. Aquel recuerdo aún lo perseguía. Él no era un asesino. Y desde luego no había sido su intención matar a Julia. Pero, ¿qué otra salida le quedaba? Tenía que impedir que hablara, antes que ella le contara a cualquiera de los Stratford lo que había oído.

Bueno, los hados se habían mostrado amables... tanto con su conciencia como con la de Julia. Ella estaba en coma, lo que dejaba una puerta abierta a la esperanza de recuperación. Al mismo tiempo, el informe del hospital decía que no iba a volver en sí a corto plazo. Y eso iba totalmente a favor de Greg. Éste no necesitaba más que diecisiete horas. Después, él ya habría desaparecido, y ella ya podría recuperar el conocimiento y exponer sus sospechas ante los Stratford y ante la maldita policía de Leaf Brook en peso. Greg ya estaría en Suiza. Ya habría renunciado a su ciudadanía americana, y no habría posibilidad alguna de extradición.

Para él, todo iría viento en popa.

Su optimismo se renovó casi con euforia.

Ya tenía hecha la reserva para el reactor de Construcciones Walker, y estaría perfectamente listo y con el depósito lleno, a punto para despegar, al mediodía. Greg ya había hecho las gestiones necesarias para iniciar una nueva vida en Lucerna. Tan sólo una noche lo separaba de una existencia acomodada y libre.

Haría su segunda llamada a Stephen Stratford al día siguiente por la mañana, a las nueve en punto. Reiteraría sus peticiones: cinco millones de dólares en la bolsa de deporte de Brian, que tendrían que ser depositados en el aeropuerto exactamente a las once y media. Pero habría un ligero cambio en las instrucciones, por si el alcalde había decidido interpretar el papel de héroe y, organizar algún tipo de emboscada en el lugar designado en un principio. No habría ocasión de ello, no con las nuevas indicaciones que iba a darle. No. Los cinco millones estarían en el parking, perfectamente guardados en el Explorer del alcalde, a tan sólo un salto del avión privado de Walker. Greg tendría tiempo de sobras para detenerse en la sala de embarque Y pasarle a un empleado del aeropuerto, ávido de hacerse con veinte pavos fáciles, el sobre que llevaría, antes de recoger el dinero y volar hacia la libertad.

Pero no había que adelantar acontecimientos. Lo primero era realizar la llamada de mañana. Tenía que estar bien seguro de que los Stratford estaban a punto. Y tenía que poner la guinda del pastel haciéndoles escuchar una cinta.

Se dejó caer sobre la rechinante cama del motel y, echó un vistazo a su aparato para distorsionar la voz, mientras recordaba el terror que se desprendía de la voz de Stephen en la primera llamada. La segunda sería aún más angustiada.

La sensación de poder era algo maravilloso. Y también los pensamientos sobre la nueva vida que le esperaba.

Esbozó una sonrisa de autosatisfacción. Él siempre había sido un as a la hora de hacer dinero. Pero esta vez, realmente se había superado a sí mismo.

Capítulo 31

16 de abril

8.25

Ya era de día.

A Brian se le encogió el estómago de repente. Hoy era el día en que al fin algo iba a suceder. Eso había dicho el hombre del pasamontañas al colocarle la grabadora a dos centímetros de la nariz, la noche anterior. Le había dicho que su padre iba a pagar un montón de dinero para tener a Brian de vuelta en casa hoy mismo. E hizo hablar a Brian ante la grabadora, indicándole que dijera lo asustado que estaba.

A Brian no le fue necesario fingir. Estaba muy, muy asustado. Su secuestrador se había mostrado más rudo que de costumbre la noche pasada. Y más malvado. Murmuró algo acerca de que era mejor que el alcalde cooperara, o de lo contrario... Luego, alargó las manos, asió a Brian por los brazos para comprobar que las cuerdas seguían estando fuertemente atadas y salió del remolque.

Brian no quiso ni pensar en lo que podía significar «o de lo contrario».

Fuera, tan sólo había oscuridad, todo el rato. Finalmente, Brian se quedó dormido, pero sólo durante un breve instante. E incluso entonces tuvo horribles pesadillas. Se despertó sobresaltado, temblando y sudoroso. Por un momento, pensó que iba a vomitar. Por suerte, no fue así. Pero quería a su mamá junto a él, le dolía todo, y tuvo que hacer un gran esfuerzo por no gritar hasta quedar afónico.

¿Qué pasaría si nadie iba jamás a buscarle?

En algún lugar, fuera, se oyó el chasquido de una ramita al romperse. Luego, otro chasquido.

Brian levantó la cabeza, alerta. Ahí había alguien. No, más bien un par de personas. Una voz de hombre y, luego, la voz de otro hombre. ¿Era alguno de ellos su secuestrador? No sonaba como si así fuera, pero Brian no estaba del todo seguro. Hablaban en un tono muy bajito, y sólo decían unas pocas palabras cada vez. No parecía que estuvieran hablando entre ellos. Hablaban a un tiempo, y las voces provenían de dos sitios distintos... una de detrás del remolque, y la otra de delante.

Las voces se acercaron. Ahora, Brian distinguía las palabras. Oyó su nombre. Luego, oyó unas interferencias de walkie-talkie. Y, de repente, se dio cuenta de que venían a buscarlo. Empezó a gritar con todas sus fuerzas.

8.45

En la habitación de hospital de Julia se podría haber oído con claridad el aleteo de una mosca.

Y no porque la estancia estuviera vacía. Al contrario, estaba bastante concurrida.

Julia estaba levantada y vestida, incapaz de seguir tumbada en la cama ni un segundo más. Meredith estaba al otro lado de la puerta, Connor se paseaba arriba y abajo, y Stephen y Nancy estaban abrazados junto a la ventana.

Ambos habían pasado la noche en el hospital, en la habitación que había justo al lado de la de Julia. Louis había examinado concienzudamente a Nancy, y había verificado que no sufría efectos derivados del tormento padecido. Por su estado físico, Nancy podría haberse ido a casa, pero ni ella

ni Stephen tenían ánimo para hacerlo. No cuando Patricia Avalon estaba utilizando la habitación de Julia en el hospital, como principal punto de información del FBI. Y desde luego, no cuando en cualquier momento se podían recibir noticias que ellos esperaban con anhelo.

Stephen había hecho un viaje a casa para recoger un poco de ropa para Nancy y para programar su línea privada de modo que todas las llamadas fueran desviadas automáticamente a su móvil. Antes de eso, Patricia había pasado una hora entera con él y con Nancy; escuchando datos adicionales e intentando disipar los temores de ambos. Esto último resultó ser en vano. Había demasiados detalles que la agente no podía revelar y demasiadas garantías que no podía asegurar. Lo cierto era que parecía lógico que Greg no iba a cometer ningún acto drástico: no tenía ni idea de que Julia estaba consciente o de que Nancy había sido rescatada y conocía la identidad de su asaltante. En cuanto a silenciar a Brian, resultaba igualmente lógico que Greg no lo haría, incluso si sucedía lo peor y Brian también lo reconocía. ¿Qué ganaría Matthews con ello? Al eliminar la posibilidad de extradición, eliminaba también la de ser perseguido y procesado. O sea que eso dejaría de importar. Pero Nancy argumentaba que Greg era una persona inestable, que no se podía considerar que alguien capaz de atropellar a Julia a sangre fría se comportara de modo racional.

Al final, la conversación había dado vueltas y más vueltas sobre el tema, en agotadores círculos, y la noche se convirtió en una eterna agonía.

Nadie durmió. Todos se mantuvieron con los ojos fijos en el teléfono y la puerta, rogando por recibir noticias que no llegaron.

Ya casi eran las nueve de la mañana.

La puerta se abrió, y Patricia entró en la habitación. Todos levantaron la cabeza, alertas.

-Aún no -dijo ella, simplemente-. Pero pronto.

-¿Cuándo es pronto? -saltó Stephen, poniéndose en pie de un brinco-. Mi hijo lleva desde el viernes retenido Dios sabe dónde. El maldito bastardo que lo secuestró va a embarcar en un avión dentro de tres horas, y nosotros seguimos aquí, sentados, sin hacer nada. Sólo Dios sabe si Brian está bien, si ha comido, o si tan siquiera está... -Oyó el ahogado llanto de Nancy y se derrumbó. La abrazó y la hizo recostar la cabeza contra su torso-. Lo siento -murmuró, besándole los cabellos-. Lo siento -repitió, mirando a Patricia a los ojos-. Sé que están ustedes trabajando con la máxima rapidez posible. Supongo que estoy perdiendo los nervios.

-Y no es de extrañar. Se trata de su hijo. -Patricia avanzó hacia ellos, con una intensa y decidida mirada en sus ojos-. Cuando he dicho que será pronto, es porque lo será, sin duda.

Nancy se volvió hacia ella como movida por un resorte.

-¿Tienen alguna pista?

-Digamos solamente que teníamos un extenso territorio que cubrir. Pero parece que nos estamos acercando a la respuesta. Confío saber algo de un momento a otro. Así que esperen un poquito más.

-¿Puede decirnos...?

La pregunta de Nancy fue interrumpida por el timbre del teléfono móvil de Stephen. Ambos dieron un respingo.

-Conteste -le indicó Patricia a Stephen-. Recuerde que es con Walker con quien se supone que habla. Y, Nancy, no diga ni una palabra. Queremos que Matthews crea que todavía sigue presa, maniatada y amordazada en Stowe. Deje que sea su esposo el que hable.

Nancy asintió con la cabeza, pálida como el papel.

Stephen pulsó el botón para hablar.

-¿Sí?

-¿Está todo listo para el intercambio? -preguntó la distorsionada voz.

-El dinero estará listo a las once -repuso Stephen-. Lo llevaré en el coche, directamente al aeropuerto.

-Excelente. Ahora, recuerda, debes ponerlo en la bolsa de deporte de Brian.

-Sí. Y debo dejarlo en la consigna más cercana a...

-No -lo cortó la voz-. Entra con el coche en el parking más cercano al hangar E. Deja el coche, abierto, al lado mismo del hangar, con la bolsa de deportes dentro. A las once y media en punto, dirígete a la terminal principal. Pídete una taza de café en la sala de embarque y espera a oír uno de los anuncios por megafonía. Dirán tu nombre a las doce y cuarto. En ese momento, ambos tendremos lo que queremos.

-¿Qué significa eso? -Stephen asió el teléfono con tal fuerza que los nudillos se le volvieron blancos-. ¿Dónde estará Brian? -Por eso van a llamarte por megafonía. Acude rápidamente. Un empleado del aeropuerto te dará un sobre con instrucciones. Siguiéndolas, sabrás dónde encontrar a tu hijo.

-¿A las doce y cuarto? Tu avión ya habrá despegado.

-Ésa es la idea, sí.

-¿Y se supone que debo confiar en ti?

-No tienes otra elección.

Stephen contuvo el aliento.

-¿Cómo sé yo que Brian está sano y salvo? Déjame hablar con él.

-Ah, me alegra que saques el tema. Aquí tengo un mensaje de tu hijo. -Unos sonidos confusos al otro lado de la línea.

Luego, la voz de Brian.

-¿Papá? Por favor, haz lo que este hombre te diga. Tengo miedo. Quiero volver a casa. - Después, Brian respiraba agitadamente, intentando no llorar-. Estoy asustado de veras, papá. Por favor, llévame de vuelta a casa.

Otra serie de sonidos ahogados, y la voz de Brian ya no se oyó más.

Stephen cerró con fuerza los ojos, llenos de lágrimas, a punto de rebosar.

-¿Satisfecho? -preguntó la distorsionada voz.

A Stephen le fue imposible contener los intensos sentimientos que bullían en su interior.

-Maldito loco hijo de puta -explotó, temblando de miedo y rabia de pies a cabeza-. Si le has hecho daño a mi hijo, eres hombre muerto. No me importa dónde vayas o lo lejos que te escondas. Te buscaré. Y te mataré. Puedes estar seguro.

La magnitud de su furia debió de quedar muy clara, porque hubo una breve pausa al otro lado de la línea.

-No hace falta ponerse violento, señor alcalde -le dijo en tono apaciguador la distorsionada voz-. Cumple con tu parte. Yo cumpliré con la mía. Ahora, date prisa. Tienes dos horas y quince minutos... exactamente.

Y el tono de línea libre.

Como en trance, Stephen pulsó el botón para colgar, mirando fijamente el teléfono, y luego murmuró:

-Ha apagado el aparato para distorsionar la voz el tiempo suficiente para que yo pudiera oír bien. Era la voz de Brian.

-¿Stephen? -lo interrumpió Nancy, asiéndola de un brazo-. ¿Has oído a Brian? ¿Cómo sonaba su voz? ¿Está bien? ¿Qué ha dicho?

El pánico que se desprendía del tono de Nancy arrancó a Stephen de su paralizado estado. Centró la atención en su esposa, le cogió la mano y se la llevó a los labios.

-Brian está bien. Tan sólo he oído una cinta con su voz grabada. Y, sí, parece estar asustado, pero no suena como si estuviera herido o debilitado. Creo realmente que Brian está bien. Lo único que deseo es ponerle las manos encima a Matthews por lo que nos está haciendo pasar.

-Stephen -intervino Patricia con suavidad-, díganos lo que se ha dicho en esa llamada.

Stephen respiró hondo y relató la conversación entera. Cuando llegó a las palabras que Brian había usado en su súplica, hizo lo que pudo por controlar sus emociones.

No lo consiguió. Nancy era su madre. Ella leyó entre líneas, y el dolor de saber que su hijo la necesitaba y que ella no podía estar junto al niño era demasiado insoportable.

Se cubrió la cara con las manos y empezó a llorar.

En el otro extremo de la habitación, Julia volvió la cabeza, desviando la mirada y ahogando sus propios sollozos. No era el momento de derrumbarse. Tenía que ser fuerte, por la familia de Brian.

-Así que Matthews ha cambiado el lugar donde depositar el rescate -comentó Patricia. No parecía sorprendida-. Otro movimiento destinado a asegurarse la jugada. -Habría dicho más, pero su móvil oficial sonó justo entonces. Se disculpó y se dirigió a un rincón para hablar en privado.

Connor soltó un soplido y echó una rápida ojeada al reloj.

-Me iré pronto, por si el dinero está listo antes de lo previsto. Mis contactos estaban haciendo todo lo posible para que así sea. -Se acercó a Julia y la hizo volver el rostro hacia él con un suave gesto-. Eh -le dijo dulcemente, levantándole la barbilla-, ¿estás bien?

Ella tenía las mejillas húmedas.

-Lo siento tanto... si hubiera tenido la menor idea de que Greg era capaz de esto...

-No lo sabías. Ninguno de nosotros lo sabía. -Borró con la punta de sus dedos las huellas de las lágrimas-. No tienes que culparte por nada. Estuviste ahí cuando Brian lo estaba pasando mal. Arriesgaste tu vida para salvar la suya, y casi mueres en el intento. Por no decir ya que te has mostrado increíblemente fuerte durante toda esta pesadilla. Incluso cuando yo no lo fui. Mi familia tiene mucha suerte al contar contigo. -Inclinó la cabeza y la besó suavemente en los labios-. Gracias por enseñarme qué es importante.

Julia no tuvo la oportunidad de responder.

Al otro lado de la estancia, Patricia cerró su móvil con un gesto repentino y decidido, y se dirigió hacia la puerta con unas cuantas zancadas.

Nancy se irguió, alerta.

-¿Qué pasa?

-Quédense aquí. Vuelvo enseguida. -La agente especial salió de la habitación, y cerró la puerta tras de sí, enérgicamente.

Se hizo el silencio. Los cuatro restantes ocupantes de la estancia intercambiaron miradas.

-¿A qué se ha debido eso? -preguntó Stephen.

-No lo sé. -Connor entornó los ojos-. Pero es obviamente importante.

-Deben de haber averiguado algo. -Nancy se pasó una temblorosa mano por el pelo-. Pero, ¿qué? Oh, Dios mío, Stephen, ¿qué pasa si Brian... qué pasa si ha sucedido algo?

-No pienses eso --casi le ordenó su esposo, pasándole un brazo por los hombros, en un gesto de apoyo y consuelo-. No lo pienses. Julia miraba fijamente a través de la pequeña ventanilla de la puerta de la habitación del hospital, observando atentamente a su madre, sus movimientos y actitud. Meredith se había puesto en pie, con las manos juntas, los dedos entrelazados, y una expresión expectante en el rostro.

-Sea lo que sea lo que ha sucedido, no es malo -señaló Julia en tono quedo-. De hecho, diría que es bueno.

Mientras decía esto, su madre esbozó una sonrisa y asintió, le dijo algo a Patricia, que volvía, y luego se agachó hasta desaparecer del ángulo de visión de la ventanilla.

Patricia asomó la cabeza por la puerta de la habitación.

-¿Tiene noticias para nosotros? -le preguntó Nancy, suplicante. En los ojos de Patricia destelló una chispa de auténtica alegría.

-Tengo algo mejor para ustedes. Tengo una visita. -Abrió la puerta de par en par y apoyó la espalda contra ella para que Meredith pudiera entrar en la estancia la silla de ruedas que empujaba... y en la que se sentaba la persona con la que Meredith, agachada, había hablado momentos antes.

La visita era alguien bajito y acurrucado, completamente cubierto por una manta.

Pero sólo el tiempo suficiente para que Patricia cerrara la Puerta tiempo asintiera la cabeza hacia Meredith, en señal de aprobación.

Con una emocionada sonrisa, Meredith cogió un extremo de la manta y tiró de ella.

-Muy bien, campeón -dijo-. Allá vamos.

De debajo de la manta apareció el querido y anhelado rostro de Brian... cansado y lloroso, pero ilusionado y contento como un cachorrillo. Se zafó de la manta, se puso en pie de un salto y miró alrededor, todo a la vez.

-Oh, Dios mío -murmuró Nancy-. Brian. -Alargó los brazos-. ¡Brian!

El muchachito corrió hacia ella, y se le escapó un ronco sollozo cuando su madre lo abrazó y lo estrechó fuertemente contra sí.

-Mamá -dijo, con voz ahogada, abrazándola también con todas sus fuerzas.

-Oh, cariño, ¿estás bien? ¿Te han hecho daño? ¿Estás...? -Nancy lloraba demasiado para poder hablar.

-Estoy bien, mamá. -Con la rara y sorprendente sensibilidad de adulto que Brian poseía, consoló a su madre entre llorosos suspiros-. De verdad, estoy bien.

Brian sintió otro par de brazos que lo rodeaban por detrás, se volvió y se le iluminó el rostro al ver a su padre.

-¡Papá! -Se lanzó contra Stephen, alborozado.

Éste lo estrechó firmemente y besó sus despeinados cabellos. Sollozaba abiertamente, y le temblaban los hombros mientras abrazaba a su hijo.

-Hola -consiguí decir-. Te he echado tanto de menos.

-Yo también os he echado de menos. -La voz de Brian sonaba amortiguada, contra la camisa de su padre-. Tenía miedo de veras.

-Yo también -admitió Stephen-. Pero ahora ya ha terminado todo. Estás con nosotros, sano y salvo.

-¿Mamá también está bien? -Brian miró angustiado a su madre-. Ese hombre la obligó a beber algo que la durmió.

-Estoy bien, cariño -lo tranquilizó Nancy, rascándole con ternura la espalda-. Papá condujo hasta allí y me encontró. Y ahora que tú ya estás en casa, estoy mejor que bien. -Sonrió a través de las lágrimas-. Soy una mujer con suerte. Tengo a dos héroes: tú y papá.

El elogio impresionó a Brian lo suficiente para hacerle olvidar el temor que aún le quedaba.

-Un héroe. -Apreció la idea, y sus últimos sollozos desaparecieron-. Eso suena muy bien.

-Es que realmente está muy bien, sí -confirmó Stephen-. Estoy, muy orgulloso de ti. Cuidaste de mamá, y has salido de esta historia como un valiente. No recuerdo haber visto jamás a alguien con tanto coraje.

-Yo tampoco -añadió Nancy. Le apartó a Brian un mechón del rostro y lo contempló con el ojo de una madre experimentada-. Debes de tener mucha hambre.

-Sí. -Brian asintió enérgicamente mientras las prioridades y la capacidad de recobrarse con rapidez de un niño de siete años pasaban ya al primer plano-. ¿Puedo comerme una hamburguesa con queso y unas patatas fritas?

En aquel momento, Nancy habría consentido en darle de comer el menú de McDonald's, tal era el alivio que sentía. Pero se obligó a que prevalecieran sus más prácticos instintos maternos.

-Cariño, no me parece que lo primero que comas después de tres días tenga que ser...

-Comí ayer y anteayer -protestó Brian-. Hoy aún no. Nancy y Stephen intercambiaron una mirada de sorpresa. -Hoy es lunes, Brian -explicó Stephen-. Te secuestraron el viernes.

-Lo sé. Conté las noches. Eran oscuras y tenebrosas, y las odiaba. De todos modos, comía por las mañanas. El señor Matthews me llevaba cereales y zumo de frutas.

-¿Ah, sí? -preguntó Stephen, sorprendido

-Sí. Y después me desataba para que pudiera salir y... bueno, ya sabéis.

Su padre esbozó una sonrisa, divertido.

-Sí, ya sabemos.

-¿Brian? -Patricia Avalon interrumpió la reunión-. ¿Has dicho el señor Matthews?

-Sí. s el nombre de ese hombre. Trabaja para papá. La agente parpadeó, y miró a Stephen.

-No nos hemos referido al secuestrador por el nombre en ninguna ocasión -explicó. Le dirigió a Brian una mirada de curiosidad-. ¿No llevaba el señor Matthews nada para disfrazarse? ¿Es por eso que sabes quién era?

-No -negó Brian-. Llevaba uno de esos pasamontañas de esquí. No se lo quitaba nunca.

-Entonces, ¿cómo sabías...?

-Por la voz -explicó Brian pacientemente-. Soy muy bueno reconociéndolas. Pregúntele a mi padre. Cuando yo contesto el teléfono, siempre sé quién es antes de que me lo digan. De todos modos, he oído la voz del señor Matthews muchas veces, cuando voy al despacho de mi padre.

-Ya veo. -Por primera vez, Patricia Avalon daba la impresión de haber sido pillada por sorpresa-. Tus padres tienen razón. Eres un chico muy especial.

-Gracias. -Brian frunció el ceño-. El señor Matthews se puso bastante desagradable y temible en varias ocasiones. Creo que es porque quería por todos los medios conseguir ese dinero. Pero no me hizo daño, excepto por lo fuerte que ataba los nudos de las sogas. Supongo que se imaginaría que papá lo haría trizas si me hacía daño. -Brian le dedicó a su padre una mirada interrogativa-. ¿Le has dado el dinero? Debe de haber sido mucho.

Stephen hizo una mueca.

-Lo era. Y, no, él no lo tiene aún. Tío Connor iba a salir a buscarlo justo antes de que tú llegaras. Y, hablando de eso... -Stephen dejó de abrazar a su hijo y se hizo a un lado para que el muchachito viera a los demás ocupantes de la habitación-. Creo que tienes a unos cuantos admiradores más que saludar.

-¡Tío Connor! ¡Señorita Talbot! -Brian corrió hacia ellos saludó a su tío con una fuerte palmada de deportista.

Connor se agachó, con los ojos sospechosamente húmedos.

-Bienvenido a casa, campeón -murmuró, estrechando a Brian con un abrazo de oso gigante-. Todas las habitaciones estaban demasiado tranquilas sin ti.

-¿Sigues viviendo en casa?

-Por supuesto que sí. De hecho, creo que deberíamos organizar una buena fiesta de bienvenida esta noche. Pizza. Yo me encargo. Llevaré tantas como quieras.

-¿Puede venir también la señorita Talbot? -Brian hizo la misma pregunta que en un memorable partido de béisbol de un sábado, hacía dieciséis días y una eternidad.

-Claro, campeón -repuso fervientemente Connor-. Por supuesto que puede.

Brian se acercó a Julia, pero se detuvo después del primer paso, y frunció el ceño.

-Señorita Talbot, ¿por qué sigues llorando? ¿Y por qué llevas esa venda en la cabeza? ¿Y esos vendajes en el brazo y la mano? ¿También te han herido?

Ella asintió, se apartó de la cama (ignorando la consiguiente sensación de debilidad y mareo) y, con el brazo izquierdo, el sano, atrajo a Brian hacia sí y le propinó un sonoro beso en la mejilla.

-Tuve un accidente. Pero estoy mejor. Y lloro porque me siento muy, muy contenta de verte.

-Yo también. -Brian levantó el rostro con expresión esperanzada-. ¿Puedes venir a comer pizza? ¿O tienes ejercicios de ortografía que corregir, otra vez?

-No. Julia tragó saliva con dificultad-. No tengo ejercicios de ortografía, esta vez. Y mientras el doctor Tillerman diga que no hay problema, puedo ir a comer pizza.

-No estés tan segura de ello -la advirtió Nancy, riendo a través de las lágrimas-. No tienes ni idea de la cantidad de bazofia que les gusta a Brian y Connor en sus pizzas. Cuando piden una con todos los ingredientes, lo dicen en serio. Hace falta una grúa gigante para levantar una porción.

-Agh... -se estremeció Julia-. Voy a tardar un poco en acostumbrarme.

-No irás a cambiar de idea y no venir, ¿verdad? -preguntó Brian, ansioso.

-De ninguna manera. -Julia le estrechó la mano-. No me perdería esta celebración por nada del mundo.

-Además, la señorita Talbot va a comer un montón de pizza con nosotros, de ahora en adelante -añadió Connor. Sonrió de medio lado, y le guiñó el ojo a Julia-. Así que voy a ceder un poco de terreno: ¿qué te parece un par de pizzas margarita, o las que Nancy y tú elijáis, con los ingredientes que queráis?

Julia sonrió.

-Suenan bien.

-¿Vas a venir a casa muchas más veces? -interrumpió Brian, excitado. No le había pasado por alto el comentario de su tío-. ¿Es por mí, o por tío Connor?

-Por los dos.

-¿Incluso cuando ya no seas mi profesora? -Incluso entonces.

-Qué bien. -Brian sonrió-. Éste es el tipo de cosas a las que me gusta acostumbrarme.

-En ese caso -dijo Connor-, tengo otra cosa para que vayas acostumbrándote. Creo que también te va a gustar, aunque necesitarás practicar un poco.

-¿Practicar? ¿Como en el béisbol, quieres decir?

-Sí, como en el béisbol. Quizá mejor que el béisbol.

-¿Mejor que el béisbol? -Brian lo dudaba abiertamente.

Para mí, sí. Y creo que para ti también lo será. -Connor ladeó la cabeza y miró a Brian, completamente intrigado, a los ojos-. Vas a tener que acostumbrarte a llamar a la señorita Talbot por otro nombre. ¿Crees que podrás hacerlo?

-¿Qué otro nombre? -preguntó Brian.

Connor frunció la boca, como si estuviera sopesando atentamente las opciones.

-No lo sé, ¿cómo te suena... tía Julia?

El muchacho tardó unos veinte segundos en asimilarlo. Luego, soltó un grito.

-¿Os vais a casar?

-Sí.

-¡Qué bien! -Absolutamente excitado, Brian se volvió hacia sus padres-. ¿Vosotros lo sabíais?

-Nos lo imaginábamos bastante -repuso Stephen, sonriente.

-Y estamos encantados con la noticia -añadió Nancy.

-Yo también. -Brian tenía el rostro iluminado- Ahora tenemos otra cosa que celebrar. Quizá deberíamos comprar helado para comerlo después de la pizza.

-Buena idea. -La mirada de Stephen recorrió a su hijo (de su expresión exuberante a sus ropas rasgadas y sucias), y sus ojos se empañaron-. Siento que tengo mucho que celebrar -murmuró, dándole a Nancy un breve pero fuerte abrazo-. Soy un hombre con mucha suerte. -Se volvió hacia Patricia-. Gracias -le dijo con fervor-. No puedo decir mucho más que esto.

-De nada.

-Sí, el FBI ha estado genial -anunció Brian-. Han echado abajo la puerta del remolque donde yo estaba. Me alegro de haber podido escupir la mordaza, porque así he podido gritar en cuanto les he oído. He sabido que eran policías porque he oído también esa especie de radios por las que hablan entre ellos. Y han dicho mi nombre. Así que he gritado. Y el jefe de policía Hart también estaba allí. Me ha dado una galleta de chocolate para luego... oh, vaya. -Brian rebuscó en su bolsillo y sacó unas cuantas migajas marrones-. Creo que la he aplastado.

-Sí, eso parece. -Stephen lo despeinó cariñosamente-. ¿Un remolque? -le preguntó a Patricia, pidiendo por fin los detalles que había evitado inquirir hasta estar seguro de que Brian estaba lo suficientemente bien para poder aguantarlos-. ¿Greg escondió a Brian en un remolque?

-Un remolque de construcción situado en un solar desierto de la empresa de Walker -aclaró Patricia-. Matthews lo planeó todo con mucho cuidado. Hizo que todas las pruebas apuntaran a Walker como la persona causante del secuestro de Brian. -Patricia enumeró, sirviéndose de los dedos-. El avión y el piloto de Walker, listos para la huida. El remolque de Walker, donde Brian estaba retenido. Uno de los esbirros de Walker, que entró en el coche de Connor, presumiblemente para robarlo... lo que, a su vez, convertía el atropello de Julia en un accidente sin relación alguna con

el secuestro. Era un plan muy inteligente. Matthews lo ideó de modo que no sólo escaparía sin problemas, sino que lo haría mientras todo el mundo creía que él era Simplemente un cómplice, y que Walker era el responsable principal de todos los delitos.

-¿Así que es ahí donde sus agentes han estado buscando, en los solares de la empresa de Walker?

-No sólo en los que actualmente están en construcción. También en los que ya habían sido contruidos por su empresa, o en que ésta había invertido. Además de en sus propiedades personales. Walker posee gran número de propiedades a su nombre. Luego, las casas y apartamentos de sus empleados, las residencias pertenecientes a todos, desde sus obreros de contrato parcial hasta sus empleados fijos. Cualquiera de ellos podía estar ayudando Y apoyando a Matthews en su intento por tender una trampa a Walker. Créanme, ha sido un proceso muy, tedioso.

-Estoy seguro de ello. -Stephen sintió otra oleada de gratitud-. ¿Qué es lo que les hizo apuntar hacia ese solar en concreto?

-Revisamos la lista de posibles paraderos que habíamos elaborado, lo más rápida y metódicamente posible. Cuando llegamos a ese lugar en cuestión, descubrimos que las obras habían sido suspendidas temporalmente. Lo que significaba que el solar estaba desierto, Cerrado. El equipo de Walker seguía allí, pero no sus trabajadores, Nadie tendría motivo alguno para visitar aquel sitio. Era perfecto para esconder a un rehén. Marty Hart lo inspeccionó personalmente. Descubrió huellas de ruedas recientes. El resto fue muy sencillo. Nuestros agentes han encontrado a Brian y lo han acomodado en un coche del FBI. Lo hemos mantenido arropado con esa manta para que su rescate pudiera ser nuestro pequeño secreto. -Patricia sonrió a Brian-. Y Brian nos ha ayudado gritando y pataleando, haciendo todo el ruido posible para que nuestros hombres lo encontraran.

-Más o menos lo que hago cuando hay partido de los Yankees -le explicó Brian a su padre.

-Ah, en ese caso, no es de extrañar que te hayan oído.

Brian se agitó, inquieto, de puro aburrimiento por la recapitulación de los hechos.

-Papá, ¿podemos irnos ya a casa? ¿Y podemos detenernos a comprar la hamburguesa con queso y las patatas fritas?

Stephen tensó un poco la mandíbula. Nada le habría gustado más que decir que sí, pero no podía. No cuando Greg seguía ahí fuera. Por motivos de seguridad, era imprescindible que Brian, Nancy y Julia permanecieran escondidos hasta que la captura de Greg fuera un hecho.

Stephen cruzó su mirada con la de Patricia, muy sobria y, que reflejaba la confirmación de su razonamiento.

-¿Sabes, campeón? -le dijo Stephen a Brian-. Todavía no. Ante todo, el doctor Tillerman está por aquí. Y me gustaría que te echara un vistazo, tal como hizo con mamá. Has pasado un largo tiempo bastante duro.

-Supongo -convino Brian de mala gana-. El señor Matthews no me obligó a beber lo que le dio a mamá. Pero sí me puso en la cara algo queapestaba y que me hizo dormir. Debí de hacerlo varias veces, porque no recuerdo el viaje en coche.

Stephen quiso estrangular a Greg Matthews de nuevo. Pero esta vez mantuvo el control, por Brian.

-Exactamente. Y también necesitarás más antibiótico para tu infección de oído. Se supone que debías tomarlo durante diez días. Así que será mejor que nos quedemos un rato más por aquí.

-Yo también necesito una revisión, Brian -le dijo Julia-. No me dejan ir de aquí sin que me vea antes el doctor. Así que podremos hacernos compañía. -Una sonrisa de complicidad-. Sólo que no podremos practicar béisbol. Mi brazo está temporalmente fuera de servicio.

Brian frunció el ceño, comprensivo, aunque el hecho de no poder lanzar era para él equivalente a una tortura.

-¿Qué clase de accidente tuviste?

Julia optó por una vaga respuesta. Brian ya había pasado por suficientes tragos. No le hacía ninguna falta que le dieran más detalles desagradables.

-Fui al centro comercial a ver el discurso de tu padre. El parking estaba hasta los topes. Y me atropelló un coche que iba demasiado rápido.

-Vaya. -Brian abrió los ojos de par en par-. Eso es casi tan emocionante como mi secuestro.

-Casi -asintió Julia.

Mientras Brian estaba ocupado, Patricia se volvió hacia Stephen Y Nancy, bajando la voz para que nadie más que ellos la oyera.

-Ojalá pudiera decirles que se fueran a su casa, pero no puedo. Aún no. Tenemos asuntos pendientes de cerrar.

-Atrapar a Greg Matthews -concluyó Stephen.

-Exacto. Él no sabe nada: ni que Walker está detenido y cooperando, ni que Julia ha recobrado la conciencia, ni que Nancy está de Vuelta en casa. Y, desde luego, no sabe que Brian ha sido rescatado. Tenemos que mantener las cosas como están, por motivos obvios. -Patricia se cruzó de brazos y miró de Stephen a Nancy-. Ya sé que tienen muchas ganas de estar con su familia, irse a casa y dejar atrás todo este asunto. Sólo les pido unas cuantas horas más para completar nuestro rompecabezas y tender la trampa.

-No hace falta que nos lo pida -le aseguró Stephen-. Tengo tantas ganas como usted de llegar al final. Quiero que encierren a ese tipo y que tiren la llave.

-¿Qué es lo que quiere que hagamos? -preguntó Nancy.

-Que se queden aquí con Brian y Julia -repuso Patricia a Nancy-. Meredith volverá a hacer guardia en la puerta. Necesito que Connor vaya a por el dinero, como estaba planeado, y que Stephen conduzca hasta el aeropuerto. Stephen, usted siga las instrucciones de Matthews al pie de la letra, como si la vida de Brian siguiera en juego. Deje la bolsa de deporte en el coche, y diríjase a la sala de embarque. Espere hasta que el empleado del aeropuerto le dé las indicaciones. Para entonces, va nos habremos encargado de Matthews, y toda esta farsa habrá terminado.

-¿El FBI va a echarle el guante en mitad del aeropuerto?

Patricia sonrió.

-Mejor que eso, y más sutil. ¿Recuerda que le preocupaba que Matthews pudiera llevar consigo a Brian como garantía? Bueno, eso también se nos pasó a nosotros por la cabeza. Así que dispusimos nuestra propia garantía de seguridad para atajar problemas de raíz, por si acaso. -Una rápida mirada hacia Brian-. Gracias a Dios, no se ha dado el caso. Aun así, la estrategia que urdimos permitirá que el arresto sea discreto, con el menor sensacionalismo posible. -Un leve destello de diversión-. Estoy segura de que eso complacerá a su padre. Ha dejado más que claro su deseo de que no trascienda este asunto.

-Sí, es cierto. -A Stephen no le hacía falta preguntar a qué se refería Patricia. En cuanto Harrison Stratford volvió a la ciudad, a medianoche, se presentó ante la policía de Leaf Brook como una avalancha, y se cercioró de que actuarían con la máxima discreción.

Francamente, Stephen había evitado hablar con su padre. Tan sólo lo obsesionaba una cosa: encontrar a Brian. Y después de que ese punto se había cumplido, bueno, todavía le afectaba el papel que su padre había desempeñado en el plan de Walker, sobre todo con lo que había comportado, en lo que se había convertido luego.

Pero, cuando todo el asunto hubiera terminado, él y el arrogante Harrison Stratford iban a tener una larga conversación. Stephen tenía unas cuantas cosas que decirle, que sacarse de encima. Después, dejaría caer la bomba de ámbito profesional que cerraría de una vez por todas aquel capítulo de su vida.

-Bien -concluyó Patricia-. Si no hay más preguntas, pongámonos a ello. Ustedes hagan su parte, y nosotros haremos la nuestra.

-Hecho. -Stephen miró a su hermano, en el otro extremo de la estancia-. Eh, Connor, tenemos una cita a la que acudir -anunció intencionadamente.

Connor lo entendió.

-Por supuesto. -Se inclinó y le dio a Julia un tierno beso-. Voy a ayudar a Stephen a atrapar a ese hijo de puta que te atropelló- murmuró, en voz lo suficientemente baja para que Brian no lo oyera,

Julia asintió.

-Ten cuidado.

-Lo tendré. -La mirada de Connor se dulcificó-. Mientras, dile a Louis que tengo ganas de llevarte a casa, así que será mejor que te dé una inmaculada hoja de alta. Si necesitas un largo reposo y cuidados especiales, los tendrás, pero en tu cama, no en la del hospital.

-Se lo diré prometió ella, con una leve sonrisa asomando a sus labios-. Date prisa y vuelve pronto.

-Sólo recogeré el dinero del rescate y ayudaré a Stephen a embutirlo en la bolsa de deporte. Después, él se encargará del resto. -Otro beso-. Mientras, empieza a planear nuestra boda.

A Julia le bailaron los ojos.

-¿Y nuestra luna de miel?

-Sobre todo nuestra luna de miel. Escoge un lugar donde quieras pasar todo un mes. Y un hotel de lujo con un buen servicio de habitaciones y vistas desde la cama. Porque no vas a salir de ella.

Julia rió suavemente.

-Sí, señor.

Connor se incorporó, se acercó a Brian y lo despeinó cariñosamente.

-Tú y tu futura tía Julia, poneos bien del todo -ordenó, en tono informal-. Os vamos a echar de aquí justo después de la hora de comer. Yo volveré antes que tu padre, así que te traeré la hamburguesa con queso y las patatas. Pero será mejor que no te llenes mucho. Tengo la intención de organizar un torneo de comer pizza para esta noche. Y espero que seas mi competidor principal.

Stephen intervino, aclarándose la garganta.

-Me parece que os estáis olvidando de mí. Puedo comer más porciones que vosotros dos juntos.

Brian esbozó una amplia sonrisa de desafío.

-De ninguna manera. ¿A que no, mamá?

Nancy entornó los ojos.

-¿Por qué todo es como una competición, para los hombres?

-Lo llevamos en la sangre. -Stephen cruzó la mirada con la de su esposa-. Pero esta competición es sólo para divertirnos. No hay que apostar sobre el ganador. No hay que apostar sobre nada de nada. -Entre ambos hubo una silenciosa comunicación.

-Ten mucho cuidado -murmuró Nancy, acariciándole la mejilla con la palma de la mano-. No quieras hacer heroicidades. Deja que el FBI se encargue de Greg. Brian y yo te necesitamos.

-Eso está bien -repuso Stephen suavemente-. Porque me tenéis.

Capítulo 32

11.30

Aeropuerto del condado de Westchester

Greg se escondía entre las sombras, observando cómo el Explorer de Stephen Stratford entraba en el parking. Excelente. A la hora en punto.

Él había llegado a las once, y había localizado a un joven empleado del aeropuerto dispuesto a cumplir su encargo. Se cercionó de que el muchacho comprendía la importancia de entregarle la carta al alcalde Stratford. Era una manera cie asegurarse una conciencia tranquila. Después de todo, no quería que el niño muriera. Lo único que deseaba era coger sus cinco millones de pavos y salir del país.

Observó cómo Stephen bajaba del coche. Su aspecto era agotado Y ojeroso, como si hubiera pasado un auténtico infierno. Bueno, aquel infierno estaba a punto de terminar... al menos por ahora. Dada la compulsión del pobre tipo por las apuestas, no pasaría mucho tiempo antes de que se metiera en otro embrollo. Dentro de muy Poco, volvería a apropiarse indebidamente de fondos de la campaña, Y de nuevo acudiría a su hermano para que lo rescatara.

Con el tiempo, Stratford rompería en pedacitos su matrimonio y su carrera, y se autodestruiría.

No sería Philip Walker quien provocara esa situación. Ya no. Aquel asqueroso bastardo estaría pudriéndose en la cárcel. Después de meses enteros de disponer de Greg como de un lacayo y de darle órdenes a todas horas, no merecía nada más. Era una propina que Greg se había permitido, y para la cual había dejado un rastro de pruebas, como migajas marcando el camino. Walker pagaría todos los platos rotos. No importaba que Greg va no estuviera allí para testimoniar. Sólo con saber que había vencido a Walker (y saber que Walker se daría cuenta de ello, por supuesto), tenía suficiente.

Dejó de darle vueltas a sus pensamientos en cuanto Stephen se alejó de su coche y echó un breve vistazo a su alrededor antes de dirigirse a la entrada del aeropuerto.

Bien. Casi estaba ya en la meta.

Aun así, Greg esperó cinco minutos enteros, para ir sobre seguro. Los segundos pasaban, uno tras otro. No había señal alguna de que Stratford volviera a su coche. Y tampoco de policías u otros miembros de la familia Stratford como refuerzo del alcalde.

Ahora sí había pasado un tiempo prudencial.

Greg se acercó al Explorer. Veía la bolsa de deporte a través de la ventana del acompañante. Aparentando despreocupación y normalidad, abrió la puerta y se echó la bolsa de deporte sobre el hombro.

Descorrió un poco la cremallera para comprobar su contenido. El dinero estaba allí. Cerró rápidamente la puerta del coche y se alejó, en dirección opuesta a la que había tomado Stephen, hacia el avión privado de Construcciones Walker.

Subió a bordo, preparado para las preguntas que Jerry Baines, el piloto privado de Walker, sin duda iba a hacerle.

Jerry salió de la cabina con las cejas enarcadas, perplejo. -¿Señor Matthews? ¿Qué está haciendo aquí? ¿Dónde está el señor Walker?

-Ha habido un cambio de planes en el último minuto -repuso Greg-. El señor Walker ha tenido una reunión de emergencia con los accionistas. Quiere que yo ponga en marcha el asunto de suiza por él. Así que me ha informado de todo, y a toda prisa. Ha dicho que me lleves hasta allí y que luego vuelvas directamente, sin perder tiempo Te llamará durante tu viaje de vuelta y te dará instrucciones sobre cuándo va a necesitarte para que lo acompañes a reunirse conmigo No te preocupes. Te dará uno o dos días de descanso. -Greg rebuscó en su bolsillo y sacó unos billetes-. Por cierto, aquí están tus mil pavos, más una propina.

Jerry los cogió.

-De acuerdo, gracias. -Señaló la bolsa de deporte-. Creí que había dicho un maletín grande. Greg también había pensado en aquello.

-Lo tiene Walker -explicó-. Con los papeles que necesita para cerrar el trato. Los llevará él. Todo lo que he tenido tiempo de coger son unas notas preliminares, un par de mudas y mi maquinilla de afeitar. Lo justo para poner el asunto en marcha. Después, Walker se hará cargo de todo. Yo volveré a casa en un avión comercial. -Greg echó un vistazo a la cabina y saludó con un gesto al copiloto de Jerry.

El tipo le devolvió el saludo. Era un hombre joven y de aspecto agradable que charlaba por el móvil. Greg no lo conocía, ni le importaba. Lo único que deseaba era salir de una vez por todas de allí.

-He consultado la previsión meteorológica -apremió a Jerry, mientras se disponía a entrar en el aparato y ocupar su asiento-. Hay cielos despejados y sin turbulencias. Deberíamos despegar de inmediato. -Empezó a entrar.

-Lo siento, señor Matthews -replicó el joven copiloto. Salió de la cabina y se colocó cerrándole el paso a Greg-. El despegue ha sido retrasado indefinidamente.

A Greg se le encogió el estómago, mientras una desagradable premonición se formaba en sus entrañas.

-¿Qué significa eso?

-Significa que no va a ir usted a ninguna parte. Excepto a la cárcel. -El copiloto levantó una pistola al tiempo que mostraba una placa identificativa del FBI ante el rostro de Greg-. Agente especial Carver, Oficina Federal de Investigación... FBI -dijo, presentándose-. Estaba esperándole. - Alargó el brazo y abrió la cremallera de la bolsa de deporte lo imprescindible para ver qué contenía-. Queda arrestado por el secuestro de Brian Stratford, intento de asesinato de Julia Talbot y una larga lista de otros delitos que el jefe de policía Hart estará encantado de recordarle.

Durante un momento de helada inmovilidad, Greg se quedó con la mirada fija, viendo cómo su futuro se desintegraba ante sus ojos.

-Pero si ni siquiera son las doce en punto aún -murmuró quedamente, sin energía-. ¿Cómo...?

-Porque el alcalde ya tiene a su hijo consigo. Lo hemos encontrado hace tres horas. Y ahora, vámonos.

Desde el otro lado de la pista de despegue, Stephen observó cómo detenían y se llevaban a Greg. Éste parecía aturdido, como si no pudiera creer aún que había sido vencido en el último momento. El muy desalmado y ambicioso hijo de puta.

Stephen siguió mirando hasta que la cabeza de Greg desapareció en el interior del coche sin distintivos del FBI y se hubo puesto en marcha. Había en aquella imagen una clara rotundidad que evocaba una poderosa sensación de justicia, recompensa y, sobre todo, conclusión.

La pesadilla había terminado. El resto dependía de él.

Con paso, y sobre todo con el corazón, mucho más ligero, Stephen se metió de nuevo en su Explorer y se dirigió hacia el hospital... y junto a su familia.

Era el momento de empezar de cero.

Capítulo 33

23 de abril

El anuncio de la dimisión del alcalde y de su retirada de la carrera hacia un puesto en el Senado se publicó en toda la prensa local y regional.

Su decisión de abandonar la política y volver a la abogacía, al igual que la crisis familiar que la había propiciado, apareció en los periódicos más importantes del país, y también en un montón de publicaciones sensacionalistas y en bastantes páginas de sociedad. Después de todo, el alcalde era, antes que nada, un Stratford.

Los medios de comunicación de todas partes abordaron la historia de interés personal acerca de cómo el hijo del alcalde Stratford había sido secuestrado por Greg Matthews, el regidor de Leaf Brook.

Y el relato describía cómo Matthews había drogado a Nancy Stratford, cómo se había llevado al joven Brian y cómo había intentado matar, sin éxito, a Julia Talbot, la prometida de Connor Stratford y profesora de Brian, cuando ésta intentaba hablar con los Stratford para informarlos de sus sospechas sobre Greg. El excepcional papel desempeñado por la policía de Leaf Brook, en coordinación con el FBI, también fue objeto de detallados capítulos, al igual que la brillante y rápida liberación de Brian y la impecable detención de Greg Matthews justo cuando éste intentaba abandonar el país con el dinero del rescate.

En un plano mucho menos importante, los periodistas mencionaban que el constructor Philip Walker estaba relacionado con Greg Matthews en delitos como blanqueo de dinero, robos de coches extorsión.

Walker, informaban los medios, había llegado a un acuerdo con la fiscalía del distrito y estaba cumpliendo una sentencia menor.

Matthews, por el, contrario, estaba acusado de delitos graves y no vería la luz del día durante una larga, muy larga temporada.

Como respuesta a la petición del público, que reclamaba ser informado de la experiencia emocional y personal vivida a raíz de los acontecimientos, Connor Stratford adoptó el papel de portavoz de la familia. Ofreció una entrevista en exclusiva al Leaf Brook Herald, que, casualmente, era el principal rival del periódico de Cheryl Lager, el Leaf Brook News. En la entrevista, describió la angustia que su familia tuvo que soportar durante la desaparición de Brian, así como la inmensa gratitud que sintieron cuando éste les fue devuelto sano salvo, y su raptor fue detenido. Connor elogió a la policía de Leaf Brook y al FBI por su incomparable dedicación y profesionalidad. También dedicó efusivos, aunque no imparciales, elogios a Julia Talbot, y habló con orgullo del papel que ésta había desempeñado en el rescate de Brian, y también de su gran dedicación como maestra a sus alumnos. Pasó luego a explicar su compromiso con los niños en general, y mencionó su trabajo con la APSAC. Elogió a dicha organización, que lo había puesto en contacto con Patricia Avalon y, por consiguiente, con el FBI, y dejó muy claro que encomiaba la tarea de la APSAC y también las charlas que Julia y su madre daban en los hospitales de la zona.

El tema de los hospitales lo llevó de nuevo al atropello sufrido por Julia, y Connor admitió con sinceridad lo muy angustiado que se había sentido durante las horas que ella permaneció inconsciente, así como su alivio cuando por fin volvió en sí. No escondió en absoluto sus sentimientos hacia Julia y, en un tono más personal, anunció con alegría su inminente boda, prevista para junio... con lo que Julia tenía tiempo para recuperarse del todo físicamente y para volver a sus clases y acabar el curso escolar. Los detalles de la ceremonia y la recepción ya serían facilitados a la

prensa más adelante. Pero no el destino escogido para la luna de miel. Éste sería guardado en secreto, para asegurarles a los novios la intimidad que merecían.

Un párrafo entero de la entrevista estaba dedicado a desarrollar una irónica loa a Cheryl Lager, que había resultado ser, aunque sin saberlo, una excelente aliada.

Connor aclaraba luego esta afirmación, explicando que la exagerada invasión de la intimidad de los Stratford por parte de la señorita Lager, acentuada en particular durante la progresiva crisis pasada, le había dado la idea de aprovechar el celo de la periodista para alimentar la información del secuestrador, en lugar de seguir su primer impulso de demandarla por difamación y acoso.

Con ese fin, Connor le facilitó a la señorita Lager la falsa pista acerca del persistente estado de coma de Julia, a sabiendas de que la periodista no dudaría un instante en publicar una historia en exclusiva, adornándola además a su acostumbrada manera. Y el truco funcionó a la perfección.

La palabra «utilizada», por supuesto, no salió jamás de sus labios. En cuanto a la decisión de su hermano de retirarse de la política, Connor abordó el tema diciendo que la amenaza que había pesado sobre la familia de Stephen había logrado que toda la vida de éste se tambaleara, y que él reevaluara sus prioridades. Ser un Stratford ya era lo bastante duro. Significaba vivir expuesto constantemente al ojo público. Ser un Stratford y estar, además, en el mundo de la política significaba exponer a tu familia a un peligro mayor del que Stephen estaba dispuesto a asumir. Así que, aunque su compromiso con Leaf Brook y el estado de Nueva York era tan fuerte como siempre, Stephen había decidido llevarlo a cabo a través de canales menos arriesgados en el terreno personal.

Como resultado de la entrevista, aumentó la ya muy extendida simpatía y el orgullo, que habían ido creciendo cada vez más desde que se supo del secuestro de Brian... simpatía y comprensión hacia el alcalde Stratford por todo lo que había sufrido, y orgullo por su determinación de proteger a su familia a toda costa. Sus seguidores políticos estaban desanimados, pero le ofrecían todo su apoyo. Después de todo, Stephen Stratford se retiraba de la vida política, pero lo hacía con honor, y con bastantes logros. El último: librar a la ciudad de una alimaña como Greg Matthews y un sinvergüenza como Philip Walker. Stephen se había hecho responsable ante sus electores, como siempre. Y al darse cuenta de que no podría seguir haciéndolo sin salvedades o términos medios, tuvo la ética suficiente para abandonar el cargo antes que seguir ocupándolo y no cumplir al cien por cien con su tarea.

En poco tiempo, a los ojos de los habitantes de Leaf Brook, el alcalde Stratford iba encaminado a convertirse en un héroe incluso mayor.

Por supuesto, hubo unos cuantos detalles que Connor no hizo aparecer en su entrevista.

Uno de ellos era el acuerdo no-oficial al que habían llegado con Marty Hart. Éste aceptó no desvelar lo que sabía acerca de la adicción al juego de Stephen, incluida la temporal apropiación indebida de fondos de la campaña, a cambio de la dimisión. La decisión del jefe de policía se basaba no sólo en su lealtad y compasión, sino también en el sentido común y la razón. Stephen había hecho muchas cosas estupendas para Leaf Brook, entre las que se contaba su total apoyo a las necesidades del departamento de policía. Además, era un buen hombre, un hombre decente, y Marty lo respetaba... a pesar de sus flaquezas. En la opinión del jefe de policía, Stephen ya había pagado, y con creces, por sus imprudencias. Había recibido una paliza, lo habían chantajeado y había estado a punto de perder a su esposa e hijo. Lo habían puesto en el límite, y él respondía ahora viendo a un terapeuta que lo ayudaría a mantenerse en el camino correcto y a recuperarse totalmente. Ya fuera por su propio futuro o por el de la ciudad, Stephen había dimitido como alcalde y renunciado a su carrera política.

Y era suficiente. Marty estaba más que contento de dejar que Stephen abandonara su puesto recibiendo las muestras de cariño de la gente y manteniendo intacta su reputación.

Luego, estaba Harrison Stratford, cuya reacción fue cualquier cosa menos favorable. Se puso hecho una fiera y maldijo a Stephen por los siglos de los siglos cuando supo lo que éste tenía la intención de hacer con su futuro.

Stephen le respondió en el mismo tono, armado con una convicción que Connor jamás había visto en él, y con una confianza en sí mismo que indicaba claramente los progresos que ya había hecho. Stephen puso todas las cartas sobre la mesa: desde la manipulación que había sufrido desde pequeño y que lo había anulado, hasta los sueños que su padre vivía enfermizamente a través de él, para acabar con una clara y rotunda declaración en la que afirmaba que, a partir de ahora, Stephen iba a vivir su propia vida, no la de su padre. En cuanto a si Harrison formaría o no parte de esa nueva vida, eso estaba aún por decidir.

Su padre estaba aturdido. De hecho, era la primera vez que Connor veía a aquel hombre quedarse sin habla. Lo interesante de la situación era que, a pesar del amargo desengaño y de la ira, Connor podía jurar que Stephen, también por primera vez, se había ganado el respeto de su padre.

Era fascinante cómo funcionaban las cosas. Stephen había recibido una inyección de muy necesitada autoestima, y su padre una dosis de igualmente necesitada humildad.

El tema con Cliff fue casi igual de arriesgado y delicado. Obviamente, sus relaciones tanto con Stephen como con Nancy habían sufrido importantes brechas. Cliff era dolorosamente consciente de ello. Aún así, guiado por toda una década de amistad, condujo hasta la casa de los Stratford al día siguiente del retorno de Brian, para expresar su alivio y, una vez más, su arrepentimiento.

Stephen podría haberlo echado de allí. Pero no lo hizo. Él comprendía, más que nadie, la flaqueza humana y el impacto que ésta podía tener en la vida de uno. También sabía el coraje que había tenido que reunir Cliff para presentarse en su casa y enfrentarse a ellos, por no mencionar la valentía de asumir sus fracasos, encarar sus errores de frente e intentar rectificarlos.

Stephen sería un maldito hipócrita si pretendía ignorar el paralelismo entre la situación de Cliff y la suya propia. Y, puesto que él se estaba recuperando, ¿acaso no le debía a Cliff la oportunidad de hacer lo mismo? Lo había hablado con Nancy, y ella estuvo de acuerdo. Intentarían volver a poner en su sitio su amistad con Cliff.

Los tres empezaron, juntos, por disolver la campaña de Stephen para las elecciones al Senado, y devolvieron cuidadosamente cada dólar que había sido donado. Fue un paso simbólico, pero también rotundo, porque rompían con una parte del pasado que los tres tenían ganas de perder de vista.

Después de eso, Stephen y Cliff tenían varias ideas que considerar en vistas al momento en que Stephen retomara su carrera como abogado. Quizás algún día habría incluso casos en los que colaborar. En cuanto al ámbito social, Nancy volvió de una de sus pruebas de vestido de dama de honor para la boda de Julia y Connor con una interesante noticia para Stephen: Julia había decidido emparejar a Robin Haley y Cliff en el banquete. Siguiendo el viejo dicho de que los opuestos se atraen, estaba convencida de que ambos se gustarían. Y, después de conocer a Robin aquel mismo día en el salón donde se celebraría el festejo, Nancy no podía hacer otra cosa que estar de acuerdo.

Las perspectivas eran muy prometedoras. Sobre todo después de que Nancy, entre bromas, tranquilizara a Stephen asegurándole que, a parte del hecho de ser ambas rubias naturales, ella y Robin no guardaban el menor parecido entre ellas.

Con una boda a la vista y tantos nuevos comienzos en el ámbito laboral, la vida estaba repentinamente llena de esperanza.

Y la construcción (y reconstrucción) necesaria ya había empezado.

Epílogo

26 de agosto

El jet plateado surcaba el cielo nocturno. Su movimiento era suave, y el constante murmullo de sus motores resultaba un relajante ronroneo que apagaba cualquier otro sonido. A ella la había arrullado hasta hacerla dormir. Y ahora, la despertaba con suavidad.

Julia Stratford se despertó, y su mirada se dirigió automáticamente hacia su muñeca, para consultar la hora. Según su reloj, que era lo único que llevaba puesto, había dormido durante una hora más o menos.

Suspiró y, miró por la ventanilla del jet privado de Connor. Fuera estaba la luna, un cielo salpicado de estrellas, y, abajo, a lo lejos, el océano Pacífico. Dentro del aparato sólo estaban ellos dos. A veinticinco mil pies de altura, el mundo entero parecía muy lejano.

Sintiéndose lánguida y feliz, Julia se acurrucó aún más contra su esposo. Ambos yacían abrazados sobre el diván de felpa de la cabina; el cuerpo de Julia envolvía el de Connor, y la ropa de la pareja estaba hecha un revoltijo en el suelo. Este modo de viajar se había convertido en el favorito de ambos, que se habían desplazado de Europa al Lejano Oriente y a Hawai durante los últimos Meses.

-Eh, dormilona -la saludó Connor con ternura mientras paseaba los dedos arriba y abajo por la espalda de Julia-. ¿Has tenido un feliz siesta?

-Nunca duermo en los aviones -le informó ella, volviendo el rostro hacia él para poder rozarle el torso con los labios-. No me relajo lo suficiente.

-Es una pena. De todos modos, hemos descubierto que tienes otras razones para necesitar descanso. ¿No es así? -Deslizó la mano hasta uno de sus senos y le pasó suavemente el pulgar por el pezón hasta convertirlo en un duro y erguido vértice.

-Así es -logró responder ella.

-Aunque, según lo recuerdo yo, parecías bastante relajada cuando te has quedado frita. -El pulgar insistió en sus caricias... una vez, dos... y otra, y otra-. ¿O han sido imaginaciones mías?

-No. Estaba relajada. Julia se estremeció-. Pero ya no lo estoy.

-No. Ya no lo estás. -La levantó un poco, la atrajo hacia sus labios y le mordisqueó el pezón hasta que Julia gritó ahogadamente. Luego, también el otro pezón recibió sus atenciones. A Connor le encantaba lo sensible que estaba Julia, ahora más que nunca.

Como su reciente fatiga, eso se debía a un motivo muy concreto... y espectacular.

Sólo con recordarlo, Connor atrajo de nuevo a Julia hacia sí y la hizo acomodarse a horcajadas sobre él.

Hicieron el amor con la misma hambrienta intensidad de siempre, alcanzando un placer tan agudo que se hacía casi insoportable. Una vez que hubieron terminado, Julia lanzó un tembloroso suspiro y susurró el nombre de Connor mientras se estrechaba hacia él y se abandonaba, totalmente lasa.

Connor sintió una punzada de preocupación, que no había aparecido antes del test de verificación de aquella mañana.

-¿Julia? -Connor la observó: tumbada junto a él, su laxitud era total. Y su aspecto, demasiado agotado para el gusto de Connor, que frunció el ceño, intranquilo-. ¿Ha sido excesivo?

-Ni hablar -negó ella, y disipó su ansiedad meneando levemente la cabeza-. En absoluto. Ha sido perfecto. Y estamos la mar de bien.

-¿A quién te refieres? -insistió él-. ¿A ti y a mí? ¿O a ti y al...?

-A todos nosotros. A ti y a mí... -La palma de su mano resbaló entre ambos cuerpos y se detuvo sobre su vientre-. Y a mí y al bebé. Deja de preocuparte.

-Olvídalo. Esto es sólo el principio. Jugueteó con un mechón de cabellos de Julia-. ¿Estás segura de que has pedido hora con el doctor?

Julia empezó a reír.

-Connor, estoy embarazada, no senil. He llamado desde la habitación del hotel. Tengo hora pasado mañana. Pero le he descrito los síntomas a la enfermera, y luego a mi madre, a la que tú me

has insistido que llamara. Ambas enfermeras diplomadas me han asegurado que lo que estoy experimentando es perfectamente normal. Mis padres están muy ilusionados, por cierto.

-Me alegro. Aun así, me sentiré mejor una vez que te hayan examinado.

-Sí, quizá te sentirás mejor durante una o dos horas. Julia apoyó la barbilla en el torso de Connor-. Y luego empezarás a preocuparte por la fase siguiente. Francamente, creía que los inversores de Bolsa tenían los nervios de acero.

-Y los tienen. Cuando se trata de inversiones, no de esposas embarazadas.

Ella alargó una mano y resiguió con un dedo el perfil de su mejilla.

-Te hace feliz lo del bebé, ¿verdad?

-¿Feliz? -Connor la asió suavemente por la muñeca y se llevó la palma de la mano de Julia a los labios-. He fantaseado con la idea de dejarte embarazada desde la primera vez que hicimos el amor.

-Yo también -admitió ella, en voz baja.

-Vas a ser una madre increíble. -Connor podía imaginársela educando y queriendo a su hijo, proporcionándole todos los principios que Connor no había podido tener. Cosas que él nunca había considerado viables, y mucho menos necesarias. El idealismo, la sensibilidad y la fuerza interior de Julia la convertían en la clase de madre que todo niño debería tener.

-Me encanta verte con Brian -le dijo Julia, acariciándole ahora los labios con los dedos-. Siempre me ha encantado. Pareces volver a la vida, bajas la guardia. Siempre he deseado que lo hicieras más a menudo.

-¿Y ahora?

Ella esbozó una radiante sonrisa que llenó de calidez a Connor,

-Ahora, esa guardia ha bajado de una vez por todas, al menos conmigo. -Luego, con expresión serena y un brillo de ternura en los ojos añadió-. Vas a ser un padre espectacular. Tengo unas ganas inmensas de verte con nuestro hijo.

Esa ola de emoción que aún lo cogía desprevenido cada vez que lo embargaba le oprimió el pecho. El suyo iba a ser un bebé con suerte. Al igual que él era un hombre con suerte.

-Te quiero, señora Stratford -murmuró Connor con voz ronca.

Un ligero estremecimiento recorrió a Julia.

-¿Es posible ser tan feliz?

-No sólo es posible, sino permanente. Puedes contar con ello. -Connor alargó el brazo y echó una manta sobre sus cuerpos-. Ahora, descansa. Tanto tú como el bebé lo necesitáis. Y si no, simplemente sigue mis indicaciones.

-Eso puedo hacerlo sin problema. -Julia suspiró mientras Connor la arropaba, y también a él mismo, con la manta-. Mm... espero que no encontremos turbulencias -murmuró-. Ahora mismo sería un momento totalmente inoportuno para tener que abrocharnos los cinturones de seguridad.

Connor soltó una risita y abrazó a su esposa.

-No te preocupes. Mi piloto a dicho que hay cielo despejado entre Hawai y el continente. Lo que significa que disponemos de otras pocas horas antes de tener que pensar en turbulencias. -Le acarició los cabellos con la nariz-. Al menos, del tipo atmosférico.

Julia sopesó el comentario.

-Acabo de darme cuenta de que, después de este viaje, hemos entrado a formar parte, de modo oficial, del Club de Aviadores Intrépidos.

-Cariño, después de este viaje, somos miembros de honor.

El aliento risueño de Julia acarició cálidamente la piel de Connor.

-Supongo que sí. Hemos hecho casi una docena de vuelos desde que partimos, en junio. La mayoría han acabado así.

-Eso es. Todos los que excedían las dos horas de duración. En cuanto a los viajes más cortos, los hemos ido recuperando en cuanto hemos llegado a la habitación del hotel.

-¿Significa eso que disponemos de kilómetros acumulados por ser viajeros frecuentes? Porque me encantaría aprovecharlos y volver a hacer esto algún día.

-Algún día. Pero no demasiado pronto. Tengo otros planes para ti... para nuestra familia. Una pequeña sorpresa en la que he estado trabajando.

Ella enarcó las cejas, intrigada.

-¿Qué clase de sorpresa?

La expresión de Connor decía claramente que él había estado esperando este momento para saborearlo al máximo.

-Nuestra casa.

Julia levantó la cabeza:

-¿Nuestra qué?

-Nuestra casa. -Connor sonrió de medio lado ante la excitación que se adivinaba en el tono de Julia-. Hablé con tus padres y me hice una idea muy aproximada de lo que te gustaría. Sabía que corría un riesgo, que tú podías enojarte realmente si yo hacía esto como sorpresa. Pero quería dártela como regalo de boda retrasado.

-Connor. Julia tenía ciertos problemas en procesar la enormidad de lo que él le estaba diciendo-. ¿Nos has comprado una casa?

-Bueno, todavía no es una casa -corrigió Connor, calibrando la reacción de Julia para determinar si estaba entusiasmada o furiosa-. Es un solar. Será una casa dentro de seis meses.

-¿Y dónde está ese solar?

-A unos veinte minutos al norte de la casa de Stephen y Nancy, en diez de los acres de bosque más frondoso que jamás hayas visto. Está a menos de media hora de tu escuela, y sólo un poquito más de la casa de tus padres. También tiene fácil acceso a Manhattan. Así que gozamos de proximidad con nuestras familias y nuestros trabajos. Compré el terreno justo después de que salieras del hospital. Luego, contraté a un arquitecto de primera fila y le proporcioné los detalles específicos a los que habíamos llegado tus padres y yo. Él trazó los Planos, con unas cuantas ideas para posteriores variaciones, así que Podrás elegir los que te gusten más. Y te dejaré a ti toda la decoración, empezando por el cuarto del niño. El permiso de construcción ya ha llegado. El equipo de trabajadores ya está contratado y esperando. Todo lo que tienes que hacer es dar tu aprobación a los planos y las obras pueden empezar.

Julia seguía mirándole fijamente, aturdida.

-¿Dices que estará lista para dentro de seis meses?

-Sí. Cinco, si insistimos un poquitín. Cosa que será mejor que hagamos, ahora que lo pienso. El bebé nacerá probablemente a principios de abril. Y quiero que estés totalmente instalada y que tengas tiempo más que suficiente. -Asintió con la cabeza, enérgico-. Nos mudaremos a casa a primeros de febrero.

Julia no tenía la menor duda de que así sería. Connor Stratford conseguía que las cosas sucedieran según él quería. Más aún: lograba mover montañas.

-Hasta entonces, tenemos tu apartamento y el mío -concluyó él-. Podemos seguir nuestro plan original, vivir en la ciudad y en los alrededores al mismo tiempo. Pero mirando hacia el futuro, para nosotros y nuestros hijos, quiero tener raíces. -Connor calló y buscó la mirada de Julia para saber el veredicto final-. ¿Te parece bien? Porque si no, venderé la casa en cuanto acaben de construirla.

-Ni te atrevas. Julia se incorporó y le dio un largo y efusivo beso-. Estoy francamente aturdida. No puedo creer que hayas hecho todo esto. En cuanto a venderla, olvídale. Vas a mantener contigo esta inversión. -La bromita se desvaneció, y Julia besó de nuevo a Connor, esta vez larga e intensamente-. Gracias -susurró-. Has pensado en todo. Eres increíble.

En los ojos de Connor destelló una mirada cálida y un tanto traviesa. Estrechó el abrazo mientras atraía los labios de Julia hacia los suyos.

-Increíble, ¿eh? Bueno, todavía nos queda un largo viaje de vuelta a casa. Te demostraré lo increíble que soy.

27 de agosto

Brian daba brincos sin parar, como una judía saltarina, sobre el puente de observación del aeropuerto mientras esperaba que aterrizara en la pista el jet privado de su tío.

-Papá, ¿dónde están? -preguntó.

Stephen se echó hacia atrás en el banco donde él y Nancy estaban sentados y pasó un brazo por los hombros de su esposa.

-Veamos. -Entornó los ojos y observó el claro cielo a través de las enormes vidrieras-. Yo diría que por ahí. -Señaló hacia el oeste.

-No veo nada -anunció Brian, mirando hacia el punto que su padre indicaba-. ¿Cómo sabes que es ahí donde están?

-Porque tío Connor me ha llamado hace unos treinta minutos y me ha dicho que aterrizarían en menos de una hora. Lo que significa que deben de estar lo suficientemente cerca para que casi los veamos ya.

-Si tú lo dices. -Brian no sonaba muy convencido. Siguió correteando de un lado a otro, intentando encontrar el mejor ángulo de visión sobre la pista donde el jet de su tío iba a tomar tierra.

Nancy sonrió y apoyó la cabeza en el hombro de Stephen.

-¿Estás cansada? -le preguntó él, besándole los cabellos-. Nos hemos levantado bastante temprano esta mañana.

-Sorprendentemente, no lo estoy. Supongo que estoy excitada. Me apetece muchísimo tener a los recién casados en casa. Estoy segura de que tienen un montón de cosas que contarnos.

-Y nosotros también.

-Cierto. -Nancy sonrió de nuevo y levantó la barbilla para poder mirar a su esposo-. ¿Saben que tu padre te ha pedido que seas el abogado consultor de esa importante adquisición corporativa?

-No. -Stephen también esbozó media sonrisa traviesa-. Quería ver la cara de Connor cuando le dijera que nuestro padre ha llegado a la sorprendente, aunque tardía, conclusión de que soy un abogado bastante bueno.

-Un abogado muy bueno -corrigió Nancy-. Conoces perfectamente a Harrison para saber que no es nada transigente cuando se trata de negocios. No hace concesiones, ni siquiera a la familia.

Sólo trabaja con los mejores. Punto. Y resulta que tú eres el mejor, simplemente.

-Dicho por un observador meramente objetivo -bromeó Stephen. Silenció la protesta de su esposa colocándole un dedo sobre los labios-. Hablando en serio, Nancy, te agradezco tu voto de confianza. Viniendo de ti, lo significa todo para mí. En cuanto a mi padre, ¿quién sabe lo que lo mueve? Quizá finalmente haya comprendido el hecho de que no voy a cambiar mi opinión y presentarme a las elecciones, por mucho que él diga o haga. Quizás es su manera de aceptar mi decisión. Después de meses enteros de mantener una guerra fría, quizá mi padre esté elevando mi posición a una más agradable temperatura tibia, sobre todo con la noticia que tú y yo acabamos de darle hace poco. Quizás esté comprendiendo que una familia significa más que un simple apellido que proteger y un imperio financiero que legar. Después de todo, mi padre casi destruyó la ya poco sólida relación que tenía con Connor y conmigo al conspirar con Walker. Puede que eso lo haya sacudido lo suficiente para darle qué pensar. Eso espero, por su bien. Pero, sea como sea, es su problema, no el nuestro.

Era cierto. De hecho, la oferta de trabajo de su padre afectaba tan poco emocionalmente a Stephen como lo entusiasmaba intelectualmente. La ira y la amargura que había sentido hacia aquel hombre, que había moldeado su vida como si de un pedazo de barro se tratara, se habían ido esfumando durante los últimos meses. Gracias a las horas de terapia introspectiva había conseguido conocerse a sí mismo mucho mejor. Era capaz de separar sus propias flaquezas de las de su padre, así como de asumir la responsabilidad de las primeras y desentenderse de las últimas.

Bueno, la necesidad de dominar y de manipular a pequeña escala encajaba definitivamente bajo el segundo concepto.

La vida funciona de un modo irónico. Stephen tenía por fin la aprobación de su padre. Y gracias a sus sesiones de terapia y al impresionante apoyo de su familia, ya no necesitaba tal aprobación para sentirse bien consigo mismo.

Las apuestas, las inseguridades personales, la desesperación... todo formaba parte del antiguo Stephen.

En cuanto al nuevo, maldita sea, era feliz.

-¿Lamentas haber aceptado la oferta de Harrison? -le preguntó Nancy-. Entre tus propios contactos y todas las referencias que Connor ha ido dando sobre ti, tienes un montón de trabajo. Desde luego, no necesitas ése.

Stephen meneó la cabeza:

-En absoluto. De hecho, tengo muchas ganas de enfrentarme a ese reto. Se trata de una compra no tan sólo importante, sino también delicada. Va a requerir muchísima diplomacia para que se lleve a cabo sin causar demasiadas molestias a terceros. -Otra sonrisa traviesa-. Supongo que no debo de haberme retirado de la política, después de todo. Sea como sea, con un poco de buena diplomacia Y muchas horas de trabajo duro, a la antigua usanza, creo que Cliff y yo tenemos la suficiente inteligencia y experiencia para salir adelante con el asunto.

Nancy le dirigió una mirada interrogativa.

-Veo que Cliff y tú disfrutáis de vuestras colaboraciones últimamente. Ya no os limitáis estricta y exclusivamente al trabajo. Las cosas entre vosotros están mejorando, ¿verdad?

-Sí, así es. Nuestra amistad está volviendo a ponerse en su sitio. -Stephen besó a Nancy en la nariz-. Por supuesto, es de gran ayuda que tú y yo tengamos de nuevo una sólida estabilidad. Y

que Cliff y Robin estén tan unidos. Porque si a él se le ocurriera mirarte de nuevo como a algo más que una amiga, yo me vería obligado a darle un puñetazo entre ceja y ceja.

-No lo hará. Ahora está emocionalmente en un lugar perfecto, por fin. Ha encontrado a alguien que corresponde a sus sentimientos. Así que yo he desaparecido de escena. Y no es que hubiera estado alguna vez, tampoco. Mi corazón siempre ha estado aquí. -Colocó la palma de la mano sobre la camisa de Stephen, justo en su corazón. El la miró con ternura.

-Qué suerte tengo.

-Qué suerte tenemos.

Stephen lanzó un ligero suspiro de satisfacción.

-No se puede pedir nada más. Tengo todo lo que quiero, más un memorable regalo del día de San Valentín esperando hacer su entrada. -En sus ojos brilló un destello de absoluto deleite-. Llámalo los nuevos comienzos. Tengo mucho más que suerte, tengo una bendición. Con todo lo que está a mi favor, puedo permitirme ser caritativo cuando se trata de Cliff.

-¡Ya están aquí! -El grito de Brian interrumpió la conversación de sus padres y sobresaltó a tres gaviotas que estaban posadas sobre el puente de observación y que levantaron el vuelo al instante-. ¡Ya aterrizan!

-Pues sí -asintió Stephen, observando cómo el jet de su hermano tornaba tierra, se deslizaba por la pista y luego se detenía elegantemente. Se puso en pie, tomó a Nancy de la mano para ayudarla

a levantarse y le hizo una seña a Brian para que se acercara-. Vamos, campeón. Somos la comitiva de bienvenida. Es hora de empezar nuestra actuación.

-¡Sí! -Brian no necesitaba que se lo dijeran dos veces. Corrió junto a sus padres, en dirección al piso de abajo.

Julia y Connor tan sólo habían recorrido la mitad de la pista cuando Brian se acercó a ellos a toda velocidad para acabar topando contra su tío como un pequeño tren de mercancías.

-¡Por fin! -jadeó, recuperando el equilibrio-. ¡Llevamos una eternidad espera que te espera!

-¡Hola, campeón! -Connor agarró a su sobrino por debajo de los brazos, lo aupó, le hizo dar una vuelta entera y volvió a dejarlo en el suelo mientras se tambaleaba y gruñía exageradamente-. Pesas una tonelada. Creo que tus músculos han aumentado y que has crecido al menos un par de centímetros durante el verano.

-Así es -repuso Brian, asintiendo enfáticamente-. Mamá se queja de que ya no voy a caber en mi uniforme nuevo cuando llegue Halloween... ¡y eso que lo estrené la semana pasada! Espera a verlo. Es genial. -Sin detenerse para respirar siquiera, se dirigió entonces a Julia-. Gracias por la pata de conejo, señorita Talb... -Una, sonrisa pícaro le iluminó el rostro-. Quiero decir, tía Julia. Funcionó de maravilla. Lancé dos juegos sin hits y un juego sin carreras en la liga de verano de béisbol.

-Felicidades. Julia se agachó para abrazar estrechamente a Brian-. Te hemos echado de menos. Tengo muchas ganas de ver tu nuevo uniforme y ese lanzamiento que has estado practicando del que me hablaste por teléfono. ¿Hay partido este sábado?

-Sí. El último del verano. Y yo juego.

-En ese caso, iremos a verlo -le informó Connor. Levantó la cabeza y sonrió a Stephen y Nancy, que se acercaban cogidos de la mano.

-Bienvenidos a casa -los saludó Stephen, besando a Julia en la mejilla-. Los dos tenéis un aspecto fantástico. -Le dirigió a su hermano una mirada burlona-. Aunque no estáis muy morenitos.

-Ya conoces Europa -replicó Connor, con cara de póquer-. Llueve mucho.

-Claro. Y en Hawai también, seguro. Sobre todo dentro de los hoteles de cinco estrellas.

-Déjalo ya -rió Nancy, mientras abrazaba a uno y otro recién llegado-. No le hagáis caso.

-Yo nunca se lo hago -le aseguró Connor.

-Tenéis un aspecto inmejorable -declaró Nancy, observando el brillo en los ojos de Connor y que Julia tenía las mejillas sonrosadas-. El matrimonio os sienta bien.

-No sólo a nosotros -replicó Julia, guiñando un ojo-. Vosotros parecéis muy felices, los tres. -Miró a Brian y se sintió aliviada y muy contenta. El chaval volvía a ser él mismo.

-Has dicho que teníais una gran sorpresa -le recordaba ahora Brian a su tío.

-¿Ah, sí? -Connor frunció la boca, fingidamente pensativo.

-Sí. Cuando has hablado con papá, hace un rato, le has dicho que me dijera que traíais una gran sorpresa.

-Ah. Seguro que me refería a los regalos que hemos comprado para vosotros.

-No. -Brian meneó la cabeza-. Le has dicho a papá que no era ese tipo de sorpresa. Le has dicho que era algo que nos diríais en cuanto bajarais del avión. ¿Qué es?

-Ah, esa sorpresa. -Connor chasqueó los dedos. Se volvió hacia Julia y le dirigió una ligera sonrisa-. ¿Quieres decírselo tú o lo hago yo?

Ella le devolvió la sonrisa y, luego se inclinó para mirar a Brian a los ojos, llenos de curiosidad-. De hecho, la sorpresa significará una nueva tarea para ti, porque vamos a necesitar que nos ayudes bastante.

-¿Eh?

-Tu tío Connor y yo tenemos la esperanza de que hagas espacio en la liga de verano de béisbol que viene para un espectador más. Un espectador muy pequeño, ya ves, pero que gritará muy fuerte, estoy segura. Y también esperamos que le des a ese espectador algunas lecciones de lanzamiento de pelota dentro de unos años... cuando tenga edad suficiente para jugar como lanzador.

El rostro de Brian reflejaba sorpresa e incredulidad a partes iguales.

-¿Cómo lo sabíais?

-¿Cómo sabíamos qué?

-Lo del bebé.

Julia, perpleja, levantó la cabeza. Ella y Connor intercambiaron miradas de interrogación.

-La pregunta adecuada es, ¿cómo lo sabías tú? -preguntó Connor.

-Mamá y papá me lo dijeron hace dos semanas. -Brian parecía totalmente desinflado-. Pero me dijeron que sería yo el que os daría la noticia a vosotros. -Miró a su padre con expresión totalmente decepcionada-. Papá, ¿por qué se lo habéis dicho vosotros?

-Yo no lo he hecho -protestó Stephen, mientras comprendía la situación y en sus ojos asomaba un destello divertido y feliz-. Y mamá tampoco.

Los cuatro adultos intercambiaron miradas.

-¿Por qué tengo la sensación de que estamos hablando de dos bebés distintos? -comentó Connor en voz alta.

-Porque así es -confirmó Stephen.

-¿Estás embarazada? -Julia se volvió hacia Nancy, con la voz embargada por una alegre emoción.

-Sí. -Su cuñada sonrió y se llevó la palma de la mano al vientre-. Casi de cuatro meses. Salgo de cuentas el día de San Valentín. -Enarcó las cejas, curiosa-. ¿Y tú?

-Nosotros acabamos de saberlo -repuso Julia, asintiendo, alborozada-. El médico confirmará la fecha previsible del parto mañana. Pero yo diría que será en la primera semana de abril.

Durante unos instantes, todos se quedaron inmóviles, callados, sorprendidos por la inesperada y maravillosa coincidencia. Luego, se abrazaron y felicitaron unos a otros, riendo por lo oportuno de la casualidad, y celebrando el hecho de que, el verano siguiente, habría dos nuevos Stratford para ampliar el círculo familiar.

-Puede que papá sonría cuando le des la noticia -predijo Stephen, dándole unas palmaditas en la espalda a su hermano-. Estuvo a punto cuando Nancy y yo le hicimos saber la buena nueva. Y ahora, un tercer nieto, justo al cabo de un instante. Creo que su orgullo será aún mayor que su deseo de verlo publicado en los periódicos.

-Quizá sí -repuso Connor, agitando la mano en un gesto que significaba que eso aún estaba por ver-. Pero no cantemos victoria. -También palmeó el hombro de Stephen, felicitándolo-. Qué fantástica noticia. Me alegro muchísimo por vosotros.

-Igualmente.

-Eh, papá -interrumpió Brian, tirando de la manga a su padre-. ¿Significa eso que voy a tener un hermano o hermana, y también un primo o prima, casi al mismo tiempo?

-Sí, Brian, eso es.

-Entonces, yo voy a convertirme en el hermano y el primo mayor casi al mismo tiempo.

Nancy y Julia rieron.

-Eso es exactamente lo que serás -confirmó su madre.

Brian se irguió un poco y frunció el ceño, sopesando su nuevo y crucial papel.

-Tía Julia, tu padre también es maestro. ¿Tiene los veranos libres como tú?

Sorprendida por el cambio de tema, Julia repuso:

-A menos que dé clases en la escuela de verano, sí, tiene vacaciones casi de junio a septiembre. ¿Por qué?

Brian contó con los dedos atentamente.

-Vale. Entonces, dentro de seis o siete veranos, ¿crees que podría no dar clases en julio y agosto? Porque tú y yo vamos a necesitar ayuda.

-¿Ayuda?

-Sí --repuso Brian, paciente. Y explicó--: Vamos a tener que enseñar a lanzar a dos niños. Y puede que no sean tan buenos como tú y yo. Así que será mejor que tu padre nos ayude. Y será mejor que lo contratemos ahora. Como los Yanks contratan a sus entrenadores cuando quieren seguir contando con ellos. De ese modo, tu padre será todo para nosotros cuando llegue el momento.

De la garganta de Julia brotó una feliz carcajada. Y le dedicó a Brian un gesto de aprobación con los pulgares hacia arriba.

-Es una idea estupenda. Lo llamaremos hoy mismo y le ofreceremos un contrato a largo plazo. Apuesto a que no nos costará mucho convencerlo.

Brian estaba radiante.

-Apuesto a que no.

-¿Sabes? --comentó Connor, sonriendo de medio lado--, si tú, tía Julia y su padre vais a ser los entrenadores, necesitaréis una zona para practicar. Tengo un lugar perfecto en mente para situar uno. Está en una parcela lo bastante grande para ubicar una zona privada de entreno, un campo de juego y un par de pequeñas graderías. Por supuesto, eso no va a estar listo hasta la primavera pero, de todos modos, tía Julia no va a poder practicar antes de esa época.

-¿De veras? --Brian estaba literalmente temblando de excitación--. ¿Dónde?

-Esa es la segunda parte de la sorpresa que traíamos. Vamos a construir una casa para tía Julia, el bebé y para mí. Estará a tan sólo unos minutos de la vuestra. Tenemos un terreno muy amplio, más que suficiente para disponer una zona donde llevar a cabo todos vuestros entrenamientos. ¿Qué me dices a eso?

-¡Qué bien! --Brian dio un brinco, entusiasmado--. ¡Eso es lo mejor! --Giró sobre sí para mirar a su padre--. Ahora va sé por qué le dijiste aquello a mamá. ¡Tenías razón!

Stephen repuso un tanto desconcertado.

-Me alegro. Pero, ¿qué es lo que le dije a mamá llevando tanta razón?

-Le dijiste que tía Julia era lo mejor que jamás le había sucedido a tío Connor. ¡Y vaya si lo es!

Todo el grupo estalló en risas.

-¿Sabes una cosa, Brian? --Connor pasó un brazo alrededor de los hombros de su esposa y la miró con una emoción que había descubierto no hacía mucho y sin la que ya no era capaz de imaginar siquiera seguir viviendo--. No podría estar más de acuerdo.